

Costa Rica Ilustrada.

PRECIO DE SUSCRICION:

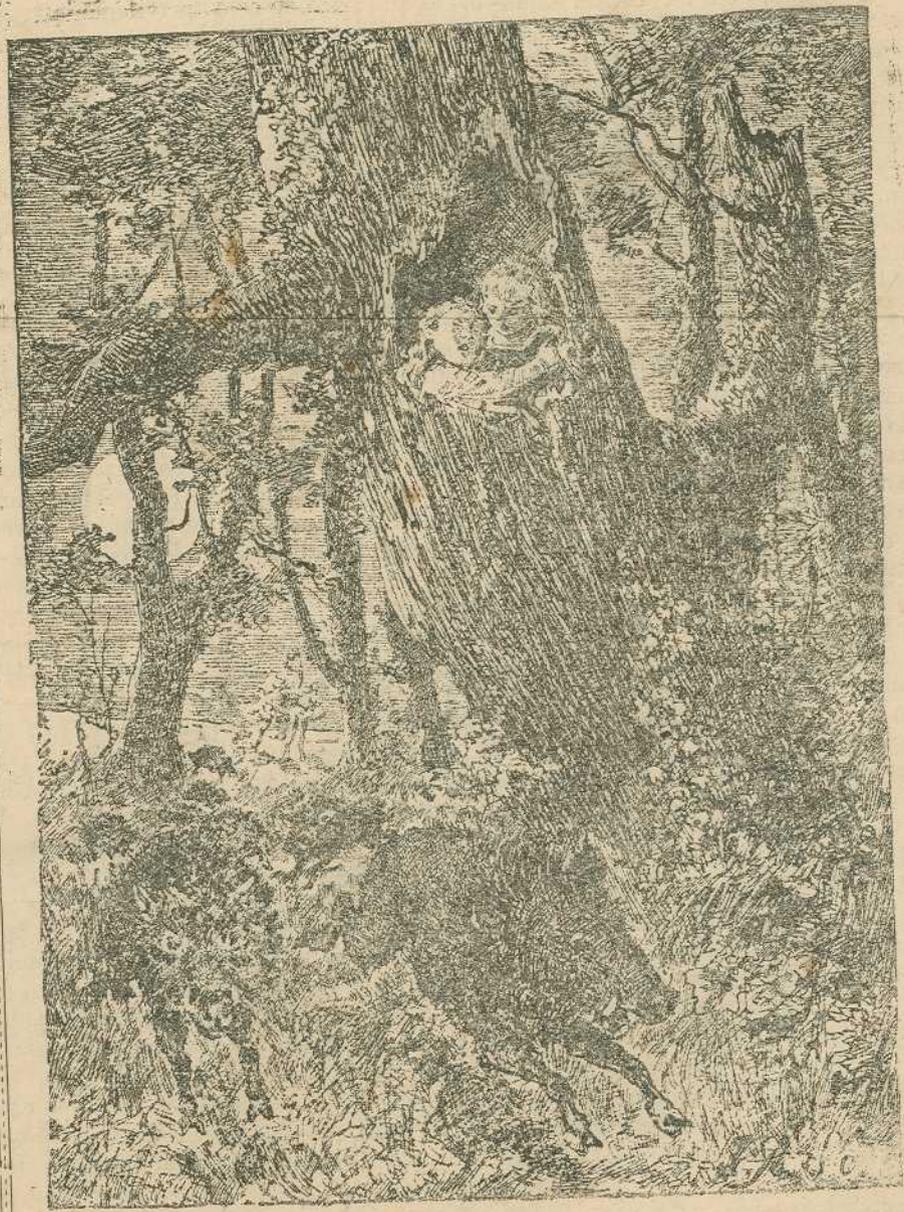
En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.
En el extranjero..... " 1-25 " " "

Número suelto..... \$ 0-15
Números atrasados..... " 0-25

EDITORES PROPIETARIOS,
Próspero Calderón y José A. Soto.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

Dirección y Administración,
CALLE DEL CUÑO Nº 5, OESTE



DIBUJO Y GRABADO DE JOSÉ A. SOTO.

"COSTA RICA ILUSTRADA".

PROSPECTO.

Osada pretensión parecerá acaso á algunos la nuestra, que indica el título de esta publicación; osada por ser los primeros que acometemos la empresa; por su magnitud y consiguientes dificultades, manifestadas á la simple vista de los periódicos de este género que nos llegan del extranjero, y más que todo, por la deficiencia de elementos con que entre nosotros se cuenta para tarea de esta naturaleza y por nuestras débiles fuerzas; pero si es cierto que no carece de fundamento ese calificativo, porque aun la fundación de un simple semanario, porque cualquier producción en el terreno de las letras, por insignificante que parezca, cuando se dedica á los demás, debe tener así en su fondo como en su forma todo el interés y el grado de perfección á que su objeto es acreedor, y merecerá hasta castigo el que sin las dotes necesarias y pretendiendo agradar ó instruir á las gentes, absorbe inútilmente su tiempo precioso, gasta su paciencia y le deja cruelmente burlado, como tan amenudo sucede,—y porque nosotros carecemos de esas aptitudes,—también lo es que por algo debe empezarse, que no puede exigirse mucho desde luego, y que estando penetrados de las ideas expuestas, no perdiendo de vista la importancia de la obra y empeñándonos incesantemente según tenemos propósito de hacerlo, en dar á este trabajo el mayor lustre posible, en aumentar día por día su utilidad y su atractivo, lograremos darle estabilidad y ensanche y dotar al país conforme lo anhela nuestro patriotismo, de un poderoso elemento de cultura.

Para alcanzar este resultado, contamos con la parte artística que será desempeñada por nosotros mismos, y para la cual procuraremos obtener toda la cooperación que pueda contribuir á asegurarlo mejor; el trabajo material no dejará que desear, porque será ejecutado en la Imprenta Nacional, excelente establecimiento tipográfico, cuyos servicios el Supremo Gobierno en su noble resolución de alentar todo lo que de algún modo tienda al adelanto de la nación, nos ha concedido graciosamente; y para el texto, para la obra científica y literaria, además de contar con la colaboración de muchas personas competentes que han accedido gustosas á nuestra invitación á escribir en este periódico, las columnas de él estarán á la disposición de todos aquellos que quieran favorecernos con sus producciones, y sobre todo, tenemos el pensamiento de adoptar, tan luego como la empresa lo permita, un sistema empleado en los EE. UU. de Norte América y en Europa con el mejor éxito y que garantizará á nuestra publicación todo el interés y la importancia de que es susceptible y la consiguiente longevidad y prosperidad, procurando á los lectores, en las más módicas condiciones, abundante y excelente material en el extenso campo que nos proponemos explotar.

Confesamos que al interés patriótico que nos guía, se une nuestro beneficio particular, y hacemos este reconocimiento como testimonio de franqueza y

como prenda de que no omitiremos medio ni esfuerzo á nuestro alcance para procurar prestigio y mérito á este órgano de publicidad.

Es uno de nuestros intentos primordiales dar á conocer en el extranjero, por medio del dibujo y de la fotografía, multiplicados por el grabado y de las correspondientes descripciones y necesarias explicaciones, las bellezas naturales de nuestro territorio, tan fecundo en atractivos de ese género, presentando vistas de nuestros pintorescos paisajes, de las magestuosas é imponentes montañas que cruzan su suelo; de los valles encantadores y risueños que á los pies de ellas se recuestan, con sus verdes praderas en que pacen los ganados y con sus campiñas cubiertas de rica mies, y en que se ostentan exhuberantes los plantíos de café y de toda clase de frutos tropicales; embellecidos aun más, si cabe, por las ciudades, las aldeas, los caseríos y las quintas que los pueblan; de los impetuosos ríos que los surcan, y en fin, de todo lo que hace de esta privilegiada región un panorama magnífico y un verdadero paraíso.

Y no ha de parar nuestro afán por difundir en el exterior el conocimiento de los atractivos de esta tierra querida, en lucir nuestra salvaje y grandiosa naturaleza; que engalanando sus soberbias formas y suavizando sus rudos toques, presentaremos también tipos de nuestro pueblo robusto y laborioso, mancebos de atlética constitución, de noble porte y distinguida fisonomía, explotando con valentía aquellos inagotables veneros de riqueza, bebiendo con avidez en la fuente del bienestar y la dicha materiales, y contemplando con tristeza una vez saciada su sed, que las aguas de tan fecundo manantial siguen brotando inaprovechadas, cuando en otras partes tantos hermanos suyos languidecen de inanición, parásitos de un viejo tronco, cuya savia no basta para alimentar á los inúmeros hijos que pululan sobre él, y considerando con dolor que tantos otros elementos de prosperidad y de abundancia permanecen inexplorados, porque ni su número alcanza á recojerlos ni sus conocimientos son bastantes á desentrañarlos; aldeas de semblante dulce y agraciado que en el hogar aguardan plácidas y felices, rodeadas de sana y numerosa prole y entregadas á las faenas de la casa, la vuelta de su compañero para saborear la frugal cena y entregarse á la satisfacción del reposo ganado. Haremos desfilar ante el mundo á nuestras bellas y nuestros elegantes de las ciudades, que no porque vistan con primor aquellas y estos con esmero, no porque las primeras, de facciones delicadas, rostro seductor y maneras distinguidas, trastornen en el paseo y en los salones, dejan de ser, ellas, de virtud acrisolada, hacendosas y económicas, ángeles que alegran el hogar y hacen de él nido de amor y de dicha cuando solteras; matronas respetables y dignas, que son adorno, salvaguardia y guía, cuando madres de familia; y ellos, hombres, aptos, quienes para las empresas y los negocios que acometen con vigor y valentía, quienes para la política, las ciencias, las artes y las letras. Mostraremos, en fin, hasta edificios nacionales y particulares que buenos ó malos contribuyan á dar junto con el conocimiento de nuestros productos naturales de los tres reinos, con la exhibición hasta de los trajes populares y con la descrip-

ción de las costumbres, una idea exacta de nuestro grado de cultura, de nuestros elementos y tendencias.

Oportunamente daremos principio á la publicación de los retratos de las personas más notables de Costa Rica y demás Repúblicas de Centro América.

Como muestra de nuestros trabajos damos hoy el presente grabado.

Por lo demás, será este periódico, palenque en el cual todos los intereses sociales, todo lo que de algún modo contribuya al engrandecimiento moral y económico del pueblo, se expongan y se discutan: las ciencias todas en su vastísima extensión y su inmensa variedad, las experimentales como las racionales y las políticas y sociales, que tan fecundo y para la generalidad de la gente de este país tan inexplorado campo ofrecen, y que al dejar las costosas y profundas obras que las tratan especialmente, para venir á ser materia de esta modesta hoja, que por ser accesible á todos y por dilucidar las cuestiones de manera análoga á su naturaleza, las pondrá al alcance de la inteligencia de la mayoría, desfilarán en magnífico cortejo, ora la física y la química sorprendiendo y abriendo ignotos y encantados horizontes al rústico labrador que no se imaginaba que la madre tierra habría de recompensar con mucha más largueza sus afanes, mediante el empleo de los recursos que le ponen de manifiesto, y pasmando al artesano diligente y constante, pero que no ha abierto aún los ojos á los maravillosos progresos del ingenio humano, mostrándole el inapreciable tesoro que multiplica y perfecciona ininterrumpidamente el fruto de su actividad, ora la higiene y la medicina en el extenso círculo que comprende, ilustrando á los hijos del pueblo sobre lo que deben hacer para precaverse contra las enfermedades y asegurarse una vida sana y prolongada, y enseñándoles la conformación del cuerpo humano, las funciones de sus diversos órganos, las causas que perturban su marcha regular, la naturaleza, propiedades y modo de obrar de las distintas sustancias medicinales, y sacándolos así de las groseras supersticiones, de la creencia en la eficacia de filtros y amuletos, de la ciega confianza tan perniciosa como aquellas, en ignorantes charlatanes, que á la par que especulan con la candidez y la ignorancia, dejan á las dolencias cebarse en sus víctimas y á la muerte hacer su agosto;—ya el derecho, la historia, la economía política y la estadística, dilatado é interesantísimo terreno en donde el hombre puede juzgar á la luz que despiden esas antorchas, desde su propio ser desconocido y negado hasta que genios de gloria imperecedera no rasgaron con mano atrevida y con el sacrificio de su vida el espeso velo que cegaba á los hombres y que les hacía yacer oprimidos por el peso de la tiranía, abyectos y miserables seres, alimento de la despiadada rapacidad y concupiscencia de los pocos que habiendo entreabierto el libro de la sabiduría, ocultaban cuidadosamente sus revelaciones á las masas, al pasto de su voracidad;—en que puede juzgar desde sus más sagrados y primordiales derechos, decimos, hasta las últimas relaciones que determinan las funciones y facultades de los poderes públicos entre sí y con respecto á los ciudadanos; hasta las más tenues y ordinarias modificaciones que regulan la vida diaria en la sociedad,—terreno en el cual, como en vasto teatro

aparecen sucesivamente á las generaciones de hoy, las generaciones que fueron, trasmitiéndoles sabia y provechosa enseñanza, y diciéndoles con el ejemplo de los en un tiempo poderosos y mucho há extinguidos imperios del Asia y de Roma, cómo el despotismo con su obligado séquito de lujo y hambre, de sensualidad y molicie y degradación y cobardía, apaga los más brillantes esplendores, mina las existencias más pujantes; y terreno, por último, en el cual la humanidad, después de haberse contado, de haber medido la esfera de su acción, de haber calculado sus fuerzas y sus recursos y de haber analizado la naturaleza íntima de las cosas, ha roto las trabas que la sujetaban, desvanecido los errores que la extraviaban y libre ya para emprender su vuelo en el ilimitado espacio de su actividad, ha multiplicado hasta lo infinito y perfeccionado los productos, y ha difundido la riqueza y el bienestar.

Será, en una palabra, objeto de nuestra solicitud, todo cuanto de algún modo pueda redundar en beneficio del país y en provechoso recreo de los lectores, y para ello echaremos mano,—ya lo hemos dicho,—con preferencia del concurso de todo lo que aquí mismo podamos obtener, y para suplir lo que nos falte, para llenar los tres pliegos de que por ahora constará el periódico, cuya publicación será quincenal, beberemos en fuentes extranjeras.

De esos tres pliegos, los grabados ocuparán la mitad de uno por lo menos; pliego y medio, si no más, estará consagrado al texto; dedicaremos una parte á folletín, en que reproduciremos alguna novela escogida de mucho mérito; para que el comercio encuentre también en él un órgano de publicidad, dejaremos lo restante para anuncios; y nos prometemos ampliar en breve la parte artística con selectas piezas de música.

Sólo la política militante y las cuestiones religiosas serán ajenas á nuestro programa. Queremos navegar en el tranquilo océano de lo útil y de lo bello, queremos recorrer en calma con nuestro barco las plácidas riberas que lo limitan, deleitar la vista y el oído con todos los encantos que ofrece, y alejarnos de los mares tempestuosos en que el vaivén del oleaje aturde, en que la borrasca acaba al fin por burlar la pericia y destreza del piloto y por hacer zozobrar el bajel.

Tampoco tendrán cabida en las páginas de nuestro periódico ni las cuestiones personales ni ningún trabajo, cualquiera que sea su objeto, que pueda desdeñarse por él ó por su estilo y lenguaje, de las miras que hemos expuesto, bajarlo del alto nivel en el cual nos proponemos conservar el carácter de esta publicación.

Felices nosotros, si este empeño, tan superior á nuestras débiles fuerzas, pero tan ardientemente acometido y nacido bajo tan lisonjeros auspicios, logra, auxiliado por el generoso concurso de los amantes del progreso, llegar á constituir una poderosa palanca del mismo en nuestra cara patria.

San José, mayo 21 de 1887.

Los Editores.

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica \$ 0.80 trimestre adelantado.
 En el extranjero..... " 1.00
 Número suelto..... " 0.15
 Números atrasados. " 0.25

Año I. Núm. 1.

San José, 12 de junio de 1887.

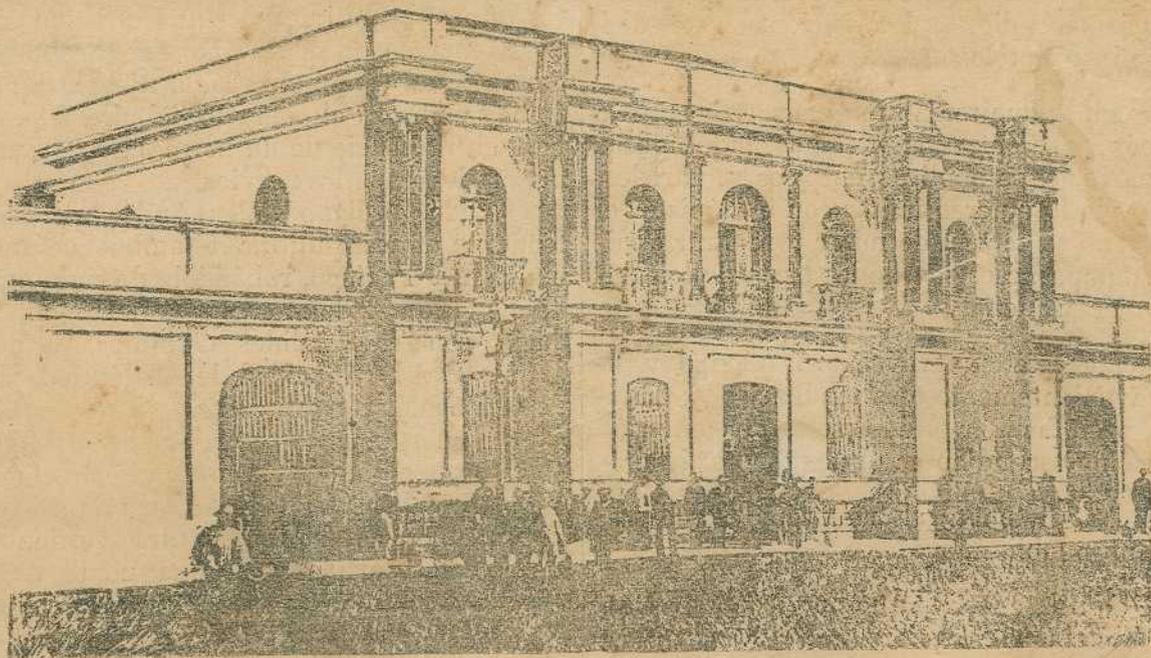
DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Caño número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*Costa Rica Ilustrada*, por Juan F. Ferráz.—*El Apache*, por Pío Viquez.—*Una patinadora de Washington*, por Ricardo Jiménez.—*Sócrates*, por Rafael Maebado.—*Pantasia*, por Soledad.—*Logogrifo*, por Enrique Villavicencio.—*La mujer en Costa Rica*, por Alberto Rodríguez.—*A la Esperanza*, por José de Costa.—*La Razón*, por Luis R. Flórez.—*Cosas del día*.—*Replicación de grabados*, por Paolo.—Anuncios.

Grabados.—Palacio Presidencial.—Diderot.—La Brisa.



PALACIO PRESIDENCIAL DE SAN JOSÉ.

COSTA RICA ILUSTRADA.

Distribuir colores sobre una paleta; diluirlos y combinarlos luego convenientemente; trazar sobre el lienzo con el pincel empapado en los matices, sombras, claro-oscuro y luces que la naturaleza ostenta y que embellece é idealiza la fantasía, los atrevidos rasgos del cuadro que luego cautive y subyugue y se apropie la admiración del espectador: eso es ser artista.

Y aunque parezca cosa especial y reservada al genio superior, es también cierto que esas disposiciones naturales y aptitudes congénitas para el arte, duermen muchas veces el sueño de lo ignorado y de lo inconscio, y hay que despertarlas.

Así se reveló de inesperada manera el talento pictórico del Mulato de Murillo.

Colón jugaba de niño con barquichuelos de papel, y había de descubrir en las carabelas de los Pinzones todo un mundo, que dormía en el seno del tenebroso océano el letargo del olvido, de la tradición y de los siglos.

La revelación del talento es una de las circunstancias más dignas de atención en el desenvolvimiento intelectual.

Los niños que toman un pedazo de tiza ó un carbón, y se entretienen fantaseando figuras más ó menos estrambóticas en pisos y paredes; los que todo lo quieren imitar con el lápiz ó el barro, y no se cansan de mirar y remirar láminas y estampas: éstos son de la pasta de los Rafaeles y Velázquez.

El *quid* está en aprovechar á tiempo y dirigir convenientemente esas tendencias y habilidades, y en facilitar el desarrollo del embrión que germina escondido en el pequeño artista.

Cómo se aclimata el arte, cómo la literatura en un pueblo nuevo?

He aquí la cuestión que nos propone "Costa Rica Ilustrada", á quien vemos sentada en cómoda y amplia butaca, con la pluma en una mano, meditabunda, puesto el dedo índice de la izquierda sobre la prominencia frontal y medio recogidos los demás en símbolo de duda.

Un periódico ilustrado, una revista de artes, ciencias y letras, es indudablemente un cuadro que representa al vivo el estado social del pueblo donde sale á luz; más todavía; la prensa toda de un país retrata á su gente, es á su mo-

do una *ilustración*, un grabado exacto, casi una fotografía.

Esta tierra de Pedrarias y Vázquez de Coronado, guión colorado en la frase del progreso de ambas Américas, tiene como la figura de un interrogante, cuya base está en el Golfo Dulce, Punta Burica, el viejo valle de Guaimí y la bahía del Almirante: el punto de la interrogación se halla en el pequeño cabo y en los altos y erizados cerros de Sal-si-puedes: la curva significativa de la pregunta se enrosca, después de pasar sucesivamente por el puerto de Limón, el delta del Colorado y la orilla sur del río San Juan y lago de Nicaragua, deprimiéndose con la bahía de Salinas, por medio de la península de Nicoya en el Golfo del mismo nombre, donde remata la cuestión propuesta.

Dentro de las sinuosidades de esa elegante voluta, que comprende un espacio de veintidós mil millas cuadradas, alzan sus hirvientes cerebros desde el volcán de Orosí hasta el Turrialba humeante, y desde el dormido Irazú hasta el Barba caduco y extinguido, y el Poás y el Tenorio altivo y el mugiente Cúipilapa.

Corrugación ingente de la tierra en su estado ígneo primitivo, presenta el istmo como el dorso encrespado de un gato que acaba de levantarse del caliente rescoldo del hogar y se frunce y enarca al contacto del aire frío, ó que bufa en presencia de un perro, cuyo sereno continente le crispa los nervios.

Nudo gordiano de los Andes, que como si temieran el desequilibrio de ambos océanos, se inclinan al Pacífico, robándole de siglo en siglo, de día en día y de momento á momento, un pedacito de sus cristalinos dominios, y dejando expuestas á la voracidad del Atlántico las tierras bajas del Norte y Este.

Y puesto que la naturaleza ha sentado aquí, entre estas enhiestas cumbres y estrechas gargantas y deliciosas planicies, sus retortas y matraces ciclópeos, de una y otra vertiente lanzanse, como surtidores de una fuente de plaza pública, infinitos ríos que, murmurando quejas ó cantando dichas, van corriendo como nuestras vidas, según la poética expresión de Jorge Manrique, á *se acabar* en el seno bullente de las ondas.

Osténtanse por doquiera en Costa Rica las bellezas físicas más deslumbradoras, y no hay panorama que más variados aspectos ofrezca, agregándose á esto, y á un clima en general delicioso, el escondido incentivo de riquísimos veneros inexplorados. Es como una doncella que á los encantos de su rostro une la intacta fuente

de goces y placeres no sentidos en el sagrado tabernáculo del corazón inocente.

La vegetación, á orillas de esos innumerables surtidores, y al abrigo de una y otra eminencia, es verdaderamente oriental y paradisiaca.

Todo contribuye, en fin, á disponer de este precioso fondo para delinear sobre él el cuadro del porvenir.

Ya se puede responder ahora á la pregunta que á los hombres hace el mapa de Costa Rica. "¿Qué seré?"

Nosotros, los que creemos en las grandes empresas, propuestas por el genio á la realización del capital y del trabajo y de la cultura humana, tenemos fe en la realización del canal de Panamá; y si confrontamos lo que pueden hacer la emulación y la competencia, no dudamos de la apertura del canal del San Juan.

Cuando dirigimos la escrutadora mirada á las huellas históricas de aquella raza gigante de los españoles de los siglos XV y XVI; cuando vemos á Colón trayendo de la mano, como inspirado, al pueblo que en ese momento terminaba la contienda de setecientos años, iniciado á orillas del Guadaleté y concluida en los alcázares de Granada, y mostrando á Corteses y Pizarros campos inmensos de gloria inacabable; cuando contemplamos la persistencia inaudita de aquellos caudillos y de su jefe en buscar el paso occidental á las Indias: no podemos menos de admirar á quienes cuatro siglos después insisten en abrir ese paso: es como una deuda histórica á la gloria de Colón.

La apertura del Istmo no es idea nueva: Colón buscaba un estrecho natural y aun parece que creyó hallarlo en el Golfo de Paria.

Buscaron ese camino á las Indias orientales sucesivamente "Ponce de León, en la Florida en 1512; Díaz Solís, en el río de la Plata en 1516; Sandoval, en Tehuantepec; Orellana, siguiendo la corriente del Napo y bajando el Amazonas hasta el Atlántico; Diego de Ordás, navegando el primero por el Meta y el Orinoco; González de Avila, y Cernada, descubriendo el lago de Nicaragua, que miran como un mar interior de agua dulce, comunicando con el Atlántico por un ancho emisario y con el Pacífico por medio de otro río, según les dicen los indios, haciéndoles creer por un momento que han resuelto el deseado problema, pero convenciéndose por último de lo infructuoso de sus esfuerzos y trabajos, hasta que en 1520 Magallanes, capitaneando las naves españolas, descubre entre las brumas y nieves de una región ingrata y extrema de la América del Sur, la única solución de continuidad entre los dos mares, en el Estrecho que lleva su nombre, y que, por sus condi-

ciones poco favorables, no podía satisfacer á las necesidades del comercio y de la navegación."

Mas no se detuvieron aquellos héroes ante el istmo que les cerraba el paso. Vasco Núñez de Balboa había pagado ya con su cabeza la osadía de haber atravesado el Darién, con mil indios y ciento noventa españoles, de los que sólo le quedaron setenta al terminar su jornada, cuando Saavedra hablaba de cortar el istmo en 1520; González de Avila y Andrés Coronado, desde 1521, pensaban aprovechar el lago de Nicaragua, descubierto por ellos; en 1529 salvó Machuca el gran rápido que aun lleva su nombre, en busca de la comunicación fluvial; en 1531, Carlos V daba instrucciones á Cortés para busear un camino entre ambos océanos, y Gomara, capellán de aquel caudillo, indicaba en 1551 tres trazados diferentes para conseguir ese objeto; González Sandoval y Ordás, en ese mismo tiempo exploraban el Tehuantepec.

La Inglaterra también se movió á la misma empresa á fines del siglo XVIII, y el norteamericano Walker, á mediados del presente, con la guerra trafa la intención de aprovechar ese gran pensamiento secular.

Todos han pensado en lo mismo.

Mr. de Lesseps, casado con una dama de la alta aristocracia española, ha tenido la suerte de poner en ejecución el plan casi fabuloso.

Si Menocal, hijo de Cuba, se propone aprovechar el San Juan y el lago de Nicaragua, lo que intentaron González de Avila, Cernada, Estete, Machuca y Gomara, y consigue regularizar la compañía americana que ha formado, y da cima á su preyecto, endosado como está por opiniones tan valiosas como la de Ammen, Costa Rica quedará reducida á una isla, al rededor de la cual girará el comercio del Mundo entero.

Serán entonces ambos océanos y ambos canales como el mareo de agua en que quedará encuadrado este delicioso paisaje, donde la exuberante madre tierra, y el cielo trasparente y profundo y las líneas férreas y el alambre eléctrico y los infinitos ríos navegables y las vegas y cerros pintorescos, han de formar el más bello y armonioso conjunto.

Artistas de "Costa Rica Ilustrada," escritores costarricenses, juventud estudiosa: preparad los pinceles y la pluma.

El lienzo y el papel están listos.



DIDEROT.—DIBUJO Y GRABADO DE JOSÉ A. SOTO.

DEDICADO AL LICENCIADO DON RICARDO JIMÉNEZ.

EL APACHE.

A JUAN F. FERRÁZ.

De México, hacia el norte, en la alta tierra de inaccesibles cumbres, tiene asilo el indígena genio de la guerra.

El cobrizo feroz, al duro filo del acero español, jamás domado, vive allí con las águilas tranquilo.

A sus odios atento, denodado descende á la llanura: roba, mata, y á robar y matar trepa al collado.

La manchada pantera no desata más cólera jamás, ni tan resuelta tiñe la garra fuerte en escarlata.

Lo apura el enemigo? pues le suelta diestro jinete á su corcel la brida y escapa, y da, si le conviene, vuelta.

Es en la fuga corza perseguida de pies alados, y cuando hace frente, más temible que loba en su guarida.

Del cansado desierto en la inclemente llanura solitaria, no lo alcanza ni el hierro frío ni la bala ardiente;

y en el roqueño monte que se lanza entre las nubes como sierpe ondosa, tiene puestos su muro y su confianza.

Alma profundamente rencorosa, siempre en bostezo de venganza y muerte, ni Dios ni Lucifer le importan cosa.

Odia con el rigor de quien la fuerte letal ponzoña en sus entrañas lleva, que exprime sin piedad adversa suerte.

Del bien ajeno con la vista ceba sus implacables iras, y su mano, contra el que insulta su bajeza, eleva.

Y elévala también contra el villano que, descendido de su propia raza, reniega de los usos de su hermano,

y siervo miserable no rechaza la codicia voraz del egoísmo que ufano lo escarnece y despedaza.

Abomina colérico el cinismo del que acepta misérrimos despojos de aquello que es su patrimonio mismo.

Llamean en su rostro los enojos al recordar la humillación sufrida, y saltan de las órbitas los ojos.

Quiere tener abierta el ancha herida, y por el rico campo que fué suyo pasea la mirada enfurecida.

¿Por qué ha de ser mi patrimonio tuyo, rapáz usurpador del bien ajeno?—grítale al blanco con desdén y orgullo.

Retumba en las montañas como trueno el temerario grito, y el salvaje la voz esfuerza de pavora lleno.

El cielo que me cubre con su traje de luz ó de tinieblas es mi cielo, y mi tierra, el espléndido paisaje.

Lo que surcan las aves en su vuelo lo que mora en el hondo mar bravío, lo que alimenta con su jugo el suelo,

cuanto fué de mis padres, todo es mío! y pues mi bien usurpa el extranjero, en sangre suya se hartará mi brío.

Esto pronuncia, y su ademán guerrero para el bárbaro Aquiles fuera envidia, por lo airoso, imponente y altanero.

A su valor agrégase la insidia que le es genial, y en el sangriento lance, astuto siempre con ventaja lidia.

Pone la caravana en duro trance, persigue la veloz locomotora y por ocultas sendas dale alcance.

Como ave de rapiña, así devora unas y otras distancias, y palpita al olor de la presa tentadora.

Cuando al hórrido crimen le da cita, satánico placer hinche su pecho, y cuanto más espera más se irrita;

y si á dejar no alcanza satisfecho el jadeante sanguinario antojo, ruge espantosamente su despecho.

Muérdete el corazón siniestro enojo
como pisada sierpe, y el veneno
sube en llama sangrienta á cada ojo.

Que, á todo arranque de piedad ajeno,
sólo es dichoso cuando el campo mira
de cuervos y de entrañas y horror lleno.

Delítase escuchando del que espira
el último gemido que convoca
el negro batallón á infame gira.

Cada queja su rabia más provoca;
y el suplicante corazón partido
sarcasmo y maldición halla en su boca.

Odia el linaje humano! el foragido
mirara con placer el ancho suelo
de espantados cadáveres henchido.

Pero no descorramos todo el velo
de tanta iniquidad, cuadro sombrío
de oprobio y ruina y sangre y susto y duelo!

Como el antiguo atleta es el impío:
de porte majestuoso y contextura
no menos formidable que su brío.

Del homérico Marte la apostura
no pudo ser mejor: es intachable
del rudo Apache la marcial figura.

Ancho, enarcado pecho comparable
á una coraza, y brazo que semeja
de ásperas cuerdas retorcido cable.

De la pestaña y la tupida ceja
entre la sombra grave, el ojo inquieto,
como bruñido acero, audaz refleja;

rasga el párpado tenso que sujeto
tenerlo apenas puede, y la mirada
en son esgrime de insolente reto.

Pierna menos robusta que acerada,
para vencer el árido desierto
y las agrestes cúspides formada.

De la sombrosa selva, el tigre experto
en la espesura salta y la aspereza
con más agilidad que en campo abierto;

que para que ejercite su fiera
en lo áspero, le dió nervio potente
y flexibilidad naturaleza.

Por quiebras y quebradas la serpiente
ondea más veloz, y en el follaje,
más miedo da su venenoso diente.

No de otro modo el ínclito salvaje
aparece en las crestas y gargantas
con ímpetu mayor y más coraje.

Monte, que al hondo cielo te levantas,
dí cómo del Apache aborrecido
humíllanse tus rocas á las plantas.

Aguila que en tus cimas labra el nido,
cuántas veces con garra poderosa
tus soberbios perfiles ha afligido!

Por cuál escarpa tuya el indio no osa
trepar ó descender, según su gusto,
por tajada que sea y peligrosa?

Aquella que al reptil impone susto,
donde á posar el ave no se atreve
y tambalea atónito el arbusto,

á más audacia y ambición lo mueve;
y no hay en tus agujas ni un costado
que el hondo rastro de su pie no lleve.

Qué mucho que tal fama haya ganado
de insigne luchador, quien del Roqueño
la soberbia titánica ha domado?

Pío Víquez.

UNA PATINADORA DE WASHINGTON.

A mi buen amigo Pío Víquez.

Estaba por fin en el Roller Skating Rink. Ante mi vista se extendía el salón, casi circular é inmenso. Mi primer movimiento fué llevarme la mano á los ojos. Llegando de la oscuridad de la calle, aquella luz arrojada por una infinidad de lámparas eléctricas de diversos colores, producía, al entrar, una impresión demasiado fuerte, un deslumbramiento desagradable. Recorría uno las paredes y su blancura hiriente no se interrumpía sino con los colores de los escudos de armas de los treinta y ocho Estados de la Unión, y con un estrado, que brotaba del muro, sin apoyo en el piso ni arriba, y en el cual los instrumentos de metal de la orquesta bañados por la luz, parecían abrasarse en un incendio. Para reposar la mirada inútilmente volvía los ojos al

cielo raso; era aquello una prolongación indefinida de los colores brillantes de la bandera nacional, que en pliegues ininterrumpidos se adhería al techo y lo ocultaba, á la manera que las inflamadas nubes de la mañana ó la tarde hacen desaparecer en el horizonte, el fondo del cielo. Bajaba la vista ofuscado, pero el deslumbramiento no concluía. El piso, perfectamente lustroso con el frote de los patines, devolvía inclemente la claridad cegadora de que estaba saturado el salón.

Mas, pasados algunos momentos, mi pupila se fué acostumbrando á aquella atmósfera, mi primer malestar desapareció y, presa de una dulce sorpresa, pronto me entregué á saciar mi curiosidad, excitada por aquella fiesta desconocida.

Cuando entré, el Rink estaba casi solo. A largos intervalos pasaba delante de mí uno que otro niño y uno que otro aprendiz, deslizándose tíubebantes. Estos, temerosos de ser arrastrados por la turba de patinadores que debía invadir bien pronto el salón, y, más que todo, por evitar las risas que sus caídas, casi seguras, habrían de provocar, aprovechaban aquella soledad relativa para hacer sus primeros y zurdos ensayos.

Al principio era fácil darse cuenta de quiénes entraban, y seguir con la vista á las nuevas patinadoras, que generalmente se deslizaban en la sala cogidas unas de otras, de dos en dos, de tres en tres. Así daban unas cuantas vueltas al salón y cruzaban breves palabras y sonrisas de saludo con sus amigas y conocidos; y si eran bonitas, en seguida acudían jóvenes que separaban aquellos apetitosos racimos. Y esto se hacía sin que nadie se detuviera, sin que los patines dejaran de rodar un instante.

A la media hora era ya imposible percibir estos detalles. Un torrente penetraba en el salón, llenándolo sin intermitencia; y aquel gentío, cada vez acrecido, lo ahogaba como una marea creciente.

Estando el Skating de tal modo repleto, no me explicaba cómo en aquella manera de correr no había cada momento un choque. Pero todos, con una destreza increíble, caminaban unos tras otros, se evadían, se adelantaban, se detenían, se aceleraban, sin hacerse el menor daño, sin perder el ritmo de la orquesta, con más desembarazo que con el que se camina en un salón, con esa agilidad con que se mueven los peces en un vivero.

Aquella mezcla confusa de niños, hombres y mujeres; aquella variedad de vestidos y diversos tipos, característica de este país; la profusión de luz; los acordes de la música, á la que formaban acompañamiento el rumor sordo de los

patines y el ruido de las voces y las risas; aquel acelerado movimiento con que todos pasaban y repasaban, sin tregua, cada vez más rápidos, como impelidos, sin poderlo remediar, por un viento impetuoso, ó como si fueran ruedas de una inmensa máquina; aquel espectáculo fascinador de caleidoscopio; todo me hacía perder, por momentos, á mí, para quien aquello era nuevo, la conciencia de la realidad.

El deslizamiento precipitado de ciertos momentos no podía ser llevado muy lejos por todo el mundo. El cansancio diezaba la multitud; los asientos que servían de cintura al salón se ocultaron, primero de trecho en trecho, y luego totalmente; y sobre las bailarinas, palpitantes y fatigadas, que se sentaban á descansar, una bandada de abanicos batía sus alas. No quedaron en la sala sino aquellos que á fuerza de costumbre y habilidad, habían llegado á ser incansables. La misma música parecía necesitar algún respiro; las precipitadas notas del valse se fundían en las despaciosas de la mazurca; y cuando el movimiento de la música languidecía, languidecía también el movimiento de los danzantes. Entonces mejor que nunca, era de verse la maestría con que algunos hombres, la gracia con que algunas mujeres rodaban sus patines; la fuga acorde de las parejas y los grupos; y la gentil manera como algunos abanicaban á sus favoritas, revoloteando en torno suyo, en ámplios círculos, al igual de mariposas que hacen el amor á una rosa. En el aire de contento de algunas parejas, en lo radiante de sus miradas, en la sonrisa que iluminaba sus labios, en la indolencia de su balance se revelaba que sus corazones se movían en tan estrecho acorde como sus cuerpos; y que ellas no caminaban ya por la tierra, sino que vagaban por el espacio, sino que bogaban en pleno océano del ensueño.

Había allí una rica cosecha de mujeres bellas, pero sobre todo lucía una á quien no era posible ver pasar sin que los ojos no se fueran tras ella, fascinados. Era blonda, blondísima, de esa blancura y esa suavidad de cutis de los niños rubios, cuando todavía no han recibido el beso ardiente del sol. Su cabello de un dorado encendido, de ese color de las águilas americanas, apenas salidas del troquel, despedía reflejos al menor movimiento de su cabeza, y parecía entonces ceñida de la aureola que los pintores ponen á sus vírgenes. Su boca de una sinuosidad exquisita y voluptuosa se entreabría á veces, y dejaba entonces admirar lindos dientes, en los que se quebraba la luz, como en las facetas de una piedra preciosa; y sus ojos verdes, nítidos y húmedos como las fuentes de nuestros bosques, á las que sirven de lecho vivaces musgos,

ían esa expresión de vaguedad, de misterio, caricia á veces, á veces de dureza, que hacía pasar en aquellos mármoles vivos que creó Audelaire, en sus *Flores del Mal*, mitad mures mitad esfinges, que infundían profundos, irremediables pasiones, dulces como un sueño de Oriente y fatales como un veneno.

Iba vestida de azul-pavo-real, y, por supuesto, en aquella claridad de día tropical, el azul oscuro de su vestido cortaba perfectamente sus contornos adorables de su cuerpo. Su desahucio rítmico, cadencioso, era una estrofa de Núñez de Arce; y á semejanza de esas aves de vuelo potente, que cruzan serenas el espacio, ella que uno acierte á ver la agitación de sus alas, así corría ella sin que pudiera saberse dónde acababa el impulso que traía y dónde comenzaba uno nuevo. Jamás conservaba la línea vertical; alternativamente, con el movimiento de un péndulo, iba inclinada hacia un lado y hacia otro, en ángulos agudísimos, imposibles. A cada instante me parecía que ya ella no sería dueña de no derezarse, y que en seguida rodaría por el suelo. El junco elástico se agacha y besa el suelo y vuelve á erguirse: así ella oscilaba, sin mayor esfuerzo, armoniosa, indefinidamente ajena á la cadencia de la música.

Tras ella,—claro es,—corrían los deseos de los labios ardientes, rabiosos, desesperados, como la jauría lanzada inútilmente tras una presa.—En la vista perdida á lo lejos, como si contemplara el espacio infinito, sin darse cuenta de su rumbo, ó más bien desdeñándolo, entregada por completo á su pasión de patinar,

“Elle allait son chemin, distraite et sans entendre
Le murmure d'amour qui s'élève sur ses pas.”

Sonó de repente la señal de despedida.—La música se extinguió. Cerca de mí había un momento vacío y en él vino por casualidad á sentarse ella.

La excitación del movimiento y del placer encendía su rostro, con ese rubor que colora á las mujeres enardecidas por los trasportes de la pasión. El ejercicio había sido tan violento que se sentía sudorosa, humeante, y de toda ella se desprendería ese olor incisivo, poderoso, irresistible de mujer joven que cuida con amor su cuerpo. Entradas su compañero,—casi un niño, que hacía á la memoria aquellos lindos pajecillos de las castellanas de los tiempos feudales,—le desahucaba los patines, ella se abanicaba á toda prisa, haciendo volar los cabellos rebeldes de su nuca, rizados y sedosos; y al recibir aquel aire acariciador, que el abanico le enviaba á bocanadas, se inclinaba hacia atrás, enervada, en un espas-

mo voluptuoso, y dejaba admirar, en toda su plenitud, las riquezas de su busto virginal, cuyas redondeces de forma intachable hacían que uno se preguntara á qué mármol glorioso las había ella robado.

Pronto se puso de pie, se arropó en los pliegues de su abrigo estrecho, que comprimía con delicia,—diría uno,—los tesoros de aquella niña, y echó á andar. Durante algunos instantes pude distinguirla por sus contornos, por el balance de sus caderas, por su peinado japonés, por aquellos cabellos de la nuca, blondos y rizados, que llevaban á los labios la cosquilla del beso; pero muy luego se perdió entre la multitud, que se agolpaba en la puerta de salida, en una confusión de rebaño.

Cuando todos hubieron salido, se apagaron, una después de otra, las lámparas, como ojos que se cierran para dormir, y bien en breve el salón, rendido de fatiga, se sumió en un sueño profundo.

RICARDO JIMÉNEZ.

SOCRATES.

A él en ciencia y en virtud modelo
Le acusa.... ¿Quién? La estúpida ignorancia.
De una filosofía, torpe y rancia,
Con su sabia doctrina rasga el velo.

Ese su crimen es. ¡Con cuanto anhelo
Y fe divina y sin igual constancia,
Su entendimiento salva la distancia
Y á los hombres enlaza con el cielo!

No se defiende. Dice que reputa
Su vida cual defensa. Se le indica
Que huya... respetos á la ley tributa.

Condénalo á morir..... Nada replica,
Toma sereno la mortal cicuta,
Y hoy la humanidad lo glorifica.

Junio de 1887.

R. M.



LA BRISA.—CUADRO ORIGINAL DE PRÓSPERO CALDERÓN.

FANTASIA.

SONETO.

En la noche callada, silenciosa,
atónita contemplo, estremecida,
fantástica visión aparecida
en medio á la tiniebla pavorosa.

Fatídica se alzó, majestiosa
y de blanco sudario revestida . . .
Lanzóme una mirada indefinida,
con su diestra indicándome una fosa.

¡ Sombra, acaso de un ser idolatrado
En la edad juvenil de los amores !
¿ qué quieres ? ¿ por qué vienes á mi lado,

Recuerdos evocando aterradores ?
¡ Huye por siempre, á tu sepulcro helado !
Deja en paz el *Dolor* de mis dolores

SOLEDAD.

AL SEÑOR DON PÍO VÍQUEZ.

LOGOGRIFO.

Lo más antiguo del mundo,
Una gran "Constelación,"
Aquello que da sazón
Y estar en paz con Facundo.

Una carta de baraja
Sin ser caballo ni sota,
Una nota y otra nota
Y una palabra muy maja.

Un verso de Calderón,
Otro verso de Quintana,
Y aquí tienes la ocasión
De acertar esto mañana.

Un oficio de la escuela,
Cierta parte de la mano,
La mujer sin parentela
Y un juego medio villano.

El que alumbró tu corral,
La persona generosa,
Otra nota musical,
Y el frente de cualquier cosa.

Una rica producción
Que da la tela más cara,
Un trasto de panteón,
Y lo de coser mi "Clara."

Tu sombrero duplicado,
El agua que te refresca,
Cierta palabra de greasca,
Y el saludo más usado.

Mi todo lo encontrarás
En cualquier mansión umbría,
Son tres sílabas no más,
Y es el nombre de mi tía.

San José de Costa Rica.—25 de mayo de 1887.

ENRIQUE VILLAVICENCIO.

LA MUJER EN COSTA RICA.

Para escribir de la mujer, es preciso empapar la pluma en los colores del arco iris, y esparcir sobre los renglones el polvo de oro que sueltan las alas de la mariposa. La pluma del escritor no debe destilar sino perlas.

Diderot.

Allá en las profundidades nebulosas de la historia, en aquellos tiempos inmemoriales en que todo andaba á la buena de Dios, se consideraba la mujer como un sér inútil y vivía sujeta al yugo de la más infame tiranía, y hasta se llegó á pensar de que tuviese alma.

Atroz blasfemia! á la cual han respondido los siglos posteriores con un terrible mentís, porque la mujer ha venido á probar, que si no puede igualarse al hombre en sus facultades y derechos, sí puede nivelársele en ilustración y cultura, y que tiene como él, un cerebro en que se caldean las grandes ideas y un corazón magnánimo y generoso, capaz de cualquier sacrificio. Y si aun después ha sido víctima de los ataques de la Iglesia y de los no menos funestos errores de la ignorancia, justo es confesar hoy con toda la sinceridad del alma, que hay una distancia inconmensurable entre aquellos tiempos y éstos; que la mujer de ayer no es la de hoy; que los horizontes que se presentan á su vista no son ya os-

curos y limitados, y que si no está completa todavía la obra sublime de su redención y engrandecimiento, hay que esperar que el sol de la civilización aparezca más radiante en el cielo de la patria universal, y que se depuren las conciencias de todas esas larvas, hijas del egoísmo y de la envidia, y de todas esas bajezas que traman los hombres de la noche para obstruir su paso, y entonces la emancipación absoluta de la mujer será una conquista definitiva y habremos entrado en un período lleno de gloria y prosperidad.

Pero no pretendamos traer á la memoria recuerdos tristes de la mujer, ni lo que ella significaba antiguamente: cubramos con un velo aquel período de la noche, y gloriémonos sólo al recordar que la mujer de hoy es la reina de la familia y el alma de la sociedad, y que la balanza del hombre se está ya equilibrando con la de ella; pues si el hombre arranca aplausos al mundo y la gloria le ciñe inmortal diadema, la mujer es también admirada y aplaudida; la Fama no permanece muda, coloca sobre su frente el laurel de la inmortalidad y hace que su nombre resuene por todos los ámbitos de la tierra!

Hoy la mayor parte de los pueblos civilizados han visto en ella una verdadera fuente de moralidad y cultura, y se inclinan con admiración y respeto ante las bellezas mil que la adornan, y han comprendido también que la mujer es digna de tomar parte en el gran banquete universal, y que á su poder misterioso han brotado siempre las mejores creaciones del arte y la poesía.

Prescindiendo de otras consideraciones, veamos cómo se expresa un escritor colombiano acerca de la mujer americana y de su influencia en la sociedad.

"En los Estados Unidos de América, que hoy forman la República más grande y poderosa, se consagra tal cuidado á la educación de la mujer, que ésta desempeña el papel más importante en esa sociedad, en términos que puede decirse que, la extinción de la esclavitud fué obra de ella, pues armada con sus armas poderosas, la oración y la súplica; orando en el templo por la mañana, y en su casa rodeada de su familia por la noche, rogando á sus esposos, á sus hermanos y á sus hijos; asistiendo al *meeting*, redactando y sosteniendo periódicos no cesó en su obra evangélica hasta que cayó la esclavitud, ese Crimen Nacional como ella le llamara."

Si esta abolición es una de las páginas más brillantes que tiene la historia de Norte América, creemos que su triunfo fué debido en gran parte al carácter varonil y á la pluma inspirada de Mistress Stowe Beecher, la simpática autora de *La Cabaña del Tío Tom*, cuyas páginas han

sido escritas con el corazón, según la expresión de Alfredo de Musset.

No hay más que leer algunos párrafos de este interesante libro, para admirar allí un estilo sencillo y lleno de sentimiento, una imaginación fogosa, y sobre todo un corazón que late sólo por la libertad de los que sufren el yugo de un cruel infortunio.

Un distinguido compilador chileno dice, que si el inmortal Lincoln sacrificó su vida en aras de la patria y concluyó con la esclavitud de su país, Mistress Stowe ha tenido mucha parte en la abolición de esa esclavitud, disparando contra ella el primer cañonazo.

Tal fué el éxito maravilloso que alcanzó su libro, que pudo casi por completo cambiar la faz de un pueblo.

El paria se convirtió en ciudadano.

La Cabaña del Tío Tom es tan universal como Don Quijote, y ha sido traducida en todas las lenguas vivas, y se han hecho de ella numerosas ediciones en todos los países.

Si tal es la influencia de la mujer en la sociedad ¿cuál no será su poder cuando pone al servicio de una causa noble, como Mistress Stowe, su vida, su corazón y sus lágrimas, porque ya todos saben lo que puede una mujer que llora?

Tenemos, pues, que la influencia de la mujer es de suma importancia en la sociedad,—y que ver por su educación y cultura, es seguramente dar un gran paso y llamar á las puertas de un positivo adelanto.

Pero es preciso que hagamos abstracción de la mujer en general, y que nos concretemos únicamente á la mujer de Costa Rica, que es el objeto de nuestro artículo.

Aunque hay verdades que no se pueden decir muchas veces por amargas, tenemos hoy que confesar una, aunque con dolor de nuestra alma, y es que la mujer de Costa Rica todavía no llena las aspiraciones de todos los que deseamos para ella un porvenir venturoso, y una posición al presente que cuadre mejor con los adelantos del siglo.

Y por esto no se diga, que pedimos peras al olmo, pues creemos que la mujer de nuestro país por medio del trabajo y la aplicación constante, puede llegar á alcanzar un alto grado de cultura y recibir una educación fina, en la verdadera acepción de esta palabra.

Algunos padres de familia se hacen la ilusión de creer que con dos años de colegio ya es suficiente para que una señorita adquiera una buena educación y los conocimientos necesarios para llamarse instruída, sin acordarse talvez de que durante ese tiempo no hacen más que saludar á

la ciencia y preparar sus facultades para entrar en estudios de alguna importancia.

La mujer necesita de una educación, si no completa, por lo menos bastante adelantada, y para ello es preciso que visite el colegio siquiera seis años y de una labor constante.

Recuerdo que una vez decía con mucha gracia, una señorita de esta capital, que cómo querían que ellas se educaran bien, si cuando apenas cumplían quince años ya las sacaban del colegio y no volvían jamás á tocar un libro ni á estar al corriente siquiera de las noticias del día.

Y ciertamente, son muy pocas las señoritas que después que salen del colegio toman un libro y se ponen á estudiar, ó por lo menos á recordar lo que han aprendido. Se entregan por completo á los paseos, los bailes, las modas, á todo aquello que está bajo el dominio de los sentidos y no se acuerdan de que están perdiendo un tiempo precioso, pudiendo aprovecharlo en cosas útiles que puedan servir para lo futuro.

Se nos dirá que están en el período de las ilusiones, y que es muy natural la alegría de una señorita cuando asoma á las puertas del mundo y que va á lucir sus gracias; pero éste no es un motivo poderoso para que abandonen los estudios; y de ahí que al poco tiempo se les olvida casi todo y no se apuran gran cosa para recuperar lo perdido.

Si la mujer gusta siempre por su hermosura, más debe llamar la atención por su educación y por su fondo moral.

De nada sirve que una mujer sea una verdadera maravilla, tan linda como una estrella, sino tiene una buena educación, esta prenda tan bella y que tanto cautiva al hombre.

El hombre sensato se inclina más ante la corona del talento, que ante el poder de la hermosura.

Hace algún tiempo que un amigo nuestro habló en una disertación acerca de la posición de la mujer en Costa Rica. En cierta parte, y con razón, echaba la culpa al hombre que ha mirado siempre con mucha indiferencia el porvenir de la mujer, sin duda porque ignora que la importancia y moralidad de un pueblo depende en gran parte de la educación que se le dé á la mujer y de las consideraciones con que se la mire. Y hasta tal extremo llega nuestra indolencia, que permanecemos sordos ante la voz de nuestra misma conciencia, que nos hace tremendos cargos, y nos dice que la mujer está llamada á desempeñar un papel muy importante en la sociedad.

Nosotros creemos que una vez que se eduque á la mujer de nuestro país bajo principios sólidos y duraderos, que sus sentimientos se des

rollen sólo al calor del bien y bajo el sol de la verdad, que se la sorprenda con algo nuevo de luz en cuando y que pueda servirle de estímulo, entonces se levantará gentil y encantadora de la sombra del olvido, y aparecerá en la escena social brillante y alegre como el cielo de la hermosa Italia, la hija encantadora del Adriático, con toda su savia y el espíritu del siglo, con una alma imponente por todo lo bello, por todo lo grande, por todo lo heroico, y con un corazón dispuesto siempre á hacer el bien, que sabrá compartir mejor con el hombre sus penas y alegrías, como también sus triunfos y derrotas, y cual otro Menéndez, señalarle el camino que debe seguir para llegar á puerto seguro.

No es ilusión lo que á nosotros nos hace esperar de este modo, pues tenemos la firme convicción de que la posición de la mujer en Costa Rica, cambia en todas sus facetas, si alumbrada por otro sol, si nos proponemos estimularla, insuflarla mejor y hacer que las necias preocupaciones sociales desaparezcan completamente, y que tengamos siempre para ella, la benevolencia y el aplauso!

Triste es ver por cierto una juventud rebote de vida, y con deseos de sembrar en su corazón la semilla del bien y bañar su inteligencia en luz de la verdad, y no poder realizar sus aspiraciones porque la crítica fría é inexorable extiende sobre ella sus alas de fuego y quema muchas flores en flor las más risueñas esperanzas. Y es tan cierto, que basta solamente tratar de este asunto para que alguien diga que la mujer de este país no necesita de gran cosa, que para estar en la casa no necesita ser *bachillera* y que con sólo aprender á bailar y cantar algo, confeccionar con más ó menos habilidad un traje de color de cielo, y ataviarse lujosamente y con cierto safo, ya tiene suficiente para llamar la atención de los hombres y quedarle bien al galán que la requiebra, sobretodo para brillar en los salones y en el teatro como estrella de primera magnitud.

¡ Aberración imperdonable, opinión triste de la mujer!

La mujer puede brillar en casi todos los ramos del saber humano, y desea ver ceñida su frente con esa aureola inmaculada que tanto ennoblecce y diviniza.

Por lo demás, la mujer de Costa Rica es dulce y seductora, y tiene en sus ojos no sé que brillo de melancolía como revelando una alma grande y generosa.

Prepárese, pues, á la lucha, que si todos la ayudan con deseos de otros horizontes y de otra luz para su inteligencia, todos la aplaudirán y su ini-

ciativa encontrará eco en los corazones sinceros y bien intencionados. Prepárese, pues, que ya es tiempo de que haga á un lado las preocupaciones que tanto la mortifican, y se entregue con ardor y entusiasmo á atesorar conocimientos para que más tarde digan de ella otra cosa y pueda desengañar á aquellos que decían que su inteligencia no era accesible á los estudios y que era nacida sólo para el hogar. Entonces abrigue la esperanza de que un porvenir risueño le está reservado á sus ojos y que bien temprano no faltará quien premie con justicia su laboriosidad y su talento.

Esto de decir que la mujer está condenada al hogar, es un error muy grande y sólo puede comprenderse en almas de pasiones mezquinas y de un egoísmo sin límites. Esta es una ofensa, si se quiere, al bello sexo. Y si penetramos más allá, cualquiera que viera con desdén á la mujer, con ese desdén propio de las almas raquíticas, y que no le importara que lo más sagrado de ella, como es su virtud, rodara al abismo insondable de la desesperación y la miseria, no haría otra cosa que degradarse á sí mismo, porque la mujer es alma de nuestra alma, pedazo de nuestro corazón, luz de nuestros ojos, el sólo estímulo para las acciones generosas y para convertir al hombre en héroe ó monstruo, lo que ella quiera,—y porque no puede el hombre, según dice Sócrates, prescindir de la mujer, y su unión es tanto más útil, cuanto que el uno tiene en sí lo que le falta al otro.

Nosotros trataremos siempre que podamos de asuntos referentes á la mujer; procuraremos inclinarla á la lectura de obras instructivas y cuyos principales argumentos sean la virtud siempre premiada y el talento que todo lo domina, y que deje en el fondo del alma una saludable lección moral.

La mujer así educada, sin trabas, con más libertad, dando alas á su inteligencia y entusiasta por todo aquello que tienda al mejoramiento de su condición en Costa Rica, creemos que sólo así conseguirá un triunfo completo y veríamos en ella, no una mujer simplemente, sino el hechizo más pulido y delicado que salió de las manos de Dios, y tendríamos entonces que mirarla con más respeto todavía, porque en ella estarían reunidos todos los atractivos y bellezas que un hombre podría apetecer.

ALBERTO RODRÍGUEZ.

LA RAZON.

SONETO.

Larga noche de horror y vituperio
la fúlgida conciencia oscurecía,
y el pensamiento volador gemía
en el más infamante cautiverio.

No más oscuridad, no más misterio,
dijiste llena de furor un día,
y el fanatismo, con su chusma impía,
huye espantado á su infernal imperio.

¡Y aun reniega de tí turba insensata!
Que importa; con tu antorcha luminosa
penetras los arcanos de la ciencia;

La noche del error se desbarata,
porque eres ¡oh Razón esplendorosa!
un astro del Eterno en la conciencia.

Heredia, junio 5 de 1887.

LUIS R. FLORES.

A LA ESPERANZA.

SONETO.

Brilló tu llama, por la vez primera
En la mente de Adán en su caída,
Promesa celestial te dió la vida,
Y fuiste del perdón la mensajera.

Tú cuando el alma por tormenta fiera
Se siente desde entonces combatida
Le infundes fe; bajo tu santa egida
Avanza el hombre en su mortal carrera.

En esa senda de mudable giro
Te ve lucir ya próxima ó lejana,
Y cuando anuncie el postrimer retiro

Del Juicio Eterno la final campana,
Morirás con el último suspiro
Que arranque Dios á la miseria humana.

JOSÉ DE COSTA.

Junio 3 de 1887.

COSAS DEL DIA.

SALUDO.—“Costa Rica Ilustrada” saluda res-

petuosamente á la prensa nacional y extranjera, esperando encontrar en ella la unión que debe reinar entre todos aquellos que realizan una misma idea: el bien de la Patria.

Nosotros, aunque pequeños, queremos hacer algo en pro de los intereses nacionales, porque de los fecundos campos de la ciencia, la literatura y el arte, han de surgir los verdaderos progresos de de la República.

* *

Creemos de nuestro deber consignar aquí un voto de gracias á todas las personas que han acogido con benevolencia y aplauso nuestro pensamiento, y que se han servido contestarnos en términos tan finos como satisfactorios; y particularmente hacemos pública manifestación de nuestra gratitud hácia el Supremo Gobierno, quien generosamente ha dispuesto que la edición de nuestro periódico se haga en la Imprenta Nacional por cuenta del Tesoro Público.

Medidas como ésta, honran mucho á un Gobierno y estimulan á la juventud, que siempre desea para su patria, gloria y prosperidad.

* *

Nos es muy grato poner las columnas de nuestra revista, á la disposición de todas las personas que nos quieran favorecer con sus producciones, ó con los datos y trabajos de traducción que crean útiles y oportuno publicar y que puedan contribuir en algo al movimiento de las letras y artes nacionales.

* *

Hemos tenido el gusto de recibir la Memoria de Gobernación, Policía y Fomento, publicada por el señor Ministro de esos ramos, Licenciado don Cleto González Víquez.

Este importante documento está escrito con juicio, y se admira en él un lenguaje correcto y sencillo.

Es digno de un estudio serio y detenido, y con tal motivo ofrecemos á nuestros lectores para uno de los próximos números, un artículo sobre este asunto.

* *

Muy laudable y patriótica es la medida que ha tomado la Municipalidad de esta Provincia, en mandar traer del extranjero, lo más pronto posible, algunos artículos de primera necesidad, como maíz, frijoles, arroz y otros.

El alza á que habían llegado estos granos en el Mercado, no guardaba ningún equilibrio con las circunstancias de la clase pobre, y todos espe-

ban que se diera una medida acertada para remediar esta necesidad.

La Municipalidad de San José ha cumplido su deber.

Merece, pues, un aplauso!

* *

Toda aquella persona que reciba el primer número de este periódico, se considerará como inscrita á dicha publicación, y en caso de que no quiera suscribirse, se servirá devolverlo cuanto desee, á los respectivos agentes, ó á la Administración general, calle del Cuño número 5 Oeste.

* *

Costa Rica es uno de los países que más se esfuerzan por alcanzar un alto grado de cultura.

Se nota movimiento intelectual en su seno, parece encaminarse por un sendero sin escollos lleno de esperanzas.

Y decimos esto, porque hemos visitado el Liceo de Costa Rica, establecimiento que promete mucho para el futuro.

Se nota allí un régimen interior intachable. Pocas veces se ha visto en nuestro país un Centro de enseñanza superior tan bien organizado, todos se muestran altamente satisfechos de los adelantos que allí alcanza la juventud.

Mas adelante nos ocuparemos con detenimiento de este importante plantel.

* *

La Redacción se reserva el derecho de no publicar aquellos trabajos que no reunan las condiciones necesarias, ni estén de acuerdo con el programa del periódico.

* *

TEATRO.—Conocida la predilección que el público costarricense tiene por las zarzuelas españolas, no es de extrañar la animación que se ve en el seno de nuestra sociedad con motivo de haber arribado á esta capital de la compañía de zarzuela "Villarreal."

Si las obras dramáticas del moderno repertorio español han sido acogidas siempre con entusiasmo, el entusiasmo por la zarzuela ha hecho llegar muchos más á esta última clase de representaciones, en que las armoniosas notas de la música, en constante acuerdo con el sentimiento y la pasión que el autor quiere representar, le dan más vida y fuego á su expresión y hace que la fantasía levante un palacio de mágicos ensueños.

Todos se preparan para asistir al teatro, porque nuestro pueblo tiene especial placer por los espectáculos que dan vida al sentimiento, y que deleitan instruyendo y moralizando al mismo tiempo.

Esperamos que la compañía "Villarreal" comience á dar bien pronto sus funciones, que el público espera con entusiasmo.

* *

Ya todos conocen el grabado que salió en el prospecto de este periódico; y si él no correspondió á nuestros deseos y á las esperanzas que el público abrigaba, fué por causas enteramente ajenas de nuestra voluntad. Nosotros teníamos listos la carátula y otro grabado, y como no sirvieron á última hora, tuvimos que presentar el que salió, en el breve término de un día, y por consiguiente no podía quedar bien.

Ahora en el primer número creemos subsanar esa falta presentando otros grabados mejores, y prometemos trabajar con todas las prescripciones que el grabado demanda, en cuanto nos lleguen los elementos que pedimos hace poco á Nueva York. Lo mismo decimos del papel, y entonces nuestra revista reunirá las principales condiciones que requiere una publicación de esta naturaleza.

* *

Atendiendo á que nuestro periódico circulará no solamente en América sino también en Europa, y viendo que esto es de mucha importancia para el comercio en general, ofrecemos poner elegantes avisos, sencillos ó ilustrados, á precios sumamente equitativos.

* *

Como verán los lectores, el primer número de nuestro periódico sale aumentado en cuatro páginas; pues habíamos ofrecido doce solamente, y este contiene diez y seis.

Explicación de gravados.

EL PALACIO PRESIDENCIAL.—Este edificio, que es uno de los mejores de la República, se encuentra en el centro de la capital, doscientos metros al Noroeste del Parque Central y frente al Cuartel de Artillería.—Fué construido en el año de 1867 bajo la dirección del distinguido ingeniero don Angel Miguel Velázquez, siendo Presidente de la República el Doctor don José

aría Castro. Su objeto no fué para que sirviera de Palacio, sino para la colocación de los pabellones nacionales que estuvieron funcionando hasta el tiempo del Licenciado don Jesús Jiménez, Presidente también de Costa Rica. Luego pasó al poder el General don Tomás Guardia y mandó refeccionar, principalmente toda la parte de atrás, y hoy día es la residencia del presidente y su familia. Tiene cuarenta metros de frente por ochenta y cinco de fondo, y pertenece al orden jónico. El interior es de mucho gusto y tiene hermosos salones, lujosamente amueblados, y las magníficas cortinas de damasco y otros géneros preciosos de París y Holanda, se ven con profusión.

Hay además dos bonitos patios y está comunicado por telefonos con los dos Cuarteles, Oficina Telegráfica, Administración General de Correos y otros edificios importantes.

* * *

DIDEROT.—Aunque no debiera figurar la estatua de este gran enciclopedista francés en el presente número, lo hacen únicamente los señores Calderón y Soto para dar á conocer sus trabajos y porque nosotros lo pedimos por considerarlo como un grabado bueno, y con ese motivo está dedicado al señor don Ricardo Jiménez, escritor ventajosamente conocido de todos. Este dibujo es tomado del monumento que se le erigió en París, en el boulevard San Germán, el 4 de julio de 1886, aniversario de la Revolución Francesa.

* * *

DIONISIO DIDEROT, ilustre escritor francés, nació en Langres en 1713.

Según la opinión de Augusto Comte, es el hombre más grande del siglo XVIII.—Parece que ha llevado, cual un nuevo Atlas sobre sus espaldas, todo el peso de su siglo. Voltaire lo llamaba el Pantófilo, ó por mejor decir, el Amanecer de la Naturaleza. Diderot es el verdadero precursor de la Revolución Francesa; su influencia fué triple, en el sentido de vista político, filosófico y literario. Abarcaba todos los conocimientos y prácticas de su época, pues la Mecánica, Filosofía, Matemáticas, Poesía, Teatro, todo estaba bajo su dominio.

En sus ideas políticas se puede conocer el grande hombre con el siguiente pensamiento:—“Pueblos, no permitáis que vuestros amos os hagan, contra vuestra voluntad, ni aun el bien.”

Voltaire le debe sus últimos entusiasmos; Juan Jacobo Rousseau su primera idea, idea de toda su vida.

Después de haber consumido su existencia

en la obra más grandiosa que hasta entonces se había emprendido.—La Enciclopedia—y en cuyo trabajo de treinta años no vió un día de reposo, á causa de las persecuciones y vejaciones constantes de que era objeto, el gran Diderot bajó á la tumba en París, en el año de 1784.

Su nombre pertenece á la inmortalidad!

* * *

LA BRISA.—Este grabado representa una hermosa mujer, con el cabello ondulante, ligeramente agitado por la brisa, y por eso lleva este nombre. La posición es arrogante, y tiene cierto aire, algo de la belleza de la mujer oriental, en los ojos grandes, rasgados, la boca corecta, como entreabierta y parece que está convidando á un beso. Al mismo tiempo se advierte en ella esa tristeza, esa pereza poética de la mujer cuando amanece triste, con ganas de llorar y sin saber por qué.

El conjunto es elegante y se conoce que su autor tiene fácil concepción.

PAOLO.

ANUNCIOS.

URIBE & BATALLA

Ofrecen un surtido enteramente nuevo, el cual no dejará de llamar la atención, tanto de los parroquianos como de los visitantes en general. Se suplica especial atención al gran surtido de:

Guantes cabritilla color y blancos, abanicos, perfumería fina, pompones, abrigos y sereñeras de lana, género de seda para vestidos, flores de seda gran variedad, paraguas automáticos y otros artículos de novedad y fantasía.

En la Redacción de este periódico se recibirán órdenes para la fabricación de toda clase de sellos.

Del 1º de julio próximo en adelante esta nueva fábrica ofrecerá á sus favorecedores hielo de primera clase, muy sólido y cristalino, hecho con agua filtrada.

El depósito para la venta al menudeo estará en la panadería de don Tomás García, La Espiga de Oro; y á las personas que deseen hacer contratos por mes se les llevará á domicilio, haciéndoles además



un descuento sobre el precio corriente. Este será por ahora 10 centavos kilo ó 5 centavos la libra.

Las órdenes y contratos de las provincias serán atendidos con la mayor puntualidad, con un recargo de un centavo por libra sobre el precio corriente.

Para todo lo concerniente á este negocio entenderse con

CARLOS VOLIO T.

Juan Francisco Echeverría.

Jenaro Castro Méndez.

ECHEVERRIA & CASTRO,

Corredores Jurados y Comisionistas.

Apartado 103.

2 Calle General Fernández.

Cable "Echeverría."

SAN JOSÉ-COSTA RICA.

FRANCISCO VALIENTE

tiene su galería en la calle del Cuño nº 17, cerca del Mercado.

En este establecimiento se trabaja toda clase de retratos:

Tarjetas—Imperiales—Victoria—Miniatura & c.

Preciosos estilos Rembrandt, los cuales presentan la misma exactitud y finura en la com-

binación de luz y sombra que los que se ejecutan en los Estados Unidos de Norte América.

Magníficos retratos al *creyón-pastel*.

Los trabajos de este establecimiento fueron premiados en la Exposición Nacional de 1886 con dos medallas de *primera clase*.

Precios sin competencia.

AL PUBLICO.

En el muy conocido y acreditado establecimiento fotográfico de H. N. Rudd, situado en la calle del General Fernández, frente al Parque, se ejecutan, según el sistema moderno, con el mayor esmero y prontitud, retratos de todas clases como son: *tarjetas, imperiales* y otros tamaños. Todas las fotografías se pueden iluminar á precios módicos.

También se ofrece una variadísima colección de las mejores vistas del país.

Retratos elegantes al *pastel gris*.

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.
En el extranjero..... " 1-00 " " "
Número suelto..... " 0-15 " " "
Números atrasados .. " 0-25 " " "

{ Año I. Núm. 2. }
San José, 1^o de julio de 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*Una noche de insomnio*, por Cleto González Viquez. *La goia de agua*, por Juan F. Ferráz. *Criticón*, por José M.^a Solano (Pascual). *Juan Santamaría*, por Pío Viquez y Juan F. Ferráz. *Dolor eterno*, por Carlos A. Imendia. *Décimas*, por Manuel Echeverría. *Academia de pintura*, por O. Quesada. *Herodia*, por G. Chaverri. *Pensamientos*, por Paulina Colang. *Américanos distinguidos*, por Francisco de Paula Flaquer. *El Erizo*, por Pío Viquez. *El Tambor*, por Juan F. Ferráz. *Revista teatral*, por Pío Viquez. *Epístola amorosa*, por Tobías. *Explicación de grabados*, por Paolo. *Anuncios*.

Grabados.—Amelia C. de Bettini. Juan Santamaría. Julieta y Romeo.



AMELIA C. DE BETTINI.

Una noche de insomnio.

(COLABORACIÓN).

Nunca pasará de ser una figura de retórica el decir que el sueño es imagen de la muerte, y á buen seguro que, apesar de símil tan corriente, cualquiera que no se halle en un estado de loca desesperación ha de preferir el sueño de que se despierta. Pero aun es cosa más fuerte llamarlo imagen espantosa, como lo hace el poeta español; al contrario, no hay sobre la tierra mayor placer que dormir á pierna suelta, y la prueba está en que no hay tormento comparable al insomnio.

Mas los tormentos se hicieron para la pobre humanidad, y me atrevería á jurar por la salvación de mi alma que toda persona mayor de veinte años, alguna vez en su vida, ha pasado una noche de claro en claro, sin llegar á conciliar el sueño, y obligado á removerse por horas y horas en el lecho sin que sus párpados hayan podido estrecharse en fraternal abrazo. ¿Quién en efecto no ha tenido una de esas noches en que, talvez sin causa bastante, la mente se obstina en trabajar y en tener despierto al cuerpo? en que mil ideas pasan rápidamente á nuestra vista interior, como se suceden las visiones en un cuadro de fantasmagoría ó en un vertiginoso caleidoscopio? en que mil pensamientos acuden á nuestro espíritu, ya como delicadísimas mariposas de doradas alas para hacernos entrever felicidades sin cuento, ya como bandada de voraces buitres para desgarrarnos el pecho? ó en que, al revés, una sola idea se graba, como con vigoroso cincel, en el alma, y luchamos por borrarla, y la idea se agarra como una trepadora á nuestro cerebro, y provocamos otras nuevas para procurar ahuyentarla, y las nuevas ideas en vez de desalojar el pensamiento fijo, se desvanecen como esas luces de color tan comunes en los fuegos de Bengala que brillan sólo un instante.

En noches como esa, después de rebullirse por horas que semejan siglos en el tortuoso lecho, y convencido de que por entonces será del todo imposible parecerse á un muerto, ¿quién no ha deseado que el tiempo fuera obediente servidor nuestro y que á nuestro capricho pudiera tornarse en la esplendorosa luz del día la densa tiniebla de la noche? quién no ha suspirado en esa

oportunidad por que, á lo menos, la rosada aurora con su vestido de tenue gaza, llegue pronto á anunciarnos, como celeste mensajera, que el carro de Apolo tirado por sus rápidos corceles color de fuego, va á aparecer á nuestra vista?

Dichoso el mortal que sin preocupación de ningún género ó rendido por las diarias faenas, acude á su cama y en ella encuentra al punto sueño tranquilo y sosegado. Feliz, mil veces feliz el que duerme bien, aunque interrumpa el silencio de la alcoba con estrepitosos ronquidos, ó aunque, á semejanza de almibarado doncel que se extasia ante una efectiva dulcinea, su mandíbula inferior se ponga á respetuosa distancia de su ingrata compañera. Bienaventurados los que duermen, porque de ellos, si es verdad que en algo se parecen á los dormidores de la tumba, puede decirse lo que el fraile Lutero decía de estos: *Beati quia quiescunt*.

Bien distante estuve yo anoche de alcanzar ese bendito descanso. Mi cama era un horno, y en ella me sentía tan á disgusto como es de suponer que se halló el achicharrado San Lorenzo sobre su nada fresca parrilla; las almohadas parece que habían sido rellenas con llamas, pues por más que las volteaba y que procuraba descubrir un oasis en aquel ardoroso desierto, jamás mi cabeza llegó á sentir alivio; las sábanas tenían la pesadez aunque no la frialdad de una losa; mi cabeza ardía, y sobre el maldito colchón que ocultaba tanto fuego como un volcán, daba yo más vueltas que Ixion en su roca. En vano cerraba los ojos y me proponía no variar de sitio para que el sueño pudiera comunicarme su quietud; estaba condenado á no dormir, y no dormí una pestañada.

Una idea pertinaz me preocupaba y no se daba punto de reposo para molestarme; pero no una idea aceptable y defendible á la luz del sol, sino un pensamiento estúpido, absurdo, que el diablo me puso en la cabeza. Largo tiempo forcejé por echarla fuera de mí, como Jesús á los ladrones del templo, mas ella se adhería á todas las paredes de mi cerebro y no se dejaba arrancar. Pensaba en el matrimonio, mas no por supuesto de un modo subjetivo y actual, sino en abstracto, sin relación alguna con mi persona, como si dijéramos mirando los toros desde la barrera. Decíame á mí mismo que esta institución social, tal como se halla hoy establecida, no puede dejar de ser fuente funesta de desgracias y calamidades para la

humanidad. Repito que á mi juicio, Lucifer se había introducido en mi cuerpo y aun á veces, cuando más me empeñaba en deshacerme de ideas tales, me parecía oír su carcajada infernal. Era él á no dudarlo quien gritaba dentro de mí contra el matrimonio, y quien para hacer valer su absurda teoría, me endilgaba, en diversas formas, argumentos como estos.

—La unión de un hombre solo con una mujer sola para toda la vida, esa confusión de dos almas en una sola alma que tan gráficamente ha pintado la biblia con la frase "serás carne de mi carne, y hueso de mis huesos;" ese consorcio de dos personas que no tienen más que un pensamiento, cuyos corazones laten al unísono y que comparten por igual la próspera y la adversa fortuna es seguramente un buen tema de novela y un buen sueño de felicidad ideal: los jóvenes y los poetas se entretienen á veces en levantar ese castillo de naipes; pero tratad de llevar á la practica esa comunidad de destinos y tendréis un lamentable fracaso; encontraréis dos personas juntas pero no unidas. Ni es posible que seres en quienes por naturaleza concurren circunstancias tan diferentes, permanezcan largo tiempo teniéndose el mismo aprecio y la misma idolatría que sólo puede inspirar el secreto de lo desconocido. El amor, ese sentimiento tan efímero como una pompa de jabón, os empeñais en hacerlo base fundamental de un matrimonio por toda la vida, y luego queréis que vivan en consorcio de almas individuos que llegan á tener las suyas á mil leguas de distancia una de otra. El corazón humano es insaciable, le entran y le salen los deseos y las pasiones, como entra y sale el agua en una cuba rota: querer, pues, que tenga una pasión permanente, que conserve para siempre vivo el fuego que lo alimenta en determinada hora, es como pretender que la misma sangre circule siempre dentro del cuerpo. Los gustos cambian por fuerza y se renuevan á pesar nuestro; lo que ayer os pareció un edén y fuente de dicha, mañana os parecerá un infierno y ocasión de suplicio. Por otra parte, no son comunes los errores en materia de amor? lo que soñasteis una perfección acabada no resultó frecuentemente una completa imperfección? no es el amor lente de aumento? lo que en vuestra imaginación de enamorados remontaba el vuelo á los espacios, como águila caudal, no cayó muchas veces al suelo y resultó ser un mísero gusanillo de la

tierra? Cómo exigir por lo tanto, que un vínculo eterno, indisoluble os una á ese ideal decepcionado? Inconsecuencia suma! convenís en que el corazón es variable, y sin embargo le pedís que no varíe. No os da idea del corazón en lo moral la vista del corazón en lo físico? No veis que éste para vivir necesita de moverse y de recibir sangre nueva? No le exijáis, pues, que ame siempre, ni que ame del mismo modo: no le impediríais que abandonara hoy un ídolo para adorar á otro, que á su vez cedería el campo á un tercero.

—Que sucede si nó en el mundo? Creís que todos los hombres han guardado intacto el altar que levantaron á su primer amor? no los véis á cada paso convertirse en inoelastas de las imágenes á que una vez han rendido ferviente culto? Y en cuanto á matrimonios, encontraréis un ínfimo tanto por ciento de maridos y mujeres que guardan la jurada fé á sus consortes, y entre ese pequeño número, maridos y mujeres que no han entregado sus cuerpos, pero sí sus corazones. Formad, si podéis, una estadística de la ventura matrimonial en un momento dado, y estoy cierto de que hallaréis una parte insignificante de esposos que se aman en aquel instante, otra pequeña porción que se tienen una estimación fría, una gran cantidad que siente repugnancia recíproca y que se toleran por consideraciones sociales, y la mayor parte que se odian de muerte.

Mas la misma sociedad que aprueba la conducta de solteros que cambian de amor á cada rato y que justifica como natural y legítimo el abandono de un ideal, pretende que, tan sólo por haber declarado vuestros sentimientos en presencia de un funcionario civil ó religioso, habéis de conservarlos *usque ad mortem*. La misma sociedad que desea echar un candado de siete llaves al corazón de un esposo á fin de que guarde inalterado el amor que sintió al casarse, no bien ha muerto el consorte cuando suelta las trabas anteriores, y os resucita á la vida del amor. Qué criterio tan vario! Pero esa es la preocupación social bajo cuyo peso camináis todos á sabiendas, y seréis esclavos de vuestra torpeza y aguantaréis una pesada cruz, mientras no os convenzáis de que es imposible hacer del matrimonio una plancha estereotipada. Miseros humanos! sois víctimas de una ciega fatalidad. Ansiáis ser felices, os devanáis los sesos por alcanzarlo y sin embargo labráis con vuestras propias manos las cadenas que habrán de sujetaros á la desdicha.

Pero merecéis vuestra suerte: en vuestro necio orgullo os habéis figurado que sois superiores á los demás animales, y habéis forjado leyes para vuestro gobierno distintas de las que rigen á los que os empeñáis en calificar de inferiores vuestros. Seguid llamándoos reyes de la creación, reyezuelos de comedia, y por este vano epíteto soportad las que se os antojan cargas del oficio

Tales fueron los pensamientos que se escurrieron dentro de mi espíritu para darme tortura. En vano quería yo pensar de otro modo (al fin un día puedo caer en el círculo de hierro del matrimonio); en vano recordaba, ó mejor dicho trataba de recordar los sanos principios de la moralidad social y de la conveniencia de las familias; todo lo bueno de mis propósitos se espantaba ante la vehemencia de mi enemigo.

Mas pensamiento tan trastornador no nació espontáneamente en mí; de donde pudo venir? Vino, lo confieso en descargo de mi conciencia, de haber estado en el teatro: una frase dicha en la escena acerca de fidelidad conyugal y una multitud de deliciosas caras luciendo en los palcos su picaresca sonrisa, fueron las generadoras de mi loco desvarío. ¿Cómo impedir que, ante tanta mujer hermosa y llena de gracia, la envidia y el deseo invadan el alma de los pobres mortales de la platea? Podéis llevar un valioso solitario en el dedo, y sin embargo delante de una ventana en que se exhiban joyas, os detenéis y examináis y devoráis con la vista y sentís una especie de cosquilleo que os incita á tomar alguna.

La humanidad es frágil—verdad del tamaño de un templo que no descubro yo, sino que pregonamos todos cada día con nuestras flacas acciones. Por esa consideración es preciso ser indulgente con las debilidades del prójimo. Pues bien, si alguna vez os refieren, querido lector ó adorada lectora, que la humanidad chapina del sexo fuerte no es tan fuerte como la de otros países; si os cuentan en alguna ocasión que los maridos de esta tierra sienten más desazón y más deseo de romper el yugo que sus compañeros mártires de otras partes, no los condenéis, os lo ruego: hay mujeres tan guapas en Guatemala!

* * *

No se crea ni por un momento que exa-

gero. La ciudad de Guatemala es un nido de encantadoras mujeres. Viendo anoche en el teatro unos cuantos especímenes, me asombraba de su crecido número, del número crecido de sus atractivos y de la variedad de sus tipos. El precioso coliseo parecía una sala de exhibición de hermosuras; y confieso ingenuamente que, á ser yo juez del concurso, no sabría á quien otorgar el primer premio. Aquí una rubia de color de oro, con ojos azules y profundos como el mar, con una cara resplandeciente de juventud, con una garganta y un busto esculturales, os seduce con sus serenos hechizos; allá una morena toda fuego, os mira con ojos tan negros y brillantes como dos carbones que se transparentaran y permitieran salida al brillo del escondido diamante; de un lado una cara peregrina, blanca rosada, oculta sus ojos fulgurantes debajo de una cejas pobladas y de un negro tan luciente que contrasta con el color de su tez; de otro lado os trastorna un tipo de acabados perfiles, con su corte netamente romano,—una belleza antigua, reposada, severamente digna, una escultura del tiempo de Augusto á quien un moderno Pígmalión hubiera infundido vida y movimiento; arriba una hermosura ostentosa, sabedora de su mérito, orgullosa como una dalia; abajo una belleza de facciones ovaladas, de movimientos perezosos, con una expresión soñadora, deja entrever al través de sus mangas caladas, dos brazos redondos, torneados, blanquísimos, tan perfectos que se dirían los brazos de la Venus de Milo encontrados al cabo de los siglos; aquí la gracia y la movilidad de una andaluza; allá la tranquila belleza de una sajona. Y todas tan salerosas; tan elegantes, tan donairoas! San Antonio, el mismo San Antonio no habría resistido al fuego de una mirada de esas chapinas, ni lo divino (á lo que supongo yo) de una de sus caricias.

Oh bellas guatemaltecas, me habéis hecho caer en pensamientos abominables, como el de defender ó excusar el desorden moral, me habéis quitado el sueño de una noche y me quitaréis la paz de varios días. Me habéis hecho mucho mal, y no os guardo rencor. Puedo aún soportar más tormentos por vuestra causa, pues al fin os he visto y os he admirado.

CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ

Guatemala 1887.

LA GOTA DE AGUA.

(EPISODIO DE UN POEMA INÉDITO DE J. F. FERRAZ).

—Versos 4273-4384.—

En tanto Juan, indiferente y frío,
en medio de aquel sitio pavoroso
no en maldiciones prorrumpiendo impío,
ni temblando, del fallo temeroso,
allí atento examina el antro umbrío
donde el destino le arrojó ominoso,
y de una gota, que del techo lenta
destila y cae, el tardo golpe cuenta.

En el suelo había un poste; la techumbre,
risco musgoso, de hendiduras lleno;
arriba, la humedad y podredumbre
de los siglos; abajo, hediondo cieno,
de larvas y gusanos muchedumbre
de las charcas moviéndose en el seno;
y en un rincón de la mansión sombría
por mísera rendija entraba el día.

Y la gota entretanto destilando
tenebroso reloj asemejaba,
y el monótono golpe resonando
al chocar con el fango, frío daba
al ánimo, suspenso contemplando
aquel tic-tac eterno que horadaba
el suelo junto al poste que algún día
sujetó á un sospechoso de herejía.

“¡Cuántos secretos en su historia encierra,
—dijo Juan con acento de amargura,—
esta constante gota que en la tierra
cavando va su propia sepultura!
Y junto á ella un poste !!..... ¡ cómo aterra
pensar que en algún tiempo dió tortura
á un cráneo viviente, y cual ahora
cayó lenta sobre él, hora tras hora !!.....

“Tú, nacida en la fuente cristalina,
do la mano de Dios crearte quiso
destinada á ser linfa peregrina
deslizándote en llano y fresco piso
de delicada alfombra esmaragdina
adornada de flores, de improviso
¿quién pudo tan cruel cambiar tu suerte,
gota tenaz, en arma de la muerte ?!.....

“Tú, rica perla, que en su faz ostenta
iris radiante, gota trasparente,
tras de quien su belleza el Sol aumenta;
tú, germen del océano bullente:

á este lóbrego sitio, á tanta afrenta,
¿cómo el destino te arrastró inclemente,
de podrida techumbre destilando
y en lodo tu clareza sepultando ?!.....

“Sublime es tu misión, cuando en sus alas
ígneas te envuelve el huracán violento,
y, negra nube, en las etéreas salas,
hirviendo en tí el eléctrico elemento,
de tu vientre tonante el rayo exhalas,
y en remolinos zumba ronco el viento,
y te desplomas, lluvia embravecida,
los ríos desbordando en tu caída;

“ó congelada en copos de nitente
plumón, te ciernes en airoso vuelo,
y tu albo manto rico y esplendente
cubre de invierno el aterido suelo,
ofuscando la vista al Sol ardiente,
sobrepujando en claridad al cielo
y deshaciendo luego tus cristales
en transparentes, líquidos raudales.

“Grande eres, aunque asuelas destructora
el campo en tu descenso, cuando ingente
metralla de los cielos vengadora,
en granizo y en piedra derrepente
bajas rugiendo al suelo, atronadora,
y tiembla en tu presencia el buey mugiente,
y huye la oveja hacia el redil, balando,
pánico horrible en derredor sembrando.

“Inmenso es tu poder, si dilatados,
tus átomos, hirviendo en la caldera,
convertida en vapor, crujen pesados
á tu impulso lanzados en carrera
los vagones del tren, ó los costados
aguijas de la nave que ligera
surca el cristal del férvido oceano,
que intenta sujetar su curso en vano.

“Bella, muy bella eres suspendida
al cáliz de la rosa, en la mañana,
cual lágrima del cielo desprendida
que de la flor te vuelves muy liviana,
en suavísimo aroma convertida,
de Dios á la presencia soberana,
perla en perfume alígero deshecha
al beso de la brisa que te endecha.

“Artista, en estaláctitas sin cuento
magníficos palacios fantaseas
en ignoradas grutas, y en su asiento
estalacmitas caprichosas creas
adornadas de espléndido ornamento,
ya simulando estatuas gigantes,

ya columnas y arcadas, que colora
en su arrebol el rayo de la aurora;

“ó ya, objeto de análisis profundo,
en delicada punta suspendida,
bullente enjambre en tu cristal fecundo
muestras al sabio, de ignorada vida,
de formas mil el diminuto mundo
que alientas por virtud desconocida,
y el catálogo aumentas de la ciencia
variando al infinito la existencia.

“Y tú ¿qué haces aquí, gota infelice,
torpe instrumento de una muerte impía?
¿Este lóbrego sitio no te dice
que no naciste á la tenebrosa umbría
del crimen, que de Dios aquí maldice
blasfemando en la última agonía?
¿Ah! tan cruel es tu mezquina suerte
que te fuerza á vivir junto á la muerte?”....

Criticón.

Tengo yo un amigo, que es todo un
hombre, dicho sea en honor suyo y de quien
lo engendró. Este amigo á quien me doy
el gusto de poner á la disposición de us-
tedes, tiene, entre mil cualidades que le ad-
ornan, el grave defecto de ser lo que algunos
llaman *criticón*.

Para él no hay cosa en el mundo que
no tenga su lado flaco y por ende risible; y
para que ustedes vean que no miento, allá
van ejemplos, porque á mí me gusta ser muy
claro en todo. Conste.

Vió una vez á don Caralampio Bombón,
sentado cerca de una mesa de comedor en
unión de un señor gordo y barrigudo, con el
pelo alborotado y el vestido grasiento; que
decían era Ministro de no se que, y al mo-
mento hizo que nos pusiesen sillas cerca de
ellos y empenzó á decirme del dicho don
Simplicio. ¿Lo ves? Tiene aire de millon-
ario: no saluda, regaña á todo el que se de-
ja, escupe por el colmillo, gasta bromas in-
solentes hasta con las damas y casi, casi pide
ya una tribuna en el Congreso. No creas
por eso que sea tonto, no: es inteligente, lo
que hay es que *mañeando* ó sea contraban-
deando si tú quieres, logró reunir cierto ca-
pitalito y desde que lo tiene, olvidó lo poco
que vale, olvidó su nulidad para convertirse
en un hombre *comm'il faut*. Es incapaz de
dar á un mendigo un mendrugo de pan y
se gasta cincuenta y más pesos en dar un

banquete al señor Ministro tal. Desde que
es semirrico hasta el modo de hablar ha cam-
biado, y si no lo crees, fíjate: apenas se le
oye lo que conversa, porque cree que hablar
bajito, bajito es de buen tono, y él es tan fino,
tan fino, que su vecino no oye lo que le habla.
No es lo que se llama un usurero, pero cuan-
do puede apretar, aprieta; y no solo aprieta
sino que molesta con su charlatana pedante-
ría al mismo á quien pretende servir. Su
erudición no consiste solo en hablar bajito,
bajito con los Ministros y otras gentes de
talle elevado, sino que la echa de literato, da
su opinión sobre cualquier asunto, habla in-
glés con los franceses, es decir, dice que lo
habla y francés con los ingleses, diserta so-
bre física, química, matemáticas, etc., etc.
¿Qué te parece? Aquí cabe bien decir con
Quevedo: “Poderoso caballero es don dine-
ro. Por lo demás don Simplicio es un bellí-
simo sujeto.

Si no quedan ustedes convencidos, allá
va otro ejemplo.

Era una tarde, no me acuerdo si de in-
vierno ó de verano y si llovía ó no; lo cierto
es que este servidor de ustedes se hallaba
en su humilde habitación—que tiene el ho-
nor de ofrecerles—cuando de romplón se
cuela en ella mi susodicho amigo con otro
que lo era de él; y como dos cosas iguales
á una tercera son iguales entre sí, muy pron-
to quedamos los tres en abierta conversación
ni más ni menos que si fuésemos antiguos
grandes amigos. Como todo tiene fin en es-
ta vida (menos mi pobreza, según voy vien-
do), lo tuvo también nuestra entrevista. Mi
amigo me dejó por breves instantes y luego
volvió para decirme: Te has fijado? Este sí
que es un tipo curioso. ¿Lo has oído hablar?
Es como el Narciso de la fábula, enamorado
de sí mismo: se ama y se estina como al fin
cosa propia: él para él mismo, es de la flor
y nata de la nobleza de no sé donde: conoce y
tutea á todas las celebridades europeas: ha
asistido á los más célebres banquetes que las
cortes europeas han dado á los Embajadores
de las mil y quinientas partes del mundo: es
el prototipo de la moda: ha traído á América
la civilización europea en el corte de su
levitín y el lazo de su corbata: habla todos los
idiomas modernos: sabe de artes y ciencias:
no ha querido aceptar la Secretaría de la Le-
gación de no sé donde en Bucharest: monta
bien á caballo: maneja el florete: tira al blan-
co: baila como un trompo: es músico por he-
rencia paterna y barbilampiño por la mater-



JUAN SANTAMARIA.

na; y en fin es el epílogo, el *quilo*, el resumen de la magna obra de la perfección humana. Todo esto lo dice él de sí mismo: pero por desgracia hasta hoy á nadie he oído que le haya conocido en el apogeo de su gloria ó mejor dicho que le haya conocido cuando su reino lo tenía allende los mares. Sin embargo encuentra eco el tal don Medardo Acomodaticio; tenemos en nuestras pequeñas sociedades gente con las *creederas* muy anchas, capaces de comulgar no ya con ruedas de molino, sí que con catedrales sevillanas. Este sí, que, pese á mi alma, es tonto de caprote: por lo demás bellísimo sujeto.

Va el tercer ejemplo para concluir.

Llegó mi susodicho amigo todo mojado, y aquí es bueno que advierta, aunque nada les importe á ustedes, que llovía á *pierna suelta*, aunque era de día y en el reloj del vecino campanario no había sonado ninguna hora, por la sencilla razón que el tal campanario nunca ha sido hombre capaz de tener reloj aunque fuese de bolsillo. Digo que llegó mojado hasta donde él no quisiera y sentándose bruscamente empezó á contarme que venía de ver á la niña Gumersinda Buscanovios, ex-joven como de 45 inviernos según malas lenguas, solterona por convicción según ella asegura, literata de pura sangre y jamona más conservada que si hubiese salido de alguna fábrica de York. Esta gráfica descripción me la hizo mi amigo, agregando por vía de retoques, que dicha señora tenía la crónica costumbre de rodearse de cuantos jóvenes amantes de las letras hallaba á su paso, para entrenarse con ellos leyendo y haciendo versos ó bien comentando la Pasionaria de Cano ó las Rimas de Becker. Pero, cosa rara, me decía, nunca encontrarás en casa de dicha *Señorita* cabezas canas, ni caras feas; es un capricho de antaño, resavios de muchacha, granos de incienso quemados en el altar de sus decepciones juveniles, ó bien plegarias que ella eleva al milagroso San Antonio. Asociada de sus tertulios habla con formalidad, da su opinión y aun suele escribir su cuarteto octosilabo de vez en cuando, bien ó mal en lo de la dicción y medida, pero siempre salvando la ortografía que como es bien sabido está más que reñida con la generalidad de nuestro bello sexo. Ahora si es un solo individuo el que tiene la desventura de entenderse á solas con ella, ¡pobre mortal! aguanta unos solos de sentimentalismo capaz de desesperarte á tí (es decir yo) que tienes fama de ser el hombre mas *cachazudo* de es-

te siglo. Se queja de su suerte más que el Segismundo de Calderón; llora la desmoralización de la sociedad actual; deplora el mal gusto en el vestir de nuestro sexo débil: cuenta la vida y milagros de la vecindad; y entre suspiro y suspiro concluye pidiendo á Dios que no permita se le presente novio porque esto la haría distraerse de sus literarias ocupaciones.

Por lo demás es una *hermosa jamona* con diez arrobas de peso neto, más ó menos; excelente para tía.

Con lo dicho creo dejar convencido á todo el mundo de la rara manía de ese mi amigo tan mentado, de ese mi amigo *crítico* inveterado, á quien un día de tantos le rompen una costilla, y para mí tengo que bien se lo merece, porque ¿qué le importa á él que don Fulano, sin rentas conocidas gaste un lajo grandísimo y que por eso se diga por lo bajo que es *ignoto presupuestivo*. Ni que don Zutano dé codazos al mismo que ayer tateaba, tan solo porque la Universidad cometió el disparate de venderle un título académico? Nada, absolutamente nada. Esto es lo que yo pienso y me doy el gusto de someter á la consideración de ustedes.

Libertad, 16 de junio de 1887.

PASCUAL.

Juan Santamaría.

Vivo, su nombre oscureció la suerte;
Muerto, á su nombre está la gloria unida:
Si en sombra triste lo envolvió la vida,
De luz inmensa lo cubrió la muerte.

*Por la patria luchó con brazo fuerte,
Siendo espanto á la hueste maldecida
Más que en la lucha misma, en la caída,
Cuya grandeza en héroe lo convierte.*

De su existencia el áspero sendero
Recorrió batallando con el sino;
Mas fué la gloria el término postrero.

*Así la patria, al fin de su camino,
Su nombre esculpe en mármol duradero
Que diga que al morir, venció al destino.*

Pío Víquez.

Juan F. Ferrás.

Dolor eterno.

(A Manuel V. Blanco).

Llamaron á la mesa: muy despacio
Me dirigí á sentarme,
La cabeza inclinada sobre el pecho,
Pensando en cosas graves.

**

Ocupé mi lugar en este estado,
Y á los pocos instantes
Volví la vista en torno de la mesa
Con aflicción muy grande.

**

No pude respirar sentí en el alma
Dolor inesplicable,
Y mi semblante pálido surearon
Lágrimas abundantes.

**

Terrible situación! No tuve fuerzas
Ni para levantarme

Por la primera vez vacío estaba
El puesto de mi madre!

CARLOS A. IMENDIA.
(Salvadoreño).

1887.

DECIMAS.

Cuando el alma del poeta
Se encuentra triste y sombría
Es imagen la poesía
De su congoja secreta;
Sus pesares interpreta
La lira que pulsa ansioso
Y en el inerte reposo
En que vive sumergido
Lanza un doliente gemido
El instrumento armonioso.

Cuando el desdén de una ingrata
Es el pago del amor,
El canto del trovador
Es un tósigo que mata;
Su voz trémula relata
La historia de su vivir
Y su oscuro porvenir
Pinta con tales colores
Que hace temblar á las flores
Y á los pájaros gemir.

Más si la suerte le halaga
Con engaños seductores
Cuando en felices amores
Mujer ardiente lo embriaga,
Cuando extasiada le paga
Con mil caricias divinas,
Sus canciones peregrinas
Son trinos de ruiseñores
Que cantan entre las flores
En las horas matutinas.

El arpa del trovador
Que en amorosa querella
A las rejas de una bella
Brotó raudales de amor
Es el lenguaje mejor
Para expresar con su acento
Del pecho aquel sentimiento
Que dulcifica la vida
Y por el que siempre olvida
Las penas el pensamiento.

Yo que tengo hecho girones
Por el martirio mi pecho
No cantaré satisfecho
Mis pasadas ilusiones;
Solo serán mis canciones
Las notas de la aflicción
Que arranca la inspiración
Si triste mi alma suspira,
Porque son las de mi lira
Las cuerdas del corazón.

San José, junio 25 de 1887.

M. E.

Academia de Pintura.

Las decoraciones exhibidas en algunos de los altares de Corpus, han hecho brotar en nuestra mente algunas reflexiones acerca del estado de la pintura en Costa Rica.

Esos artísticos trabajos habilmente ejecutados por los señores Agustín Ramos, Timoteo Fernández, Vicente Castro y Francisco Roldán, nos demuestran que el arte á que Rafael, Murillo y tantos otros consagraron ferviente culto, ha encontrado en nuestro suelo terreno fértil en que germinar; puesto que los frutos que él produce, casi sin cultivo, son una alhagüenia esperanza para el porvenir.

Carecemos de muchos de los elementos indispensables para dar un vigoroso impulso

al desarrollo de las Ciencias y las Artes; ya es tiempo de buscar el medio mas adecuado para la adquisición de esos elementos; ya es tiempo de resolver tan importante cuestión.

En lo que á la pintura se refiere el problema no presenta dificultad alguna para su resolución. En efecto, fundando una Academia y dotándola de los recursos necesarios para su sostenimiento, se llenaría un vacío y se aprovecharían en favor del país, esas fuerzas que hoy se encuentran aisladas y sin guía, fuerzas que bien dirigidas darían opimos frutos.

Con el establecimiento de la Academia, aparecería un nuevo horizonte para nuestra juventud, indicando el camino, que en otras regiones, tantos hombres han recorrido, coronada la frente con la aureola de la gloria, ardiendo en el pecho el sagrado fuego que produce la inspiración, y arrebatando con el pincel las mas bellas creaciones de la Naturaleza para hacerlas revivir en sus lienzos inmortales.

Se cumple con una sagrada obligación al tender una mano protectora á jóvenes que con muy buenas aptitudes y con ardiente deseo de cultivarlas, no pueden, sin embargo realizar sus nobles aspiraciones. Es un acto de justicia el dotar de esos elementos á tantos humildes artistas que han consagrado su juventud á la consecución de un ideal que está muy léjos; pero que llenos de fé, prosiguen su peregrinación hacia él, sin cejar un momento, á pesar de los numerosísimos obstáculos que les cierran el camino.

Por qué no prestar ayuda á sus esfuerzos?

La parte económica de la idea no es gravosa al Estado. A una pequeña suma mensual para profesores y útiles, se reducirían las erogaciones que el Tesoro tendría que hacer; pues la Universidad posee un vasto local con galería de cristales, adecuado al objeto, y no dudamos que la Junta Directiva de la misma, entusiasta propagandista del saber, no tendría inconveniente en cederlo para tan noble objeto.

Por lo que tan á la ligera hemos apuntado, se ve que no existe en realidad obstáculo alguno para la realización de nuestra idea; y que únicamente depende de la buena voluntad de los hombres que se encuentran al frente del Gobierno.

¡Que no olviden éstos que uno de los principales medios de obtener la gratitud nacional, es facilitando á la juventud estudiosa

la realización de sus nobles propósitos, impulsando así á Costa Rica de un modo firme en la senda del progreso!

San José, junio 26 de 1887.

O. Q.

HEREDIA.

A LA APRECIABLE SEÑORITA

ADELA OREAMUNO.

Por los Céfiros mecida
Y por las aves cantada,
En ancho valle se anida,
Entre flores escondida,
Heredia, mi cuna amada.

Modesto pueblo situado
Entre campiñas hermosas,
Do tienen su nido amado
El pajarillo pintado

Y las ledas mariposas,
Donde auroras purpurinas
Y bellas tardes plateadas
Esmaltan de perlas finas
Aquellas verdes colinas
Y montañas azuladas.

Es con célica sonrisa
Como allí el aura enamora
A la nube que indecisa
Lleva en sus alas la brisa
Cuando aparece la aurora.

En primaveral encanto
Allí se ostentan las flores,
Desde el pálido amaranto
Que habita en el Camposanto,
Emblema de los dolores,

Hasta la rosa altanera
Que desprecia á la violeta,
Porque una linda hechicera
La prende en su cabellera,
O la besa en su maceta.

El murmurio de la fuente,
El zumbido de la abeja,
Y de la torcaz doliente
La nota que tristemente
Exhala cuando se queja;

Del gilguero el suave acento
Que modula en la mañana
Armonioso, vago y lento,
Forman el dulce concento
De la música herediana.

Oh mi pueblito encantado
De América rico edém!
Oh paraíso soñado,
Donde no hay fruto vedado
Que nos prive de tu bien!

Son tus montañas vergeles
Son jardines tus praderas,
Donde crecen los laureles,
Parásitas, *sanmigueles* (*)
Y gigantes palmileras.

En tí los naturalistas
Encuentran con profusión
Insectos, plantas y cristas,
Y los amantes artistas
La fuente de inspiración.

Aves de pluma dorada,
Flores de vario color,
Fuentes de linfa argentada,
Aura fresca embalsamada
Y la Venus del amor.

II.

La simpática Herediana,
De ojos negros, tez de rosa,
Talle esbelto de Sultana
Que parece por hermosa
Lucero de la mañana.

Nereida de leve espuma,
Sirena de dulce canto,
Un cisne de la laguna
En cuyo nítido manto
Refleja un rayo la luna

Golondrina en sus dolores,
En el placer, mariposa,
Fiel paloma en sus amores
Que inocente y cariñosa
Forma su nido de flores.

Ligera como la nave,
Cimbreña como la palma,
Semejando por lo suave
Un pensamiento del alma
Que toma el vuelo del ave.

III.

Oh tierra de bendición!
Oh mi tierra americana!
En tí se ostenta galana
La flor de mi corazón
La simpática Herediana.

Tú acariciaste en tu seno
Aquella madre querida,
Cuya imagen bendecida

Es aun el iris sereno
De mi borrascosa vida,
Y mi ilusión nacorada
De amor sonrisa primera,
La dulce niña hechicera
Quince veces coronada
De Flora en la primavera.

Los amigos de la infancia,
Con quienes crecí sonriendo,
Tras los pájaros corriendo
Y aprisionando en su estancia
A las palomas durmiendo.

Y guardas en tu mansión
Los restos ya carcomidos
De aquellos seres queridos,
Pedazos del corazón
Por la tierra recogidos.

Eres, pueblo, mi tesoro
Eres, Heredia, mi encanto.
Ante tu altar sacrosanto
Yo vierto triste mi lloro,
Y entono alegre mi canto.

De Heredia en la tierra amada
Caven ¡ay! mi tumba helada,
Que es dulce morir así,
Como el tierno colibrí,
Sobre la flor más preciada.

GRACILIANO CHAVERRI M.

Cartago, 15 de junio de 1887.

PENSAMIENTOS.

El lenguaje más elocuente, más sublime
y más expresivo de dos almas que se aman
con la vehemencia de un amor sin límites,
es el producido por la armoniosa música de
un beso.

No hay mejor sistema para arraigar bien
el afecto en dos corazones que se aman, que
el de la prohibición.

El artista es alma, es sentimiento, y co-
mo tal, necesita amar, soñar con mundos lle-
nos de encanto y de poesía; necesita tener un
ángel, un ideal, y sin estas condiciones no
puede remontar su vuelo.

El ruido producido por el contacto de los

(*) Flor silvestre muy apreciable.



JULIETA Y ROMEO.

labios que se adoran, no empaña en nada la virtud de una mujer, porque el beso en el crisol del amor es tan puro y natural como amarse.

La felicidad sólo se encuentra en nuestra conciencia, cuando ésta cumple con los deberes humanitarios.

No hay peor infierno que el remordimiento de la conciencia en personas de sentimientos nobles.

La mujer que desengaña á un hombre cuando en el pecho de éste empieza á encenderse la llama del amor, aparece más digna ante su amante y ante la sociedad; pero la mujer que hace lo contrario no merece sino compasión y desprecio.

Por lo general entre nosotros la mujer coqueta es casi siempre cortejada: la humilde y recatada se mira con desdén.— ¡Triste realidad!

Los sueños siempre producen gozo: si son agradables, mientras duran; si desagradables, viendo la realidad al despertar.

San José, junio 27 de 1887.

PAULINA COLANG.

Con el mayor gusto reproducimos á continuación el artículo biográfico que el acreditado periódico mexicano *El Album de la mujer*, consagra á nuestro compatriota don Manuel María de Peralta.

Muy justos son los elogios que el citado periódico tributa al señor Peralta, quien por su propio esfuerzo y mérito indisputable ha llegado á obtener una elevada posición social en Europa, y captándose el aprecio y simpatías de los hombres más notables de los países donde ha residido ya desempeñando funciones diplomáticas, ya como simple particular.

El haberse alejado el señor Peralta de nuestro suelo desde hace mucho tiempo, no ha sido parte á entibiar su patriotismo. Por el contrario: se interesa como el que más por nuestro adelanto, celebra con vivo entusiasmo cualquier progreso que aquí se realiza, procura con empe-

ño que su país sea ventajosamente conocido en el extranjero y levantar el crédito de la Nación. De esto también dan testimonio, tanto los libros que acerca de límites é historia de Costa Rica ha publicado en diversas ocasiones,—fruto de dilatados estudios é impropio trabajo,—como los importantes servicios que ha prestado en la carrera diplomática.

No menos le recomiendan á nuestra estimación y gratitud, la manera franca y bondadosa con que recibe siempre á sus compatriotas, á los cuales prodiga las más finas atenciones.

Americanos distinguidos.

D. MANUEL M. DE PERALTA.

El buen concepto que las Naciones europeas empiezan á formar de los pueblos americanos, débese al acierto de los Presidentes de estas Repúblicas en la elección de sus Ministros en el extranjero.

El Ministro de Costa Rica en París está poniendo muy alto el nombre de Centro América. El señor Peralta, del cual vamos á trazar á grandes rasgos un boceto biográfico, es uno de los costarricenses más notables. Dotado de facultades extraordinarias para las bellas letras, la oratoria y la diplomacia, empezó á figurar siendo muy joven, desempeñando en Europa elevadas misiones que su patria le confió.

Su exquisita finura, su conversación erudita, sin rebuscamiento, y su discreción, que es el primer talento del diplomático, le han proporcionado grandes simpatías, tanto en Europa como en América. Su amor al estudio le ha hecho frecuentar las mejores bibliotecas, habiendo su prodigiosa memoria convertido su cerebro en valioso archivo.

Habladle de lo menos conocido, preguntadle al azar, y pronto sus enciclopédicos conocimientos os darán satisfactoria respuesta, con tono modesto.

El Ministro de Costa Rica en España y Francia es actualmente el más joven de los diplomáticos de la América latina. Nació en Cartago (Costa Rica) en el año de 1847. Empezó su carrera diplomática en 1871, siendo nombrado Secretario de la Legación de Costa Rica en Francia; más tarde fué Encargado de Negocios en Londres; fué á Italia en 1874, encargado de una misión confidencial cerca de S. S. Pío IX; representó á Costa Rica en el Congreso Geográfico de París en 1875 y fué de Ministro á Washington en el siguiente año.

Asistió en mayo de 1879 al Congreso del Canal Internacional, presidido por el ilustre Fernando de Lesseps, y no ha cesado de prestar sucesivamente diferentes servicios á su patria.

Los gobiernos de los países que ha visitado le han distinguido con honrosas condecoraciones. Los círculos científicos y literarios le han concedido títulos y diplomas envidiables.

Este eminente centroamericano es correspondiente de las Sociedades Geográficas de New York, París, Madrid y Bruselas; miembro de las Academias de la lengua, de la Historia de Ciencias Políticas y Morales en Madrid, y de la de Bellas Letras en Sevilla.

Ha publicado varios libros, que son muy estimados en los círculos doctos. Entre sus obras recordamos las siguientes: *Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI, El río San Juan de Nicaragua, La República de Costa Rica, su clima y sus recursos, Colombia desde 1573 hasta 1881 y otras.*

Este erudito literato es políglota, y sorprende la perfección con que habla y escribe los múltiples idiomas que ha estudiado.

El nuevo Ministro de Costa Rica es muy digno de representar á tan culta Nación.

FRANCISCO DE PAULA FLAQUER.

(De *El Álbum de la Mujer*).

El Erizo. (*)

Cenida de siniestros resplandores,
Desde el Mesón, la muerte enfurecida
Fulminaba sus rayos, que la vida
Agostaban de nuestros luchadores.

Del batallón guerrero, los mejores
Iban cayendo en cada acometida,
Que siempre inútil fué toda embestida
Y principio de lástimas mayores.

Mas las llamas envuelven de repente
El baluarte del déspota iracundo,
Y la victoria alcanza nuestra gente.

Exangüe y entre el fuego rubicundo,
Al lado de la tea, está el valiente:
ERIZO se llamó, súpalo el mundo!

Pío VÍQUEZ.

(*) Así era llamado corrientemente Juan Santamaría, el héroe de Rivas (Nicaragua).

El Tambor. (*)

El Mesón es trinchera inexpugnable;
urge el asedio; suena la fagina,
y no hay para el asalto quien su ruina
quiera hallar en el muro inabordable.

Allí vacila el fuerte; el espantable
abismo hace olvidar la disciplina,
y el terror que al ejército domina
es impotente á contener el sable. . . .

Mas, de pronto, el "Tambor" toma una tea;
trepa al Mesón; asalta la techumbre,
y la llama en los aires serpentea.

Mírase al héroe en la rojiza lumbre
desaparecer. . . . La gloria le rodea,
pues él supo asaltar su enhiesta cumbre!

JUAN F. FERRÁZ.

(*)—Era el puesto de Juan Santamaría en el ejército costarricense.

REVISTA TEATRAL.

El público está complacido. Esto es el mayor testimonio de la excelencia de la Compañía. El entusiasmo de la noche de estreno se mantiene á la misma altura, y van ya cinco representaciones. Háse puesto en escena *El Salto del Pasiego*, pieza que fué repetida; *El Anillo de Hierro*; *Las Campanas de Carrión* y *La Marina*.

Todos están de acuerdo en que no dejen que desear las primeras actrices Celimendi y Fernández y los señores Monjardín y Abella.

Pero también merecen ser colocados en vistoso lugar la señora Cavaletti y los señores Vila é Iglesias, tenor cómico.

En los papeles de nuestro mayor agrado, que son los que hacen cosquillas, los dos últimos son de mérito incuestionable.

Abella, que para merecer las mejores recomendaciones, canta como un verdadero barítono, tiene, además, un talento superior para colocarse en su puesto en cuanto á la acción ó carácter del papel que le toca desempeñar. En este sentido, sólo la señora Fernández logra vencerlo.

Vila estuvo anoche muy á punto de ir á la cárcel. Su encierró no habría sido injusto. En la Música Clásica estuvo insoportable. Tocóle desempeñar el papel de Cucufate. Si la pieza hubiese durado unos minutos más, no habría sido posible resistirlo; la Policía hubiera tenido que intervenir, y ésto habría estado arreglado á derecho. Provocó tal desorden desde el momento en que apareció sobre las tablas, tales ruidosos aplausos y frenéticas carcajadas, que no parece sino que manos

invisibles le andaban á cada cual por los costados y por el cuello. No pocos estuvieron á punto de quedar reventados sobre sus butacas.—Si Vila ha de seguir representando como en Música Clásica, prudente será que el Juez le exija fianza de costas, daños y perjuicios.

Vila no tiene una coma de Payaso, y sin embargo hace que el público se des-ternille de risa. Estuvo soberanamente secundado por la señora Fernández, que desempeñaba el simpático papel de Paca.

Pío VÍQUEZ.

29 de junio.

EPISTOLA AMOROSA.

Dulce bien! á tus plantas imploro recompenses mi casta afección; pues te adoro, te adoro, ¡te adoro! con voráz, incendiaria pasión.

Este fuego me seca y me abraza y pues tanto padezco por tí, ¡oh Tomasa, Tomasa, ¡Tomasa! dame el sí, dame el sí, ¡dame el sí!

Cuán dichosos, mi vida, seremos arrullados en plácida fe no rechaces mis locos extremos; quieremé, quieremé, ¡quieremé!

Si á desdenes me haces que muera, como Otelo exclamar podré yo: oh que fiera, que fiera, ¡que fiera! me mató, me mató, ¡me mató!

No repugnes mi amante arrebató si tal haces ¡oh rosa de abril! yo me mato, me mato, ¡me mato! con navaja, pistola ó fusil!

TOBIAS.

EXPLICACION DE GRABADOS.

Amelia C. de Bettini.

Dotada de un corazón tierno y sincero, de una alma impresionable, y con una voz dulce y armoniosa, la hija del Adriático tenía que figurar bien temprano en el cielo del arte con éxito brillante.

En Italia, como en otras naciones, ha merecido grandes aplausos como artista y justos elogios como mujer de buen corazón.

Se perfeccionó en la escuela del insigne

maestro Lamperti, y gracias á sus estudios perseverantes, logró conquistarse un puesto muy distinguido; pues en la Scala de Milán y en el Liceo de Barcelona, le han tributado calurosas muestras de simpatía y admiración.

En 1881 fué contratada para la inauguración del teatro imperial de San Petersburgo.

Ha cantado con especialidad en las óperas "Favorita" de Donizetti, el "Barbero de Sevilla" de Rossini, y el "Trovador" de Verdi.

Amelia Bettini, es dignísima compañera de Adelina Patti, pues juntas han dado conciertos en los Estados Unidos de América. Al separarse estas dos divas, la Patti le regaló como un recuerdo, su retrato encerrado en un hermoso medallón guarnecido de brillantes.

La Bettini es joven y posee varios idiomas con toda perfección.

Tiene su casa de campo en Santo Domingo, capital de la República Dominicana.

Juan Santamaría.

Costa Rica no reconoció el mérito de este hombre extraordinario, cuya memoria quedó sepultada en la tumba del olvido.

Juan Santamaría vino al mundo á cumplir una gran misión; pasó como el relámpago, pero llenando de gloria las páginas de nuestra historia.

Al emprender con heroica decisión la hazaña de todos conocida, solamente imploró la protección para su desolada madre, sellando en seguida con su sangre, una de las más espléndidas victorias del ejército costarricense, en su gloriosa campaña emprendida en defensa de la América Central.

El nombre de Juan Santamaría está inscrito con caracteres indelebles en el corazón de todos los centro-americanos, principalmente en el de sus compatriotas, los costarricenses.

Hasta hoy no se había hecho justicia á su heroísmo y á su patriotismo inimitables.

Hemos visto el importante acuerdo de la Secretaría de Guerra, que manda levantar una suscripción en toda la República, con el objeto de erigir un monumento en la ciudad de Alajuela, para perpetuar la memoria de Juan Santamaría.

El honor nacional reclamaba esta medida. Hasta ahora no se había rendido á su memoria el debido tributo de admiración.

Con el acuerdo á que aludimos, se ha quitado de nuestras conciencias el sello de ingratitude que sobre ellas pesaba.

Esperamos que la suscripción que se mandó levantar será cubierta bien pronto, y deseamos que el monumento sea digno del héroe á quien se erige.

El valiente hijo de Alajuela y gloria de la patria, tendrá entonces un símbolo de gratitud

que le consagran sus conciudadanos, como héroe modelo y mártir sublime de nuestras libertades.

Nuestro grabado representa el acto en que daba fuego al Mesón de Rivas el 11 de abril de 1856, donde se hallaban las fuerzas enemigas, y ya casi sin un brazo, porque estaba deshecho por las balas, toma la tea con la otra mano, dá fuego, triunfa, la victoria le sonríe, y la gloria le ciñe una guirnalda de inmortales.

Julietta y Romeo.

Todos conocen este simpático y ardiente idilio.

Todos saben que en Verona, en esa hermosa región de Italia, la antigua ciudad del Véneto, arrullada por las ondas y la música del Adigio y cobijada siempre por un cielo azul purísimo, tuvo lugar aquel sublime poema de amor, aquel famoso drama inmortalizado por la musa de Shakspeare y conocido por el nombre de sus héroes, Julieta y Romeo, donde amor y virtud son triunfantes, y que nos hace ver las consecuencias del odio de familia. Julia Capuleto y Romeo Montesco, contrariadas siempre sus inclinaciones, nunca vieron levantarse ante su vista la felicidad y la dicha en todo su esplendor, y sólo en la tumba hallaron descanso, desenlazando así ese drama lleno de amor y de heroísmo, de lágrimas y sublimidad.

El grabado representa aquella escena en que la apasionada y gentil doncella le dice á Romeo después de una ausencia: ¡Cuántos días sin verte!

PAOLO.

Damos las más cumplidas gracias á nuestros apreciables amigos, los señores don José M.^o Solano B. (Pascual) y don Carlos A. Imendia, por haber tenido la amabilidad de enviarnos desde la República del Salvador algunas producciones para nuestra revista, las cuales serán indudablemente del agrado de los lectores.

El primero es muy conocido como hábil escritor de artículos de costumbres, y el segundo es un joven de veinte años, que empieza á arrancar dulces y armoniosas notas á su lira de oro, y que encierra en su alma el sentimiento puro de la poesía.

Suplicamos á los amigos Solano é Imendia continúen favoreciéndonos con sus bellas producciones.

ANUNCIOS.

FRANCISCO VALIENTE

tiene su galería en la calle del Cuño
n.º 17, cerca del Mercado.

En este establecimiento se trabaja toda clase de retratos:

Tarjetas,—Imperiales,—Victoria,—Miniatura, & c.

Preciosos estilos *Rembrandt*, los cuales presentan la misma exactitud y finura en la combinación de luz y sombra que los que se ejecutan en los Estados Unidos de Norte América.

Magníficos retratos al *crayón-pastel*.

Los trabajos de este establecimiento fueron premiados en la Exposición Nacional de 1886 con dos medallas de *primera clase*.

Precios sin competencia.

Juan Francisco Echeverría.

Jenaro Castro Méndez.

ECHEVERRIA & CASTRO,

Corredores Jurados y
Comisionistas.

Apartado 103.

2 Calle General Fernández.

Cable "Echeverría."

SAN JOSÉ—COSTA RICA.

AL PUBLICO.

En el muy conocido y acreditado establecimiento fotográfico de H. N. Rudd, situado en la calle del General Fernández, frente al Parque, se ejecutan, según el sistema moderno, con el mayor esmero y prontitud, retratos de todas clases como son:—*tarjetas, imperiales* y otros tamaños. Todas las fotografías se pueden iluminar á precios módicos.

También se ofrece una variadísima colección de las mejores vistas del país.

Retratos elegantes al *pastel gris*.

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

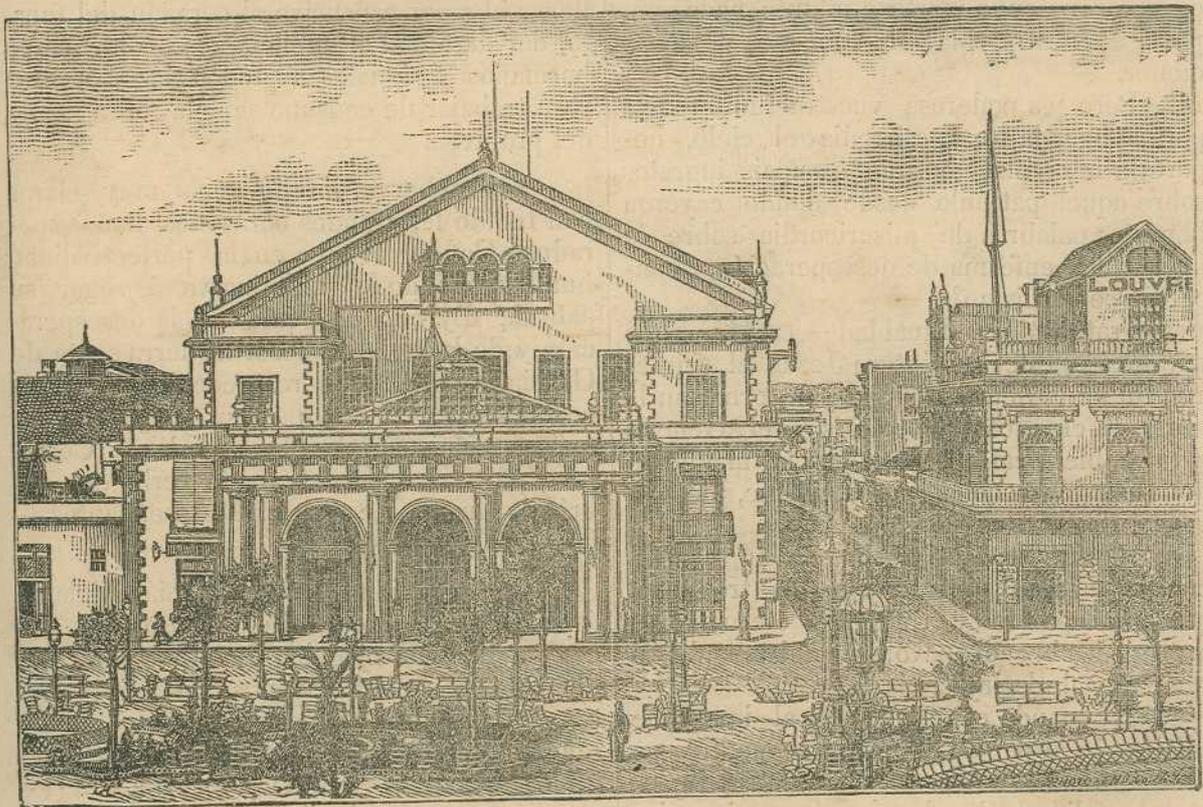
PRECIO DE SUSCRICION:
En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.
En el extranjero..... 1-00
Número suelto..... 0-15
Números atrasados. „ 0-25

{ Año I. Núm. 3. }
San José, 15 de julio de 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle del Cuño número 5, Oeste.
APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*En el cementerio de los pobres*, por Miguel Tapia. *Rimas*, por Pío Viquez. 14 de julio, por Leonidas Pacheco. *La pena de muerte*, por Genaro Cardona. *Malditos sean los celos*, por Carlos A. Imendia. *Juan Santamaría*, por Justo A. Facio. *Antonio Zambrana*, por Ramón Lortía Iglesias. *Revista teatral*, por Braulio. *Rimas*, por P. Calderón. *Cosas del día*. *Variedades*, por J. M. A. *Geografía física*, por Francisco Montero B. *Explicación de grabados*, por Paolo. *Anuncios*.

Grabados.—El Teatro Tacón de la Habana. Adelina Patti.



EL TEATRO TACÓN.

En el cementerio de los pobres.

Si. Vosotros los que habeis sentido arder vuestros ojos al perseguir inútilmente en los espacios un ideal, vosotros cuyo cerebro ha prensado el infortunio entre sus garras, y que aspirando miasmas y bebiendo acíbar habeis escondido largos años vuestro dolor en el silencio, y con la mano sobre el pecho habéis contado las desiguales palpitations de un corazón próximo á romperse—comprenderéis que destile hiel la pluma, hiel que abundosa hemos libado, y se mezcle á nuestro llanto cuando en ignorado cementerio recorremos la maleza para contemplar la sepultura humilde donde el desengaño arrojó queridas ¡ay! y muy generosas y muy santas ilusiones.

Quitad: allá los dichosos en cuya vida jamás ha caído una lágrima; desechad con desdén, ó como gustéis, mis pobres pensamientos: nada tengo que decir á gentes en cuyo cráneo sólo bulle la idea del logro, en cuyo organismo sólo se calientan instintos animales.

Hay un libro divino que no leís: es el Evangelio,—hay un hombre inmortal tendido en una cruz cuyo martirio infinito nada importa á vuestra vida de egoísmo y sensaciones.

Pero ¿es poderosa vuestra indiferencia para apagar la luz que irradia el cielo, importa á la civilización que escupais ingratos sobre aquel patíbulo desde donde cayeron benditas palabras de misericordia sobre la humanidad enferma de desesperación y cancheroso sensualismo?

Fraternidad, Igualdad—santas ideas que hicieron del carpintero Jesús el primer apóstol de la democracia y que tornarían la tierra en el encantado paraíso del Génesis si no hubiera caído sobre ella la maldición del Dios de Lincoln, de Juan Huss, de San Pablo, de los Gracos y de Abel.

“¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?”—He aquí la interrogación tremenda que han repetido y repetirán eternamente los siglos sobre el pavoroso abismo de la ruindad y de la injusticia.

Oh! cuando contemplamos al ignorante caminando al par de la bestia á hundirse en las sombras del no sér al hombre inteligente y desvalido luchando con las exigencias de la materia y las aspiraciones del espíritu, cerramos los ojos, y en nuestro desaliento somos osados á dudar si esa Providencia habrá de ser otra cosa que la despiada

lógica de ciego fatalismo.—Pero no! que al escuchar el eterno sollozo de la humanidad dolorida, plácido acento, dulce como las blandas melodías con que las arpas eolias saludaban el paso de las auras, viene á traernos las consoladoras palabras del sermón de la montaña:

“Bienaventurados los misericordiosos y los que lloran, porque ellos alcanzarán misericordia—bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, y por amar la justicia son perseguidos, porque hallarán un lugar en el reino de los cielos.”

Mas ¿habiamos de esperar la muerte para vislumbrar la celeste Jerusalén soñada por el Evangelista de Patsmos? ¡Quién sabe!—Han pasado tantos siglos desde que Jesús esparció sobre la tierra la semilla del bien, y aún no ha fructificado! siempre el hombre enemigo del hombre, siempre el individualismo egoista, las mismas intenciones envueltas an relumbrantes frases que sólo son el atavío de un carnaval.—El cristianismo no ha pasado de ser el grano de incienso que perfuma los altares de una de tantas religiones, sin que halla conseguido llevar el amor expansivo al corazón del fuerte, dar dignidad al menesteroso, unir como hermanos é iguales á todos los hombres para trabajar de consuno en la obra santa del progreso.

Sin embargo, inteligencias muy claras han tenido fé, grandes corazones han esperado.—Condoreet cree en la perfectividad humana cuando la guillotina va á segar su cabeza; Byron, el génio de la desesperación y de la duda, al besar la tierra santa de Grecia, espera en la resurrección, y la ofrece sus bienes, sus lauros y su sangre.—¿Por qué no seguir sus huellas de luz? Corramos, pues, el toldo de agreste yerba que cubría la huesa de nuestros desencantos.—Creamos y esperemos.

La humanidad marcha hácia adelante á pesar del velo de sombras con que á veces vendan sus ojos los hombres de pérfida intención.—Ahoguemos con ánimo entero la vívora del odio que nos envenena la sangre, y no olvidemos un momento la doctrina del Galileo: “Amaos los unos á los otros, para que seais dignos hijos de vuestro padre que está en los cielos.”

MIGUEL TAPIA.

RIMAS.

Ignoro que será lo que subleva
mi corazón y mi alma.
El odio y el amor, feroces buitres,
ha tiempo devoraron mis entrañas.

La presa disputáronse rabiosos
con poderosas armas:
dentro del pecho llevo todavía
las sangrientas señales de sus garras.

Ignoro que será lo que me crispa,
si no amo ni odio nada:
lástima sólo la maldad me inspira
y la virtud.....tan sólo me da lástima.

Qué mal me aqueja, pues? quién envenena
mi corazón y mi alma?
Lo ignoro; pero sé que de la vida
es grande y pesadísima la carga.

Pío VÍQUEZ.

14 DE JULIO.

Densas nubes encapotan el cielo. Está muy triste el día. Todos los semblantes están como velados por una sombra. El pueblo más simpático del mundo, el más grande también, se agita como las olas que bate el viento, precursor de recia tempestad. Algo extraño va á pasar, porque ese pueblo, alegre como la infancia, espiritual, decididor y juguetón, está circunspecto, meditabundo, y con el martillo en la mano y un aire sombrío y resuelto deja ver la agitación del que intenta algo grande. Sí; muy grande es la tarea que va á emprender. Va á derrocar un principio absurdo, va á desmenuzar y arrojar al viento una tradición.

Aquella multitud sombría, precedida de ruido sordo y amenazador y como un mónstruo de innúmeras cabezas pero de una sola voluntad, rodea el fatídico edificio, odiada mazmorra donde tantas lágrimas se derramaron, donde tantos suspiros se deshicieron en sus muros, donde tantas vidas se extinguieron sin mirar por vez pos-

trera el sol. Sufrimiento, lágrimas, orfandad y muerte, producto todo de la última razón de los reyes, como siniestro recuerdo parecía escrito con caracteres de fuego sobre las paredes de la Bastilla, avivando el odio de ese pueblo víctima del absolutismo. La Bastilla representaba para los franceses la condensación de sus amarguras, de su humillante esclavitud, grabada en piedra como una página que debía ser imperecedera.

Pero ya había sonado la hora. El pueblo iba á tomar su desquite. La indignación se sublevaba y el negro edificio empezaba á desmoronarse. Al seco ruido de la maza que arranca en pedazos las piedras de la torre, Felipe Augusto se estremece en su tumba, Luis XI se persigna haciendo repugnante mueca, Richelieu llora en la agonía de su adorado principio y Luis XIV lucha por saltar de su tumba para gritar al atrevido pueblo que el absolutismo, llevado por él al ápice de su desarrollo, no debe morir, que *el estado es el Monarca*. Pero el pueblo á quien Dios inspira nada ve, nada escucha. Sigue su obra de demolición, inflexible como el destino, y á compás que el edificio se hunde siente nacer en su pecho la libertad.

La ira de una Nación, el delirio de un pueblo cuando son inspirados por una causa santa son la voluntad de Dios, el fuego celeste que prende en el pecho del ciudadano y lo levanta hasta convertirlo en ejecutor de sentencias divinas. El pueblo francés el 14 DE JULIO reivindicó los derechos del hombre, desconocidos y ultrajados, se proclamó libre y arrojó en la sima del desprecio el irracional derecho divino de azotar y aherrojar al hombre. La destrucción de la Bastilla es la más enérgica protesta de una Nación que no quiere verse humillada.

Al derrumbar la última piedra de la prisión de Estado, el cielo se despejó, el semblante de la Francia se iluminó con suave luz y en medio de blanca nube se elevó una virgen: era la Libertad que surgía de entre ruinas para tender una mano al desgraciado pueblo y lanzar una mirada de odio al ya vacilante trono.

El 14 DE JULIO se escribió en el libro del destino la sentencia de Luis XVI y se abrió la era de la tormentosa pero fecunda Revolución Francesa.

LEONIDAS PACHECO.

La pena de muerte.

I.

¿Quién pretende encontrar en este mundo
Que entre vil lodo y podredumbre rueda,
Una alma-Dios, modelo inquebrantable
Que el embate del mal jamás no sienta?
¿Quién pretende que el hombre, ruin microbio,
Que se nutre del cieno en que vejeta,
El soberano bien refleje siempre,
Y que tenga infalible su conciencia?
¡Qué triste pretensión! ¿Acaso el hombre
Tiene su pobre hechura ya perfecta,
O es algún angel que perdió las alas
En no sé qué fatídica reyerta?
Pobre ser que reúne en su organismo
Esas corrientes de una fuerza opuesta
A cuyo choque inevitable estalla
La espantosa, terrífica tormenta,
Que al hombre envuelve en sus profundas ondas
De pasiones sin fin y de tinieblas.
Y ¿quién el faro puso en lo infinito
Que al hombre alumbró siempre en su carrera,
Para que cruce sobre el lodo inmundo
Serenó, sin turbarse, y con firmeza?
Y ¿ese Mentor divino dónde se halla,
Que al pobre caminante de la tierra
Al Edén le conduzca de lo bueno
Sin dejarle un momento de su diestra?
O pretenden quizá que el Dios sublime,
Su eterno amigo y compañero sea
Cuando allí en su dosel, sobre mil intusos
Ni sospecha tal vez nuestra existencia!
Y ¿ese ser desvalido que así lucha
Con abierto huracán que el mal engendra,
Con injusticia ruda habrá que hacerle
Responsable de toda su flaqueza?
Oh no; el que delinque y el que falta
A aquellas leyes de moral eternas,
Es una alma raquítica y torcida
Que en medio del desierto cayó enferma.
Y está en la atribución de los humanos
Aplicarle en castigo esa atroz pena
Que en vez de edificar así destruye,
Y que en vez de sembrar calcina fiera,
Y aquel que infame mata, aquel que roba,
Así ha de dar su vida como ofrenda.
Y ¿quién? ¿La Sociedad la más villana
Y cruel furia que mata con careta!
Oh no; la sangre mancha, siempre es roja,
Y salpica, es caliente, siempre quema,
Y la sangrienta mano del verdugo
La faz del mundo entero abofetea!
¿Cuál es el fin que loco se propone
La sociedad, con esa ley tremenda,
Ella que infame mil abismos abre
Y castiga después al que despeña?
¿Será que piensa corregir matando?
¡Funesta aberración, locura necia!
El aparente bien que causa el miedo
No se llama moral; eso es vileza!
Y esos hombres que mueren en patíbulo,
Solos, sin hermanos, sin clemencia,
¿No serían más tarde hombres honrados?
¿No se educan también las mismas hienas?
El verdadero y grande apostolado
De la virtud y caridad benéficas,
Es hacer hombres útiles y buenos
Por medio de trabajo y penitencia.

II.

En su razón y en su conciencia el hombre
Mantiene ardiente de la lumbré etérea,
El vivo resplandor que le ilumina
Los largos horizontes de su esfera.
Divina chispa que en el fondo brilla
De su alma acobardada y siempre inquieta,

Como allá en lo hondo de la oscura noche
Resplandeciente y apacible estrella.
Es esa fuerza que en nosotros vive,
Que va moviendo sin cesar las ruedas
De esta máquina pobre y miserable
Que corre á los impulsos de la idea.
Y esa chispa divina, desprendida,
De la Unidad sublime, sempiterna,
Habrá de ser falible á los deseos
De un corazón que late sin reserva?
El hombre es responsable de sus actos
Porque tiene razón, tiene conciencia,
Y si acepta lo malo es porque su alma
Y su razón le dan cumplida venia.
Y una razón consciente hacia lo malo
Que ley jamás, ni qué moral respeta.
Si hace el mal con placer abominable
Temible sierpe, infernal pantera!
Será posible que en igual consorcio
El hombre bueno viva, y que sus huellas
Con las huellas se junten del malvado?
El hombre que recorre la honda senda
Del crimen horroroso, aquel infame
Que por saciar aspiración rastrea
Mata y roba bebiéndose la sangre
Como buitre feroz en las tinieblas:
Aquel que por venganza, miserable,
Camina entre la sombra, con cautela,
Y llega hasta el hogar como una furia
Y con infame avilantez incendia.
Todos en fin, aquellos que dan formas
A esas sombras satánicas que engendran
En antro negro tantas almas ruines
Y después sobre hermanos las dispersan,
Son fantasmas del mal, del mal viviente
Que á la humana familia hacen ofensa.
El miembro que se pudre sobre el cuerpo
Y que destila virus y gangrena,
Hay que amputarlo á trueque de que invada
Los órganos que están con vida entera:
Lo que una vez llegó á podrirse, nunca,
A recobrar su lozanía llega,
Ni recobran su estado primitivo
Las antiguas y pútridas moléculas,
Ni tampoco en oscuros calabozos
Es donde purgan faltas tan sangrientas,
Por que á esos seres negros las mazmorras
Ni les causan pavor ni dan vergüenza.
Y qué, saldrán de allí regenerados
Al encontrarse libres de su pena,
Cuando en las noches largas de vigilia
Venganzas más atroces y tremendas,
Con inmenso placer allí han forjado
Sobre el yunque fatal de sus cadenas?
Y aquel hombre que deja las prisiones
Do le arrojara mano justiciera,
Muy lejos de llorar arrepentido
El odio más oculto le envenena.
Y si está facultado el individuo
Para matar á quien le acede y hierne,
No ha de tener la sociedad derecho
Para obrar en legítima defensa?
El hombre malo es monstruo amenazante
Que de exterminio y sangre al mundo llena,
Y ya que tantos daños ha causado,
Es muy justo que pague su cabeza.!

.....

¡Deten tu vuelo, pensamiento humano!
¿Por qué no brillas oh justicia eterna,
Para que luzca sobre tu alto trono
La luz immaculada y verdadera.?

San José, julio de 1887.

Genaro Cardona.



ADELINA PATTI

MALDITOS SEAN LOS CELOS.

I.

Mis constantes ocupaciones no me permitían visitar á Jorge con la regularidad que yo deseaba. El lo hacía con mucha frecuencia, permaneciendo á mi lado dos ó tres horas, en las cuales casi siempre me hablaba de sus decepciones en el amor, y de lo mucho que sufría al ver la amabilidad con que Adelina recibía á todos los jóvenes que llegaban á su casa.

Yo procuraba siempre calmarle, valiéndome de cuantos medios estaban á mi alcance, á fin de que mis indicaciones y mis consejos le hicieren desistir, no de aquella pasión que ya rayaba en locura, si no de los celos que se habían apoderado de su corazón. Pero mis trabajos eran infructuosos, y, después de largo rato de acalorada discusión, él concluía, mirándome tristemente:

—Amo á Adelina, y este amor acaso me conduzca á la locura, pues Adelina no me ha comprendido, y, en cambio del amor profundo que le profeso, ella me brinda el desprecio, y lo que es peor, un cariño vulgar, que ha abierto en mi pecho una herida que no cerrará sino la dulce recompensa de un amor igual al mío.

¡Pobre amigo!—impresionable en sumo grado, y novicio en materia de amores, sufría demasiado con los desprecios que suponía en Adelina, sin que mis consejos y reflexiones bastaran para tranquilizarle. De aquí resultaba que siempre se le viera melancólico y pensativo aun en las fiestas á que se le hacía asistir, después de repetidas súplicas. Porque Jorge tenía algunos alicientes para ello: regular fortuna, buena presencia, honradez, talento, y, por añadidura, tocaba el piano, y cantaba con una dulzura, que no podía menos de cautivar á cuantos le escuchaban.

Un día me encontraba en mi escritorio ocupado en sacar la copia de una carta que escribí á él, hallándose en su finca, para distraerle de sus fatídicos pensamientos, cuando de improviso me siento cogido por el cuello y sacudido fuertemente. En el acto me levanto para rechazar aquella agresión, y cuál no sería mi sorpresa al encontrarme frente á Jorge, que con una cara de pascuas me decía, estrujándome entre sus brazos.

—Chico, soy el hombre más feliz de

la tierra, abrazáme pero fuertemente, bésame si quieres, que..... hombre, si se me figura que no soy yo, que..... ¡y qué es que no me abrazas tunante?

—¿Pero qué te pasa? ¿De dónde sales cuando yo te hacía en la finca?—le pregunté sin acabar de salir del asombro que me produjo la alegría de Jorge, después de estar acostumbrado á verle cariacontecido y taciturno.

—Ay querido, queridísimo Guillermo, no te asustes, no me mires con esos ojos que parecen de enajenado; la felicidad de cien años se ha reunido este día en mi corazón, y adios tristezas, que ya el horizonte de mi vida se me ha presentado con unas perspectivas capaces de hacer reír á las piedras. Pero felicítame, dime algo que acabe de ensanchar mi pecho, porque sinó te calificaré como el peor de los enemigos.

—Pero, hombre, ponte quieto, no me pellizques, y mientras no me cuentes lo que te ha sucedido, con todos sus detalles, te tendré por un loco, y me veré en la necesidad de mandar que te amarren.

—Pues bien, siéntate y escúchame, que voy á hacer un esfuerzo para hablarte con seriedad. Tú sabes cuanto tiempo hace que amo frenéticamente á Adelina, y conoces demasiado la historia de este fatal amor: yo sumiso y complaciente siempre con ella, consagrándole dentro de mi corazón un afecto inmenso y reverente, mientras que ella, infiel y desdeñosa, sin darme siquiera una esperanza, se burlaba de mí dispensando á otros, á mi presencia, preferentes miradas, tan sólo acaso por hacerme sufrir. Arrancar este amor era imposible; pero yo no podía tampoco seguir apurando la copa del dolor llevada tantas veces á mis labios. No había, pues, más remedio que tomar una resolución definitiva; y así lo hice después de sostener conmigo mismo una lucha terrible: resuelto á todo, escribí á Adelina un billete concebido en estos términos: "Mucho he sufrido por tu causa, y es necesario poner fin á esta indecisión que tanto me martiriza. Si estás dispuesta á concederme lo que te he pedido anteriormente, dímelo de una vez para saber á que atenerme. No estará demás comunicarte, que si mi suerte es adversa, nunca volverás á ver á Jorge."—Envié á entregarle esta misiva, y quedé impaciente esperando la respuesta, portadora de mi felicidad ó de mi eterna desgra-

cia. Esta no se hizo esperar demasiado; figúrate con cuanta ansiedad rompería la cubierta, siendo aquel asunto para mí tan importante. "Repetidas veces he dicho á Ud. que me es de todo punto imposible aceptar la amistad que me profesa. Puede Ud. hacer lo que mejor le parezca."

—¿Y ése es el motivo que te hace estar tan contento?

Es extraño, es singular

—No me interrumpas, que aun no he concluído.

—Sigue, pues; desco saber el desenlace.

—Recibir aquella tarjeta y sentirme como herido por un rayo, todo fué uno: mi corazón estallaba en mil pedazos, y después de un largo rato de inacción y terrible silencio, exclamé en el colmo de la desesperación: "Adelina, maldita seas." Después, ya un tanto calmado, ordené á mi sirviente de confianza arreglara todo lo indispensable para un largo viaje, que debíamos emprender ese mismo día. Luego que hube escrito unas cuantas líneas de despedida para tí, me dirigí á montar, abrumado con el peso de tantos infortunios. Iba ya á dar el "adios" postrero á mi querido pueblo natal, cuando se me presenta un individuo, jadeante, llevando una carta cuyo sobre rompí con precipitación: la letra era de Adelina, y decía así: "Te he probado demasiado, y estoy convencida de que verdaderamente me amas, que era lo que yo necesitaba; puedo, pues ahora confesarte con entera confianza, que te amo, que soy y seré sólo tuya, y que puedes disponer de mi corazón." De un salto me puse en tierra, y sin saber lo que hacía, abracé al enviado, le dí cuanto dinero tenía en los bolsillos de mi chaleco, abracé al caballo, y, en el acto, vestido de camino, como me estás viendo, me vine para acá con el objeto de participarte tan colosal acontecimiento.

—Venga un abrazo interminable,—le dije, apretándole con todas mis fuerzas.

—¡Ah! se me había olvidado lo principal,—agregó. Hay una *postdata* ¡bendita *postdata*! "Esta tarde á las cinco, nos veremos en el paseo de "Las Palmeras."—Soy, pues, completamente feliz, estaré cerca de ella, y le diré tantas cosas que hombre, me parece volverme loco.

Adios, mañana te lo contaré todo.

—Al fin fué feliz; gracias á Dios,—esclamé así que le ví alejarse.

II.

Ya me disponía para hacer una visita á Jorge, pues eran las cinco de la tarde del día siguiente al en que debió haberse efectuado la entrevista entre él y Adelina, y á estas horas nada sabía acerca de aquella,—cuando me presentan una carta cuyo sobre rompí velozmente al reconocer la letra de mi amigo, y al pensar que me hablaría de su felicidad.

Decía así:

"Guillermo querido: Escribo esta carta bajo una terrible impresión.

Hay seres que desde que nacen tienen impreso en su frente el sello del sufrimiento, que debe hacer más tarde desesperada y miserable su existencia; seres malditos que si se consagran al bien, por lo mismo que son malditos, sus actos resultan malos, aunque sean ejecutados con rectas intenciones.

De esos seres soy yo, Guillermo: la experiencia me lo ha demostrado, y una vez más vengo á convencerme, de que, en el sombrío horizonte de mi vida, no alumbrará jamás, ni aun opacamente, el sol de la felicidad.

Pero divago demasiado; necesario es aprovechar los instantes para referirte en pocas palabras lo que me sucedió ayer, pues temo que la exaltación febril en que me encuentro, no me permita hacerlo más detenidamente.

Presuroso acudí al lugar de la cita; recorrí con la vista todos sus puntos; y convencido de que Adelina aun no había llegado, me detuve bajo un árbol, que me parece era un sause, y esperé impaciente.

El melodioso timbre de una voz juvenil me hizo salir de la meditación en que me encontraba sumido, y mi corazón palpité fuertemente como si presintiera que iba pronto á encontrarse dominado por nuevas y grandísimas emociones.

Y ¡cuál no sería mi sorpresa! ¡cuán grande no sería mi dolor al observar que Adelina apoyaba una de sus manos sobre el hombro de un caballero, al parecer joven y elegante!

Hice un esfuerzo supremo para no precipitarme sobre ellos, procuré reponerme con el fin de verlo todo, y me oculté tras el árbol.

Ellos continuaban caminando en sentido opuesto al sitio en que me encontraba, yendo al fin á sentarse á un banco, situado cerca de unos pequeños limoneros.

Eso era lo que yo deseaba, tenerlos de frente, cerciorarme de la intimidad que los unía, para preparar el castigo que debía recaer sólo sobre aquella mujer perjura y faláz.

Poco después de haberse detenido allí, aquel hombre, á quien odiaba ya, rodeó con un brazo la cintura de Adelina, y ella dejó caer lánguidamente su cabeza sobre el hombro de aquél.

En este momento la sangre toda afluyó á mi cabeza; y así como un tigre se arroja rápido sobre su presa, así también yo me lancé, lleno de coraje, con intención de asesinar acaso á los que se habían burlado de mi credulidad.

¡Miserables!—grité luego que hube llegado, asestando un terrible golpe, que dejó tendido á mi presunto competidor. Adelina, horrorizada, lanzó un grito, cayendo desmayada á mis piés.

Una sensación, muy distinta de las anteriores, experimenté entonces: una fuerza superior á las mías, parecía detenerme allí; las piernas me flaqueaban; sentía mi cráneo próximo á estallar, y mis ojos, aunque luchaba por cerrarlos, se dilataban más, sin duda para que contemplara aquel horrible cuadro que tenía á mi presencia.

Impotente para prestarles auxilio, sin saber yo mismo lo que me sucedía, emprendí la fuga para evitar el castigo que merecía aquel crimen.

¡Cobarde! ¡Insensato!

Aquel hombre era el hermano de Adelina . . . !

Los celos ¡malditos celos! son la causa de mi desgracia.

Es imposible que nos volvamos á ver; no me busques, que cuanto hagas para ello, será en vano.

Adios

JORGE."

III.

Ocho días después de haber recibido esta carta, desesperanzado ya de encontrar á mi amigo, hallándome en mi escritorio, oí, del lado de la calle, el rumor de muchas voces como mezcla de alegría y de lástima á la vez. La curiosidad me obligó á salir á la puerta para averiguar la causa de aquel bullicio anormal; dirigí la vista hácia el grupo de gente que se hallaba á pocos pasos de mi casa, y la dolorosa aptitud de un réis infeliz, fué la primera que llamó mi

atención. Con los brazos cruzados sobre el pecho, unas veces risueño, otras serio, avanzaba pausadamente, sin irritarse contra los curiosos que le seguían.

De pronto comienza á gesticular, esclauquando al fin:

—Allí están . . . y ella no me ama . . . miserables, miserables ! !

Y lanzó una estridente carcajada.

Pobre Jorge . . . estaba loco!

CARLOS A. IMENDA.

1887.

Juan Santamaria.

Cayó el valiente: su atrevida planta al dardo cede del intruso odiado, pero al rodar su cuerpo mutilado vencedora la patria se levanta.

La roja llama que al tirano espanta el triunfo dice del audáz soldado, y su vivo fulgor jamás nublado de la gloria los campos abrillanta.

Mas á la par que el resplandor de gloria brillante esparce su rojiza tea, aclarando su nombre y su memoria,

la amenazante luz con que flamea desde la cima de la patria historia terror de audaces invasores sea!

Cartago, 2 de julio de 1887.

JUSTO A. FACIO.

Antonio Zambrana.

Al contemplar la evolución que en el sentido del progreso intelectual se va desarrollando de día en día entre nosotros, no podemos menos que enorgullecernos y de recordar al propio tiempo con veneración y respeto el nombre del ilustre Doctor Zambrana, de ese apóstol de la ciencia, al cual,—ello no cabe dudarse,—debemos gran parte de nuestro adelanto; puesto que él fué el que, lleno de amor por este país, su residencia durante algún tiempo, batalló sin cesar por el incremento de las instituciones republicanas y del progreso en general en la más amplia y genuina significación de la palabra.

El también vino á sacarnos del marasmo en que estábamos y á despertar entre nosotros el entusiasmo por las letras y las ciencias, haciéndonos á la vez desprendernos de las rancias preocupaciones y de las ideas bastardas que se nos habían arraigado desde la infancia.

Es verdad que para poder lograr esto tuvo el Doctor Zambrana que luchar abiertamente con todos los elementos contrarios á las ideas de progreso, que se presentaban á su paso, y que por desgracia abundan en las sociedades; pero él sin vacilaciones y sin arredrarse un instante combatió brillantemente, ya en la tribuna, ya por la prensa, ya en la cátedra todos aquellos elementos retrógrados, y como el sol en el orden físico con sus brillantes rayos oculta los pequeños elluvios de las constelaciones que se encuentran en su camino, así él con su palabra llena de fulgores, hizo á un lado todo lo que obstaculizaba su idea luminosa de progreso. La luz, pues, se hizo paso é iluminó las conciencias y nos trazó el sendero de la verdad y del bien; el racionalismo venció á la fe dogmática y desde entonces sustentamos con calor y entusiasmo estas elevadas y magníficas doctrinas.

Lo que acabamos de relatar pasó ayer no más, pertenece á la historia contemporánea, y por lo mismo es de todos conocido.

Al emitir estos conceptos no vamos á juzgar á Zambrana; para ello carecemos de las dotes y de las aptitudes necesarias: queremos solamente consagrar un recuerdo al que fue nuestro maestro y nuestro amigo.

Quede para otros el trabajo de emitir un juicio crítico acerca del ilustre orador de quien nos ocupamos, que á nosotros ni intentarlo siquiera nos es dado; como tampoco lo sería pretender siquiera describir la amistad que le profesamos, pues los afectos sólo son para sentidos, no para dichos; mucho menos por quien, como nosotros, nacemos apenas á la vida de la literatura y carecemos por ende de galana frase y delicadeza artística.

La oratoria y la elocuencia estaban casi olvidadas entre nosotros: apenas se hacían estudios sobre ellas, y el Doctor Zambrana con su palabra elocuente, que semeja los sonidos de una arpa eolia, vino también á despertar entre nosotros el amor y el en-

tusiasmo por estas dos bellas manifestaciones de la ciencia y del arte.

No se puede oír á Zambrana sin admirarlo, sin sentir por él un respeto y un cariño profundos. Su voz es dulce como el canto de la alondra, y al escucharla se encuentra uno embelgado: así como las flores abren sus pétalos para recibir el fresco ambiente matinal, así también nuestros corazones se conmueven y las fibras todas del sentimiento se despiertan al impulso de su palabra mágica.

Costa Rica, indudable es, reportó con la permanencia del Doctor Zambrana, grandes y positivos bienes en el sentido del progreso intelectual, y tiene por consiguiente motivos sobrados para estarle grata y no olvidarlo nunca; como de la misma manera los tiene para recordar siempre con veneración y respeto el nombre del esclarecido Doctor don Valeriano Fernández Ferraz, de todos conocido y de todos admirado.

Tarea inútil de nuestra parte sería la de querer poner de relieve los grandes méritos del hombre de quien nos ocupamos: ya él es ventajosamente conocido en el mundo científico, y, además, plumas muy superiores se han ocupado de ello, entre las cuales contamos la del inspirado vate cubano José Joaquín Palma, quien en una de sus mejores composiciones poéticas, que dedica al mismo Doctor Zambrana, con el nombre de "*Las Tinieblas del Alma*," le ha consagrado en cadencioso y bien cortado verso, todos los elogios y todos los encomios á que él es acreedor.

No podemos dejar de reproducir en este lugar algunas de las estrofas de que hemos hablado por creerlas adaptables al presente trabajo y por considerarlas además, como la última palabra y como la expresión más viva y más completa que se puede decir acerca de los méritos del Doctor Zambrana, al cual se refieren:

..... "Y me amó! su virginal

Perfume fué para mí

Pero ¿qué te importa á tí

Mi novela espiritual?

Mis quejidos

Llegarán á tus oídos

Como las ayes de un hombre

Deseconocido, sin nombre:

Tú, que en los patrios verjeles,

Por tu palabra inspirada,

Vas con la frente inclinada

Al peso de los laureles.

Tú, cuya voz opulenta,
Si el entusiasmo la inflama,
Estalla y atruena y brama
Cual la voz de la tormenta:

O si suave
Imita el cantar del ave
Que en nido lleno de flores
Arrulla castos amores,
Como un torrente de lumbre
De la tribuna descende
Y exalta, agita y enciende
La asombrada muchedumbre

Palabra de alas brillantes!
De tus labios se desata
Como hirviente catarata
De perlas y de brillantes.

Tu elocuencia
Es inspiración, es ciencia;
Ella en sus impetua toma
Luz en Grecia, fuego en Roma:
Elocuencia tribunicia!
Con ella lanzas del pecho
Las cóleras del derecho,
Las iras de la justicia."

Como se ve, estos versos están escritos al calor de una idea generosa y empapados del más grande entusiasmo y de la más grande verdad: ellos son el mejor elogio que puede hacerse de una persona y la más elocuente palabra que puede consagrarse á aquellos que, como Zambrana, han salido de la esfera de lo común y á fuerza de trabajo perseverante, se han sabido conquistar un puesto distinguido y elevar su nombre á las regiones de la gloria.

Nosotros cumplimos llenos de regocijo, con el deber de dedicar estas líneas al distinguido maestro y cariñoso amigo, que tantos y tan buenos recuerdos ha dejado en el corazón de los costarricenses, los cuales siempre saben apreciar los grandes dones y admirar á los que se han conquistado un nombre ilustre en el honroso campo de las letras.

RAMÓN LORÍA IGLESIAS.

REVISTA TEATRAL.

Las nueve de la noche,—El lucero del alba,—Ya somos tres,—Se necesitan oficiales,—El anillo de hierro.—Música clásica,—El

juramento,—El hermano Baltasar,—Robinson,—El hermano Baltasar.

* * *

La presente temporada de zarzuela está bastante animada: no podía ser de otra manera, ya que la vida de esta bendita Capital no parece sino un eterno bostezo.

Aunque nuestra sociedad se muestra algo satisfecha de las representaciones, podemos decir la verdad, sin ningún temor, puesto que somos imparciales y no nos dejamos arrastrar por vanas simpatías; exponremos nuestra opinión acerca de las funciones que hemos apuntado al principio de esta revista.

* * *

Creímos merecer del señor Empresario de la Compañía, más consideración. Decimos esto, por el malísimo rato que pasamos en el teatro la noche que asistimos á la representación de "Las nueve de la noche," obra despojada de todo gusto, aunque tiene su *musiquita* así, así. . . . En esa *zarzuleja* todo nos pareció detestable, con perdón de sus autores. Tiene un argumento de mal gusto, trivial y nada interesante.

Ya que el señor Empresario ha visto la buena acogida que el público ha dispensado á su Compañía, debiera fijar un poco su atención en las obras que elige, para que no vuelva á ponernos en semejante tortura. Nuestro público que es condescendiente hasta lo increíble, merece por ese motivo que no se abuse de él con semejantes obras

* * *

Sentimos mucho tener que ser duros con la Empresa Villarreal, en gran parte de nuestra revista; pero no podemos prescindir de cumplir con nuestro deber; esto es, velar por el orden moral de nuestra sociedad.

La función que siguió á "Las nueve de la noche," merece un buen párrafo; pero nos contentaremos con hablar muy á la ligera de *aquellas* dos *piezas*, que al decir de personas muy competentes y que merecen nuestra atención, son dignas solamente de representarse en teatros de cierta clase, y no en el único que poseemos en nuestro país, lugar muy frecuentado por la buena sociedad. El teatro, que es la escuela del

sentimiento, á donde uno concurre con deseos de ver algo bueno, útil, algo moral, ó por lo menos recreativo, no debía ser un lugar de bochorno para nuestras bellas señoritas, ávidas por todo aquello que tienda á ilustrar ó á divertir. ¡Cuánta pena nos causó ver sus hermosos rostros cubiertos de rubor, al través de las plumas de su abanico! Esta clase de representaciones es una burla para la sociedad. Es necesario tener en cuenta que el corazón de las señoritas es lo más delicado que hay, y que no debe sorprenderse con impresiones desagradables, con piezas inmorales como las dos á que nos referimos.

*
* *

Por segunda vez se puso en escena la bella é interesante obra, "El anillo de hierro," á beneficio del Hospicio de Huérfanos de esta Capital.

Muy plausible y satisfactorio fué para nosotros merecer de personas extranjeras este acto de filantropía; por lo cual cábenos la satisfacción de dar por nuestra parte y á nombre de los pobres desvalidos, un voto sincero de gracias por acto tan humanitario.

Su representación en general fué tan buena como tuvimos el gusto de verla la primera vez, descollando entre los artistas la simpática Celimendi, la chispeante Carmen, que con su mímica llena de gracia, interpreta admirablemente los diferentes papeles que se le encomiendan. Monjardín, que estuvo como de costumbre, á la altura de su merecida fama.

Vila, que, aunque no desempeñó un papel simpático como en "Música Clásica," sin embargo lo interpretó con maestría.

¡Y qué podemos decir de Iglesias, que sea suficiente para encomiar la naturalidad jocosa con que sabe impregnar sus ademanes y gesticulaciones? No hay duda: en sus manos está el tornillo que sujeta nuestra risa.

Abella tiene buena figura, voz fuerte y sonora, y siempre que se presenta en las tablas, una salva de aplausos lo recibe y entonces es de ver como el simpático barítono se esfuerza por quedar bien en el papel que le toca representar, y á la verdad que concluye siempre por desempeñarlo á las mil maravillas y con esa seriedad propia de su carácter de artista.

"El Juramento," obra magnífica y tan aplaudida siempre por nuestra sociedad, fué ejecutada con admirable maestría. Pocas veces el público ha salido tan satisfecho del teatro como la noche en que se representó esta agradable zarzuela.

Todos los artistas, pues, y con justa razón, fueron aplaudidos con entusiasmo.

*
* *

"El Hermano Baltasar" sorprendió agradablemente á los espectadores. Es una obra de bastante mérito; la música es sobre manera recreativa, endulza el oído y alegra los corazones; la trama es bien combinada.

En la representación de esta zarzuela trabajaron con buen éxito las señoras Celimendi, Fernández y Cavaletti; los Señores Abella, Villareal, Vila é Iglesias.

La señora Fernández estuvo encantadora; cuánta gracia! qué salero! cuánta espontaneidad! Todas estas condiciones hicieron que los espectadores le prodigasen nutridos y acalorados aplausos. Carmen Fernández es digna hija de la poética Andalucía.

La señora Celimendi siempre conservando su elevado puesto; siempre simpática, y sus dulces y armoniosos trinos deleitaban los oídos de los concurrentes.

La Cavaletti conquistó nuevas é innumerables muestras de satisfacción. ¡Qué angustias hizo pasar al pobre tuerto! ¡Qué movimiento de mandíbulas!

De Villareal, diremos en verdad, que pocas veces le hemos visto interpretar tan bien su papel y tan feliz como en la obra de que nos ocupamos. En él campeaban la gracia y la naturalidad. No hay que dudar: Villareal es un buen artista, y sentimos que la voz le falte ya un poco.

Iglesias desempeñó el papel de Baltasar muy bien.

Vila y Abella interpretaron sus papeles de manera tal, que el público quedó altamente satisfecho.

*
* *

La *pantomima* que con el título "Robinson" se puso en escena el sábado, causó en nuestro público el mismo efecto que un vomitivo; un poco de bulla, bombo, aparato y.....luego el fastidio extendió sus negras alas por todo el teatro. Obras como esa no pueden decirse á los chiqui-

los. El que eligió, pues, esa zarzuela, perdió el gusto por completo, ni se acordó del público á quien se dirigía.

La concurrencia, por fortuna, no fué numerosa; puesto que de lo contrario, habría sido mayor el número de personas disgustadas.

Volvemos á repetir, que nuestro público merece que se le trate de otra manera, y no darle á la fuerza esas zarzuelas viejas tan desagradables; y decimos á la fuerza porque como el abono está casi lleno, los pobres espectadores tienen que soportar con calma flamenca semejantes representaciones, *item más*, cuando ellas son tan malas.

Muchas veces hemos creído que los artistas que representaron "El anillo de hierro," "El Juramento," y "El salto del Pasiego," no son los mismos que trabajaron en "Las nueve de la noche," en "Robinson" y en las nunca bien execradas piezecillas, groseras é insoportables de que ya hemos hablado, y que se llama, para que no se olviden "Ya somos tontos" y "Se necesita más moral y más prudencia."

En las primeras que al principio de este párrafo hemos nombrado, los artistas trabajaron bien; buena voz, sentimiento, ademanes lucidos, vivacidad en el chiste, y todos los demás detalles que debe reunir una buena representación. Pero en las que reprochamos, hasta los zarzuelistas estuvieron pésimos. Y hay mucha razón: un buen artista flaquea, y se pifia desempeñando un papel en un mamarracho; véasele en una buena obra y cautivará indudablemente al público. Quisiéramos decir más de "Robinson," pero ponemos punto y aparte.

* * *

La segunda representación de "El hermano Baltasar" no estuvo tan buena como la primera: hasta el mismo Iglesias lo vimos decaer un tanto.

El martes 12 de los corrientes se repitió "El Juramento." Nuestra próxima revista abarcará desde la representación de esta obra, hasta las que veamos antes de la salida de nuestro número 4º.

Ofrecemos á nuestros lectores ser como en la presente, si es que machacamos en *hierro frío*, y hablaremos con la franqueza y honradez que deben caracterizar á periodistas que conservan su opinión independiente.

Más cuidado en la elección de las obras, ensayarlas mejor y menos repeticiones, es lo que pedimos para nuestro indulgente público. Estas también *son cosas del Perú*

BRAULIO.

13 de julio de 1887.

RIMAS.

Intentan separarte de mi lado
Con incesante afán,
Y ellos no saben que apesar de todo
Aquí en mi pecho estás.

* * *

Es horrible, alma mía, de la ausencia
El dardo punzador
Con esa ingratitud tan solo aumentan
Nuestra febril pasión.

* * *

Mil suspiros de amor entre la brisa
A tu alma llegarán,
Para decirte que á pesar de todo
Aquí en mi pecho estás.

* * *

No importa que la ausencia se interponga
Entre nosotros dos!
En un santuario estás, angel querido,
Aquí en mi corazón!

11 de julio de 1887.

PRÓSPERO CALDERÓN.

COSAS DEL DIA.

EL SEÑOR PRESIDENTE de la República y su escogida comitiva se embarcaron en el vapor "San Blas", el 14, á las seis de la mañana. Sabemos que este vapor fué enviado expresamente por el Gobierno de Nicaragua para conducir los huéspedes que ya eran esperados por el Jefe de aquella Nación y por uno de sus Ministros en Cortinto.

Descamos vivamente que la entrevista de los Jefes de Costa Rica y Nicaragua sea fecunda en buenos resultados, estreche aun más el lazo de amistad y cariño que debe unir á Naciones vecinas y hermanas y que

sea más que todo la tumba donde se sepul-
ten para siempre añejas disputas que si no
rompen, por lo menos relajan el afecto y la
buena armonía de dos pueblos que están
llamados por su historia, por su posición y
por su mutuo interés á formar un día la tan
deseada patria centroamericana.

NUESTRO COLABORADOR en la edición
de este periódico, don José Antonio Soto,
partirá muy pronto para Europa. Su viaje,
aunque producirá alguna alteración en el
programa que hemos presentado, habrá de
tener en definitiva favorables resultados. El
desde París nos enviará grabados que es-
peramos tengan buena acogida, pues en su
mayor parte serán nacionales. Mientras tan-
to nos vemos precisados á publicar solamen-
te un grabado por número, durante unos
tres meses, por lo que pedimos se nos dis-
pense, confiando en que dentro de poco po-
dremos continuar dando á luz tres ó más gra-
bados en cada número. El Gobierno ha he-
cho ya un pedido de papel aparente para
esta revista ilustrada con cuya otra mejora
esperamos que el público quedará compla-
cido, que es lo que más vivamente desea la
Empresa.

CON SUMO PLACER hemos visto que
nuestro distinguido amigo don Federico Vo-
lio ha sido llamado para desempeñar la
Subsecretaría de Hacienda, Comercio é
Instrucción Pública, nombramiento que
nunca pudo ser más acertado; pues además
de reunir el señor Volio los conocimientos y
capacidades necesarias para desempeñar un
puesto como ese, tiene esa circunspección y
ese carácter y tino que lo hacen acreedor al
aprecio y estimación general.

El Gobierno tiene en el señor Volio
un activo colaborador y lo felicitamos sin-
caramente por la feliz elección, lo mismo que
al ascendido por tan merecida distinción.

FIESTAS CONSULARES.—Con motivo del
jubileo de la Reina Victoria de Inglaterra,
y de los aniversarios de la emancipación po-
lítica de los Estados Unidos de América y
la República de Venezuela, se han celebra-
do en esta capital algunas fiestas, en casa de
los respectivos Cónsules, conmemorativas á
esas fechas, reinando en ellas la mayor ex-

pansión y fraternidad, y algunas de las per-
sonas invitadas hicieron votos por la prospe-
ridad de esas tres ricas naciones.

BIENVENIDA.—Aunque tarde, muy sin-
cera se la damos á nuestro amigo don Ge-
rardo Volio por su regreso al seno de la pa-
tria y de la familia, después de una ausen-
cia dilatada en la República de Guate-
mala.

Que su permanencia entre nosotros le
sea grata.

TAMBIÉN nos complacemos en saludar
y felicitar al señor don Alberto Borbón, por
haber coronado con éxito brillante las as-
piraciones que abrigaba desde muy joven,
recibiendo no hace mucho en Guatemala el
título de Doctor en Medicina y Cirujía, fru-
to de un constante y asiduo trabajo.

El examen que rindió ante el Protome-
dicato de esta República, fué lucidísimo,
tanto en la teoría como en la práctica, se-
gún la opinión de algunos Médicos que com-
ponían el tribunal, y desde ahora queda in-
corporado en la Facultad Médica de Costa
Rica.

Nuestras felicitaciones al Doctor Bor-
bón.

“EL COMERCIO.”—Notamos con gusto
que esta importante publicación progresa de
día en día y adquiere adelantos, como el de
hacerlo bilingüe, que no sólo aumenta sus
suscriptores, sino que sostiene y aumenta la
muy buena acogida que desde su fundación
el público le ha prodigado.

Colebramos que los esfuerzos del señor
don Ricardo González y González, sean co-
rrespondidos como él muy bien lo merece,
y le agradecemos, de nuestra parte, el nota-
ble interés que se ha tomado por la impor-
tante obra de nuestro amigo don J. B.
Calvo.

VARIEDADES.

Se encuentran en una noche de in-
vierno y en una calle del barrio La Puebla
y entablan el siguiente diálogo;

El.—Para dónde vas tan sola, Mari-
quilla?

- Ella.—No voy sola.
 —Pues quién te acompaña?
 —Dios.
 —Sí! pues me iré contigo para que nos acompañe á los dos. La noche está muy oscura, y si caemos. que seamos los dos.
 —Es que mi mamá puede vernos y se disgustará.
 —Pues, qué! no tiene confianza en Dios?
 —En Él sí. . . . pero no en vos.

* * *

Unos estudiantes de la Universidad de Santo Tomás dijéronle, al pasar fray Brenes, de Cartago:

Adios, padre burro—y él contestóles: adios, hijos míos.

* * *

Cuentan de ñor Sequeira, que de ocurente dejó fama, que allá por el tiempo de Carrillo, robose un caballo flaco y por añadidura sarnoso, que de mucho sirviérale al melenudo viejo. Mas un día pillólo muy caballero el dueño del animal y al Juzgado hizolo conducir junto con la bestia y sus arreos.

El Juez, enterado del suceso, hizo cargos á Sequeira, que negó los hechos—y para mejor probar que aquel que montaba no era caballo del acusador sino suyo, de su propiedad y pertenencia, corrió ingenioso y con un pañuelo tapóle á la bestia los ojos y luego al demandante interrogó de esta suerte:

—Si suyo es el animal, dígame su merced ¿de qué ojo es tuerto?

—Del izquierdo, respondióle el dueño, creyendo que acaso hubiera ya perdido alguno el buen animal.

—Pues no es el de su merced, que ese lo tiene bueno.

—Digo, del derecho, enmendó con viveza el atribulado dueño.

—Pues se equivoca su merced, que también ese lo tiene bueno.

Entonces el Juez, admirado de que no lo fuera del derecho ni del izquierdo, y no acertando de qué otro ojo pudiera ser tuerto, tomó parte en la probanza y á Sequeira preguntó: ¿pues de cuál ojo es tuerto, majadero?

De ninguno, señor, por eso tenía dicho que mío era el animal.

Sequeira llevóse muy honrado lo mis-

mo que había hurtado, con asentimiento del Juez y admiración del propietario.

J. M. A.

CURSO DE GEOGRAFIA FISICA

POR

Francisco Montero Barrantes.

Al lector.

En el mes de febrero de 1886 fui honrado por el señor Director del Instituto Universitario, don Jnan F. Ferraz, con el cargo de profesor de Historia y Geografía en aquel establecimiento.

Me había precedido el muy inteligente y distinguido profesor don Miguel Obregón Lizano en tan delicado puesto; y cuando traté de desarrollar las lecciones del programa de Geografía física que él había publicado, me encontré con dificultades casi insuperables por la carencia absoluta de un libro adecuado que pudiera servir de texto á mis discípulos.—Pude vencer sin embargo aquella dificultad dictando las lecciones en clase, valiéndome para ello de numerosos libros; pero como siempre se encontraría cualquiera con ese trabajo, para evitarlo, en cuanto de mis pobres fuerzas dependa, he puesto mi empeño en escribir las lecciones siguientes de Geografía física.

Humildemente pido perdón al lector si encuentra errores en estos apuntes, y apelo á la benevolencia del público que debe mirar mi trabajo como producto de un deseo firme y constante de servir á mi patria en la limitada esfera de mi inteligencia,—que ha carecido de los elementos necesarios para desarrollarse.

F. MONTERO B.

LECCIÓN PRIMERA.

Breves ideas sobre Cosmografía, como introducción al estudio de la Geografía física.

Cuando nos abstraemos en la contemplación de esos puntos brillantes que tachonan la celeste bóveda y pensamos que son mundos y soles más grandes quizá que nuestro mundo y nuestro Sol: que en ellos existe la *vida*, "la vida inmensa, universal, eterna, agitando los átomos sobre todos los globos, palpitando en las ondulaciones de la luz, radiando en torno de todos los soles, estremeciéndose en las atmósferas tibias y luminosas, haciendo oír sus cantos divinos en todas las esferas, y vibrando al través del infinito en los múltiples acordes de una inmensa é inextinguible armonía," comprendemos entonces nuestra pequeñez y nuestra miseria y nos vemos microzoarios en la creación. Pero hay una fuerza superior en nosotros, existe una aspiración sublime de confundirnos con lo grande para medirlo, queremos poner límite á lo incommensurable: es nuestro espíritu que se escapa del vaso que le contiene y se remonta á los espacios infinitos. Ve allí con asombro soles, planetas y satélites, astros de luminosa cabellera, nebulosas, fragmentos de cuerpos celestes que fueron, y lo abarca todo, lo determina, le pone nombre y lo llama el *Cosmos*.

No le basta al alma ver y palpar lo que existe: quiere conocer su principio y su fin, lo que fué, lo que es y lo que será: conoce la materia, pero prete de inquirir cómo se formó; y de esa investigación constante en el tiempo y en el espacio ha nacido la ciencia, esa amiga fiel del hombre y pasto de nuestra inteligencia.

¿Cómo se formó el universo? ¿Cómo el planeta que habitamos? ¿Cuál es la edad del mismo?

Pasemos desde luego á resolver esos problemas.

Si tomamos un cuerpo y lo sometemos á un alto grado de calor, según su naturaleza, pasará del estado sólido á líquido, de éste á gaseoso y de gaseoso á éter.—Esto se llama evaporación.

Por la condensación obtendremos un resultado contrario: el éter se convertirá en gas, el gas en líquido y el líquido en sólido.

No obstante los grandes adelantos científicos, apenas ha podido descomponerse el agua en los gases que la forman, y que son el hidrógeno y el oxígeno, en proporción de dos volúmenes del primero por uno del segundo.

Pero como pudo obtenerse ese resultado después de ímprobos esfuerzos y traba-

jos, acaso podrá descubrirse un día con la mejora ó invención de aparatos necesarios, lo que es hoy todavía un problema: la existencia del éter.

Habían pasado muchos siglos y el hombre no podía aún darse cuenta de la formación de los mundos, y de su principio inmediato.—Sólo existía la exégesis gene-siaca de Moisés y eso era todo lo que la humanidad sabía.

La teoría de Laplace, imaginada antes por Buffón y apoyada después por la de Plateau, vino á derramar alguna luz sobre el caos de los tiempos primitivos, y la inteligencia se atrevió ya á sostener lo contrario de lo que la humanidad creyera conformándose á la Biblia.

Según esa teoría el caos no existía, porque estaba lleno de una materia impalpable, sumamente sutil que se denomina el *Eter*.

Los átomos de éste tenían ó tienen las propiedades de *atracción y repulsión*, de *cohesión*, de *afinidad*, de *magnetismo*, etc.

Pero estando poseídos esos átomos de igual densidad y de fuerzas iguales, no podían confundirse para formar las moléculas, aunque tenían además movimientos de rotación y traslación.

"Y es que el reposo no existe en parte alguna: si el reposo existiera, la muerte sería la condición de todos los seres y el caos llegaría á ser una verdad."

Un día los átomos empezaron á atraer á los átomos; pero no se unían porque la atracción y repulsión recíprocas eran obstáculos para ello.—No obstante, llegó un tiempo en que esa fusión se verificó; y hubo moléculas que atrajeron nuevos átomos y la condensación continuó siempre, en virtud de las eternas y sagradas leyes del trabajo.

Conforme á la ley determinada por Newton, "*dos moléculas materiales cualesquiera se atraen en razón directa de sus masas y en proporción inversa del cuadrado de las distancias.*"

Esta era la que obraba entonces; y de consiguiente, aunque la condensación continuaba, lo que resultaba de ella tenía siempre los movimientos de rotación y traslación y las demás cualidades de los cuerpos. Vagaba por el infinito, como vemos vagar las nubes en la atmósfera, sin rumbo fijo, porque nada había que atrajera la materia cósmica—como hoy atrae el globo solar los planetas que giran en su derredor.

Pero esa condensación era mayor mientras más tiempo trascurría y la densidad aumentaba con la rotación.

Cuando las moléculas que componían la gran masa hubieron adquirido cierto grado de densidad, y se encontraban ya en un estado entre pastoso y líquido, se rompió aquella en partes más ó menos considerables que á mayores ó menores distancias conservaron sin embargo sus propiedades hasta llegar á constituir con el trascurso de los siglos los sistemas planetarios que llenan el infinito, que empezaron á engendrarse en el caos y que durarán hasta la eternidad.

(Continuará).

EXPLICACION DE GRABADOS.

EL TEATRO TACÓN.

Este edificio es uno de los mejores teatros de América y fué construído en el año de 1837 por don Francisco Marty y Torrens y cuesta más de 400,000 pesos aparte de los auxilios que le facilitó el Capitán General don Miguel Tacón, que gobernaba entonces la Isla de Cuba, y á fin de perpetuar su memoria, se le puso el nombre que lleva. Este teatro ocupa una superficie de 6,176 varas cuadradas y se encuentra entre las calles del Prado, San Rafael, del Consulado y San José, al costado derecho del café de El Louvre, que es uno de los establecimientos más concurridos y acreditados de la Habana.

El Teatro Tacón está alumbrado por 1034 quemadores de gas; el decorado se compone de 751 telones, bastidores, bambalinas &c; la sala de armas posee 605 piezas de diferentes clases; el guarda-ropa tiene 13,787 trajes; los muebles y útiles para el arreglo de la escena suben á 780; el archivo contiene más de 1,200 libretos de óperas, tragedias, zarzuelas, dramas, comedias y juguete cómico aparte de un crecido número de piezas de música para canto, piano, orquesta y banda militar.

Este magnífico teatro puede contener más de 3,000 personas.

ADELINA PATTI.

Hoy tenemos el gusto de presentar á nuestros lectores el retrato de la celebrada

diva Clorinda Adelina Patti, verdadera maravilla del arte, genio de la lírica y gloria del presente siglo.

Nació en Madrid el 9 de abril de 1843. Hizo sus primeros estudios en los Estados Unidos de América, y en 1851 apareció por la primera vez en el teatro italiano de Nueva York. En 1859 debutó en esta misma ciudad en Lucía de Lammermoor y obtuvo el éxito más completo y brillante. En 1861 pasó á Europa, cuyas principales ciudades ha recorrido, haciéndose admirar principalmente en Londres, que es donde más ha cantado y uno de los centros europeos que le han hecho más ovaciones. "A la edad de doce años, Adelina surgió al sol del arte con la suavidad de la rosa en su rostro y los tesoros de Rothschild en la garganta, tomando el seudónimo de Little Florinda en varios grandes conciertos celebrados en Nueva York."

Adelina Patti es una mujer muy educada, de un talento claro, simpática y elegante, y ha merecido el cariño, ó por mejor decir, se ha captado las simpatías y las atenciones de las familias aristocráticas, al extremo de hacerle valiosos regalos de boda el Emperador Guillermo, los Reyes de España y Bélgica, los Príncipes de Gales, la Reina de Rumanía, los Rothschilds y otros personajes de alta categoría.

Adelina Patti estuvo hace poco en México.

PAOLO.

ANUNCIOS.

AVISO.

Indalecio Rivera y Francisco M. Núñez, dan clases á domicilio ó en la casa número 18, Calle de los Angeles.

Precios y horas convencionales.

Cartago, julio 12 de 1187.

Juan Francisco Echeverría.

Jenaro Castro Méndez.

EHEVERRIA & CASTRO,

Corredores Jurados y
Comisionistas.

Apartado 103.
Cable "Echeverría."

2 Calle General Fernández.
SAN JOSÉ-COSTA RICA.

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:		} Año I. Núm. 4. }	DIRECCION Y ADMINISTRACION, Calle del Cuño, número 5, Oeste. APARTADO NUMERO 93.
En Costa Rica.....	\$ 0-80 trimestre adelantado.		
En el extranjero.....	1-00 " " "		
Número suelto.....	0-15 " " "		
Números atrasados..	0-25 " " "	} San José, 1º de agosto de 1887. }	

Sumario.—*Adela*, por Miguel Tapia. *La noche*, por Luis R. Flores. *Las criadas en Guatemala*, por Antonio Batres J. *Soneto*, por Pío Viquez. *La pena de muerte*, por Saulo. *Al 18 de julio*, por Manuel Echeverría. *Noches de teatro*, por Odin. *¡Eso nó!*, por Carlos A. Imendia. *La Marsellesa: su representación*, por Emilio Pacheco. *A una cartaguita*, por Graciliano Chaverri. *Musco Nacional*, por A. A. *A un botón de rosa*, por Carlos A. Imendia. *Las ilusiones*, por Rigoberto. *Revista teatral*, por Braulio. *Cosas del día*. *Explicación de grabados*, por Paolo. *Anuncios*.

Grabados.—Ovide Musín.



OVIDE MUSÍN.

Célebre violinista Belga.

ADELA.

¡Pobre Adela! La niña de cuerpo esbelto, la de bellísimos ojos, va á dejar, tal vez para siempre, el cielo de su pueblo. ¡Adiós! ¡Adiós!

Yo nada he visto tan desconsolador como la silenciosa marcha de aquella familia que una mañana de enero abandonaba el verde valle de Santa María, dispuesta á cruzar el mortífero, escarpado páramo de Buena-Vista, inmensas y solitarias selvas, el caudaloso río General—para buscarse muy lejos, allá en las llanuras de Buenos Aires, vida menos infeliz. Eran unas trece personas. Su casa muy pobre, habíame alojado en un cuarto miserable, cuando solo y ardiendo en calentura, calculaba el próximo término de mis sufrimientos por las congojosas palpitaciones de un corazón despedazado.

Yo me ahogaba entre tanta pobreza, á pesar del trato cariñoso que allí me daban, y aprovechaba las horas en que no llovía para estarme en la calle. Mi ansiedad era horrible. A veces subía una parte de la cordillera para respirar con más libertad, llegaba hasta un bosquecito, junto á un moral, desde donde, sumergido en hondas tristezas, contemplaba el zafiro de los cielos cruzado por densos nubarrones.

¿Y Adela? Aun recuerdo la ancha ventana de mi cuarto, que daba á un jardín en donde ella acostumbraba divagar fingiendo cuidar sus flores;—otras veces tenía algún pretexto, y andaba la calle para que la miraran peinando su castaña cabellera, siempre suelta sobre su espalda. ¡Que buena era aquella aldeanita, con su leve cintura y su griega fisonomía! Sus cuidados solícitos despertaron en mi alma un agradecimiento que hacía tiempos adormecieran fieras decepciones. Era un ángel esa criatura, pero un ángel que sufría con los ajenos pesares, dispuesta á vendar con sus cariñosas manos las envenenadas heridas del infortunio.

Adela se ocupaba muchas veces de servir en casa de vecinos; ó trabajaba duramente en la suya para proporcionarse estrecha vida. Yo la ví trayendo desde la milpa, que estaba á media legua de distancia, y cruzando la montaña, el maíz y los ingratos cubaces, obligada alimentación de aquellos aldeanos. Pero se consideraba dichosa cuando podía comprarse una cinta para el pelo y un bonito pañuelo que echar

sobre su espalda; vivía contenta con su pobreza, y lágrimas muy amargas lloró desde el momento en que su anciana madre y sus hermanos dispusieron la partida. Ella, una de las muchachas más bonitas de la aldea, había de sepultar en apartadas selvas sus diez y ocho primaveras; y en esa edad sonriente, cuando el sentimiento rebosa dentro del pecho y el corazón necesita dilatarse y no concibe la vida sin la fruición del amor y la confianza de la amistad—la pobre torcaz íbase á la soledad para exhalar en lastimeros, tristísimos gemidos, las aspiraciones de su alma desolada.

¡Qué triste estaba la sensible ninfa del Parrita aquella tarde de enero que lavaba sus ropas á orillas del cristalino y bullicioso río!

—¿Con que te vas á Buenos Aires, mi linda triguena? la pregunté con amargura.

—Nó, me contestó; prefiero irme á San José, y allí trabajando sabré ganarme la vida.

—Ah! mi pobrecita Adela, la dije entonces, tú no conoces la vida de ciudad. Nuestra capital tan decantada es la mansión del rico agricultor, del comerciante y del empleado público; allí la gente de saber y el artesano se procuran vida trabajosa; pero la inocente hija del pueblo que llega á solicitar ocupación, — ¿sabes lo que va á ser de ella?—De concertada pasa á ser señora algunos días en una casita, donde vive sola, gastando sedas si es bella, hasta tanto que la llega el mal tiempo, para aumentar entonces la turba de infelices que recoge la policía en las calles y en los establecimientos. Las que son buenas como tú son siempre las más desgraciadas. Cuéntales perder la vergüenza, y como no tienen un espíritu explotador sólo consiguen arrastrar muy tristemente su miseria. Pero tú no irás á San José: tienes una madre anciana que acompañar y una familia con quien compartir las penalidades de la vida. ¿Verdad que tu corazón tan bueno no te dejaría abandonarlas?

Adela estaba muy triste: más de una vez ligero carmín había teñido sus mejillas; fijó un momento su melancólica vista en la corriente impetuosa de las aguas, y después de torcer sus ropas fuése á tenderlas sobre el césped marchitado por las copiosas escarchas del verano.

Muy pocos días habrían trascurrido cuando la caravana silenciosa subía una mañana la cordillera. Al pasar frente á mi

casita de tablas se detuvieron. Aquella buena familia se despidió de mí; pero yo buscaba solamente á Adela, la encantadora virgen de la aldea, para decirle por última vez mi gratitud; y Adela, ahogada en sollozos, no habló una palabra; sus ojos de mirar tan dulce no se alzaron del suelo: la dríada inocente cruzó ante mi vista como la fugaz aparición del ángel del dolor, y sólo mi corazón pudo escuchar el suyo, que despidiéndose, tal vez para siempre, me dijera bañado en lágrimas ¡adiós!

MIGUEL TAPIA.

LA NOCHE.

ROMANCE.

À mi buen amigo Justo A. Facio.

Con paso lento la noche
Llega tranquila á la tierra
Y desplegando su manto
En densa sombra nos deja;
Las frescas auras murmuran
En las verdosas praderas
Y la fugaz fuentequilla
La voz del aura remeda;
La luna su luz esparce
Melancólica y serena
Y las estrellas rutilan
Allá en la celeste esfera;
Los lirios dan sus perfumes
Ocultos entre las yerbas
Y los céfiros cantores
En las ramas juguetean.
Nada el concierto interrumpe:
Los elementos que velan
Son trovadores que arrullan
A la natura que sueña;
Las avecillas canoras
Sus amorosas endechas
No entonan, embebecidas
En la apasible candencia.
De ella liban la armonía
Que derraman por las selvas
Cuando la virgen Aurora
Abre de Oriente las puertas.

* * *

Es ¡ay! en noches de luna
Tranquilas, suaves, serenas,
Cuando se siente que el alma
A cimas ignotas vuela;
Mas allá donde gravita
Esa falanje de estrellas,
Esos soles de otros mundos

Que en el espacio navegan;
Y en alas del pensamiento
En pos de luz va la idea
Que los espacios surcando
Vaga perdida en la esfera.
Mas ¡ay! del poder efímero
De la vana inteligencia
Ruge la mar tumultuosa
Por traspasar su barrera
Y por usado camino
El astro su curso lleva;
Así con límite eterno
Natura sus obras sella,
Y el pensamiento, que es vida,
Batalla con su impotencia.
Solo cuando allá cansado
Se siente de la contienda,
En los arcanos se abisma
De la sabia Providencia;
O del misterio perdido
En conjeturas diversas,
Por el espacio rutila
En estas noches serenas,
Como meteoro brillante
De luminosa carrera.

* * *

Solo así; pero la noche
Sus movimientos altera
Y los pliegues de su manto
A recoger ya comienza.
Del reloj que marca el tiempo
En cada hora que suena,
Otro pliegue recogido
De su negro manto queda;
Hasta que aurora descubre
Su faz tranquila y risueña
Y entonces todo se anima
Y todo entonces se alegra.
Las aves allá en sus nidos
A revolotear empiezan
Y dulces trinos derraman
Que los céfiros se llevan
Por saludar á la Aurora
Y despertar á las selvas;
Y al aparecer radiante
De Febo la cabellera,
Huye el aura suspirando
Vagarosa y soñolenta
Y huyen del firmamento
Las rutilantes estrellas.
Cesa entonces la armonía,
Cesa la fácil cadencia
Y sigue el ruido monótono
Del hombre la dura faena.

LUIS R. FLORES.

Las criadas en Guatemala.

Cuadro de costumbres, por Antonio Batres Jáuregui.

* * *

Cansado de andar soltero por estas tierras de Dios, resolvíme un día sábado á pasar á mejor vida, tomando una compañera que, á decir verdad, es de carácter apacible y tranquilo. Nada hubiera hasta hoy interrumpido nuestra felicidad conyugal, si no fuera que el hogar doméstico ha llegado á convertirse en un campo de Agramante, merced á las sirvientas que el destino nos depara. Un mes hace que mi mujer ya no vive y que no habla más que del servicio doméstico, en el cual ha habido más cambios y transformaciones que en nuestro delicioso clima.

* * *

La *señora* Brígida fué, en el orden cronológico, la primera que amargó la luna de miel de mi angelical consorte. Presentóse á nuestras puertas un martes muy de mañana, una mujer flaca, alta, tapada hasta las narices y vestida de verde oscuro, que sabía, según dijo á mi señora, que *buscaba* cocinera. Mi cara mitad, después de un largo interrogatorio *ad inquirendum*, en que le preguntó sus antecedentes y consiguientes, su pasado, presente y porvenir y hasta sus intenciones, sólo pudo averiguar que era cristiana vieja, que le gustaba madrugar ó ir á misa de cinco, recatada y enemiga de los hombres. Bajo tan buenas recomendaciones, quedó instalada en la cocina; pero ¡desgracia inolvidable! desde esa infausta fecha nos hizo la *señora* Brígida ayunar sin ser cuaresma. Rezaba maitines, vísperas y completas y sazónaba el puchero de vez en cuando con las cuentas de su manoseada camándula. No escuchaba las reconvenciones de mi mujer, porque las sufría con cristiana resignación, y víme un día en el trance fatal de tomar la iniciativa como marido hambriento; la dije:

¿Por qué la señora Brígida
Tan melancólica y tétrica
Una oración al Santísimo
Hace por la vez centésima?

.....
Teniéndonos sólo á líquido
Y en abstinencia tan rígida,
Dejándonos como espárragos
Con penitencia tan recia.

La *señora* Brígida no acabó de oír los

esdrújulos, que la sacaron de quicio y la hicieron contestarme con palabras agudas. Picó la soleta, sin despedirse de mi mujer.

* * *

Hubo un interregno de cinco días, pero al cabo de ellos tomó posesión del empleo una moza pulcra y risueña, de mirada traviesa, alegre como una alborada y de continente provocativo. Elena, que así se llamaba la doncella, no me pareció mala, aunque de guisar no sabía, y vivía más en el mercado que en la cocina. La buscaban á todas horas sus *primos*, que eran en considerable número, y ella los recibía con más dulzura y agasajo del que inspirar pudiera el parentesco. Era afecta á la música marcial, y tarareaba todo el día las sonatas de la *retreta*. Hasta aquí era pasable Elena, aunque confieso que su nombre me infundió desde un principio serios presentimientos. ¿Si tendremos, decía yo para mis adentros, uno de aquellos episodios de los troyanos, que nos deje sin esta moderna Friné? Así se realizó muy pronto. Una noche á la oración, se dejaron oír los gritos de Elena, que pedía socorro. Salí precipitadamente y encontré que dos de sus *primos* se la disputaban á estocadas. Busqué á los policías, pero se habían retirado al ponerse el sol, y los *serenos* estaban aún armándose de sus capotes en la oficina. Entretanto desaparecieron los contendientes; quise reconvenir á Elena por el escándalo, pero también había desaparecido entre las sombras de la noche, y con ella desaparecieron también de mi casa dos anillos de mi consorte: sería uno para cada primo.

* * *

Después del desaparecimiento nocturno de la cocinera, llegaron á ofrecer sus habilidades varias jóvenes que mi señora no admitió, porque andaba á caza de una que no tuviera *primos*, ni metiera alborotos.

Se presentó al fin una mujer como de treinta y cinco años, de aspecto melancólico, pálida y demacrada.—¿Cómo te llamas? le preguntó mi esposa.—Ana, señora, para servir á su merced.—¿Y tienes *primos* ó *novios*?—No, señora, Dios me guarde; ya pasaron esos tiempos.—Pues te quedas, le dijo; y tomó posesión del empleo. Ana era silenciosa, cumplía con su deber y nadie la buscaba; pero una noche se escucharon lamentos que se convirtieron en gritos. Ocurrimos á ver qué era, y presenciamos lo que

jamás habíamos sospechado Ana estaba á punto de aumentar el personal doméstico, antes de lo que ella misma esperaba. Hubo que despedirla y volver á las andadas.

*
* *

Aquí fué donde mi pobre consorte se decidió á tomar lo primero que llegara. Se presentó de postulante una cejijunta, rechoncha, colorada, de cabello grifo, que se llamaba Leona; era de marcial talante, frisaba en los treinta años y había servido á muchos extranjeros.—Probaremos, dijo mi esposa; y coló capellanía la Leona. No tenía más defecto ostensible, desde el primer día, sino que hacía vivir á nuestras costillas á toda su familia, que debe haber sido numerosa, á juzgar por los muchos cestos que iban llenos y volvían vacíos. Toleramos este pequeño inconveniente y dejamos pasar inapercibidas las impertinencias con que nos favorecía. Pero una tarde, de cuya fecha no quiero acordarme, solamente porque mi infortunada mujer le previno que regresara temprano, ¡jira del cielo! se puso frenética la arreproyada Leona, despidió rayos y centellas y se atrevió ¿quién lo creyera? á lanzar á la cara de mi inocente cónyugue una cacerola, que, por fortuna, no alcanzó á hacerla daño. Después del baturrillo dí cuenta al alcalde del atentado de la Leona. La pusieron presa, pero mejor hubiera sido nunca quejarme, pues por espacio de veinte días, me llamaron del juzgado dos ó tres veces diarias, para ampliar mi declaración, para presentar testigos, para careos, para oírme sobre excarcelación, para ver jurar, para repreguntas, para tachas, para qué sé yo cuántas ocurrencias del incorruptible alcalde! Por último me llamó una mañana para hacerme saber, con aire muy autoritativo, que, á pesar de su actividad y de estar persuadido del hecho, sin embargo la reo había probado la *coartada*.—Si no hubo *cortadas*, señor, le repliqué; fué todo con una cacerola.—Usted no entiende, me dijo; es que la Leona probó que no estaba en casa de U. á la sazón que le arrojaron la sartén á las narices de su esposa; y por lo tanto, usted debe pagarle por *falsa calumnia*, daños y perjuicios, cincuenta pesos en que sale condenado. Hice mil protestas, pero no hubo más remedio que perder el dinero, ofreciendo nunca más volver á meterme en *tela de juicio*.

*
* *

Renegaba yo hasta del matrimonio, cuando una mañana apareció mi esposa con aire de triunfo, presentándome una vieja, bizca, picada de viruela, que tenía el nombre consolador de Pacífica. Lo escuché como una deliciosa armonía y contemplé á aquella mujer como el emblema de bonanza, después de las tempestades de la Leona. Pacífica llevaba consigo un hijo de diez años, que por cierto no parecía descender de una madre tan tranquila, pues metía más ruido que un regimiento de reclutas y no dejaba trasto que no rompiera. Parecía que Salomón, tal era su nombre, tenía compañía tácita con todos los fabricantes de loza y cristal: lo peor era que la madre lo castigaba sin piedad y armaba á cada rato terribles algarazas. Así trascurrieron varios días, hasta que por desgracia, le atacó repentinamente un *cólico miserere*, á consecuencia, decía ella, de *un aire* que le había dado. Hénos aquí convertidos á mi mujer en hermana de caridad y á mi en doctor improvisado; sin embargo, hubo que llamar médicos, viaticar á la Pacífica y asistirle por espacio de veinte días; ya no era el cólico el que le hacía morir; era una enfermedad que cada facultativo calificaba de distinto modo, estando de acuerdo todos tan sólo en el funesto pronóstico. Al fin desfalleció la desventurada Pacífica, con la tranquilidad con que había vivido. Hubo que darle sepultura eclesiástica, después de muchas requisitorias, vueltas y trabajos; que no es tan fácil enterrar un muerto como pudiera creerse; pero lo peor de todo, lo que fué una calamidad, lo que más nos dió que hacer, fué el legado del huérfano Salomón, que por cierto no tenía ni la prudencia ni nada de lo que indicaba su significativo nombre. Con el fin tal vez de disipar su duelo, le ocurrió una tarde subir á la azotea para robar la fruta de la huerta de la casa vecina: se vino abajo y se dislocó una pierna. Hénos aquí en nuevos sustos y dificultades, que ya no nos dejaban vivir. Tuvimos que mandar al pilluelo al hospital y hacer propósito de no volver á admitir criadas enfermizas y con prole traviesa.

*
* *

Pero de nada sirven los propósitos, ni la experiencia. El servicio doméstico ha continuado siendo para mi mujer la mayor de las dificultades, la única nube que ha venido á oscurecer los horizontes de su dicha, el tema obligado de sus conversaciones. Vive pensativa y confusa y temo ya que pueda

atacarle una monomanía que Pinel no clasificó en sus obras y que quiera Dios que no contagie á las lectoras que hayan tenido la paciencia de llegar al fin de estos apuntes domésticos.

1887.

:o:

SONETO.

En esta noche fría y turbulenta
En que el cielo se muestra borrascoso,
A dónde me dirijo silencioso
Despreciando el rigor de la tormenta?

Rasga la nube el rayo que revienta
Con súbito estallido, y pavoroso
El trueno que retumba cavernoso
Del nocturno negror el miedo aumenta.

Y en tan lóbrega noche, á dónde guía
El destino mi pie, cuando deshecho
Sacude el huracán la niebla fría?

Sensible siempre fué mi amante pecho,
Y, temeroso de una pulmonía,
A mi cama, lector, me voy derecho.

Pío VÍQUEZ.

:o:

La pena de muerte.

Los versos de don Jenaro Cardona, publicados en el número anterior de este periódico, son armoniosos y su belleza desde este punto de vista es una buena recomendación para el poeta. El asunto en que se ocupa, la pena de muerte, es muy trillado y ha sido sobradamente discutido; está ya resuelto. Tanto por esta razón como porque el señor Cardona no se decide formalmente en ningún sentido, sería molestar la atención pública emprender polémica acerca de él; pero sí intento examinar algo de la forma de su composición y hacer notar la falta de sentido que, á mi juicio, se encuentra en algunos de sus pensamientos y la impropiedad de muchos de los calificativos que usa.

He aquí la primera estrofa:

¿Quién pretende encontrar en este mundo,
Que entre vil lodo y podredumbre rueda,
Una alma-Dios, modelo inquebrantable,
Que el embate del mal jamás no sienta?

Mal que le pese al señor Cardona, el lodo

no es vil: será inmundo, como más adelante lo califica, podrá causar asco, pero no ser vil. Ninguna de las acepciones de esta palabra parece acomodarse á la naturaleza de una cosa material, sino á personas ó á acciones, ó cuando más á objetos que sean causa de una degradación moral, como el oro; pero nadie se degrada ni nadie se envilece por razón del lodo.

El adverbio *no* pospuesto á *jamás* no sienta bien, y antes, por el contrario, es un error gramatical que contribuye á volver oscura la frase. Si bien es cierto que puede hacerse uso de dos negaciones para darle más fuerza á la expresión, también lo es que nunca debe el adverbio *no* ir pospuesto á la otra negación.

Quién pretende que el hombre, ruin microbio
Que se nutre del cieno en que vejeta,
El soberano bien refleje siempre
Y tenga infalible su conciencia?
¿Qué triste pretensión! ¿Acaso el hombre
Tiene su pobre hechura ya perfecta,
O es algún ángel que perdió las alas
En no sé qué fatídica reyerta?

Aquí pretende el señor Cardona, á lo que parece, comparar al hombre con aquellos espíritus rebeldes de que Milton nos habla en su célebre poema, que fueron vencidos por los escuadrones de Dios; pero lo que sí no nos refiere el poeta inglés es que esos seres perdieran sus alas en la lucha, ni que en ellas consistiera su virtud, como nos lo da á entender el señor Cardona. El *ya* del segundo verso implica que el hombre puede perfeccionarse, pero que no lo está todavía, y el símil de los dos últimos excluye esa idea de progreso, porque uno de los distintivos de Luzbel y sus compañeros, si hemos de creer á los teólogos, es su fatal destino de permanecer eternamente en estado de maldad, sin esperanza de variación. Esas frases, pues, según yo las entiendo, son contradictorias.

Y ¿ese Mentor divino dónde se halla
Que al pobre caminante de la tierra
Al Edén lo conduzca de lo bueno,
Sin dejarle un momento de su diestra?

¿De dónde saca el señor Cardona que puede haber un Edén de lo malo? Si esa palabra por sí sola indica la idea de un lugar de delicias, y en nuestra lengua no tiene ninguna otra significación, el pleonasma es completamente innecesario y hasta de mal gusto.

O pretenden quizá que el Dios sublime
Su eterno amigo y compañero sea
Cuando allá en su dosel, sobre mil mundos,
Ni sospecha tal vez nuestra existencia!

Es natural que el señor Cardona haya puesto una admiración al final de esta estrofa porque, no digo admirado, estupefacto debería estar de que un hombre de su juicio haya dicho semejante dislate. ¿Conque puede imaginarse

un Dios (y un Dios *sublime*) que *ni sospeche tal vez nuestra existencia?* La idea de Dios es incompatible con esa frase, puesto que si él nos ha creado, ¿cómo puede dejar de saber que vivimos? ¿O es que se figura el señor Cardona que porque está tan alto, es decir, *sobre mil mundos*, ya no le alcanzará la vista para distinguirnos? No me disgustaría oírlo disertar sobre materias teológicas, porque si hemos de juzgar por esas palabras, su sistema religioso por fuerza ha de ser bien raro.

Y á ese sér desvalido que así lucha
Con abierto huracán que el mal engendra,
Con injusticia ruda habrá que hacerle
Responsable de toda su flaqueza?
Oh nó; el que delinque y el que falta
A aquellas leyes de moral eternas,
Es una alma raquífica y torcida
Que en medio del desierto cayó enferma.
Y está en la atribución de los humanos
Aplicarle en castigo esa atroz pena
Que en vez de edificar así destruye,
Y que en vez de sembrar calcina fiero?

Esta parte de la composición reviste una elegancia y una valentía que hacen honor al poeta, y que junto con la lucidez de la forma, contribuyen á que la lectura de ella deje una grata sensación en el ánimo; pero la argumentación peca de viciosa: sienta el autor al principio que el hombre "no es responsable de toda su flaqueza" y que "cayó en medio del desierto," y como consecuencia inmediata parece deducir que no está en la atribución de los humanos aplicarle esa pena que "en vez de sembrar calcina fiero." Si no es responsable el criminal, que no se le castigue de ningún modo; y aquél podría admitirse, caso de ser verdadero, como un argumento para suprimir la ley penal, pero no para atacar la pena de muerte como tal. La figura de que *cayó en medio del desierto* podrá ser muy bonita, pero no es propia en este lugar, porque si se está tratando de una ley que existe entre los hombres y si se supone que para aplicarla ha de existir una sociedad en que el delincuente obre, decir que éste ha caído en medio de un desierto no puede ser más inexacto; y si hemos de convenir en que el uso de las figuras da realce á la expresión, también es muy cierto que su belleza la constituye principalmente su semejanza con la realidad.

Y aquel que infame mata, aquel que roba
Así ha de dar su vida como ofrenda.....
Y á quién? A *Sociedad* la más villana
Y cruel furia que mata con carreta!

Ahora sin motivo cambia de tono el señor Cardona, y después de haber hecho tantas lástimas del sér humano, agotando los términos conmovedores para defenderlo de la *calcinadora pena*, llamándole *pobre, desvalido, irresponsable, raquífico, enfermo* y otras cosas más, sale diciéndole *infame*, precisamente en el momento en que más hubiera debido esforzar su imaginación para presentarlo como merecedor de indulgencia. Luego quiere el autor que la vida que al criminal se quita sea mirada *como ofrenda que él da*: la palabra *ofrenda* lleva consigo la

idea de espontaneidad en el agente, pero aquí es impropio aplicar aquella frase al reo de muerte, puesto que la ley penal le priva de la vida contra su voluntad, y la pérdida de ella, por consiguiente, cuando mucho puede considerarse como expiación, ó como venganza, ó como precaución, según las diversas escuelas penales, pero como ofrenda, nunca.

No comprendo en qué consiste la careta de que el Estado se reviste, según el señor Cardona, para aplicar la pena de muerte, si lo hace en virtud de una ley debidamente promulgada y teniendo el sentenciado conocimiento, anterior al delito, de que aquello le sucederá si obra en determinado sentido.

Los versos que en seguida se encuentran no tienen valor real para la cuestión: pueden llamarse de puro adorno. De que la sangre manche y salpique y sea siempre roja y queme y sea caliente, no sacamos ningún argumento que nos haga inclinar la balanza del juicio en uno ú otro sentido.

En las últimas estrofas del primer párrafo se puede admirar de nuevo la facilidad del verso, así como la energía del poeta que defiende calurosamente la buena causa, la de los derechos primordiales del hombre.

Hállase, sin embargo, que prodiga á veces los adjetivos, y no siempre con felicidad, como cuando califica á la locura de *neccia*; y se nota falta de coherencia en que trate á la sociedad de *loca* al mismo tiempo que de *infame*, porque el abandono de la razón que el autor supone en ella, excluye el que se la pueda imputar nada como infamia.

En el segundo párrafo intenta el señor Cardona presentar los motivos que obran en su espíritu para hacerle vacilar en sus ideas sobre la cuestión de que trata; y variando de tono, nos muestra con palabras terribles al hombre como *temible sierpe, sombra satánica, infernal pantera, buitro feroz, monstruo amenazante* y qué sé yo cuantas atrocidades más, pintando un cuadro que horroriza y que involuntariamente nos hace recordar las descripciones del Dante, admirando al propio tiempo la laboriosidad del autor para coleccionar cuidadosamente y repartir en sus versos todos los términos pavorosos de nuestra lengua. Sin embargo, hay que confesar que, pasado el primer susto, no se puede encontrar sino una imaginación calenturienta y una escasez lastimosa de argumentos en favor de la pena de muerte.

El gastadísimo sofisma de que "el miembro gangrenado debe amputarse" y la inexacta aseveración de que "lo que una vez llegó á podrirse, nunca vuelve á recobrar su lozanía," no merecen contradecirse: todo el mundo sabe que en estas cuestiones la posibilidad de la rehabilitación es un axioma.

En una de esas estrofas dice el señor Cardona:

El miembro que se pudre sobre el cuerpo
Y que destila virus y gangrena,

Hay que amputarlo á trueque de que invada
Los órganos que están con vida entera.

La preposición *sobre* está mal empleada á mi modo de ver, pues el miembro que se pudre existe *en* el cuerpo y no *sobre* él. Esta última partícula envuelve una idea de superposición que no cuadra bien aquí.

El modo adverbial á *trueque* debería en este lugar ir seguido de la negación, pues como equivale á *en cambio, con tal que*, si no se le agrega esa negación la frase dice lo contrario de lo que el autor se propone.

El verbo *invadir* está refiriéndose allí claramente al *miembro que se pudre*, y no es con él con quien debería concertar, puesto que el miembro podrido no es el que invade á los demás; son el virus y la gangrena.

En los últimos versos el poeta parece enseñarse más todavía contra el criminal y demuestra creer que no bastan *las mazmorras*, ni los *oscuros calabozos*, ni el *yunque fatal de sus cadenas* para purgar faltas *tan sangrientas* de esos *seres negros*. Verdaderamente, el ciudadano Nerón de la *Marsellesa* habría parecido caritativo y manso comparado con el autor de los versos en esta parte de su composición. Sólo le faltó concluir diciendo como aquél:

Y muera quien no piense
Igual que pienso yo.

Aunque no se necesitaría gran esfuerzo para rebatir el argumento final del señor Cardona, de que la sociedad usa del derecho de legítima defensa al aplicar la pena de muerte, no considero que tenga aquí cabida la refutación jurídica del punto.

Para finalizar debo decir que, si bien el señor Cardona descuida algo la forma en sus bellas producciones, la facilidad de su musa y la inspiración que por lo general se revela en todas ellas, hacen esperar que llegará á ocupar un puesto distinguido entre los vates de su patria, si refrena un tanto su imaginación ardiente.

San José, 27 de julio de 1887.

SAULO.

Con el mayor placer publicamos el siguiente soneto de nuestro amigo don Manuel Echeverría. Lo armonioso y enérgico de sus versos y lo valiente del pensamiento, bien desarrollado en el estrecho molde del soneto, nos hace presumir que la musa del joven poeta llegará á ascender á bien envidiable altura.

AL 18 DE JULIO.

Costa Rica rompiendo las cadenas
Que un déspota malvado le pusiera,
Muestra, libre al entrar en la nueva era,

Que aun corre noble sangre por sus venas.

¡Gloria á quien puso fin á las escenas
Que el romanismo hipócrita exhibía,
Y á quien supo curar en solo un día
Del enfermo las pútridas gangrenas!

¡Juventud! que despierte en nuestro pecho
Este ejemplo el honor! ¡Fuera el tirano
Que huyendo al bien se burla del derecho!

Si hemos de sostener principio sano,
No alberguemos jamás en nuestro pecho
Al carnívoro buitre ultramontano.

MANUEL ECHEVERRÍA.

Noches de Teatro.

(Carmen Fernández.)

Confesemos que nuestro pueblo no es inhospitalario para el arte: se ha encariñado con el repertorio de la compañía "Villarreal" y así lo vemos tres veces por semana, entrar en la sala del teatro atropellándose y procurando alcanzar, después de grandes trabajos, un asiento más ó menos cómodo.

Desaparece el prolongado bostezo del fastidio y corremos todos á ver pasar, ante nuestros ojos atontados, las figuras gloriosas de la humanidad ó las creaciones seductoras del arte, de un arte extranjero, es cierto, y no de indiscutible abolengo, pero arte al fin y al cabo. Vamos todos ansiosos de emociones á contemplar á la enamorada Margarita, al poderoso burlón San Martín ó al siempre simpático y atrayente Roberto; vamos á hundir la vista en aquellas artistas que, envueltas entre gasas, hacen temblar á jóvenes y viejos; en aquellos cuerpos—blanco obstinado de las miradas de la concurrencia masculina—que se mueven al compás de voluptuosas danzas, ondeando en el aire caliente como una promesa de coqueta; corremos á disfrutar de las satisfacciones excepcionales de la belleza, á mirar, en fin, cara á cara, el cielo iluminado de la escena. En estos días, pues, sobre el humo de los talleres, sobre la realidad prosaica del comercio afanoso, sobre la vida puramente canina del que sólo trabaja y come, sin tener tiempo para reposar el pensamiento en nobles tareas, se levanta la bandera de la dignidad intelectual, flameando con vientos de esperanza.

En la sala del teatro, el observador atento puede medir la revolución de costumbres que entre nosotros se ha verificado: la mayor parte del público lleva vestidos, sino de corte de etiqueta, por lo menos elegantes y correctos; perfumes desconocidos y vagos acarician el olfato; el traje de seda rosa pálido, el coqueto lazo azul, el gracioso arabesco de finísimo encaje, los mil detalles del *bon ton* realizando la hermosura de

nuestras bellas; el silencio, la supervivencia de la cultura, en fin, todos esos refinamientos que constituyen el verdadero privilegio del *high-life* indican que avanza cada vez más la ola invasora de la educación europea.

Desciende el telón en cada entreacto y se produce entonces en la enorme sala el sordo rumor de una inmensa colmena; por todas partes se conversa con animación y se discuten y comentan los incidentes de la representación. Levántanse los hombres, y los anteojos, asestados sus ojos de cristal en todas direcciones, mantienen guerrillas de palco á palco, de palco á platea y de platea á palco; muévense mil cintas y plumas, las damas agitan sus vistosos abanicos, y abarca la mirada del observador un conjunto de telas de todos los colores imaginables, alternando el blanco con el rojo, el celeste con el rosado, el negro con el verde y chispeando por todas partes los brillantes, las esmeraldas, zafiros, turquesas y rubíes.

En tan inmensa aglomeración de cabezas humanas todos los tipos tienen su representación: aquí, la rubia de ojos incoloros y pestañas blancas contrasta con la mirada penetrante y el cabello renegrido de una fogosa morena; allí la faz apergaminada de una solterona ó la cara marchita de la vejez resaltan al compararse con la sonrosada de una gentil muchacha de veinte años; mas allá la cabeza inteligente que se mantiene alzada como buscando su justo nivel, y la cabeza gacha del que no piensa ni siente.

Entran en los palcos las visitas, y en los pasillos se forman esos círculos de gente impresionable y frívola, donde autores, obras y artistas son juzgados entre el humo de los cigarros, donde se hace gala de ignorancia ó de pedantería, donde se falla con un desparpajo que debiera ser llamado á cuenta ante el buen sentido.

Hay también la masa formada por gente de tacto exquisito, de gusto cultivado que oyen, comparan, maduran sus juicios, enfrenan los entusiasmos inmotivados y procuran ajustar sus opiniones á los preceptos de la belleza artística. Ese es el verdadero público.

Por último, allá arriba, coronando el círculo de palcos, se encuentra el paraíso turbulento: cuerpos macisos, caras barbudas, granujas que chillan, mujeres que en cambio de alimentar unas cuantas historietas de amores interesados, tienen ante sí la perspectiva del hospital: es aquello un conjunto de racimos apretados que se mueven dentro de la cintura de hierro de las barandas, con todo los rumores de las masas humanas comprimidas, que buscan en aquella estrechez asfixiante un acomodo y una estabilidad imposibles.

Y apropósito, hagamos una observación interesante. En la última noche—durante la representación de la *Tempestad*—cierta parte de la concurrencia que asiste al paraíso, urgó hasta el extremo, con su insolencia y su audacia, la paciencia del público bien educado que asiste á los palcos y á la platea; murmullos constantes, ri-

sas estúpidas, entusiasmos ruidosos, en fin, un desorden que irritaba.

Nosotros no nos hacemos ilusiones: reconocemos el principio de igualdad ante la ley, pero no nos seduce la democracia de las novelas románticas en que la hez del pueblo aparece codeándose con la gente bien educada. La igualdad humana es una quimera; ni anatómicamente son iguales los hombres. Creemos que hay una nobleza de abolengo tan limpio que no es posible dejar de acatarlo; nos referimos á la nobleza de la educación. Ella es la única que pone lustre en el ánimo y levanta las concepciones, mejorando al hombre y haciéndole delicado, gentil y caballero. ¿Por qué no decir que es el límite infranqueable entre una y otra agrupación, si lo es en realidad?

Digamos, para concluir, que el poder moralizador de la gente distinguida que llenaba la platea se hizo sentir, imponiendo silencio á cada momento á esa parte inculta del paraíso que quiere llevar al teatro la costumbre de los circos de acróbatas. Estuvo en su derecho al hacerlo, y pensamos que siempre debe imponer sus opiniones, no por su altura aristocrática de concepto, sino por su forma culta de manifestación.

Continuemos nuestra revista.

Los diálogos *sotto-voce* de las muchachas empiezan á disminuir; las ancianas soñolientas, con esa indiferencia de quien está cansado de la vida, dirijen su vista al escenario; cesan los saludos significativos y las miradas rápidas y las frases almibaradas y los suspiros reveladores y las quejas amorosas y.....en fin, las grandes vaciedades de la humanidad que cree. Cada cual vuelve á tomar su asiento; los más remisos entran precipitadamente, temerosos de llegar tarde; la música empieza con aquellas notas suaves y melifluas que semejan un océano lleno de olas azules acariciadas por la brisa; el silencio se restablece y el telón se levanta.

Carmen Fernández aparece en la escena y la corriente magnética de las miradas del público la envuelve y la estrecha, como el abrazo de un amigo cariñoso. ¡Qué orgullosa ha debido sentirse esa artista al cosechar las flores preciosas que produce su inspiración! ¡Qué dichosa ella al recibir, convertidas en aplausos, las notas escapadas de su garganta, nido de ruiseñores! El canto de esa artista es en el principio la superficie tranquila de un mar iluminado por fuegos fosforescentes; después, las notas se levantan, ruedan, borbotean y se quiebran en copos de espuma: son entonces el océano agitado en que las olas parecen abrazarse.

Carmen Fernández—la *gracieuse diva*, como llaman los revisteros de París á la Judic—es una artista que posee cualidades extraordinarias para la escena y principalmente para el *vaudeville* y la opereta.

Su repertorio y su centro está en esos géneros. Es una artista á la *dernier*.

Nosotros lo confesamos con franqueza: *La Tempestad* y *El Salto del Pasiago* dejan en el ánimo profundísima impresión; pero pertenecen á ese género especial que sin dar de mano á lo bufo aspira á la excelencia suprema de la ópera, resultando de ahí que no tiene carácter alguno definido. Recordamos lo que decía Revilla de la zarzuela: "Es una señorita cursi y tendenciosa. Al zarzuelero no sé como hablarle y en esta duda, lo mejor es no hablarle de ningún modo."

Así, la zarzuela no nos entusiasma y preferimos la ópera bufa francesa, caricatura si se quiere, pero caricatura franca que rebosa ingenio y buen humor.

En la opereta, Carmen Fernández vibra y triunfa. La prensa, donde quiera que ella ha hecho brillar su genio finamente cómico, ha alfombrado de laureles el camino de la artista y ha consagrado con el óleo del entusiasmo el donaire y la belleza de la mujer. Tiene hoy veinticuatro años, ha hecho sus armas en luchas bien bravías y es ya en los escuadrones del arte una generala marcada por la fama.

Carmen es malagueña, y tiene una alma tan hermosa como el cielo que la vió nacer. Estudió en el Conservatorio de Madrid, y á su salida de aquel establecimiento ingresó en una compañía que se organizaba para Buenos Aires y Montevideo. En aquellas cultas capitales fué debidamente apreciado su talento artístico y su verdadero conocimiento del gusto moderno. "Los recuerdos de aquella excursión—dice ella—viven frescos en mi memoria, á pesar de que se ha desvanecido ya el color de las cintas que adornan las coronas que aun conservo como testimonio del cariño que me tuvo el público argentino."

De allí volvió á Europa y cantó en los teatros de Madrid, recorrió las principales ciudades de España, pasó á Lisboa y luego á París, donde tuvo ocasión de estudiar á las famosas artistas Luisa Theo y María Van-Zants. Aceptó más tarde una contrata para el Teatro Nacional de Méjico, fué después á la Habana, luego á Guatemala y de allí vino á esta capital.

Carmen Fernández no es, pues, una desconocida: posee una de esas ejecutorias que más pueden ambicionarse: las que extienden y rubrican el talento y la reputación.

Esta distinguida tiple posee la sal y el donaire propios del género bufo. Nadie tan arrogante como ella, nadie tan aguijoneado de las ansias supremas del teatro; nadie que tenga más alta y exquisita conciencia de su papel. Estas mujeres entusiastas merecen algo más que aplausos, que es glorioso ver seres que tienden invenciblemente al ideal, despreciando de modo olímpico las preocupaciones del *profánium vulgus*.

Apenas conocemos á la artista, pero ella nos ha fascinado. Somos de aquellos que se enamoran de una mujer-tipo, como de algo supremo que encadena la admiración. Impórtanos poco hallarla entre los poderosos de la tierra, entre la opulencia de los banqueros ó entre las partículas invisibles del gran tablero universal. Además somos adoradores de esos espíritus que revelan una exquisita sensibilidad intelectual y una halagadora complejidad de cerebro. Y Carmen Fernández—á nuestro entender—tiene las cualidades principales de las grandes artistas; enormísima sinceridad que va hasta darle en la escena toda la excelencia de una iluminada; facilidad para dejarse poseer por el carácter del tipo que representa, de modo que entra en él, se encarna en su cuerpo glorioso y le filtra todo el vuelo de su propio genio; intuición para trasladarse de un golpe á las épocas que se exhiben, y tiene además inteligencia apropiada, prestancia hermosa, elegante y dócil á las inflexiones de la voluntad; movimientos rigurosamente exactos en los pasajes históricos; actitud naturalísima en las escenas más comunes ó vulgares de la vida. Tiene ese *quid divinum* de los poetas y de los artistas de raza que les hace hermoear cuanto tocan.

La gracia, la coquetería deliciosa, la naturalidad son los rasgos distintivos de esta fisonomía artística. Cuando trata de representar á Magdalena Dietrich, es la aristócrata arrogante que quiere conservar su alcurnia á pesar de los avances de la revolución; acto continuo es la infeliz perseguida, con el alma enlutada por la muerte de su padre, y que en medio de su desgracia rechaza con altivez la mano que le tiende el odioso jacobino.

Veámosla después cuando le toca ser Nora en *Las Campanas*: qué viveza en la mirada, qué presteza cuando se dispara al escenario, qué *resalá* tan artísticamente expresado! La facilidad con que esta mujer se transforma es increíble. Más tarde la veréis entusiasmar al público, cuando hace de Guadalupe en el *Lucero del alba*: al espectador le vienen cosquilleos y antojos de risa, y por fin los aplausos estallan cuando Carmen, con la zandunga de la manola canta:

Yo nací en un sotillo
De Sierra Morena
Donde crece el tomillo
Con la yerba buena.

Un periódico de la Habana decía: "La Fernández había vencido al público. ¿Por qué? Cuando yo averigüe en virtud de qué sortilegio un ordador se hace el rey de los que le escuchan, entonces diré por qué Carmen Fernández entusiasmó anoche al numeroso público, renuente al aplauso, que tenía delante de sí."

Y es porque Carmen tras de ser artista, tiene la varita mágica de la juventud y la hermosura: aquella nariz llena de gracia y picaresca coquetería que dilata sus fositas adorables, cual

si deseara más aire á su alrededor; aquel cerco de pestañas, extendido como sedosa cortina, que vela el resplandor ardiente de sus pupilas y que se agita cual abanico de pequeñísimas plumas negras; aquella linda boca sonrosada; aquella fisonomía tan primaveral, tan llena de recuerdos, de flores y de perfumes estivales; y sobre todo aquellos ojos oscuros tan preñados de sentimiento, de dulce melancolía, de embriagadora y naciente voluptuosidad! Así se explican esas explosiones que ella ha escuchado en los teatros y que resuenan como truenos de una tormenta colosal.

Hay sobrada razón: Carmen Fernández lleva en sus sienes una triple corona, porque á la del genio reúne las de la juventud y la modestia.

ODÍN

—:o:—

¡Eso nó!

(A Próspero Calderón.)

Puedo creer que Fidias fué abogado,
Que usó levita el inmortal Homero,
Que Cicerón fué un triste zapatero,
Y que nació en Bruselas el Tostado.

Puedo creer que España no ha guerreado,
Que en realidad existe el Cancerbero,
Y que Artajerjes era el consejero
De Don Carlos segundo el Hechizado.

También puedo creer que la ballena
Tiene en inmensos árboles su nido,
Que se puede comer la luna llena.

Todo eso creerlo acaso yo he podido;
Pero que haya en el mundo suegra buena...
Eso no podré creerlo... ni dormido.

CARLOS A. IMENDIA.
(Salvadoreño.)

1887.

La Marsellesa: su representación.

Basada esta obra en ese drama fecundo y glorioso de la Revolución Francesa, quisiéramos exponer, siquiera ligeramente, algunas ideas acerca de ella, para así poder juzgar con algún criterio la pieza á que nos referimos.

Al recorrer la vista sobre las páginas de esa Revolución, el ánimo se siente como sobrecogido por no sé qué espléndido des-

lumbramiento. Tanta es la luz que esa obra redentora ha arrojado sobre el mundo y tales son esos formidables obreros que la llevaron á cabo tras cruentos sacrificios y titánicas luchas. En primer término vemos desfilar ese augusto cortejo de los filósofos y enciclopedistas con Voltaire, Juan Jacobo, Alembert y Diderot á la cabeza; después los hombres de acción como Dantón, los poetas como Rouget de Lisle, los hombres de la palabra como Mirabeau, Vergniaud, Saint Just, Robespierre, Desmoulins, Barnave, Lanjuinais y tantos otros, todos grandes, todos inspirados en la sublime causa de la Revolución.

¿Cuáles no serían las impresiones que esperabamos recibir la noche de la representación de "La Marsellesa", obra inspirada en esa grandiosa epopeya del 89, tan sangrienta como benéfica en sus resultados, no sólo para la Francia entonces oprimida sino para el mundo entero?

Mas por desgracia no fué así. La obra del señor don Miguel Ramos Carrión, tal cual se representó el 22 de julio próximo pasado, desfigura notablemente la grandeza de la Revolución, de esa "hazaña de Dios" como muy bien la llamó Víctor Hugo, haciéndola presentar ante el público no bajo las luminosas y múltiples fases en las cuales hoy se estudia y admira, sino bajo un aspecto mezquino y sombrío, donde tan sólo se ven hervir de parte del pueblo los odios miserables y donde la baja intriga y la delación hacen gran papel. El espectador lo que en ella contempla es un populacho desenfrenado, ebrio de sangre, armado de picas, sin conciencia ni antorcha que lo guie, y al través de esa horrible noche, la fatídica carreta de los ajusticiados y la lúgubre silueta de la guillotina.

Esperabamos ver la exaltación de ese pueblo que proclamó ante el mundo ese Evangelio sublime de la democracia: los Derechos del Hombre; esperabamos, repetimos, asistir á la apoteosis no, al aminoramiento y degradación del heróico pueblo del 14 de julio que derribó la secular y odiosa Bastilla, cárcel de sus mismos opresores.

La Revolución Francesa no fué sino la protesta del porvenir libertador contra los tiránicos y carcomidos poderes del pasado; fué la lucha formidable de un pueblo que comprende sus derechos contra quince siglos de vergonzosa servidumbre. Es verdad que la Revolución cometió crímenes, que la guillotina en su incesante trabajo na

da respetó, rodando al peso de su fatal cuchilla no sólo las cabezas de esos titanes que la precipitaron como Dantón, Robespierre y Desmoulins, sino cabezas tan venerables como la del químico Lavoisier y el poeta Chénier y tan hermosas como las de María Antonieta, Isabel, la princesa de Lamballe y Carlota Corday. Mas no hay que culparla y maldecirla.

“El Terror, como ha dicho Luis Blanc, preparado por siglos de opresión, provocado por espantosos ataques y estimulado por los peligros de una lucha de colosos, salió de las entrañas de la historia.”

Esa lucha representaba la muerte del pretendido derecho divino de los reyes, representaba la destrucción del feudalismo, la extinción de los mayorazgos y odiosos privilegios, la desaparición de tantas absurdas preocupaciones, abusos, fanatismos, errores é ignorancia y el advenimiento espléndido del Derecho y la Libertad.

Vamos á relatar brevemente de acuerdo con la historia, el génesis de la Marsellesa, de aquel himno sublime que “el genio de Francia subitamente aparecido inspiró á Rouget de Lisle” en los momentos supremos de épica desesperación, en que de todas partes se escuchaban estas fatídicas palabras: *¡La patria está en peligro!*

Con motivo de haber llegado á Strasburgo la noticia de que le Austria, habiendo declarado la guerra, marchaba sobre la Francia—Dietrich, el patriótico gobernador de esa ciudad, reunió en su casa (24 de abril de 1792) á algunos voluntarios que pronto habrían de partir. Entre los convidados se encontraba Rouget de Lisle, joven capitán de ingeniería. En esa reunión Dietrich habló de la necesidad de un canto de guerra para los soldados. Vamos, Rouget, dijo él, dirigiéndose al joven oficial, vos que sois poeta y músico, hacéndonos algo que merezca ser cantado. Rouget se excusó, mas obligado por las instancias de sus amigos y en atención al estado de exaltación y delirio que provocaba entonces la grandeza de los acontecimientos, se retiró preocupado por tales palabras hacia la media noche á su pieza, tomó su violín y compuso esa misma noche la letra y música del himno que debía inmortalizarle, tal cual existe hoy, con diferencia de los dos siguientes versos de la última estrofa:

Et que les trônes des tyrans
Croulent au bruit de notre gloire.

Estos versos fueron reemplazados por los siguientes:

Que tes ennemis expirants

Voient ton triomphe et notre gloire.

Tal fué la historia de ese canto patriótico que hizo decir á un general francés: “Nosotros hemos combatido uno contra diez, pero la Marsellesa nos ha acompañado”; otro exclamó; “Enviadme 1,000 hombres y un ejemplar de la Marsellesa y yo respondo de la victoria.”

Tal fué ese himno que en breve resonó por toda la Francia y á cuyos acentos henchidos de patriótico entusiasmo ganaba la joven República, que entonces carecía de pan, soldados y elementos, batallas imposibles contra la Europa coaligada, arrollando á los ingleses y holandeses en Hondochooste, á los austriacos en Wattignier, reconquistando la Alsacia, sofocando á Lyon, arrancando á Tolón á los ingleses y reduciendo á la Vendée, el foco de la contra-revolución.

En la obra del señor Ramos Carrión, lo que hemos visto con no sé qué dolorosa y justa repugnancia es una crítica ruin y solapada de la gran Revolución, crítica en la cual no se ha sabido respetar siquiera al protagonista del drama, al noble é inspirado Rouget de Lisle. En la escena final del último acto la cobarde fuga de éste con Magdalena, la hija del Barón Dietrich, Alcalde de Strasburgo, en los momentos en que es conducida al patíbulo la heroica y simpática cantinera que después de haberlo salvado y seguido á la victoria, se sacrifica por él, desvirtúa y mancha esa noble figura de la Francia revolucionaria.

Aparte de estos defectos capitales, encontramos en dicha obra escenas inverosímiles y exageradas, y en toda la pieza, como ya hemos dicho, una tendencia disimulada á menguar esa grandiosa epopeya del noble y heroico pueblo francés.

Acercas de la ejecución de dicha pieza también diremos algunas palabras, dictadas por la justicia é inspiradas por el triunfo que en general alcanzaron en esa pieza lírica los artistas de la Compañía del señor Villarreal.

La señora Celimendi representó á Flora, la agraciada cantinera, con naturalidad y expresión. La simpática señora Fernández estuvo á la altura de su conquistada reputación en el interesante papel de Magdalena Dietrich, la musa del poeta, la verdadera inspiradora de la Marsellesa. Nuestro amigo

el joven Vila á pesar de tener un papel secundario, con su digno continente y sonora palabra, supo sacar todo el partido posible de la representación del noble Barón Dietrich. Iglesias como siempre inimitable. La señora Cavaletti y Jiménez, no dejaron nada que desear. Los coros estuvieron bien ejecutados. El señor Monjardín que hacía el papel de Rouget de Lisle, el protagonista del drama, recibió los merecidos aplausos que nuestro público sabe tributar á los verdaderos artistas.

San José, 24 de julio de 1887.

EMILIO PACHECO.

—:o:—

A UNA CARTAGUITA

(A G. G.)

Todo en tí me enamora y me fascina:
tu seductora faz americana,
tu talle y tu figura soberana,
tu deslumbrante cabellera *ondina*;

tu voz—que de tu boca purpurina
como cascada bullidora mana—
y esa esbelta arrogancia de sultana,
que es de una Venus la actitud divina.

Mas nada, nada en mi entusiasmo tanto
me admira de tus gracias y me asombra,
como tus ojos en que amor destilas:

que el mismo Dios por aumentar tu encanto,
en forma de astros condensó la sombra
y los puso en tus ojos por pupilas!

GRACILIANO CHAVERRI.

Cartago, julio de 1887.

Una adquisición preciosa

PARA EL

Museo Nacional.

En la Gaceta del 1º del presente mes se registra un contrato de compra-venta, celebrado entre el señor Ministro de Fomento y nuestro ornitólogo don José C. Zeledón. Por dicho convenio el señor Zeledón vende al Gobierno su colección de aves de Costa Rica, por la suma de mil qui-

nientos pesos, pagaderos por mensualidades de á cien.

Por el conocimiento que tenemos de dicha colección ornitológica, nos creemos autorizados para felicitar al señor Ministro por esa interesantísima compra, que sin sacrificio alguno para el Tesoro Público dejá cimentado nuestro naciente Museo Nacional.

Las cuatrocientas especies de pájaros que contiene el lote á que hacemos referencia, unidos á los que poseía el Museo, forman una colección que si bien no contiene las setecientas especies encontradas hasta ahora en nuestro territorio, se aproxima sí á ser una colección completa, y justo, muy justo es que tratemos de tener y conservar aquí lo mejor en materia de colecciones de nuestros productos naturales. Si el actual Gobierno continúa prestando su apoyo decidido á los trabajos que se ha servido implantar, no estará lejano el día en que no tengan las personas deseosas de conocer nuestras riquezas, que recurrir á museos extranjeros en busca de aquello de que carece el foco de producción. Y por otra parte, la juventud que se levanta tendrá nuevos horizontes abiertos para saciar así su sed de conocimientos que no puede conformarse con el estrecho círculo de la jurisprudencia.

Mucho es el interés que las sociedades científicas se toman por conocer las producciones de todos los países; pero como es muy natural, tienen que concretar exclusiva atención á sus propios territorios, pues á pesar de los esfuerzos hechos hasta la fecha, esos laboratorios investigadores de la naturaleza, no han podido conocer á fondo las innumerables variedades encerradas dentro de los límites del territorio en que se encuentran implantados.

Ninguna consideración queremos hacer respecto al valor inmenso que encierra el estudio de la Naturaleza, porque sería una sencillez creer que dado el estado de adelanto que hemos alcanzado, pueda haber quienes consideren esos estudios como objeto de entretenimiento y lujo. Cuando los hombres necesitaron buscar su alimentación tuvieron que empezar por distinguir las producciones vegetales y los diversos animales que podían suministrarles sustancias asimilables á su naturaleza, y tuvo entonces nacimiento la agricultura, y su principio la adquisición y dominio de los animales domésticos; cuando se vieron obliga-

dos á proporcionarse utensilios para atender á sus necesidades cada vez crecientes, los vemos dirigirse á las rocas para extraer de ellas los pedernales de que debieran servirse; y más tarde los vemos aprovecharse de los metales, que tenían que sacar del interior de la tierra, para proporcionarse herramientas y armas para hacer prevalecer su autonomía sobre los demás seres vivientes; más tarde aún, estudian los llacimientos de huya para aplicarlos al vapor, cuya vida hasta ahora, son esos inmensos depósitos de vegetales sepultados en las entrañas de la tierra; y últimamente la electricidad en todas sus aplicaciones nos pone de manifiesto que nunca se apreció como fué debido la discusión entre Galvani y Volta, cuando cada uno de ellos estudiando dos reinos diferentes de la Natureleza quería arrancar á nuestra madre el secreto de esa fuerza misteriosa que nos da luz, movimiento y trasmisión á la palabra.

San José, 5 de julio de 1887.

A. A.

A un botón de rosa.

Botón que apenas naciste
Del jardín entre las flores,
Ni disfrutaste de amores,
Y tus encantos perdiste.

Ni el gorrión ni mariposa
Tu néctar suave libaron,
Ni los céfiros besaron
Tu corola primorosa.

Y ya marchito te ves,
Deshojado y sin esencia
Así es, botón, la existencia,
La dicha humana así es!

CARLOS A. IMENDIA.
(Salvadoreño.)

1887.

Las ilusiones.

Al abrir el hombre sus ojos al mundo, ó por mejor decir, al pasar del estado de niñez al período de la juventud, parece ser que de esta mudanza surgen las ilusiones. Sí; cuando se ha llegado á tomar ente-

ra posesión de las facultades intelectuales, cuando la imaginación ardiente busca afanosa una idea, siquiera sea pasajera, para acariciarla, entonces es cuando se agolpa en tropel á nuestra mente, esa multitud de ilusiones elemento de vida de la juventud y ensueño de sus locas esperanzas; entonces es cuando, al nacer las primeras ilusiones, nacen también con ellas, los primeros desengaños.

¿Qué otra cosa son las ilusiones sino la savia nutritiva de la vida moral del hombre?

¿Cuál sería su fastidio si no fuesen las compañeras inseparables de su infortunio, ayudándole á llevar con paciencia la carga insoportable de la desgracia?

Tratad de hacer conocer á un iluso que sus pensamientos son vanos, fútiles y efímeros, con el propósito de hacerle desistir, y obtendréis por resultado, no otra cosa que su muerte moral; por qué?—porque ellos son el alimento de su espíritu, su sostén, su esperanza; y porque su existencia le sería imposible, difícil de soportar sin ellos: se consideraría como un ser inoficioso en el mundo, que nada tiene que esperar; en una palabra, se consideraría sin porvenir.

¿Quién, cualquiera que sea su situación, no se ha tomado la molestia de procurarse con las ilusiones que pródiga le ofrece su imaginación, un pasatiempo agradable?

¡Desgraciada humanidad! Si es cierto que las ilusiones te causan un placer sin límites, también es cierto que muchas veces, tal vez en el momento en que más feliz te consideras viene de súbito la cruel realidad á sacarte bruscamente del éxtasis en que estabas sumergida, dejándote tan sólo por recuerdo su desconsoladora verdad.

No hay nada que se multiplique con tanta profusión como las ilusiones; de las muertas surgen otras que corren presurosas á ocupar el puesto que aquellas dejaran vacante al morir; se suceden las unas á las otras como las ondas producidas por una piedra arrojada en mitad de un lago tranquilo; pero todas, casi siempre, como las ondas se deslizan ligeramente hasta estrellarse en la costa de la realidad, en donde encuentran su tumba.

Los más ricos de ilusiones son los pobres; es cosecha que no se pierde jamás; ellas contribuyen en mucho á mitigar y á hacerles más llevaderas las miserias de la

vida: un pobre sin ilusiones es como un pájaro sin alas.

En las épocas más infaustas de la vida, cuando agobiados por el dolor se entregan á la desesperación, las ilusiones acuden como ángeles de consuelo á prestarles su valioso auxilio, y á alentarles para que con la resignación que exigen las circunstancias, esperen tiempos más bonancibles.

¡Oh ilusiones!, benditas seais; sin vosotras la vida parecería una noche borrascosa é interminable; vosotras sois el faro luminoso que señala el puerto de la esperanza al navío extraviado de la desesperación: sin vosotras la vida sería un desierto sin oasis. Yo os bendigo con la efusión de un corazón desesperanzado.

Cartago.—C. R.—Julio de 1887.

RIGOBERTO.

REVISTA TEATRAL.

Fieles á nuestro compromiso, vamos á hacer una ligera revista de las piezas puestas en escena por la compañía "Villarreal". Vaya primero la sombra, para que después brillen los colores vivos del cuadro.

En la representación del *Juramento*, habiéndose anunciado que el señor Villarreal haría de cabo Peralta, resultó desempeñando aquel papel el señor Vila, y esto francamente, fué una desilusión para el público. No queremos decir que Vila no sea excelente artista, pero es el caso que estaba fuera de su centro, que él no es para dar vida á aquel caracter.

En la ejecución de la preciosa opereta *Jugar con fuego*—tan llena de *esprit* y de gracia— notamos con disgusto algunas incorrecciones: la escena de los locos no estuvo interpretada con habilidad, y además, el señor Abella, que generalmente merece nutridos aplausos, se reía cuando debiera estar colérico por los desmanes de aquella gente insana.

Los actores, en la última escena de la *Tempestad*, estuvieron un tanto flojillos. No sabemos qué fuera ello; lo cierto es que las voces destempladas del viejo que pedía misericordia produjeron, en vez de sentimiento alguno, la hilaridad de la concurrencia.

El jueves en la noche se puso en escena la opereta titulada *Las hijas de Eva*.

Pero ¡qué frialdad, señor, en los dos primeros actos! Aquellas horas pasaron entre bostezos. Afortunadamente, ya en el último acto subió el calor artístico unos cuantos grados, y nuestro público, que atesora tanta benevolencia, se mostró casi, casi satisfecho. Ojalá que los artistas procuraran siempre colocarse á la altura que su reputación exige.

Tales son los defectos que á fuer de cronistas imparciales debíamos apuntar.— Ahora, en cuanto á las bellezas, consignemos que durante la última quincena no hemos visto pieza alguna indigna del repertorio de la Compañía; que *Las Dos Princesas* gustaron mucho; que los *Diamantes de la Corona* fueron ejecutados con una maestría digna de los aplausos que el público prodigó; que en *La Marsellesa*, la señora Celimendi hizo una Flora con tal primor, que si no logró conquistar el rebelde corazón de Rouget, sí cautivó la admiración de los espectadores; y por último que el simpático Roberto fué perfectamente caracterizado por la señora Fernández, quien— sabido es— posee una de esas bellezas que entran por los ojos para posesionarse luego del corazón.

Y aquí vuelve otra vez la ingrata tarea del crítico: ¿por qué estas distinguidas tiples no arrastran la nota con más fuerza? ¿por qué no nos dan el placer de oirlas tan claramente como en nuestro afán de admiradores suyos, lo deseamos? Decimos esto porque en el último acto de *Las hijas de Eva* el canto nos llegaba apenas perceptible. Se nos ha dicho que la simpática señora Fernández padece de una indisposición que le impide por el momento esforzar la voz. Si tal es, lo sentimos con toda el alma y hacemos los más sinceros votos por su completo restablecimiento.

Concluimos aquí, deseando que en adelante los estimables artistas no nos den materia sino para alabarlos, pues que para la censura nuestra pluma corre con dificultad.

BRAULIO.

COSAS DEL DIA.

LA ENTREVISTA verificada en Managua entre los Señores Carazo y Soto, Presidentes respectivamente de Nicaragua y de esta República, ha llevado felizmente á cabo una idea progresista y de benéficos resultados para el porvenir de Centro América, al través del cual vemos fulgurar con más bri-

llo la idea sublime de la "Unión" y abrirse la ancha vía interoceánica que hará la futura y común grandeza de nuestras Repúblicas hermanas.

Nuestras embarcaciones pudiendo surcar libremente las aguas del río San Juan y el hermoso lago de Nicaragua, harán más duraderos y estrechos los lazos que nos unen á esa República.

El comercio y la agricultura han encontrado nuevas y fecundas vías de riqueza y prosperidad.

Por tales motivos está Costa Rica de plácemes. Felicitamos cordialmente al señor Soto y enviamos al señor Carazo, digno Mandatario de Nicaragua, nuestro respetuoso saludo y sincera felicitación.

HAN VISITADO nuestra mesa de Redacción las Memorias de las Secretarías de Instrucción Pública, Guerra y Marina, presentadas al Congreso por sus correspondientes Ministros.

Oportunamente nos ocuparemos de tan importantes documentos.

OBITO.—José María Volio, el amante y fiel hijo, el cariñoso amigo, el ciudadano franco y pundonoroso, murió hace poco en Panamá, víctima de una penosa enfermedad.

Nosotros al recibir tan infausta noticia, sentimos cierto desconsuelo en el alma, y nos preguntamos en seguida: ¿Por qué la muerte se complace en apagar siempre una existencia joven, llena de amor é ilusiones, de enérgica vitalidad? ¿No hay otros seres, para quienes los encantos de la vida son una quimera, y que sólo hallarían reposo eterno en una tumba fría?

¿Por qué, pues, se va una vida primaveral, empezando á saborear la miel del ensueño y la felicidad?

José María Volio reunía valiosas prendas que lo hacían acreedor á la estimación general. Con su muerte, llena de luto un hogar querido y sumerge á una numerosa familia en un caos de tristeza.

Si las lágrimas ajenas sirven de algún consuelo, tenga su familia la íntima convicción, de que á su memoria, han derramado muchas sus amigos!

POR UN OLVIDO involuntario no hemos enviado nuestro saludo á *El Tío Simón*, periódico que ha visto últimamente la luz pública en esta Capital.

Perdónenos el colega, y reciba nuestro sincero saludo y los votos que hacemos por su prosperidad y larga vida.

YA QUE la Empresa Villareal se hace pagar tan bien las localidades, debiera proporcionar al público la mayor comodidad posible, y no tenerlo *como tres entre un zapato*, como aconteció el martes, por haber colocado mayor número de asientos del que cabe en la platea.

EXPLICACION DE GRABADOS.

OVIDE MUSÍN.

Nuestros lectores verán con sumo gusto el retrato de este celebrado violinista, el cual nació en Lieja (Bélgica) en 1854.

Tan rápidos fueron sus progresos en el arte, que á la edad de once años recibió en el Real Conservatorio de dicha ciudad, el primer premio de violín, haciéndose admirar desde entonces de los públicos donde se ha presentado, y algunos artistas de nombradía le han estrechado la mano de verdadero amigo y le prodigan las más finas atenciones.

Ovide Musín ha entrado con gloria para él y para el mundo, en una carrera en que indudablemente recogerá muchos lauros.

PAOLO.

ANUNCIOS.

A VISO.

Indalecio Rivera y Francisco M. Núñez, dan clases á domicilio ó en la casa número 18, Calle de los Angeles.

Precios y horas, convencionales.

Cartago, julio 12 de 1887.

Juan Francisco Echeverría.

Jenaro Castro Méndez.

ECHVERRIA & CASTRO,

Corredores Jurados y

Comisionistas.

Apartado 103.
Cable "Echeverría."

2 Calle General Fernández.
SAN JOSÉ, COSTA RICA.

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:	} Año I. Núm. 5. }	DIRECCION Y ADMINISTRACION, Calle del Cuño, número 5, Oeste. APARTADO NUMERO 93.	
En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.			} San José, 15 de agosto de 1887. }
En el extranjero.... " 1-00 " " "			
Número suelto..... " 0-15 " " "			
Números atrasados. " 0-25 " " "			

Sumario.—*El Presidente de la República*, por L. R.—*En el baño*, por Manuel M. Flores.—*Costa Rica en 1886*, por Félix Mata Valle.—*La aurora y la mañana*, por Justo A. Facio.—*Sonetos*, por E. P.—*La pena de muerte*, por Genaro Cardona.—*Gotas de hiel*, por Antonio Plaza.—*Eso fué*, por Carlos A. Imendia.—*Nueva York*, por N. N.—*Costa Rica y Nicaragua*, por Félix Mata Valle.—*Canción*, por Aquileo J. Echeverría.—*Teatro*, por Agoreff.—*Zarzuelas*, por Braulio.—*A*, por C.—*Explicación de grabados*, por Paolo.

Grabados.—*Madame Treveli*.



MADAME TREVELLI.

El Presidente de la República.

El Presidente de la República y su comitiva están ya de regreso en esta capital. Corta ha sido su permanencia fuera del país. En un mes ó poco más han recorrido casi toda la República de Nicaragua, en medio de las espléndidas ovaciones que un pueblo entero les ha prodigado.

Nicaragua en masa ha tomado parte en los festejos y en el regocijo. No ha sido esta una de las manifestaciones parciales que procurando llenar las fórmulas de la etiqueta se preparan con anticipación, ensayando á cada uno su papel y tratando de llenar con apariencias de afecto lo que no tiene un carácter verdaderamente nacional. Ha sido la expresión sincera de un pueblo que se muestra tal cual es, sin tener que pedir al fingimiento lo que está en el corazón. La franca amistad, el cariño que Costa Rica y Nicaragua se profesan han quedado manifiestos esta vez.

Jóvenes ambos pueblos, saliendo á la vez de la cuna y jurando en el mismo día su independencia; atacados después por un enemigo común, atravesando idénticos peligros y viendo correr mezclada la sangre de sus hijos; con los mismos recuerdos históricos, con las mismas esperanzas para el porvenir, estos dos pueblos se deben y se profesan afecto de hermanos, y no sería por cierto un pedaso de tierra ni el trazo de una línea lo que habría de romper lazos por mil títulos imperecederos. Esto es lo que como consecuencia lógica ha quedado patente de esta vez. Este el resultado de esas conferencias en que la amistad y la mutua complacencia han resuelto lo que no lograron las notas, los esfuerzos, la interminable polémica de la Diplomacia. Lo que el Ministro no consiguió lo consiguió el amigo; lo que estuvo tirante mientras se agitó en la atmósfera oficial se alojó en la de la fraternidad.

El pueblo de Nicaragua se ha aunado en sus manifestaciones, porque sabía que nuestro Presidente, con los mejores deseos, buscaba en su visita la solución de un problema de vital interés para ambos países, porque iba á colocar con el Jefe de aquella nación las bases sobre que se había de asentar una paz sólida y duradera; porque ambos Presidentes querían despejar el horizonte de su patria, y egoístas envidiables, anhelaban llevarse tras de sí, al bajar de la silla presidencial, la imperecedera gloria de haber des-

truido para siempre la nube que encapotaba el cielo de ambos países.

Y lo han conseguido.—Soto y Carazo tienen hoy en su hoja de servicios una hermosa página que presentar á la historia cuando su tribunal los llame á juicio.

Bienvenido sea al seno de su patria el señor Presidente Soto. A él y á su comitiva les enviamos afectuoso saludo, congratulándonos de que en su corta visita hayan sido objeto de tantas pruebas de afecto y hayan escuchado los repetidos vivas del pueblo nicaragüense, que al igual del nuestro, anhele ardientemente porque los resultados de esa entrevista sean de imperecedero recuerdo para ambas Repúblicas.

L. R.

—:o:—

Soneto.

EN EL BAÑO.

Alegre y sola en el recodo blando
que forma entre los árboles el río,
al fresco abrigo del ramaje umbrío
se está la niña de mi amor bañando.

Traviesa con las ondas jugueteando
el busto saca del remanso frío,
y ríe y salpica de glacial rocío
el blando seno, de rubor temblando.

Al verla tan hermosa, entre el follaje
el viento apenas susurrando gira,
salta trinando el pájaro salvaje,

el sol más poco á poco se retira;
todo calla . . . y amor, entre el ramaje,
á escondidas mirándola, suspira.

MANUEL M. FLORES (Mejicano).

“Costa Rica en 1886.”

Después de leer los “Apuntamientos geográficos, estadísticos é históricos compilados y arreglados por Joaquín Bernardo Calvo”, se experimenta la plenitud de un apetito satisfecho; y no se comprende cómo se pueda ser miembro de una nación y cómo pueda ella aspirar á figurar en la armonía de todas, sin una conciencia clara, á fácil costo adquirida, de su existencia y recursos, que traspire al exterior y dé un puesto definido al propio país entre los países de uno y otro Continente, siempre preocupados por allegar sobre la naturaleza y adelantos de estos Es-

tados, datos positivos que en alguna manera modifiquen las penosas impresiones que hacen fuera, las nuevas de las rencillas que dividen y desacreditan las naciones hispano-americanas.

Ciertamente: se han hecho publicaciones que contienen muchos documentos y episodios, tomos de grande volumen y de relativa importancia, que encierran nuestro pasado á trozos y exhiben nuestro presente á medias; pero un libro intencionalmente escrito para que se conozca este país en esta edad y se compare su progreso con el de edades anteriores por los hombres que ignoran en el mundo nuestra existencia ó desconfían de nuestros recursos; una recopilación compleja, una exposición ordenada, una fotografía, en fin, del país visto á todas luces,—eso no se había hecho hasta que el señor don Joaquín Bernardo Calvo emprendió su obra con valor y ha publicado con aplauso sus "Apuntamientos", tras de cuyos importantes datos se nota de relieve la modestia del autor.

Una patriótica intención manifiesta, una labor no cansada, un acopio de notas lleno y minucioso, un plan bien sostenido, un lenguaje sencillo del que va derechamente á su objeto, una juiciosa crítica y, sobre todo, una verdad de noticias irrefutable:—esos son los perfiles salientes del libro de señor Calvo.

Nada en él se olvida acerca del país. Naturaleza, población, carácter y costumbres, historia, instituciones, agricultura y comercio, productos valiosos, gérmenes por explotar, vías de comunicación, política, rasgos biográficos, bases para el porvenir: todo eso está examinado con acierto, comprobado con documentos fehacientes y expuesto con cifras concretas, de las que sirven para atraer visitantes é inmigrantes al país, á este país donde no se sabe qué merece más elogio: si la fertilidad de sus tierras ó la moralidad de sus habitantes!

Aquí, donde todo está por explotar, desde las mineras que la tierra entraña hasta los frutos que madura el sol; donde los brazos apenas bastan á procurar la general alimentación, apesar de sustentar nuestros terrenos una de las vegetaciones más opulentas del continente, necesitase que la inmigración forme la industria, reanime la agricultura y encienda el espíritu de empresa. Y ya se sabe que la manera de provocar una inmigración provechosa, es dar nuevas del país con datos, descripciones, cifras,—precisos, fieles, positivas.

A eso está destinado el libro del señor Calvo.

Los que en el extranjero lo hojéen, sabrán que la posición geográfica de Costa Rica—entre los dos trópicos, entre los dos océanos, entre las dos Américas, de las cuales van á separarla para unirla más, dos canales,—nos promete el comercio del mundo; y que nuestros aires, estaciones y topografía nos convidan á la agricultura: sabrán que la paz es el primer carácter de nuestra política, que el orden es el fundamento de nuestras costumbres, que el amor al trabajo es la garantía de nuestra moralidad, y que un clima cariñoso es el aliento de nuestra salud.

Indudablemente: esa publicación, al exhibir fielmente á Costa Rica, combatirá las opiniones ofensivas con que ha tiempo la han indiciado los estadistas de otros países, en donde se la cree presa de discordias civiles, que nunca han arraigado en este suelo, ó en donde se la conoce solamente por una deuda nacional, arreglada ya á esta fecha con ventajas para el crédito y dignidad de la República.

Confie nuestro distinguido compatriota en la suerte de su libro; el cual, además del éxito conquistado en el País, tendrá—como las flores parásitas de nuestras montañas—demanda y estima en el extranjero, en donde está su campo de propaganda. Y como resarcimiento de tareas y luchas, saborée el señor Calvo la satisfacción de llevar á los extraños para bien de ella, el nombre de nuestra querida patria!

Cartago de Costa Rica, á 14 de julio de 1887.

FÉLIX MATA VALLE.

La Aurora y la Mañana.

ROMANCE.

(A LUIS R. FLORES).

Ya perezosa y envuelta
En su túnica rosada
En el confuso horizonte
Asomó la virgen Alba.
Apenas, apenas brilla
Su soñolienta mirada
Que en el nocturno ropaje
Azules perfiles traza.
De la brumosa colina

Sobre las cumbres lejanas
 Desaliñado y rugoso
 El manto sutil arrastra;
 Y al paso indeciso y breve
 Que sobre los montes graba
 Azulado polvo en torno
 Su pie ligerísimo alza.
 Ya descende, y de la noche
 Silenciosa y reposada
 Tras el capuz vacilante
 Con misterio se recata,
 Y festiva de repente
 El oscuro velo rasga
 Y entre el turbio cortinaje
 Asoma su faz de maga;
 Y al brillar de sus pupilas
 La claridad sonrosada
 La parda sombra flotante
 Se trasparenta y enrala;
 O si gira, sus caricias
 Repartiendo enamorada,
 A cada beso, temblando
 La luz en espiras salta,
 Su recogido plumaje
 Sacude el ave en la rama,
 Y ruborosa su frente
 La rosa encendida baja;
 Y la tierra que dormita
 En su lecho de esmeralda
 Estremecida despierta
 Al contacto de sus plantas.
 Al batir en raudos giros
 Entonces sus leves alas
 Por el espacio se cierne
 Polvo luciente de plata;
 Y de su cándida veste
 La más vaporosa gasa
 Sobre la tierra descoje
 En ondas tornasoladas.
 Infatigable discurre
 Entre las sombras que aclara
 Y de cambiantes estelas
 La bóveda azul esmalta,
 Hasta que en la verde loma
 Dulcemente reclinada
 Al bullir de la alegría
 Busca rendida la calma.
 Mas ¡ay! cuando de natura
 En el regazo descansa,
 Por qué súbito parece
 Que moribunda desmaya?
 Por qué desfallece y tiembla
 Triste la faz y turbada?
 En ademán de despecho
 Inclina la frente pálida
 Y en un punto recogida
 La veste seráfica alza,

Que allá vió que del Oriente
 En las puertas nacaradas
 Sus rojas cortinas cuelga
 La rubicunda mañana.
 Al tender su vuelo entonces
 La virgen con tristes ansias,
 De sus ojos zafirinos
 Nítido llanto derrama
 Que tiembla sobre las hojas.
 En perlas aljofaradas.
 Trémula y grave de pronto
 Sobre las cumbres se para
 Y luego palideciendo
 El vuelo otra vez dilata:
 Ya apenas tenue, indecisa,
 Oscila su forma vaga
 En el lejano horizonte
 Que leve la sombra empaña.
 Allá va la fugitiva
 Moribunda y desalada
 Por esconder su quebranto
 Trasponiendo la montaña;
 Acá de la hermosa ninfa
 El bello triunfo proclaman
 Los arrullos y los cantos
 Que la natura levanta.
 Al cruzar el vasto cielo
 El manto de oro desata
 Y, del rey del día heraldo,
 Su brillante imperio aclama,
 O mil tesoros luciendo
 A nuestros ojos, ufana
 De palmas y de tisúes
 El regio dosel prepara:
 Tiende al cielo rico palio
 Que en campo de oro y tumbaga
 Entretejidas ostenta
 Rizadas plumas de nácar;
 Y del pabellón en torno
 Ondosa cenefa labra
 Con el crespón de las nubes
 Que en blondas teje y engarza.
 Cómo brilla! cual despliega
 En cambiantes visos, franjas
 Opalinas en el centro
 Orlas abajo argentadas.
 Cómo entre la orfebrería
 De su fina urdimbre salta,
 De topacios y rubíes
 Deslumbradora cascada!
 Y porque la tierra luzca
 En la fiesta más gallarda
 Sobre ella la ninfa extiende
 Su cabellera dorada,
 Aureo crespón orla y ciñe
 A la cúspide más alta,
 Y azuladas tocas cuelga

A la distante montaña;
 Mientras que brillante asoma,
 Llena de fúlgidas galas,
 La corte que rompe y guía
 Del rey vencedor la marcha;
 Y mil guerreros en ella
 Dispuestos á la batalla
 Parecen lucir inquietos
 Las relumbrantes corazas:
 Desde la cresta del monte,
 Firme escabel de sus plantas,
 A las sombras fugitivas
 Sus bruñidos dardos lanzan;
 Hasta que cerca el gigante
 A quien homenaje pagan,
 Sus escuadrones en torno
 Despliegan y desparraman,
 Ya surge, ya resplandece
 De mil diamantes cuajada
 La coruscante diadema
 De sus sienas soberanas;
 Y extendiendo el regio manto
 Guarnecido de oro y grana
 Lentamente al zenit sube
 Sobre su plaustro de llamas.

Enero de 1885.

JUSTO A. FACIO.

SONETOS.

En el Teatro.

A.

¡Cuántas bellas sin par en la morada
 de Euterpe y de Talía! . . . Impaciente
 la vista fijo ansioso do esplendente
 fulgura como un sol su rostro de hada,

desnuda la garganta nacarada,
 temblando el albo seno mansamente,
 la sonrisa en los labios, y la frente
 por abundantes rizos coronada.

¡Qué hermosa, qué gentil, bendita sea! . . .
 todos exclaman al mirar sus ojos,
 en tanto que graciosa juguetea,—

sin sospechar del mundo los antojos,—
 fugaz sonrisa por sus labios rojos
 donde su alma inocente centellea.

CARMEN FERNÁNDEZ.

Cuando á la escena salerosa llega
 y alza su acento henchido de dulzura,
 del alma arranca la glacial tristura
 y á los ensueños del amor la entrega.

Gracia, donaire y majestad despliega
 en su hechicera faz y en su apostura,
 y ostenta ufana en su marcial figura
 las puras líneas de la estatua griega.

En "*El Hermano Baltazar*" fascina,
 en "*Las Campanas de Carrión*" encanta,
 y arrulla y juega con su voz divina
 que un nido de canario es su garganta.
 ¡Feliz mil veces la que así camina
 hácia el Olimpo con serena planta!

San José, 15 de agosto de 1887.

E. P.

—:0:—

La pena de muerte.

La composición poética que con este título
 publiqué en el n.º 3.º de este periódico, ha sido
 honrada con un juicio crítico, obra de mi amigo
 Saulo.

Ese juicio escrito de la manera que aparece
 en el número pasado de este mismo periódico,
 convida á la polémica, y no sería yo capaz de
 desairar á tan cumplido antagonista, toda vez
 que se ha mantenido en el decente círculo de la
 crítica puramente literaria.

Doy á mi amigo Saulo las gracias más ex-
 presivas por el honor que hace á mi composi-
 ción, y por los elogios que inmerecidamente me
 tributa, y entro de lleno en la cuestión.

Mi composición consta de dos partes; el
 pró y el contra del asunto que propongo; des-
 arrollé el tema de esa manera, porque aunque
 yo tengo formada mi opinión acerca de la pena
 de muerte, allí no la iba á esponer; quería adu-
 cir los argumentos más convincentes en sus dos
 faces, probandó que los hay de mucho peso en
 una y otra parte, sin pretender por eso escribir
 una novedad, por que hoy en materia literaria,
 no hay nada nuevo; habrá escuelas, estilos nue-
 vos, pero eso es puramente cuestión de forma.

No deja de admirarme el tono autoritario
 de mi antagonista cuando dice con tanta fres-
 cura que el asunto de la pena de muerte está
 ya resuelto: ¿quién lo resolvió y en qué sentido?
 ¿á qué mortal le cupo en suerte esa inmensa
 victoria? ¿por qué si es un acto de barbarie in-
 justificable aún está vijente en los países más
 cultos y civilizados? y por qué si es una ley que

garantiza la vida y el bien estar de la sociedad hay también países que no la tienen implantada?

Que don Saulo la haya resuelto para sí, y que tenga formada su opinión sobre el asunto, no quiere decir que esa sea la de todo el mundo.

Mal que le pese á mi amigo don Saulo esa cuestión no está resuelta, y aún palpita con toda la fuerza de sus argumentos en pró y en contra: naciones que han alcanzado un alto grado de cultura véñse vacilar ante ese difícilísimo problema propuesto á la humanidad, y en cuya solución se han empeñado (con perdón de don Saulo), cabezas que tienen más *lastre* y mejor organización que la suya. Es verdad que hay en los modernos un gran partido en contra de esa ley, y la lucha aún existe en los cerebros de grandes juristas y filósofos; pero eso no quiere decir que haya sido descubierta la verdad, porque hay un partido opuesto.

No sería malo mandar á todos los países del mundo unos cuantos ejemplares del número pasado de este periódico para que vean y admiren el grado de adelanto y de ilustración que hemos alcanzado, pues se ha resuelto en Costa Rica el intrincado problema de la pena de muerte. Algún *descubrimiento* nos había de tocar!!! y ahora sí que vendrían al caso unas seis ú ocho docenas de admiraciones que prefiero dejar diluidas en el tintero.

Nuestra riquísima lengua tiene palabras de muchas acepciones. El adjetivo *vil* que don Saulo me critica tiene algunas: *vil*, *bajo*, *despreciable*, son sinónimos, y porque no puede haber lodo bajo, lodo despreciable, sobre todo, usándolo en verso donde el rigorismo gramatical no impera con toda su fuerza?

El distinguido literato Abigail Lozano, reputado como el escritor más castizo de toda la América, dice en un verso:

“Y de vil lodo se formó la especie.”

¿Qué le parece, amigo Saulo?

Aconsejo á mi avinagrado crítico que cuando vuelva á *espulgar* una obra, se ponga buenos anteojos á fin de que nada se le pase por alto, como se le fué aquello de “que el mundo *rueda* entre lodo,” cuando jira en la atmósfera, y en lo que según parece no se fijó don Saulo.

En una hermosa composición de don José Zorrilla vemos este verso:

“Noche azul cine la tierra.”

El adjetivo *azul*, diría don Saulo, aquí viene mal; por que la noche en su verdadera acepción quiere decir *tinieblas*, *caos*, *confusión*, etc. y no puede ser sino negra, ó clara, cuando la luna la ilumine; pero *azul*, nunca: ¡qué don José!

Además yo no materializaba el sustantivo lodo, ni aludía á la mezcla de tierra y agua que alfombra nuestras calles, y que se le adhiere á mi amigo Saulo en la zuela de sus botines: aludía á las pasiones malélicas y bajas que son co-

mo un triste legado de la fatalidad al hombre, y que le arrastran á lo malo.

Así á mi modo de ver y aún para el de muchos que no sean tan exigentes en esa materia como mi Saulo, no está mal empleado el adjetivo *vil* de la manera que allí lo uso. Pasemos al segundo punto.

Dice don Saulo que el adverbio *no* pospuesto á *jamás*, no sienta bien. El error gramatical que me imputa, está de su parte: porque dos adverbios negativos dan mayor fuerza y robustez al pensamiento: la naturaleza del primero, es cierto que bastaría para hacer una sencilla negación, que parece floja; pero si el estilo que reviste la composición necesita de más valentía, el segundo adverbio le da toda la sonoridad que su autor desea: por esta razón, y porque recuerdo lo que dice la gramática de la Real Academia á este respecto, fué que escribí esos dos adverbios negativos.

Dice la gramática: *Dos adverbios negativos ó dos voces que expresen negación, niegan con mayor fuerza en castellano.*

Reproduzco la siguiente redondilla que puede servir de ejemplo, escrita por un insigne poeta Sur Americano.

Muestra á mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadenas pon;
Bárbaro, *nunca* matarás el alma,
Ni pondrás grillos á mi mente, *no*.

Aquí el adverbio *no*, está pospuesto á dos negaciones; á la conjunción disyuntiva *ni*, que está negando con bastante fuerza, y al adverbio *nunca*.

Este adverbio es la primera negación; pero el estilo que lleva el poeta, reclama con fuerza otra que le dé ayuda y realce al pensamiento; y lo logra con felicidad terminando con el adverbio *no*, final, y asonante á pon.

A esto no podrá replicar nada mi antagonista, porque los adverbios *nunca* y *jamás*, son idénticos en su esencia negativa.

Será de mal gusto para mi estimado Saulo esa redondilla? estará oscura? Mi verso dice:
Que el embate del mal jamás no sienta.

¿Quién que tenga mediana comprensión no se hace cargo de mi pensamiento en seguida que lee ese verso?

Para analizarlo podemos descomponerlo y formar esta oración.

Que no sienta jamás el embate del mal.

Si esto le parece oscuro á don Saulo, tendremos que encenderle todas las lámparas de la luz eléctrica de esta capital; talvez así se le aclare *la vista*.

Punto tercero; dice así. “Aquí pretende el señor Cardona á lo que parece, comparar al hombre con aquellos espíritus rebeldes de que Milton nos habla en su célebre poema, que fueron vencidos por los escuadrones de Dios: pero lo que sí no nos refiere el poeta inglés, es que

esos seres perdieran sus alas en la lucha, ni que en ellas consistiera su virtud."

Si mi estimado Saulo se hubiera tomado la molestia de aguzar más su imaginación estudiando la idea de los versos á que aludo en ese párrafo, yo creo que no lo habría escrito.

La primera parte de mi composición empieza disculpando al hombre, y procuro interesar el ánimo del lector en su favor; cuando pregunto que quién tiene la pretensión de creer que exista en este mundo un hombre puro y que no sienta jamás el embate del mal; porque si realmente tal hombre hubiera, se llamaría angel: ahora bien; como el hombre no tiene alas, y se exige de él la pureza de un angel, es que pregunto que si piensan que las perdiera "en no sé qué fatídica reyerta"; pero eso no es más que una interrogación que hago á los que pretendan encontrar en el mundo un hombre immaculado, y no creo con mi amigo Saulo, que haya contradicción en que el hombre pueda llegar á un alto grado de perfección, aunque no tenga las alas que lo semejen á un angel.

El cuarto punto de la crítica consiste en un *pleonasmó* que asegura don Saulo ser de mal gusto. Dice ese verso:

Al Edén le conduzca de lo bueno.

Sé perfectamente que la palabra Edén indica por sí sola un lugar de delicias; pero yo no pretendía decir que el Mentor divino que yo reclamo, llevara al hombre á un paraíso semejante al en que nació la débil y golosa Eva, (causa según los libros sagrados) de todas nuestras desventuras. Quería significar que el hombre solo sería perfecto cuando fuera conducido *de la mano* por un Mentor divino que iluminara de tal modo su conciencia, que solo pudiera obrar bien. Era el Edén de la perfección el que entraba en el verso. El pleonasmó no será de buen gusto para mi antagonista; pero el uso de esta figura ha sido tan frecuente, que sería muy raro encontrar un solo clásico, que no haya sido sobradamente pleonásmico.

Dice la Real Academia sobre este asunto: "Esta figura es útil cuando se usa de palabras al parecer superfluas, *pero necesarias* para dar más fuerza á la expresión, y para no dejar duda alguna á los que nos oyen de lo que queremos decir ó asegurar. Cuando decimos *volar por el aire, bajar abajo, subir arriba*, lo cometemos; porque no se vuela por tierra, no se baja arriba, ni se sube abajo; pero el uso fundado en el deseo de no dejar duda en lo que se dice, ha establecido aumentar aquellas palabras con que se añade más aseveración y seguridad.

Mi apreciable antagonista se ha quedado estupefacto por que espongo la teoría de que el hombre existe sin que Dios tenga de ello noticia.

Verdaderamente envidio á mi amigo Saulo su fe, y no sé qué olorcito *místico* que se des-

prende del quinto punto de su crítica, y que dice así: "La idea de Dios es incompatible con esa frase, puesto que si él nos ha creado, ¿cómo puede dejar de saber que vivimos?"

En primer lugar, yo no he sentado en ninguna parte de mi composición el principio de que Dios nos haya creado.

¿Podría probar don Saulo que Dios creara al hombre? ¿aún se conservan en el alma virgen de mi amigo aquellas encantadoras lecciones de historia sagrada que daba en la escuela cuando era niño, por ejemplo aquella que dice—"Dios creó al hombre á su imagen y semejanza"?

¿Qué tiempos tan dichosos don Saulo!! Si el hombre fuera hechura directa de Dios, sería una obra perfecta; porque yo no admito que siendo Dios la Omnipotencia, la Sabiduría infinita, haya hecho *á su imagen y semejanza*, una obra tan imperfecta como el hombre.

Esta teoría es muy aceptable: es necesario ser más humilde, y no tener la pretensión de que somos una hechura de Dios, como se lo imaginan los creyentes recalcitrantes en cuyo número no quiero contar á mi estimado Saulo.

Conozco que esas teorías son *algo* impías, y siento mucho haber lastimado los sentimientos religiosos de mi amigo.

Tampoco intento sostener que el mundo sea obra de la casualidad: Dios creó la naturaleza, y le dió sus inmutables leyes. ¿No puede ser el hombre el resultado de mil fuerzas orgánicas animadas por un fluido eléctrico que se puede llamar *alma ó vida*?

Recuerdo las siguientes palabras que atribuyen á Voltaire. "Poned un poco de líquido en una vasija que contenga harina, y vereis nacer de esa mezcla, infinidad de animalillos que también poseen su instinto."

¿No puede ser el hombre el resultado de esa enorme y constante ebullición de la naturaleza?

De seguro que si mi buen amigo Saulo se hubiera encontrado alguna vez frente á frente con el sabio Darwin, habría tirado de las barbas al pobre viejo por el atrevimiento de haber dicho que descendemos *derechito* de los monos.

Lo que realmente me parece un soberbio dislate de parte de don Saulo, es el de suponer á ese Dios Sublime, Omnipotente, empeñado en la ocupación de un *titiritero* moviendo sus figuras por medio de cuerdecitas que levantan el brazo armado del puñal que mata, y atribuyéndole esas catástrofes que solo son obra de la naturaleza. La ocupación de Dios es más grande.

Los versos en cuestión son estos.

"O pretenden quizá que el Dios sublime
Su eterno amigo y compañero sea,
Cuando allá en su dosel, sobre mil mundos
Ni sospeche tal vez nuestra existencia!"

Al sentar esas ideas hacía alusión á ese olvido en que parece vivir el hombre de aquel Dios, que aunque Omnipotente, pudiera ignorar dada nuestra pequeñez y nuestra miseria, la

existencia del hombre pobre infusorio que vegeta en un grano de tierra, perdido en el espacio: y puesto que él, pudiendo remediar todos los males y desventuras que afligen á la humanidad, *con sólo querer*, no lo hace, admite muy bien aquel pensamiento en un sentido figurado. Si somos hechura de Dios, somos sus hijos; y la razón se resiste á creer que un padre cariñoso como él, deje correr á su hijo por la senda del mal que ha de conducirle á su perdición.

En el sexto punto de su crítica, dice que mi argumentación peca de viciosa, por cuanto siento que el hombre no es responsable de toda su flaqueza, y que cayó en medio del desierto.

Yo creo que un hombre puede caer sin ser verdaderamente responsable de su caída; aunque la moral rigorosa arroje la responsabilidad al hombre, desde el momento que este comete una falta, y es precisamente donde procuro inspirar compasión hácia ese *ser desvalido*, para hacer ménos severo el fallo moral. Digo que *cayó en medio del desierto*, porque realmente para el hombre como yo lo presento en la primera parte de la composición, ¿qué es la vida? un largo desierto donde no tiene una guía que le conduzca al oasis de bienandanza.

En el sétimo punto de su crítica dice don Saulo que salgo llamándole *infame*, (al hombre), precisamente en un lugar en que debía presentarlo como merecedor de indulgencia.

Dice el verso:

“Y aquel que infame mata, aquel que roba,”

Llamo *infame* al hombre que comete un crimen alevoso: y á pesar de aplicarle tan duro calificativo, digo, que aunque sea infame, no debe ser privado de su vida, que puede ser útil más tarde á la sociedad, si ésta tiene un buen réjimen penal que le corrija.

Entremos al octavo punto donde dice mi crítico que yo quiero que la vida que se quita al criminal, sea mirada como ofrenda que *él da*.

Estudiemos la cuestión. Si el hombre ha delinquido, ha caído bajo el rigor de la ley; esta ley tiene sus administradores, que se adueñan, por decirlo así, del destino del delincuente; ahora bien: si ella le priva de la vida, *él la da*, por medio de la ley; y el verso no quiere decir que él espontáneamente vaya á dejar su vida con sumo gusto, sino que la ley hace que él la dé.

El diccionario de la lengua castellana dice de la palabra *ofrenda*: “Donativo que se dedica á Dios ó á sus santos, para cumplir con algún voto ó para implorar su favor ó misericordia.”

Tenemos pues, que la justicia humana, hace el *donativo* de la vida del criminal, á la sociedad, para purgar el delito que constituye la ofensa inferida á ella.

La carota de que yo hablo, no es de cartón ni de terciopelo como las que venden en la

“Barbería de los tres amigos.” Es una metáfora usada al mirar la frescura con que la sociedad comete un asesinato en nombre de la moralidad; la verdadera careta allí, es la ley que encubre la faz del verdugo cuando este representa la vindicta pública, vengando en un desgraciado, la ofensa inferida por éste á la sociedad.

En el noveno punto dice mi crítico que nota falta de coherencia en que trate á la sociedad de *necea*, de *loca* y de *infame*.

La sociedad puede hacerse acreedora á estos epítetos: la califico de *necea*, cuando la veo empeñada en castigar al criminal con la pena de muerte: pues tenemos varios ejemplos de crímenes horrorosos, cometidos en países donde esa pena está vigente; y eso nos demuestra que es una *neccedad* querer sacar provecho de una ley tan cruel y que no da buenos resultados.

Es *loca*, no por que se le haya extraviado el juicio, sino porque desoyendo la voz de su conciencia se deja engañar por la funesta ilusión de conseguir el mejoramiento de la humanidad estirpando al criminal: y es *infame* porque aunque la promulgación de esa ley faculte á la justicia humana para su ejecución, no quiere decir que no sea un acto de sevicia de parte de la sociedad, dando un espectáculo á todo un pueblo, y corrompiendo sus sentimientos que pararian por volverse sanguinarios.

En el punto décimo dice mi amigo que “*he coleccionado cuidadosamente* todos los términos pavorosos de nuestra lengua, para presentar al hombre de un modo que le recuerda á Dante etc., etc.”

Don Saulo debe recordar que precisamente en mi composición no hacía otra cosa que presentar un contraste; y no debió haber olvidado que si en la primera parte pinto al hombre de un modo que pide compasión cuando lo defiendo, en la segunda donde lo ataco, era indudable que lo debía presentar tan malo, que el lector sintiera deseos de verlo *guindado*. Ese es precisamente el punto cardinal de mi composición: convencer en sus dos partes.

En el punto décimo primero de la crítica, don Saulo se entusiasmó de tal manera con el ejercicio de su pluma, que más parece tremendo *lanzón*, á juzgar por sus soberbias investidas, que no se fijó en lo que escribió.

Será un gastado argumento de que lo *podrido* no vuelve á su estado primitivo de pureza, pero es una verdad incuestionable; procuraré ser tan claro que me comprenda un niño.

Si un pedazo de carne se pudre, todas las moléculas se descomponen y pierden del todo su fluido conservador, puesto que son sus *componentes*: la ciencia podrá hacer nueva esa carne, pero no puede hacer de una *momia*, sin agregar nada, un pedazo de carne pura.

Que en las zarzas de un Gólgota maldito,
Dejé de mis creencias los girones,
¡Ilusiones! ¡amor! Fué necesario
Que os marcháseis al fin; pero no os sieato,
Lentejuelas pegadas al sudario,
Pedazos de oropel que barre el viento.
No más soñar. Fantasmas de colores
Idos, idos de aquí, quiero el olvido;
Porque es risible coronar de flores
Un ridículo cráneo encanecido.
Gastado el corazón, herida el alma,
Llegué por fin de la vejez al puerto.
Voy á dormir en perezosa calma,
¡Adios, edad en que soné despierto!

ANTONIO PLAZA.

Eso fué.

Nuestro amor fué un estanque en cuyo fondo
Había cieno;
Yo procuraba tenerle siempre puro,
Y te gustaba á tí verle revuelto.

*
* *

Al fin entre los dos hubo una lucha,
Y triunfaste:
Ni un sólo día estuvo el agua limpia,
Y abandoné yo entonces el estanque.

CARLOS A. IMENDIA.

1887.

Nueva York.

Pocas veces la población de Nueva York se ha visto presa de una emoción tan profunda, como en la mañana del 9 de noviembre, al leer en las columnas del *Herald* que las fieras del Central Park se habían escapado de sus jaulas durante la noche anterior, y aunque muchas de ellas habían sido muertas por ciudadanos valerosos, la mayor parte se hallaba aún suelta en las calles de la ciudad.

Con aquella escrupulosidad propia únicamente de la prensa americana, el *Herald*, á las pocas horas de ocurrido el desastre, pudo coleccionar é imprimir todos los detalles sobre el origen é inmediatas consecuencias del suceso. La versión más acreditada era que al tiempo de cerrar la casa donde están las jaulas, y cuando ya se había retirado casi toda la inmensa concurrencia que había acudido al parque en la tarde del domingo, bien ajeno del pe-

ligro que la amenazaba,—uno de los guardas de las fieras, con refinada crueldad hostilizó de tal modo al rinoceronte con la punta de un hierro, que el animal enfurecido, con un violento esfuerzo, volcó la jaula, y completando con sus patas la ruptura de ésta, se lanzó con furia hácia su hostigador, quien pereció instantáneamente atravesado por el poderoso cuerno del rinoceronte. Igual suerte cupo á otro de los guardas que acudió en socorro de su compañero; y no calmada la fiera, empezó á hacer esfuerzos por penetrar en las jaulas de los otros animales, al tiempo que éstos, exasperados con el ruido de la lucha que habían presenciado y con el olor de la sangre humana que corría por el suelo, hacían por su parte esfuerzos desesperados por ganar su libertad y participar del carnaval horrible que se preparaba. Rota la primera jaula, merced al concurso del rinoceronte, que parecía el Espartaco libertador de aquellos presos, fué cosa fácil ir rompiendo una tras otra todas las demás, y bien pronto se trabó una lucha general en que los más débiles de esos animales fueron fácil presa de los más fuertes.

Por fortuna eran escasos los paseantes en el Parque á aquella hora, pues se acercaba la noche. Pero muertos algunos guardas, acobardados otros, y no habiendo dado crédito la policía á las primeras noticias que recibió de un acontecimiento tan extraordinario, los primeros auxilios llegaron algo tarde, cuando ya las fieras habían salido de la casa, bien por haber roto la puerta y las ventanas, bien porque uno de los guardas sacrificados no tuvo tiempo para cerrar la entrada principal.

Era evidente, según la relación del hecho, que si al llegar la policía y los ciudadanos armados la puerta de la casa hubiera estado cerrada, el mal se habría podido contener, aunque la mayor parte de las fieras hubieran perecido, unas á manos de otras.

Entonces sucedió lo que es más fácil imaginarse que escribir. Exasperado el león de Numidia por los gritos, y herido por las balas de sus acometedores, se lanzó furioso sobre un grupo de gente, abriéndose paso á viva fuerza y sembrando por todas partes la consternación y la muerte. La sangre se helaba al leer la descripción del fin horrible que tuvo una madre refugiada con sus tres niños sobre el techo de un kiosco, á donde saltó el

león haciendo de ella y de sus hijos una inferne masa de carne y huesos destrozados. El tigre de Bengala ahuyentó á los que se oponían á su paso, escapándose hácia el lago, en cuyas orillas, después de haber matado á una infeliz obrera y herir á otra, trabó lucha con uno de los osos, quedando el campo neutral, pues después de hacerse mutuamente mal en dos arremetidas, se separaron ambas fieras, para ir á cebar sus instintos sobre más débiles víctimas.

La pantera logró penetrar en la pajarera grande y antes de caer muerta á los tiros que sobre ella llovían, hizo una sensible hecatombe de las águilas, condores y demás aves allí coleccionadas. La puma realizó igual hazaña en una de las jaulas de los monos, si bien muchos de éstos lograron escaparse; suerte que no cupo á la inofensiva zebra ni á la débil girafa, víctimas ambas de los instintos destructores de la fiera.

El rinoceronte lo arrollaba todo; parecía el monarca y jefe de aquella horrible banda. Sea por el terror que inspiraba, sea porque su dura piel ofrecía un obstáculo á las balas, no recibió daño alguno, y después de acrecentar el número de sus víctimas con las dos focas á las que mató en su propio tanque, recorrió todo el parque y salió por una de las puertas de la Octava Avenida.—Una vez en las calles de la población no es fácil predecir hasta que punto habrían llegado sus deprecaciones; pero habiendo tomado la dirección del río y siendo ya muy oscuro, cayó en una de las escavaciones preparadas para recibir los cimientos de una fábrica; y allí lograron, por último, darle muerte con sus rifles los dependientes de la policía.

Fugitivas ya todas las fieras, excepto aquellas que recibieron la muerte no lejos del lugar donde hicieron sus primeras fechorías, las demás se esparcieron por la ciudad, tomando á su placer distintas direcciones, y marcando su paso con el espanto y la muerte. Una leona, después de haber hecho diez y ocho víctimas, fué á morir al lado de Castel Garden, á manos de unos emigrantes suecos que acaban de desembarcar. El jaguar saltó á bordo de uno de los vapores que cruzan el Hudson, en el momento de separarse éste de tierra cargado de pasajeros, siendo fortuna que el maquinista, al notar la alarma retrocediese al

muelle, para dejar huir la gente, mientras la fiera, por saltar sobre un joven que se echó al río, cayó al agua y se ahogó. Un leopardo entró en una iglesia de la Quinta Avenida, haciendo una verdadera carnicería en la numerosa y asustada concurrencia.—El tigre de Bengala cayó por fin, atravesado por una bala del rifle del General Dix, gobernador del Estado, que á pesar de sus años, salió á la calle á contrarrestar el peligro, salvando así de una desgracia casi segura al coche del Arzobispo que en aquellos instantes pasaba por el lugar. Fin menos noble cupo á la sanguinaria cuanto cobarde hiena, que después de refugiarse en varios puntos, de donde huyó voluntariamente por creerlos poco seguros, rindió la vida á los golpes de un forsado tabernero que la mató á palos.

Tales son, muy extractadas, las horribles nuevas que alarmaron en aquella memorable mañana, á gran parte de la población. A esa noticia añadía el *Herald*, junto con la lista de los muertos y heridos que hasta última hora se habían asistido en los hospitales, la proclama expedida por el *mayor* de la ciudad suplicando á los habitantes no saliesen á la calle hasta que la guardia nacional y la policía no hubiese capturado ó muerto los animales aun sueltos, resultado que se anunciaría por medio de cañonazos disparados en parajes designados. Sin embargo, todo el mundo estaba en la calle esa mañana, como todos los días, en marcha para sus respectivas ocupaciones; y fué sin duda que los más impresionados por las terribles nuevas, comprendieron pronto, al ver el silencio de los demás periódicos sobre el suceso, que debía haber exageración en la relación del *Herald*. En efecto, no tardó mucho tiempo en comprenderse por todos que no había ni una sola palabra de verdad en lo ocurrido, que no había corrido sangre, que las fieras continuaban seguras en sus jaulas, y que el objeto del periódico citado, al permitirse dar al público una broma de tal género,—escrita, por cierto, con gran suma de mérito inventivo y en recomendable forma literaria,—no había sido otro que llamar la atención sobre la posibilidad de una desgracia, cuyas consecuencias podían ser terribles. No era más que una crítica á la descuidada dirección del Central Park, cuya consecuencia natural será que en lo adelante esté mejor atendida la casa de fieras.

(De un periódico de Nueva York.)

COSTA RICA Y NICARAGUA.

AL SEÑOR GENERAL PRESIDENTE,
LICENCIADO DON BERNARDO SOTO.

Voces de paz el aire
Agitan y despiertan la conciencia
Dormida de la Patria en el regazo.
Se funden á un abrazo
Dos voluntades en igual creencia;
Y en el mismo disputado espacio
Donde una sierpe promovió contienda,
Se alza una blanca tienda
Que escogió la concordia por palacio.
Calienta un sol amigo
La alianza feliz de que es testigo:
La mano entre la mano,
El hermano al hermano
Convida á recorrer la tierra y agua,
Con pacto mútuo que el honor concilia
Y puridad de veras,
Dejando al tiempo que el futuro fragua,
El encargo de hacer una familia
Que habite sin fronteras
La Unión de Costa Rica y Nicaragua.

* *

Por la naturaleza,
Por lazos de la historia,
Por la doble defensa contra extraños
Que á las dos profetiza la victoria,
Sembrando unión, cosecharán grandeza!
A través del espacio y de los años
Aún se escucha cómo asienta el paso
William Walker,—y enhiesta la cabeza
Recelosa y libre, el arma al brazo,
Y en la frente la estrella del denuedo,
Desnudos pecho y pies, corre á la guerra
El labrador soldado, y entusiasta
La vida da, sin conocer el miedo,
Junto al hermano por el riesgo y casta.
Absorve aquella sangre aquella tierra,
Al terco aventurero
Arrolla el aldeano;
Quiere escapar, y hiéndele el acero
Que, aunque blandido por bisona mano,
Toma virtud de un corazón entero.

Aquella sangre que el patriota evoca,
De libertad bautismo,
A ser hermanos desde el punto mismo
Y á ser únos en la paz provoca
A quienes la mezclaron en la guerra
Aún al recuerdo alborotada late
La que nos queda desde aquel combate!

* *

¡Nicaragua! No vano
Ese recuerdo de la infancia ha sido
Ni estéril el ejemplo que nos deja:
Reciente ofensa tiñe
La inmaculada frente
Que una corona soberana ciñe,
Por *Barrios* el tirano
Lanzada á estas naciones,
Que, por pequeñas, despreció demente!
Y que son, aprendió con mortal queja,
Leones los cachorros de leones.

* *

Soto! Carazo! Nombres
Son estos ya que están escritos
Sin que lo ordene del cañón la pompa,
Ni los cante la trompa
Pregonera de hazañas de los hombres
De ambición—del patrio corazón proscritos—
Quienes cuentan laureles por los muertos
Que, con ojos abiertos
Caen, trocando al són de la metralla.
En camposanto el campo de batalla!
Oh Patria! Semillero
De ardientes corazones
Que palpitan á compás de tus venturas!
Jamás el huracán de las pasiones
Són lleve á tu oído de clarín guerrero
Ni arranque de tu atmósfera las puras
Tintas del iris de la paz.—Tus fieles
Hijos, por el trabajo
Al arte y ciencia pedirán laureles,
Y arrancarán, porque tu nombre suba,
Las montañas de cuajo,
Y en su pecho abrirán do te hacen templo,
Las de fecundo ejemplo
Patrias virtudes que la paz incuba.
Eso sí! Pero humana
Voz, palabra ó intención no atente
Contra tu sér de estado independiente,
Porque entonces ¡oh Patria!
Que son—dirán mañana
Recordando á tus hijos las naciones—
Leones los cachorros de leones!

Cartago, á 15 de agosto de 1887.

Félix Mata Valle.

:o:

Canción.

A LA SEÑORITA E. H. R.

Despierta niña
y oye un momento
lo que te dice
mi corazón,
el eco triste
de mis suspiros
los tristes ecos
de mi canción.

La perfumada
brisa lijera
de tus hechizos
enamorada
pasa cantando
junto á tu reja
con voz sentida
su amante queja.

Rosa galana
perla del mar
nave que cruza
la inmensidad,
dorado incienso
que del altar
hacia los cielos
suyendo vá.

Rayo de luna
bella azucena
mansa paloma
de encantos llena,
luz de la aurora
tarde de estío
blanca espumita
de manso río.

Mientras la noche
cubre la tierra
con negro manto
triste, sombrío,
mientras la brisa
sobre las flores
mece las gotas
de alvo rocío.

En blando lecho
de suave pluma
duerme mi niña
duerme mi amor,
que yo entre tanto
velo tu sueño
junto á los muros
de tu balcón.

San José, 22 de julio de 1887.

AQUILEO J. ECHEVERRÍA h.

TEATRO.

En noches pasadas tuvimos el placer de ver representarse en nuestro teatro la magnífica zarzuela titulada *La guerra santa*, con el aparato escénico que tan difícil obra demanda. Esto nos demuestra que, aunque pequeño, el teatro municipal se presta para dar á la

escena las piezas que más dificultades presenten, ya por su ejecución, como por el decorado que requieren.

Esta obra es de lo mejor que se ha dado en Costa Rica; el argumento lo tomaron los señores Larra y Escrich de la conocida novela de Julio Verne, *Miguel Strogoff*, y por esto no nos detenemos en explicarlo.

El papel de Strogoff nos pareció muy bien representado por Abella, principalmente en el primer acto. Su porte distinguido de militar, su magnífica y dulce voz y su declamación correcta entusiasmaron al público, arrancándole repetidos aplausos.

Monsieur Canard (Vila) representó tan bien, que no creemos que pueda nadie mejorar el desempeño de su difícilísimo papel. Vila es un artista, incuestionablemente; y más que todo, artista cómico; este es su género; aquella noche estaba en su elemento; estamos ciertos de que nadie dejó de aplaudirlo, ni de reír mientras hablaba.

La Celimendi merece especial mención; se sostuvo á la altura de su fama y su reputación desde el principio hasta el fin.

En el último acto estuvo muy feliz.

Además de sus dotes inestimables para el teatro, posee Paulina formas tan bellas, tan mórbidas, que es imposible dejar de verla; se van los ojos tras ella y se pierde la fantasía, adivinando los múltiples encantos que embellecen su cuerpo.

¿Y qué diremos de la Cavaletti? De aquella escena en que su hijo (Abella) desesperado por el tormento que la amenaza, se lanza sobre los soldados, les quita la víctima y la estrecha entre sus brazos, cubriéndola al mismo tiempo de besos.

Nos parece que no puede estar mejor expresado ese sentimiento de amor maternal mezclado con el dolor que le causaba la tristeza de su situación. Las lágrimas corrían, tanto por las mejillas de nuestras bellas como por los rostros varoniles. Abella y la Cavaletti se han conquistado una diadema.

Jiménez estuvo excelente; pero es difícil que sobresalga en alguna función, pues todos los papeles los interpreta con tal maestría que no podríamos dar nuestro voto si se nos preguntara en qué representa mejor.

Si hemos de hablar de Iglesias, antes nos quitamos el sombrero ante el autor del lago Baikal que apareció en el último cuadro del tercer acto. Espectáculo bellísimo; lo mejor que hemos visto en nuestro decorado; reúne la belleza de la naturalidad

y del arte, armonizando de tal manera que presenta á la vista un panorama delicioso.

Desempeñó Iglesias su parte en la obra haciendo de corresponsal de un periódico español, como era de esperarse.

Hijo de la península Ibérica no tenía más que presentarse tal cual es en escena; hacer lo mismo que haría en la vida real; y apartándose de la ficción, dar rienda suelta á su carácter. Así lo hizo y lo felicitamos por ello.

La señora Fernández hizo un papel que, aunque en la novela es importante, en la zarzuela es importuno y no se presta para nada; además, no es éste el tipo que se debe escoger para que ella represente. Carmen es salerosa como toda hija del mediodía español; cuando hace papeles chispeantes y jocosos, está como el pez en el agua; pero si sale á la escena, huérfana y desvalida, con la tristeza anublado sus bellas facciones y velando sus ojos juguetones, no puede lucir su disposición envidiable para la comedia.

Antes de concluir diremos que es digna de recordarse la escena sostenida por Jiménez, la Celimendi y Abella en la fonda de la frontera rusa. Escena de muy difícil ejecución para todos y sobre todo para Abella.

Respecto á los demás miembros de la Compañía, si se nos pregunta qué tal se portaron, solo contestaremos que vamos á dejar la pluma para ir á dar á Villarreal y á Capdevila, sendos y fuertes apretones de manos.

AGOREFF.

—:o:—

Zarzuela.

Escribimos estas líneas porque es preciso recordar al auditorio elegante, al público de la moda, la hoja de servicios prestados por la Compañía "Villarreal" durante la última quincena. No debemos huir del olimpo del arte al compás de las marchas de la *Guerra Santa*, nosotros los adoradores de la música ya se manifieste por medio del organillo que recorre las calles, ya por la nota limpia y de buena ley del piano aristocrático, que tiene el eco de las ilusiones encantadoras, de los amargos dolores y de las alegrías más inusitadas. Consagremos, pues, siquiera sea un recuerdo á esos espectáculos artísticos, donde á veces soñamos con el cielo prometido.

Si el lector sacase del conjunto de es-

tos párrafos una impresión desfavorable para los artistas de que pensamos hablar, culpa sería de nuestra poca habilidad, no de nuestra intención que es, en suma, alabar, como lo merece, el talento de que dan muestras, aunque no incondicionalmente; no sin censurar algo en sus trabajos.

La repetición continúa de las mismas piezas ha hecho decaer el entusiasmo; los aplausos no atruenan ya el espacio, se nota frío en el local, faltan las diosas del buen tono, los palcos están vacíos y las entradas de verdadero rendimiento se quedan sin hacer. La causa de ese abandono es fácil de explicar: en la segunda mitad de este abono, apenas se ha estrenado la *Guerra Santa*; todas las demás piezas habían sido ya puestas en escena, y no pertenecen al repertorio de aquellas que dejan tan gratos recuerdos, que son para vistas dos ó más veces. El público, en alguna de las representaciones, se ha fastidiado de un modo increíble: el cansancio lo enfermaba, movía el cuerpo en las butacas buscando más cómoda postura, dejaba de mirar á la escena para mirar á los palcos, no se contenían las toses crónicas, y el auditorio, mostrando en su fisonomía cierta expresión condescendiente, parecía decir: "Nos aburrimos un poco pero si no viniésemos aquí ¿dónde podríamos entretener el ocio?"

¿Tienen razón los espectadores para dar tales muestras de hastío? He aquí una pregunta que nos ha abismado en serias reflexiones y á la cual no queremos contestar. Lo cierto es y lo innegable que el público se fastidia por la sencilla razón de que no se divierte, y entiéndase que decimos divertir por interesar, no porque tales voces sean sinónimas, sino porque así lo va queriendo el uso. Y puesto que no se divierte, bien puede hacérsele gracia de que no escuche con atención—en *Las hijas de Eva*, por ejemplo—á aquellos caballeros vestidos con jubón y calzas, que hablan con mucho énfasis de su rey y de su dama y que pretenden romperse la cabeza por un quítame allá esas pajas.

Toca al empresario seguir otro rumbo si quiere informarse en los sentimientos que hoy prevalecen, si quiere ejercer fascinación en nuestro espíritu.

* *

La noche que fué puesta en escena la zarzuela titulada *Guerra Santa*, nueva en este teatro, hubo un lleno completo.

Con la representación de esta pieza, la

Empresa pretendió lavar muchas de sus culpas y matar el tedio que devoraba las entrañas del respetable público. No sólo franqueó el escenario á una zarzuela nueva, sino que pintó nuevas decoraciones, compró nuevos trajes é introdujo varios cóm parsas alquilados para servir de marco al cuadro de la escena. Gracias por todo.

La noche del viernes borró de la memoria del auditorio otras muchas fatales en que había permanecido sujeto á la butaca por la necesidad de sacudir en algún lugar la gran dosis de áburrimento que tenía dentro del cuerpo y el malestar físico inexplicable.

Grande y poderoso debió ser el aparato desplegado en aquella representación, cuando los espectadores no solamente olvidaron las horas de *spleen* acumuladas en noches anteriores, sino que aplaudieron con entusiasmo la obra de los señores Larra y Escrich. Y nótese que decimos *grande aparato*, porque ciertamente no encontramos mérito alguno en la zarzuela citada, la cual deja de ser una traducción servil para convertirse en un arreglo desdichado.

No queremos hacer la crítica de la obra, pero ni siquiera presentar el cuadro tristísimo de sus defectos en aquellos respectos que suelen ser los que examina la crítica más vulgar, la retórica más pedestre. ¡Analizar esta pieza! ¡Para qué? Todo sobra. En cuanto comienzan á hablar y maniobrar aquellos personajes, en cuanto el protagonista, con verdadera sensiblería, nos pinta su afecto de hijo, en cuanto vemos á Sara emplear aquel lenguaje ampuloso y falsamente poético, está juzgado todo, se conoce la tela, la atención se mantiene con dificultad, y el espectador un poco avezado á los usos del teatro condena semejante fantasía. Si durante la representación no se bosteza, es porque se ha acertado en la región baja del arte, porque se han manejado bien las menudencias del oficio, porque el cambio continuo de decoraciones hurga la curiosidad, es, en fin, por ese interés poco delicado de sorpresas y equivocaciones que se da á los cuentos llevados á las tablas.

La literatura, lo mismo que la filosofía y todas las demás manifestaciones del espíritu humano, experimenta una transformación incesante al travez de los tiempos. Este es el gran transformador de las ideas y de las manifestaciones literarias. De las diversas transformaciones se origina el ca-

rácter literario predominante en cada período histórico. Y hoy, en las literaturas extranjeras—particularmente en la francesa, que es á la postre la que más influye en la nuestra—domina una tendencia realista ó naturalista, que está prestando asunto á las discusiones de la crítica y que amenaza remover por entero, si es que no ha removido ya, los fundamentos del arte. Según la nueva doctrina, pues, están reputadas como de gusto dudoso todas aquellas obras que no sean fruto de su tiempo, que no pertenezcan á la actualidad de la literatura militante, que no tengan el interés de la oportunidad; todas aquellas fantásticas figuraciones en que se pretende conmover al público con fábulas de antaño y en las cuales la realidad no tiene ningún papel.

Ahora, si se nos dice que el zarzuelero no tiene obligación de ajustarse á los preceptos literarios, no discutiremos.

Eso quiere decir que “el estado y condicionalidad histórica” de la zarzuela es desconocido.

En todo caso preferimos la música retonzona de Offenbach y los ingeniosísimos libretos de Henry Meilhac y Ludovic Halévy; preferimos la ópera bufa, la deliciosa caricatura que ha hecho reír á Europa entera.

* * *

Dispensen los señores artistas; la censura anterior no va con ellos. Va con los introductores de la novela francesa, *Miguel Strogoff*, en el teatro español.

Por lo que hace á la representación de la *Guerra Santa*, confesamos desde luego que estuvo incomparablemente mejor que la de *Las campanas de Carrión*, pues en esta última el público sólo se divirtió viendo á los artistas caer en todas las estaciones que tiene el calvario del arte escénico. Si no hubiera sido la sal y gracia de la deliciosa Nora, el chasco habría sido completo.

La señora Celimendi recita muy bien: nosotros mismos, enemigos acérrimos de la ampulosidad y falta de sencillez, aunque se escude en el convencionalismo teatral, la aplaudimos con entusiasmo al oirla exclamar con la voz, con el gesto y el ademán:

Le quiero porque le quiero
No porque él me quiera á mí.

Si esta estimable artista ajustase su traje á la época que se representa, aunque éste no fuese muy vistoso, nosotros confe-

saríamos que comprendía bien su papel, que su espíritu volaba á la corte española antigua y que hacía de Esperanza, á las mil maravillas. Desgraciadamente nos ha puesto en el duro caso de advertirle su error, pues que en *Las hijas de Eva* aparece con un elegante traje que no se acuerda con el ceremonial cortesano de aquellos tiempos. Perdone la señora Celimendi nuestra observación. En cambio, nos complacemos en declarar que posee muy buenas cualidades como actriz, y váyase lo uno por lo otro.

Se presenta en escena el señor Abella, que es un excelente artista y un excelentísimo caballero. A la verdad es de los que más valen en la compañía. Nosotros le apreciamos mucho y le hemos aplaudido muchas veces; pero esto no quita que no nos guste la confusión que hace de la declamación con el canto. Y esto que Abella canta bien, pero al declamar canta y la mejor escuela de canto para el que recita es no cantar.

Después del señor Abella viene el señor Jiménez, encargado de representar todos los papeles odiosos imaginados por los ingenios de la zarzuela española; y ¡santo Dios! Ese hombre mete más ruido que los truenos de la *Tempestad*. Cuando en la *Guerra Santa* Jiménez grita: ¡Ay del traidor, tiemble la hermana infiel! tiemblan las bambalinas, los palcos y los tubos de gaz y las gazas de las señoras y hay quien quiere salir del teatro porque aquello parece un terremoto.

Afortunadamente llega pronto el señor Vila y todo cambia de aspecto. Este es un verdadero artista: pone tanta sinceridad en su papel que resplandece entre sus compañeros como una estrella. Hay circunstancias en las cuales la admiración que produce es tan grande que no deja lugar para otros sentimiento. Hace días que lo estudiamos con todo el cariño de un curioso de corazón, y ahora que llega la oportunidad tenemos á mucha honra el hacerle la justicia que por su talento se merece.

A la simpática señora Fernández no sería posible juzgarla por ahora con toda la severidad del crítico exigente. Todos saben que, hoy por hoy, no puede sacudir sobre nuestro espíritu las luces que guarda su bellísima alma de artista. Por lo que hace á la gracia, á la sal, al donaire y á la belleza, la señora Fernández es impagable.

Hemos querido hacer un artículo de

crítica desapasionada. Deseamos para los artistas el mayor triunfo: que nos hagan caer en el arrobamiento, en la ilusión de que todo lo que en el teatro vemos y oímos es real, con lo cual experimentaremos sacudimientos supremos, de esos que ponen el alma vibrante y sonora á la mínima impresión.—BRAULIO.

—:o:—

A
 ¿Cuál puede como tú lucir altiva
 Al lado de mil soles? ¿Cuál osada
 Reinar pretende donde brilla esquivada
 La lumbre celestial de tu mirada?
 Oscurecen del sol la luz hermosa
 Tus ojos sin igual; es tu sonrisa
 Voleo juguete de mariposa,
 Perfumado suspiro de la brisa;
 Y tal es el poder de tus hechizos,
 Miña gentil, que el alma enamorada
 Me diera en cambio, sí, de una mirada,
 O el corazón por uno de tus rizos.

C.

Escrito en el Teatro, á 9 de agosto de 1887.

EXPLICACION DE GRABADOS.

Madama Trebelli.

Vió la luz del día esta simpática artista en París, donde hizo sus primeros estudios y donde también recogió los primeros laureles.

El famoso maestro Wartel le dió algunas lecciones de piano, por el cual tenía verdadera pasión, al extremo de llegar á figurar como una de las mejores pianistas de su tiempo. Contaba apenas 16 años de edad. Por esta época fué cuando su maestro descubrió que tenía una bellísima voz de mezzo soprano y que merecía la pena de educarla bien.

El triunfo no se hizo esperar mucho: cuatro años más tarde la joven Trebelli figuraba en el teatro como estrella de primera fuerza.

Desde su debut ha merecido los elogios y agasajos de muchas personas distinguidas, pues su voz dulce y melíflua, la suavidad que sabe dar á las notas y sus portes distinguidos y airosos, han hecho que todas las miradas estén siempre fijas en ella y que más de un corazón lata de amor por la graciosa artista.

Su nombre de familia es Gillebert y viste con esmero y elegancia como todas las francesas.

PAOLO.

AMERICA CENTRAL.

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTOR,

Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.
En el extranjero..... " 1-00 " " "
Número suelto..... " 0-15 " " "
Números atrasados.. " 0-25 " " "

{ Año I. Núm. 6. }
San José, 1º de setiembre de 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*Costa Rica Ilustrada*, por L. R.—*Descos*, por Luis R. Flores.—*Goicochea*, por Rafael Machado.—*Nieve de Estío*, por Juan de Dios Peza.—*La fiebre amarilla*, por Simplicio Cucufate.—*Rimas*, por Aquileo J. Echeverría h.—*Marta*, por Ramón Matías Quesada.—*Desinterés*, por F. S.—*Colegio de Señoritas de San José*, por Paolo.—*Crónica*, por Mr. Renard.—*En el Teatro*, por Odín.

Grabados.—Rosita.—Henry Irving.



ROSITA.

“Costa Rica Ilustrada.”

A guisa de editorial váyanse por esos mundos unas cuantas promesas. Hilvanemos todo lo que nuestra imaginación desea, numeremos las diferentes piezas que ruedan sueltas en nuestro cerebro, como aspiraciones, y juntas y ordenadas, formando un cuerpo, salga de la pluma eso que habremos de llamar “nuestro ideal periodístico.”

Y será efectivamente un ideal. No nos será dable convertir en verdad ese deseo de nuestra mente? Lo creemos difícil pero no imposible. Lo creemos difícil, porque en un país tan pequeño como Costa Rica, país en que la vida literaria apenas empieza á dejarse sentir, en que la afición por las letras no tiene abolengo, pues podemos decir que acaba de nacer y no nos viene como herencia de la generación que pasó, país éste en que la naturaleza, poco pródiga hasta hoy, ha puesto en las manos de muy pocos la pluma que deleita, aquella que con sus producciones pone una santa envidia en el alma de los que nos hallamos aún en el escalón primero, en Costa Rica, decimos, es bien difícil tarea llenar un periódico con algo de lo que da de sí la inteligencia cultivada y jugosa, con artículos cuya lectura jamás se deja á la mitad, porque como se desliza una hoja sobre suave corriente, así corre nuestra imaginación por sobre frases bien hechas, llenas de espirituosos conceptos, de levantadas ideas y vestidas con el elegante ropaje con que el buen gusto sabe vestir sus hijos. ¿Quién será aquel que teniendo gusto literario no se deleite leyendo una buena producción? ¿Quién no se queda, después de saborear el artículo *Una patinadora de Washington*, como el niño á quien se le acaba un dulce y se chupa los dedos? Y el que leyó *La Torcaz*, *Prometeo*, *Un sueño*, dejó de sentirse orgulloso escuchando los trinos de la musa patria?

Pero de esto que satisface el alma, de esto que se acuerda tan bien con el sentimiento literario levantado ¿cómo podremos lograr para este periódico todo el material que necesitamos? ¿cómo hacer para que *Costa Rica Ilustrada* sea el jardín donde luzcan las mejores flores del talento costarricense, siendo así que nuestros literatos, dicho sea aunque les pese, son unos perezosos mayores de la marca, son tales y viven en tan absurda apatía, que es un ver-

dadero triunfo arrancarles algo de lo que produce su avaro talento?

He aquí en lo que estriba la principal dificultad de nuestro cometido. Este es el escollo contra el cual tendrá que luchar la paciencia. El esfuerzo para vencerlo es lo que constituye nuestra primera promesa.

Desde que nos hicimos cargo de la redacción de este periódico, siempre pensamos que lo que menos debíamos hacer era redactar. Pobres de fuerzas y profanos en el bello arte de pensar bien y decir mejor, con ingenua modestia nos concretaremos á buscar lo bueno, á suplicar, asediar, aguijonear á nuestros literatos para que escriban, á husmear donde esté el gustoso artículo, los versos notables, aunque no sean producto de nuestro país, y con el apoyo crítico de los maestros, dar al público producciones que verdaderamente lo deleiten. Quede, pues, sentado que nuestro trabajo será buscar lo bueno del país, reproducir lo escogido del extranjero y escribir poco, muy poco . . . una nada. Y sea ésta la segunda promesa.

Los jóvenes que empiezan, esos que son hoy el germen de lo que honrará nuestras letras mañana, también formarán parte de nuestra colaboración. El joven debe ser estimulado. No porque una flor esté en botón, carece de perfume; no porque sus pétalos empiecen á entreabrirse se oculta á las miradas del observador que bien pronto tendrán toda la lujosa belleza de su plenitud de vida.

La juventud inteligente y estudiosa tiene plaza en nuestro periódico. Al calor de los árboles crecidos deben desarrollarse los arbustos.

Esperamos que los jóvenes entusiastas no se dejarán dominar por la pereza ni por la falsa modestia que enerva el talento y hasta lo llega á nulificar. Si es ridículo ver á un joven que creyéndose formado, da de mano al estudio, se desuena de adelantar y se imagina ya cumplido literato, también es ridícula la creencia de los que no escriben porque piensan que sus primeras producciones, probablemente malas, habrán de dar al traste con su reputación. Sueñan éstos jóvenes con lograr el laurel del escritor sin tener una sola caída en el calvario del principiante.

Para concluir: *Costa Rica Ilustrada* cierra sus columnas á las polémicas de mala ley, no quiere entre sus publicaciones nada que la haga descender á la vulgaridad;

aspira con ansia á ser sobre todo el órgano de la vida literaria de Costa Rica, el torneo donde rompan lanzas todos los que aspiran á ser de alguna significación en las letras patrias. Este es el ideal. Esto lo que esperamos conseguir con la ayuda de nuestros hombres ilustrados, esto á lo que aspira el humilde redactor de esta hoja, quien juzgándose con imparcialidad, se reserva para sí mismo el puesto de colector del material, de portero que franquee el paso á los escritos que vengan á buscar cabida en las columnas de *Costa Rica Ilustrada*.

LA REDACCIÓN.

—:o:—

DESEOS.

Quisiera bajo el palio de una nube vagar por las regiones de los vientos y flotar en las ondas purpurinas que tiñe el sol con su pincel de fuego.

Reclinarme en el seno de la aurora y empapar en su llanto mis cabellos, y ver rodar en confusión sublime los astros por los ámbitos del cielo.

Prenderme de la estrella mas hermosa que brille en el sendal del firmamento y echando una mirada á lo infinito abarcar la extensión del universo.

Jugar con las auroras boreales y arrancar sus recónditos misterios, y ver chocar las nubes tempestuosas en las cavernas lóbregas del trueno.

Y luego descender, cuando la noche, tiende medrosa su ropaje negro, y al caer en los brazos de mi amada *dejarle el alma entre la miel de un beso.*

Limón, junio 26 de 1887.

LUIS R. FLORES.

—:o:—

GOICOECHEA.

Una de las glorias de Cartago es haber sido cuna de José Antonio Liendo de Goicoechea. Este hijo de Costa Rica fué el más prominente de los pocos hombres que

se dedicaron á las letras en el antiguo reino que existió en la sección del continente que hoy se llama la América Central.

En época triste y oscura para los americanos le tocó florecer á Goicoechea. En aquel tiempo no faltaron eruditos, sin culpa alguna de parte de ellos, rancios y encerrados en estrechos horizontes. Sabían más latín que castellano, pues en la lengua patria se exhibían desventajosamente; se enseñaba en latín, en los exámenes se hablaba latín, y en ese idioma se pronunciaban discursos. Éstos eran mejores, cuanto más atestados de citas tomadas de las sagradas escrituras y de las obras de los santos padres.

La teología era la ciencia en boga, la más importante y la que imprimía carácter á todas las enseñanzas. La argumentación imponía la forma silogística, y naturalmente de aquellos ergotistas brotaban á torrentes los *nego majorem ó nego minorem ó nego consequentia*. La resolución de los problemas filosóficos estaba en el *magister dixit*, sobre todo si el *magister* había sido algún doctor angélico.

Aquellos dados á la cosa pública, estudiaban la Política Indiana de Bobadilla, y los abogados eran un arsenal de lo que llamaban *cautelos*, ó, cuando más, unos lexicones ambulantes, sin noción alguna de la filosofía de la ciencia.

En esa época, tristísima para las letras, le tocó florecer á José Antonio Liendo de Goicoechea, y él brilló como meteoro luminoso en noche oscura. Basta para su gloria haber sido el primero que enseñó Física experimental.

El Br. don Domingo Juarros escribió un "Compendio de la Historia de la ciudad de Guatemala," y en esa obra se ocupa muy poco de Goicoechea, lo mismo que de otros escritores que vivían al mismo tiempo que aquel historiador, quien, según él dice, temía ofenderlos en su modestia. Sin embargo, Juarros dice acerca de Goicoechea lo siguiente: "Compuso un "Curso de Artes," que aunque no se dió á la estampa, tiene la gloria de ser el primer curso de *Física Experimental* que se leyó en esta Universidad."

Es decir, que Goicoechea dió el primer paso en imprimir á la enseñanza el carácter que hoy reviste, y que aquel sabio incomparable se adelantó á su época. Él escribió también una memoria sobre los medios de extinguir la mendicidad en la capital de Guatemala, y colaboró durante algún tiem-

po en la "Gazeta del Reyno de Gohatemala."

Ese periódico, único que entonces se publicaba, es muy curioso. El primer tomo fué impreso con tipos fundidos en el país. Hoy sería difícil reunir una colección de esa "Gazeta," que debía figurar en todos los museos de Centro América. En el de Guatemala entendemos que existen tomos truncos, y el que estas líneas escribe tenía una colección completa, comprada á peso de oro, entre otras muchas cosas de que no quisiera acordarse.

La Gaceta del reino tuvo un período en que fué verdaderamente interesante: cuando en ella escribía Goicoechea. En el tomo á que nos referimos hay artículos sobre libertad de comercio y sobre la manera de civilizar á los indios, asuntos que hoy mismo son de palpitante actualidad.

El ilustre costarricense á quien nos referimos fué uno de los fundadores de la Sociedad económica de amigos del país, y en los anales de esta Corporación existen algunos de sus trabajos.

Goicoechea, bajo su hábito de fraile franciscano, á su gran saber agregaba un carácter jovial y un talento festivo. La tradición ha conservado dichos suyos y anécdotas, que prueban la gracia de que estaba dotado y la agudeza de su ingenio.

La biografía del sabio centroamericano está escrita por otra de nuestras notabilidades literarias, y así mismo figura su nombre en un diccionario biográfico de los contemporáneos, publicado en la Península. Tal vez nosotros somos los que no hemos llenado los deberes que tenemos hacia el hijo inmortal de la provincia de Cartago. Es verdad que su retrato se halla en el paraninfo de la Universidad de Santo Tomás, y que su nombre, equivocadamente escrito, es el que tiene una de las calles de esta capital; pero eso no es bastante.

No pedimos que á Goicoechea se le erija una estatua. Tiene la suya en sus propias obras. Lo que descamos es conocerlas, porque á ello tenemos derecho, porque se trata de un costarricense.

La administración Soto ha hecho mucho por las glorias nacionales; nosotros le pedimos que haga más aún: que á cualquier costo recoja todos los escritos de Goicoechea y de ellos se haga una lujosa edición nacional, precedida del retrato y de la biografía del sabio. Entonces, cuando se escriba la historia de esa administración, entre otras

muchas cosas podrá decirse: ella salvó del olvido é hizo la apoteosis de un héroe, Santa María; ella dió á conocer los ignorados escrito de un sabio, Goicoechea.

RAFAEL MACHADO.

Nieve de estío.

Como la historia del amor me aparta
De las sombras que empañan mi fortuna,
Yo de esa historia recojí esta carta
Que he leído á los rayos de la luna.

Yo soy una mujer muy caprichosa
Y que me juzgue á tu conciencia dejo;
Para poder saber si estoy hermosa
Recurro á la franqueza de mi espejo.

Hoy, después que te ví por la mañana,
Al consultar mi espejo alegremente,
Como un hilo de plata ví una cana
Perdida entre los rizos de mi frente.

Abrí, para arrancarla, mis cabellos,
Sintiendo en mi alma dolorosas luchas,
Y ¡cuál fué mi sorpresa, al ver en ellos
Esa cana crecer con otras muchas!

¿Por qué se pone mi cabello cano?
¿Por qué está mi cabeza envejecida?
¿Por qué cubro mis flores tan temprano
Con las primeras nieves de la vida?

No lo sé.—Yo soy tuya, yo te adoro,
Con fe sagrada, con el alma entera;
Pero sin esperanza sufro y lloro;
¿Tiene también el llanto primavera?

Cada noche soñando un nuevo encanto
Vuelvo á la realidad desesperada;
Soy joven, es verdad, mas sufro tanto
Que siento ya mi juventud cansada.

Cuando pienso en lo mucho que te quiero
Y llego á imaginar que no me quieres,
Tiemblo de celos y de orgullo muerdo.
(Perdóname, así somos las mujeres).

He cortado con mano cuidadosa
Esos cabellos blancos que te envió;
Son las primeras nieves de una rosa
Que imaginabas llena de rocío.

Tú me has dicho: "De todos tus hechizos,
Lo que más me cautiva y enajena,
Es la negra cascada de tus rizos
Cayendo en torno de tu faz morena."

Y yo, que aprendo todo lo que dices,
Puesto que me haces tan feliz con ello,
He pasado mis horas más felices
Mirando cuan rizado es mi cabello.

Mas hoy, no elevo dolorosa queja,
Porque de tí no temo desengaños;
Mis canas te dirán que ya está vieja
Una mujer que cuenta veintiún años.

¿Serán para tu amor mis canas nieve?
Ni á suponerlo en mis delirios llevo!
Quién á negarme sin piedad se atreve
Que son la nieve que brotó del fuego?

¿Lo niegan los principios de la ciencia
Y una antítesis loca te parece?
Pues es una verdad de la experiencia:
Cabeza que se quema se emblanquece.

Amar con fuego y existir sin calma;
Soñar sin esperanza de ventura;
Dar todo el corazón, dar toda el alma
En un amor que es germen de amargura;

Buscar la dicha llena de tristeza
Sin dejar que sea tuya el hado impío,
Llena de blancas hebras mi cabeza
Y trae una vejez: la del hastío.

Enemiga de necias presunciones
Cada cana que brota me la arranco,
Y aunque empañe tus gratas ilusiones
Te mando, ya lo ves, un rizo blanco.

¿Lo guardarás? Es prenda de alta estima
Y es volcán este amor á que me entrego;
Tiene el volcán sus nieves en la cima,
Pero circula en sus entrañas fuego.

JUAN DE DIOS PEZA.

—:o:—

La fiebre amarilla.

Por fin amaneció ese día temido; el sol alumbró la tierra y en ella habitaban muchos Doroteos y Doroteas. Sí señor; hoy es día de San Doroteo, y por consiguiente, hay que felicitar á todos los Doroteos, y sobre todo á las Doroteas viejas, jóvenes, niñas, casadas, viudas y solteras.

Mi mujer y mis ocho hijas no llegaban á almorzar á pesar de ser las once, porque recorrían las tiendas buscando los regalos para las Doroteas.

Pero antes diré que aquel fúnebre día

era dos veces fatídico. Era sábado y al mismo tiempo era el día de San Doroteo... ¡¡que Dios se apiade de esta su casa!!!

Yo acostumbro poner en mano propia de mi esposa la cantidad de cinco pesos cada sábado, lo cual representa en el mes, suponiendo que ese mes no tenga la crueldad de contener cinco sábados, la tercera parte de mi sueldo, que alcanza á sesenta pesos. Esto bastaba en otros tiempos, y á veces sobraba y quedaban algunos centavos para el domingo. Pero ese tiempo feliz pasó... y... es que no volverá... pero sí volverá el día de San Doroteo y cuarenta santos que han hecho de mi vida un infierno.

Pero ¿qué es lo que ha pasado? ¿por qué los santos se han convertido en una calamidad apenas comparable con la peste, el huracán y la guerra?

¡¡Ay lector querido (ó aunque no lo sea) lo que ha venido á dar punto y fin á mi tranquilidad doméstica; lo que ha producido la ruina de innumerables familias; en una palabra: lo que motiva el estado lastimoso de nuestra fortuna es, pura y simplemente, un hecho que antes nos parecía natural y corriente, á saber: el hecho de que una persona cumpla años ó se case ó esté viva el día del santo de su nombre.

Sí, amigo mío, (caso de serlo), hoy por hoy, un hombre puede no comer; puede no pagar el alquiler de la casa en que vive; puede... en fin... todo lo puede, menos una cosa, y es ser menos que otro ú otra y dejar de hacer un regalo suntuoso á todas y á cada una de las personas que conoce, cuando esas personas cumplen años, ó se casan... fuera del día primero del año y del día del santo de su nombre, en que todos tienen derecho á que se les regale... cualquier carinito, con tal que sea mejor que el que dió el vecino, y que no sea cosa muy vulgar ni conocida, por ejemplo: un album á la Roskoff, valor \$ 50, ó un juegosito de té, fábrica Ruols, que no baje de cien pesos.

El almuerzo esperaba. Por fin se aparecen mis ocho bendiciones (que así llaman algunos á los hijos de su corazón) cargadas con ocho paquetes de diversos colores y volúmenes, que colocaron cariñosamente sobre un sofá. Comienza el almuerzo compuesto de arroz y frijoles sin manteca. Sigue el café, que es una agua teñida color de tierra de siena sin dulce.

Mi cara mitad y los ocho pedacitos de

mi alma comían y bebían con delicia aquellos manjares exquisitos, sazonados con la... esperanza de sobreponerse en sus regalos á las Doroteas, á muchas de las gentes ricas y pudientes. ¡¡Qué placer ver en la habitación de Dorotea Sinsal, la hija del Doctor Simmiel, las doradas tarjetitas colgando de los floreros, álbumes, abanicos, etc., etc., y con el nombre de mis ocho tórtolas, así: Bailotina Cucufate, Alborotina Cucufate, Coquetina Cucufate, etc., etc. ¡¡Oh triunfo!!

Por lo que hace á mí, confieso que á ese *vine, vidi, vinci*, hubiera preferido un *vine, comí y bebí café* con azúcar y leche y pan y mantequilla; pero eso no era posible y me contenté con entablar el sabrosísimo diálogo siguiente entre mi esposa llamada Sinforosa, mis hijas y la víctima expiatoria que suscribe.

Sinforosa.—Querido Simplicio, cuán dulce me parece el café sin dulce, cuando esa falta de dulce representa un sobre de auge y de representación social.

Yo.—Adorada Sinforosa, yo quisiera de buena gana ser un verdadero diputado para no discrepar contigo; pero te pido perdón de salvar mi voto y continuar siendo conservador y testarudo en eso del dulce para el café, y aun llevo mis pretensiones hasta desear que un poco de manteca amenizase la dureza de estos frijoles... aquí iba de mi discurso inaugural del almuerzo, cuando fui anonadado con nueve ah! oh! ¡¡ja! ju! y otras interjecciones de espanto, de lástima y compasión, mezcladas de cierto aire de protesta enérgica y bien acentuada.

Corsetina, mi cuarta hija, tomando del brazo á Coloretina, la quinta, y desplegando un pañuelo en guisa de pabellón insurreccional se pararon y en duo *forte assai*, exclamaron: ¡¡Pobre papá, se olvida que estamos en la época moderna y que su papel ya pasó... Eso estaba bueno en 1850, cuando nuestros antecesores, que eran simples patanes con zapatos, apenas ganaban como vivir de la vida material y vulgar; pero ahora que nos acercamos á la época futura y somos el lazo entre el presente y el porvenir, no se trata de vegetar como los animales, sino de vivir con el espíritu; de vencer en la lucha social y de que nos señalen como modelos de lujo, elegancia y de liberalidad con nuestras relaciones. Comprendemos que en aquellas edades oscuras y casi olvidadas, el estómago ocupase un lugar prominente. Hoy todo ha variado.

Ese prosáico estómago desaparecerá dentro de poco.

Yo.—Como van desapareciendo los pulmones en algunas familias; sí, hijas mías, la próxima generación no tendrá ni pulmones ni estómagos, que serán sustituidos por los corsees y los polvos de arroz. Comprendo el placer de anonadar á sus amigas humillándolas con valiosos regalos, siempre que eso se pueda hacer suprimiendo la comida, el lavado de la ropa, el alumbrado, etc., etc., pero como aun así el déficit mensual pasa de \$ 40, llegará un día en que además de vivir en dieta perpetua, siendo ustedes mismas cocineras, lavanderas y planchadoras; en que nos embarguen la casa y tengamos que salir con los floreros, costureritos y demás regalos pasivos, á habitar dentro de un álbum, abrigándonos con abanicos y alimentándonos con caramelos, dátiles y *bouquets*.

Descaradina, mi hija 7ª.—¡¡Tanta algazara por un miserable pañolonsillo de burato que me ofrecen, por ser á mí, en \$ 37, cuando la hija de don Risueño Perote tiene preparado para Dorotea Sinconciencia, un prendedor de brillante que le costó \$ 250.

Yo.—Sí, Descaradina mía, esa señorita puede regalar \$ 250 porque su padre posee un capital de medio millón de pesos, mientras yo poseo deudas por una respetable suma y por toda entrada los \$ 60 del sueldo.

Lujosina mi octava hija:—La verdad es que papá pretende luchar contra la corriente; pero nada sacará porque la moda es una potencia contra la cual el vencido no se rehabilita nunca. El ridículo se encarga de castigar al osado que la combate.

Yo.—Eso es exacto, yo lucho; pero sigo la corriente, la cual nos lleva á la bancarrota y al hospital. El sin número de miserias que serán resultado de esa ridícula moda de regalar lo que no se tiene, espantaría la imaginación del más valiente. ¿Por qué no limitarse á mandar su tarjeta ó á lo más un ramo de flores á la amiga, á la parienta que cumple años ó contrae matrimonio? Eso se agradece lo mismo y cuesta casi nada.

Este diálogo sin dulce fué interrumpido por repetidos golpes en la puerta de calle. Buen cuidado tuve de no ir yo mismo á abrir y mandé una descubierta compuesta de Bailotina y Coquetina á averiguar quien llamaba con tanta confianza. Bai lotin

calladamente depositó en la mesa media docena de cuentas del zapatero, de Troyo y C^o, de André y C^o y una orden del Alcalde don Inocente Moreno para que yo, Simplicio, compareciera á contestar demanda por falta de pago de varias mercaderías. regaladas el primero de enero por mis hijas á setenta y dos conocidas suyas, lo cual da un total de nueve amigas por cada hija y . . . ¡qué veo! . . . embargo de la tercera parte de mi sueldo . . . Alborotina fué de opinión que yo desafiara al Alcalde Moreno y al juez ejecutor. Coquetina manifestó su sentir con más calma, aconsejando un baño de agua hirviendo en favor del que me embargaba el sueldo. Corsetina cree que lo mejor es renunciar el destino para impedir el embargo, pues, muerto el perro, muerta la rabia. Pero yo, juiciosamente resolví . . . pedir una prórroga á los cobradores, un aumento de sueldo al Gobierno y comprar sobre la marcha tres números de la rifa, pues pensándolo bien puedo sacar me el número de mil pesos y dos de doscientos, lo cual fué aprobado por todos, con la condición de que no se suspenderían los regalos del día. Así concluyó ese triste é inolvidable almuerzo tan lleno de alegres chistes y tan escaso de carne y demás adminículos digeribles.

San José, 13 de agosto de 1887.

SIMPLICIO CUCUFATE.

—o:—

RIMAS.

Movido por codicia
Arranca al hondo mar
La riquísima perla
El marinero audaz.
Ay! si me dieran fuerza
Mi tristeza y dolor
Del abismo de mi alma
Arrancaría tu amor.

* * *

Te admira lo infinito del espacio,
Te encanta la grandeza del oceano,
Tu alma desdeña lo pequeño y fácil
Y busca lo que encierra algún arcano.
Y sin embargo pasas á mi lado
Sin fijarte siquiera en mi dolor;
Sin mirar que el espacio y el oceano
Pequeños son al lado de mi amor.

* * *

Cubre la noche con su inmenso manto
Toda la tierra,
Y en el espacio el poderoso rayo
Culebrea.
Viene la aurora en su rosado carro
De oro y de grana,
Váse la sombra y el temido rayo
Su voz acalla.
Envuelto entre las sombras de la noche
Está mi corazón,
Y cruzan por el cielo de mi alma
Los rayos del dolor.

¿He de vivir rodeado de tinieblas?
¿Será eterno el dolor que me devora,
O brillará por fin dentro mi pecho
De amor y dicha la bendita aurora!

AQUILEO J. ECHEVERRÍA h.

MARTA.

¿Quién no ha oído en sus primeros años cuentos de *duendes*, de *espantos* y de *brujas* que salen los sábados por la noche del tenebroso aquelarre á cabalgar en el palo de una escoba?

Todavía recuerdo las cruces que me obligaban á hacer las cocineras, cuando algún buho silbaba en los alrededores de la casa. Todavía me infunde horror el cuento del *ca-dejos*, de la *zequa* y la *llorona*. Todavía se me representan aquellas calaveras enjutas y aquellos espectros descarnados y aquel *mare magnum* de ficciones ridículas, que con tanto acierto sabían describir las visionarias de la vecindad.

Pero ¿habrá quien crea hoy en el *hermano* que custodia una *botija*; en el *duende* que esconde el bastón, el paraguas, el corsé, las pantuflas y cualesquiera otros objetos que se solicitan con urgencia; ó en la traidora *bruja*, que ahoga al recién nacido en el rincón de la primeriza que ignora la manera de conjurar fantasmas, ó que no tiene la precaución de hacer una cruz de ceniza en su aposento?

Y sin embargo, nosotros los despreocupados, gracias á la ociosidad de los franceses y al peregrino hallazgo de la familia Fox, creemos en la cábala del número 13, como en la obediencia de los espíritus vagabundos, errantes en la otra vida y que sólo esperan que nos reunamos en torno de una mesa, para venir á tomar parte en nuestras ocupaciones terrenales.

¡Qué singular mudanza!

No podía ser de otro modo. El espíritu humano atraído siempre por lo fantástico y maravilloso, no podía deshacerse del todo de esas preocupaciones vulgares, sin sustituirlas con otras, que explicaran de algún modo, todo aquello que no puede ser dominado fácilmente por la razón.

La sociedad ilustrada, por lo común hace hoy responsable de sus desgracias al número 13, si de antemano no se las había vaticinado el espejo que se rompe en la sala, ó el salero que se vuelca en la mesa.

En cuanto al vulgo, ¡no se diga! cuántos infortunios se atribuyen al *maleficio*; cuántos percances á los *familiares*; cuántas averiguaciones y venganzas al *candil*, á los *negritos* y á otros mil editores responsables de los sucesos adversos!

En una familia distinguida muere tal vez una niña y no falta alguna encopetada matrona que diga: "estuvo en una reunión compuesta de trece personas"; como tampoco faltará cocinera que diga: "le habían hecho mal."

Comienza una persona á enfermar; su color pierde la frescura juvenil, sus ojos se apagan y en todo su exterior se trasluce un sufrimiento oculto, acaso una decepción privada, pues no hay remedio: "la han asombrado."

Siempre he oído decir que creer en sueños es pecado. Cedo mi puesto á los teólogos en esta materia. Soy profano en teología, de todo en todo. Pero no puedo menos de recordar la terrible influencia que ejercen aún los sueños en el ánimo de algunas personas.

No hay duda. Existen supersticiones plebeyas en pleno siglo XIX.

Yo conozco personas desgraciadas, que esperan un porvenir sonriente; y personas que temen la llegada de una desdicha interminable, tan sólo porque los delirios de su imaginación les ha forjado tales manías.

Y á propósito, mi ánimo no fué *ocuparme* de las supersticiones, como decimos por acá, sino sacar á luz un cuadro tomado de las supersticiones plebeyas.

*
* *

Descorramos el velo.

La tierra está envuelta por las sombras de la noche; á intervalos, la luna, que rueda solitaria por el espacio, asoma su disco de luz pálida, cortado al sesgo y vierte su resplandor sobre una casita de aspecto familiar,

plantada en el recodo de silencioso bosque.

De pronto es interrumpido aquel silencio sepulcral por los desaforados gritos de una mujer joven y al parecer loca, que sale con estrépito de la modesta casita, verdadero nido de torcaces en que se albergaba la felicidad.

¿Y era en verdad una loca? ¡Niñería! era una pobre doncella que en aquel lugar cuidaba de su padre ciego y encorvado por los años; era una joven timorata que guardaba con fidelidad las últimas disposiciones que recibió de su madre moribunda, y la crueldad de un sueño raro le acaba de forjar la idea de que es traidora, perjura é ingrata. De ahí los gritos, de ahí el sobresalto con que asoma á la puerta á deshora de la noche, cuando no se mueve una hoja, cuando ya no "gime el viento en la arboleda, ni el pájaro en el nido."

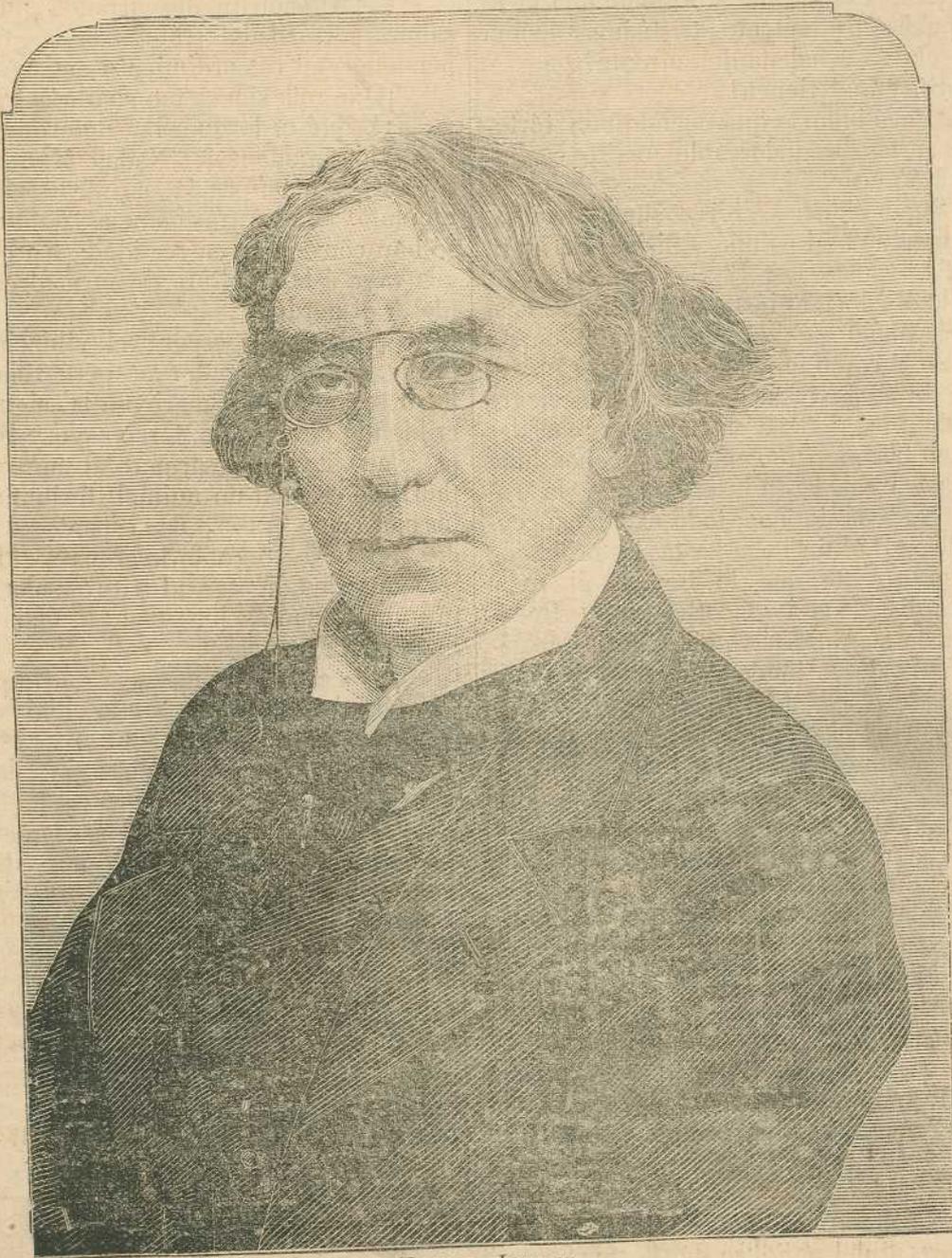
¡Perjura! Sí; su madre, al morir, le exigió con juramento que nunca amase á nadie; y ella, la inocente niña, privada por completo de las pasiones que tan dulcemente perturban el sosiego del corazón, acaba de soñar que ha faltado á su promesa.

¡Qué angustia! ¡Qué congoja! Marta, que así se llamaba la hija del ciego, al abrir la puerta siente sobre su cabeza el vuelo flojo de una ave nocturna y retrocede espantada y se refugia en su lecho. El insomnio la persigue; la imaginación le representa la sombra de su madre; oye ruidos y siente el aleteo monótono de una mariposa, que ha entrado cautelosamente hasta su alcoba.

¡Horrible noche! La desventurada niña presiente una desgracia; y así como el monarca babilonio leyó en aquel fatídico "Mane Thecel" su sentencia, así lee ella en el fondo de su corazón, la sentencia de un hado inexorable.

Era Marta una flor del campo; sencilla en sus modales, inocente en sus entretenimientos y pura, muy pura en sus afecciones. Agraciada en sus formas, suave la mirada, y erguida con aplomo, bajo su modesta vestidura de pliegues verticales, era una estatua de Fidias, puesta de perfil. Obra maestra de arte plástico y maravilla también de belleza moral. De sus labios brotaba armoniosa la elocuencia sencilla del amor filial, ya para saludar á su padre al amanecer, ya para consolarle durante el día, ó ya para despedirse de él, cuando llegaba "la hora de la conciencia y del pensar profundo."

Pero otro día, la niña no canta, amane-



HENRY IRVING.

ce pensativa, desdenosa. El anciano extraña el silencio de su hija y le dice:

—¿Por qué no cantas hoy, ni estás alegre, hija mía?

—¡Ah! Porque me atormenta una idea. ¿No escuchas los lamentos tristísimos de una tórtola, en esa arboleda de enfrente?

—Sí; y qué tienen?

—¿Pues ignoras que cuando una tórtola gime en los alrededores de una casa, alguien va á morir?

—Supersticiones, hija, supersticiones. Sal un momento al campo y disipa esa melancolía.

Ella obedece al instante: toma un cestillo en la mano, se aleja inconscientemente de la casa y como quien va dispuesto á deshacerse de un adversario tenaz, pone alegre el semblante y rie sola y juguetea con las flores del bosque, tomando á trechos una apostura varonil, hasta internarse en la soledad. Nada la detiene; todo excita su curiosidad, pero al fin llega hasta la orilla de bullicioso torrente, que le impide el paso. Ella está dispuesta á vencerlo todo. Recorre la orilla con afán y tropieza con la gallarda figura de un joven pescador, que interpreta sus deseos, le alarga la mano con respeto y le ayuda á pasar, no sin decirle al oído: “¡qué simpática! ¡quién fuera tuyo!”

Las palabras del mancebo algún eco tuvieron en el corazón de Marta, pues en toda su excursión no cesó de repetir las. Regresó por fin apresuradamente á su bogar y cubrió de besos al pobre ciego, quien al notar su agitación le dijo:

—¡Qué sobresalto, mi vida!

—¡Ah, si vieras que he venido volando, porque oí rugir una fiera en la espesura del bosque!

—¡Ingrato animal!

—Pero en cambio, cómo palpita de gozo mi corazón, qué placer, qué alegría siento!

Y en efecto, no se volvió á acordar de sus sueños, ni del buho, ni de la mariposa, ni de la tórtola. Todo era risas y tonadillas y prepararse para salir al campo todas las mañanas y volver inundada de amoroso delirio.

—¡Qué sonrisa, qué ojos, qué palabras, qué galantería! ¡Su bondad! ¡El apretón de manos...! ¡ay de mí! ¡Sus besos! ¡Julián de mi alma!

He aquí los monólogos cotidianos de aquella vestal inocente, que saboreaba las primeras expansiones del amor.

Pero de pronto llega un día y la niña salpica con dos lágrimas ardientes el tostado rostro del anciano.

El idilio se ha tornado en elegía.

—¡Mi espíritu desgarrado! ¡Mi pobre cabeza perturbada! ¡Infeliz, la desgracia me persigue y el remordimiento me acosa!

¡Qué reflexiones tan sombrías!

¿Y qué es lo que ha determinado tan repentina mudanza? Nada; Marta en los trasportes de su pasión, ha recordado su juramento. Las extravagancias de un sueño se han convertido en realidad; es preciso que ella vaya á la sepultura de su madre, á implorar el perdón.

Y en efecto, espera el silencio de la noche, para emprender su peregrinación al lugar sagrado. La mariposa la sigue, describiendo círculos en torno suyo. Se acerca á la solitaria huesa; pero al aproximarse, ¡horrible escena! un animal furibundo, con los ojos como brasas, da espantosos ahullidos, remueve con afán la arena y cruje ferrozmente los dientes, al triturar una calavera y unos cuantos huesos que blanqueaban á flor de tierra.

¡Espectáculo demasiado fuerte para un corazón tan delicado! Marta cayó accidentada y también murió.

Desde entonces se dice que en aquel lugar *espantan* y que por la noche se oye un cuchicheo como de personas que rezan.

Y cuando el vulgo pasa por allí, dice “que la mató un sueño,” ó que “le hicieron mal.”

No respondo de la veracidad de esta historia. Conforme me la contaron, así la cuento.

¿Será ésto superstición aristocrática ó superstición plebeya?

Cartago, 21 de agosto de 1887.

R. M. Q.

Desinterés.

Que algún amante, de su afecto en prenda
De esa tu boca que al placer hechiza
Quiera obtener como preciada ofrenda
La celestial sonrisa.

Que otro galán en sus amoreso anhelo
Desea obtener tu fúlgida mirada
Por extasiarse en ella, cual del cielo
En nube nacarada.

Que otro le pida á tu simpar belleza.
De amor en cambio y eternal cariño
Del corazón la virginal pureza
Así como el arriño.

Mi amor es muy más grande que todo eso
Es más que amor, pues es abnegación
Yo sólo quiero en mi entusiasta exceso
Rendirte adoración.

Yo no pido sonrisas ni miradas
Yo no quiero tu afecto mendigar;
¿Que te pide mi amor? ¡Oh! nada! nada!
Que te dejes amar.

Julio 4 de 1887.

F. S.

Colegio de señoritas de San José.

Escribimos estas líneas al calor de un sentimiento altamente noble y patriótico.

Dejamos correr la pluma con el mayor placer para dar lugar á una expansión de nuestra alma.

Queremos decir cuatro palabras acerca del Colegio de Señoritas que dirigen las maestras alemanas en esta capital.

Ya el público conoce á estas extranjeras que ayer no más arribaron á nuestras playas.

Ya todos saben el objeto con que vinieron. Tuvimos la suerte de que les gustara nuestro país y de ahí que fijaran su residencia en él por algún tiempo.

El colegio que hoy tienen á su cargo, es una esperanza legítima para la patria.

El Supremo Gobierno, anhelante siempre del bien general, estipuló las bases y condiciones con las maestras alemanas para el buen servicio de este establecimiento y para su mayor duración y seguridad.

El Gobierno da el local para el colegio, coloca en él y por su cuenta, varias becas de las provincias de la República y le presta todo el apoyo necesario para que el Colegio adquiera nombre é inspire la mayor confianza á los padres de familia.

Bajo tales auspicios ¿quién no se interesa por el porvenir de la mujer en nuestro país? Cábemos ahora la satisfacción de en-

viar una entusiasta felicitación al señor Ministro Fernández por el empeño que se toma siempre en favorecer la instrucción pública, y porque comprende que establecer hoy un colegio de niñas equivale á poner un colegio en la mayor parte de las casas de aquí á cinco años.

Nosotros que somos amantísimos de la instrucción pública, y más cuando se relaciona directamente con la mujer, miramos con verdadero júbilo cualquier medida que tienda á mejorar la condición de nuestra cara mitad, alma de la sociedad y sacerdotisa del hogar.

Aplaudimos con entusiasmo patriótico toda idea levantada y nunca nos cansaremos de pedir plaza y porvenir para la mujer de Costa Rica.

Queremos que se mire con interés y benevolencia un colegio que está llamado á hacer mucho bien al país.

Pronto tendremos ocasión de convencernos de esta verdad.

Los exámenes de fin de curso se aproximan ya.

Veremos allí el resultado de los esfuerzos de un año.

Pero lo que más nos admira de este colegio es su organización interior; la estricta puntualidad en la entrada y la salida al establecimiento; la perfecta distribución del tiempo para las horas de clase; el tino y la paciencia de las maestras para graduar los conocimientos de cada alumna en tan poco tiempo, y luego colocarlas por secciones en un orden admirable. Tal es la obra que han emprendido las señoritas alemanas.

Educando á la mujer, se educa á la sociedad entera.

Todos saben lo que vale y lo que se aprecia una mujer instruída.

Si nosotros alcanzáramos alguna vez el dictado de valientes en las luchas del progreso, nuestra mayor gloria, la recompensa más grande que podríamos obtener, sería un aplauso de la mujer instruída.

Nada tan hermoso para nosotros como ver una señorita que haga á un lado la prosa de la vida y se remonte á otra esfera.

Tended las alas, bellísimas costarricenses, hácia las regiones de lo excelso y de lo bello; estudiad, aprended, visitad la escuela y dejad que vuestra alma se pierda entre los pliegues de espiral hermosa hasta lo infinito.

Sólo así habréis llamado á las puertas de un positivo adelanto.

Pero alto . . . no necesitamos hablar aquí de la influencia de la mujer en la sociedad y más cuando ostenta sobre su frente la hermosísima corona del talento y la virtud.

Ya hemos tenido ocasión otras veces de exponer nuestras ideas á este respecto.

Por hoy callamos. Nos contentamos únicamente con manifestar que el Colegio de Señoritas se abre anchuroso campo en las sendas del progreso y la cultura. Se trabaja con entusiasmo y es de esperar un fruto provechoso y abundante.

¡Ojalá que las maestras alemanas sigan constantes y laboriosas en la grande obra de la enseñanza y que puedan ver coronados sus deseos, que son los más puros del corazón!

PAOLO.

Crónica.

Un poquito de crónica.—Esta es una sección que en los periódicos quincenales de Costa Rica está de más por dos razones: la primera porque cuando hay algún acontecimiento que merezca ser contado, como es pequeño nuestro país y de pocas novedades, ese acontecimiento se ve, se palpa, se comenta, se manosea de todos modos y cuando el público le deja es porque su curiosidad no puede sacar de él ni un solo detalle más; la otra razón es que nuestros diarios llevan la minuta exacta de lo que pasa y dan al público las noticias que pueden interesarle: así es que cuando un periódico como éste quiere hacer una revista de lo que ha pasado, no hay remedio, tiene que volver á lo dicho, desenterrar los muertos, sacudir el polvo á lo que ya lo iba tomando y muy si señor, dar como noticias acabadas de salir del taller, relucientes de puro nuevas, lo que el público conoce y ha comentado, y con la agradable sonrisa del que hizo algo bueno quedarse tan campante. Pero que le hemos de hacer! Nuestro periódico ha de tener crónica, y si no puede emperejilarse con novedades, afuera con lo viejo y Cristo con todos.

Hubo fiestas en Cartago (aprieta con la novedad). La consabida mogiganga, las consabidas corridas de toros, el consabido baile . . . pero no, que esto último no es moneda de circulación forzosa en tiempo de fiestas, digo cuando es tan bueno como el que hubo. Estuvieron concurridas y alegres: no podía ser de otra suerte. El carácter de los cartagineses se presta para que los que nos largamos para allá en esos

días pasemos buenos ratos de solaz, que no es poca la falta que nos hacen. De lo más notable que hubo en las dichas fiestas, además del espléndido banquete con que el señor Troyo obsequió al Presidente de la República, fué el baile que daba la Municipalidad de aquella provincia obsequiando también al Presidente, con motivo de su regreso á la patria y de la conclusión de nuestras diferencias con Nicaragua.

Un acontecimiento tan trascendental, un acontecimiento que cual astro de abundosa luz viene á poner nítido el cielo de los dos países, despejándolo de las oscuras nubecillas que lo sombreaban, esto bien puede poner la más santa alegría en nuestro pecho y ser parte para que en la explosión del entusiasmo se prodiguen los festejos del pueblo entero al hombre que asentó sobre su patria la venturosa paz.

Pero ¡qué Diab! por declamar un poquito me he dejado atrás el baile de que iba hablando; y como no estoy para guardar entre mi cuerpo lo que de él tengo que decir, vuelvo sobre mis pasos, tomo la punta del párrafo anterior, y como si no hubiera dicho esta boca es mía, continúo mi crónica.

El salón del Colegio, palenque donde debíamos romper lanzas con el placer los más feos y las más bellas, estaba primorosamente adornado. A una legua transcendía un olorcillo á buen gusto que dilataba el alma. Las melodías de exquisita música, traviesas se metían en nuestros oídos y con sus caricias pellizcaban los nervios y producían tal picazón en los pies, que sin que se escapara uno á la dulce presión de la alegría todo aquello era un zarandeo rítmico, un correr inacabable, un movimiento, á veces compasado, á veces loco, en que nos agitábamos presos en las encantadoras mallas del baile. Las señoras de edad y los caballeros ya proveyos juro que bailaban con el alma; la cara estaba seria; en los labios tal vez había una sonrisita de esas que se pueden traducir por un "loca juventud", pero á pesar de sus semblantes serios vuelvo á jurar que la procesión andaba por dentro.

Si me pongo á decir cuál era la más bonita, cual tenía los ojos más negros y cual una cara mejor, sería el cuento de nunca acabar. Punto final y hasta el año entrante, si es que los cartagineses nos vuelven á proporcionar una noche tan deliciosa como la del 15 de agosto.

* * *

Y á propósito de Cartago . . . pero esperen Uds. que voy á ponerme cuello parado. No se dice así como se quiera lo que es serio y trascendental. Las facciones deben entiezar y dejar esa movilidad que adquieren cuando se trata del bailoteo y la diversión.

Se dice que el distinguido educador don Juan F. Ferráz se va para Cartago á dirigir un Colegio. No sabemos ningún detalle acerca del programa y bases del establecimiento. Pero no

importa: el nombre del señor Ferráz es una garantía y la creación de un nuevo centro educacionista, á todo viento, es cosa que agrada á quien se interesa por el progreso del país.

El 20 y el 22 de agosto último, con motivo de los respectivos cumpleaños del señor Presidente de la República y de su hijo, hubo dos bailes en el Palacio Presidencial. El primero, precedido de una lujosa comida con que el General Soto obsequiaba á don Francisco Röhrmoser, persona á quien él distingue altamente, estuvo magnífico. El segundo, brillante. Ingenuamente confesamos que tanto en el uno como en el otro, la exquisita amabilidad del señor Soto y su señora, la belleza y elegancia de nuestras josefinas, una música agradable y el buen humor que retoza cuando se encuentra uno á todo su placer, contribuyeron á que las dos noches de baile fueran uno de esos minutos adorables que dejan en el corazón un dulce recuerdo.

En estos últimos días las zarzuelas que más han llamado la atención han sido *Los Madgyares*, *Boccacio* y *El Reloj de Lucerna*, aparte de *La Guerra Santa*, puesta en escena á beneficio de la señora Celimendi y á la cual de muy buen grado dedicaremos párrafo especial. *La Marsellesa* la pasamos por alto, porque ya en otro número de este periódico se ha tratado extensamente de ella y en cuanto á su representación nos aténemos á lo que se dijo entonces, porque nos parece estuvo al mismo nivel.

Adviértase que aunque hablo en plural, no pretendo hacer al público participante de mis opiniones. Esto de que un revistero diga: el público quedó muy satisfecho, el público esto, el público lo otro, es algo arriesgado; así es que voy á emitir mi juicio aisladamente, sin pretensiones de autoridad y sin humos de crítico maestro, simplemente midiendo lo bueno ó lo malo en el molde de mi gusto individual.

Los Madgyares es una zarzuela bien conocida en Costa Rica: se ha representado innumerables veces. No hay aprendiz de músico ni pillete de oído listo que no se sepa de corrido las armonías de esa zarzuela. Es bellísima; pero la maldita afición á la novedad hace que esa pieza canse el espíritu, porque apenas principia el artista á cantar ya tiene Ud. á todo el mundo repitiendo mentalmente y aun adelantando la armonía. Creo, pues, que esa zarzuela representada hoy, hace el oficio de vieja verde: ya tiene canas. Los artistas estuvieron bien: la Celimendi especialmente, en la escena de la ciega, representada con toda maestría.

Boccacio: aquí te quiero ver escopeta. Opereta francesa, pues como no me ha de gustar, si con decir que es francesa ya se dijo todo. En estos tiempos de galomanía, si se quiere te-

ner humos de literato y que se le tenga á uno por acabado crítico no hay más que estirar el cuello, mirar por encima de los anteojos (cuando se usan) y con tonillo doctoral decir: la literatura francesa, la opereta francesa, los artistas franceses, el pan francés, ah! oh! si esto es lo único que sirve, aunque se conozca tanto lo francés como lo conozco yo, con trabajo de oídas. *Boccacio* tiene mucha sal: chiste incisivo, con colorcito tirando á rojo, pero muy del gusto de la época, música ligera, así á estilo francés, (maldito si yo conozco cual es de otro estilo), toda la pieza, en fin, es de lo bueno.

Los artistas trabajaron á satisfacción. La señora Fernández que representaba el primer papel estuvo muy bien. Supo traducir con bastante verdad el carácter de su papel.

Los tres maridos estuvieron, no diremos que inimitables, porque su papel no es difícil de representar, pero sí adorables.

El Reloj de Lucerna era la pieza esperada con ansiedad por nuestro público: venía precedida de un susurro que era una buena promesa. La hemos visto por dos veces: nos parece que esta pieza hace una escapada de los dominios de la zarzuela y con música y todo trata de cularse en la jurisdicción del drama. Los números de la música, aunque me parecen bellísimos, creo que son eclipsados por el interés dramático y por la sonoridad y belleza de los versos. No se sale de esta función modulando el trozito musical que más nos agradó sino recitando la estrofa que se agarró más fuertemente al tímpano.

El verso es precioso. Bellas comparaciones, pensamiento vivo, cadencia dulce, eso tienen algunos trozos de la obra, dejando á un lado por supuesto aquello de

Porque los muertos Fernando
Como están siempre callando
Oyen mejor que los vivos,

y lo otro de:

También hay árboles huecos
Que no tienen corazón;

pues semejantes simplezas relumbronas, al lado de pasajes como la descripción del amor maternal que pinta Matilde nos parece que hacen el papel de la tambora en un concierto de instrumentos suaves: mucha bulla, mucho escándalo, pero la belleza del pensamiento, la sustancia, que es el alma del verso, eso á buscarlo á la China.

Los artistas desempeñaron su papel bien, muy especialmente la señora Celimendi, que como declamadora es notabilísima. Estuvo esa noche admirable.

—
Numerosa concurrencia había invadido el

Teatro el martes último. El beneficio de la señora Celimendi tenía lugar esa noche. Las simpatías por la agraciada de una parte, y la curiosidad por la otra, fueron los incentivos que movieron al público á concurrir á la zarzuela, pues la pieza, puesta por cuarta vez en escena y no de general aceptación, nunca hubiera sido suficiente por sí sola para atraer tan abundante número de personas.

Desde el momento en que la beneficiada se presentó en las tablas, una lluvia de flores cayó á sus pies y un nutrido aplauso se dejó oír. El entusiasmo se manifestaba á cara descubierta y los esfuerzos de la simpática señora Celimendi se veían premiados con una de esas ovaciones que tan queridas son de los artistas. Natural era que la agraciada procurara, como se dice, echar el resto, puesto que era ella la heroína, si no de la zarzuela sí de la función. Así fué. Ella trabajó con esmero; lució sus dotes de artista en toda su lujosa verdad y aumentó con su lucido desempeño las simpatías que ha sabido inspirar, demostrando en esa noche que era digna de recoger las flores que caían á sus pies.

Entre el primero y segundo acto la beneficiada regaló al público con una canción que creo agradó bastante. Al concluir el canto y en medio de las flores que caían en el proscenio, arrojadas de palcos y platea, apareció el simpático joven don Aquileo J. Echeverría y recitó con envidiable soltura unos versos que la señora Celimendi había inspirado al joven poeta. Nuestra felicitación para el joven Echeverría.

La representación por parte de los demás actores estuvo buena; muy especialmente Mr. Canard, nuestro colega, estuvo admirable. Se me ocurre una duda á propósito de Mr. Canard, (vulgarmente Vila). ¿Por qué será que siempre representa papeles secundarios y pocas veces se le ve en la escena, siendo así que sus altas dotes de artista le han dado por indisputable título uno de los primeros lugares en el personal de la Compañía Villarreal? Averígüelo quien pueda.

El Lic. don Rafael Montúfar partió el miércoles pasado con dirección á Guatemala. Según nos dijo él su estada en aquella República será corta. La amistad quiere hacerse la ilusión de que efectivamente lo será, porque de lo contrario nuestro cariño se pondría nervioso y nos veríamos obligados á entablarle demanda de daños y perjuicios, por haber burlado con su ausencia el afecto que sus bellas cualidades han sabido inspirarnos.

Última noticia de esta mi crónica, noticia con ribetes de promesa y remates de súplica.

Los grabados de *Costa Rica Ilustrada*, dicen que se dice, son de ningún interés para el público. Retratos de notabilidades europeas

los encuentra uno á manojos en cualquier revista extranjera. Se susurran por esos mundos cosas muy justas como aquello de que el Gobierno no presta su valioso apoyo á este periódico para que nos dé grabados extranjeros, sino algo local, algo que redunde en beneficio del país.

Valiente ganso estás tú, señor Cronista, dando noticias que todo el mundo sabe. ¡Cómo si fuera menester que lo dijeras tú para saber que el público no está muy á sus anchas con las ilustraciones de la tal *Costa Rica Ilustrada*!!

Ribeteemos ahora esta fresca con un poquito de promesa. Nuestro amigo don José Antonio Soto está ya para llegar á París. Desde allí nos enviará con toda regularidad grabados locales, retratos de nuestros hombres distinguidos y hasta piecitas de música hijas de la musa costarricense. Para esto se ha llevado una buena provisión de vistas y retratos que publicaremos á la mayor brevedad. Y cuando esto sea, ¡qué huecos vamos á estar! ¡Cómo nos va á gustar ver nuestros edificios, que conocemos desde niños, grabaditos con todo aseo, y á nuestros conciudadanos, á esos que se pasean tan frescos por las calles, olvidados tal vez de lo que les debe la patria por sus servicios, la ciencia ó el arte por sus méritos, verlos quietecitos en una hoja de *Costa Rica Ilustrada*, con sus notas biográficas al lado, como es usanza en las revistas ilustradas de allende el mar.

Y ahora en tono sentimental va la súplica. Calma, señores suscritores; calma público indulgente. Unos meses más de espera no han de ser insoportables para quien está esperando desde que vino al mundo; unos meses más y se convencerán de que el apoyo del Gobierno y la buena acogida del público son bien merecidas por quien trata antes que todo de ser útil, agradable y complaciente.

MR. RENARD.

EN EL TEATRO.

Voy á manifestar lo que siento y siento tenerlo que manifestar: las zarzuelas de *sensibilidad* y de grande aparato me cargan, me desesperan, me anonadan, me enferman, me aniquilan, me alteran los nervios, me estropean la inteligencia y me hacen desear la muerte por explosión súbita y si mas trámite.

Cuando la empresa "Villarreal" se decide á darnos á conocer los encantos de una nueva pieza, y lo anuncia previamente con letras gordas, despiértanse en mi conciencia temores que me atormentan durante algún tiempo, me acuerdo de lo conmovido que salí de la primera representación de la *Guerra Santa*, observo que algunos ingenios tienen el privilegio de herir con demasiado brío las cuerdas del sentimiento, y concluyo por comprender que aun no me en-

cuento preparado para recibir impresiones violentas.

Mas he aquí que en la noche del miércoles 24 del corriente sentía una gran dosis de aburrimiento, las vanidades mundanas me hacían poner cara de filósofo, me dejaba roer las entrañas por el tedio; resumen total: *spleen*.

Contra el *spleen* la calle, el movimiento, el ruido.

Pues vamos á la calle, y sin saber por qué ni cómo—á pesar de anunciarse la representación de una pieza nueva—los pies me llevaron hacia el teatro.

Se ponía en escena el *Reloj de Lucerna*: había allí un tirano y un consejo y un conspirador y una madre y unos novios y pero ¿á qué enumerar? Baste decir que la obra logró preocupar la atención del público, logró conmoverle y los aplausos resonaron con estrépito varias veces. Era lo que debía suceder: en una de esas piezas que producen en la gran mayoría, un efecto instantáneo y vivo, aunque esto se consiga á expensas de la verdad, aunque sea necesario esforzar y violentar los sentimientos hasta entrar en lo inverosímil.

Por qué se entusiasmaba el público? Se entusiasmaba ante unos versos del señor Zapata, ni mejores ni peores que tantos y tantos como escriben los innúmeros poetas adocenados que tienen cierta deplorable facilidad para decir las cosas de modo y manera que resulte poesía, entendiendo por tal lo que suele llamar el vulgo copla.

No versifica mal el señor Zapata, entendiendo por versificación lo más superficial de la poesía; suenan bien sus cuartetos y quintillas; no emplea jamás palabras prosaicas indignas de la rima; pero los rípios no solamente andan disfrazados, sino que se ven á primera vista. Pulan además los versos ampulosos que no dicen nada, como aquellos de

También hay árboles huecos
Que no tienen corazón,

y otros muchos que la señora Celimendi—conocedora ya del gusto que por aquí domina—recita ahuecando la voz y con ademán trágico.

Nada hay en esa obra que revele al autor de buena ley; ninguna originalidad hay en ella ningún rasgo que deje ver la habilidad del poeta que ha nacido para llevar á la escena sus concepciones. Tan poco interés inspiran aquellos personajes, que el espectador se olvida de ellos para oír la música de los versos, como debió sucederle al mismo autor, que no supo resistir á la tentación de convertir en poetas líricos á todos los caballeros y á todas las damas que intervienen en su poema.

En todas partes el teatro, como la novela, tiende cada día á la naturalidad, y los ingenios de la ópera española parece que se esfuerzan en mantener un convencionalismo que ya va rayando en ridículo; sobre todo en la cuestión de

su forma no hemos visto ni un solo autor de los que escriben tales obras que intente la reforma indispensable de hacer que los personajes hablen como personas.

Crear que un hombre, por el mero hecho de desear la venganza de un amigo, ha de convertirse en filósofo y soltar por aquella boca mas pensamientos que escribieron los socialistas sentimentales, es sencillamente un absurdo. Que una madre que va á perder á su hijo coja el cielo con las manos, santo y bueno; que odie al asesino de su marido, mejor; pero ya no parece bien que exhale un olor á misticismo que apesta, ó que acuda á la óptica en sus relaciones con las bellas artes para quejarse, con todo aquello de la sombra y de la luz y de las sombras de la sombra etc. etc.—Señores, un poco de formalidad, ya que tantas bromas nos dan con el subjetivismo caprichoso.

Estoy firmemente resuelto á no ver más los cuadros que me obliguen á sacar el pañuelo. No, yo no volveré al teatro á contemplar esos graves personajes de la zarzuela sentimental tan amantes de recitar versos sobre distintos motivos.

Desde luego aparto la vista del escenario por no ver, por no oír sobre todo: ¿no hay á mi alrededor un verdadero lujo de fulgores? ¿no está allí la hermosura esparciendo sus perfumes? Esa es la verdadera poesía.

*
*
*

En el teatro la ciencia de la observación se hace campo.

Me acomodo, pues, en mi butaca y me dedico á hacer conjeturas y filosofías.

Curioso es en aquellos momentos examinar las cabezas de hombres y mujeres: los perfiles acentuados ó de líneas confusas; los semblantes animados ó insulsos, los ojos vivaces ó los desteñidos, las bocas de todos tamaños y de todas expresiones; las flacuras extremas y las gorduras en demasia.

Todos los tipos tienen allí su representación: hay el semblante adusto y el sonriente, la cabeza inteligente trabajada por el pensamiento y la cabeza gacha de quien ahoga los bostezos, aburrido de no entender lo que se habla en el proscenio; hay el hombre joven de cabellos vigorosos, bien plantado y rebosando savia juvenil y el viejo acartonado pintado con tintes y cosméticos; hay el elegante que lleva bien su traje correcto y el zurdo y de mal gusto que ostenta prendedores y anillos deslumbrantes y abigarradas corbatas.

Hay el escopeteo de las frases aceradas de las muchachas y el cabeceo disimulado de las ancianas: las miradas rápidas, la crítica femenil que hace la crónica de los trajes, el tijereteo de las vidas ajenas, las revelaciones de amoríos, los suspiros, los saludos significativos, las sonrisas burlonas, las frases sarcásticas, los celos y los desprecios que se manifiestan, y los dolores

agudos que se ocultan y que por lo mismo punzan con doble intensidad.

Algunas veces se conversa sin miramiento alguno al deseo de silencio que manifiesta la concurrencia. Es la crítica que observa y no deja escapar nada: Fulanita lleva el mismo vestido del año pasado, al que no ha hecho mas que cambiarle la delantera y mudar las bocamangas de terciopelo; feísimo el peinado de aquella; ésta viene siempre con la misma pulsera de oro, como si no estuvieran cansados de vérsela; Zutanita está pintada hasta las orejas; Menganita se está mirando con una desfachatez increíble con Z... el pica-flor que hace poco tiempo festejaba á la de P... en fin es un conversadero que marea.

En los corrillos formados en las galerías se encuentran algunas veces tipos dignos de un estudio detenido: los impresionables y los frívolos mezclan á sus frases rimbombantes los nombres propios de celebridades, frases ó palabras en francés de *cocina*; se habla fuerte y campanudamente, haciéndose mérito de las lecturas precipitadas del día á propósito de la pieza representada; se manosea la literatura dramática ó se hacen confesiones infantiles; se habla, en fin, con esa precipitación, que á fijarse taquigráficamente las palabras que se desbordan, harían el proceso público de tantos satisfechos ignorantes.

A pesar de uno que otro defecto que indudablemente se corregirá cuando se alcance el ideal del teatro aristocrático, del teatro pulido y correcto, el éxito con que nuestra sociedad va imitando cada año las cultísimas maneras europeas es no solamente indiscutible sino también halagador.

Es verdaderamente bello el espectáculo que presenta la juventud, cuando vestida de gala asiste á las representaciones. Sobre todo, el motivo de ponerse así de fiesta no puede ser más simpático. Para oír música, para palpar con las emociones espléndidas del arte, se debe preparar uno como para un desposorio. Al teatro lírico se va á tomar una especie de baño de ideal. ¿Quién sabe qué hombre nuevo va á resultar entre nosotros después de vibrar como un cristal ante las creaciones cuasi-divinas de la música? Una pasión intensa, un ataque imprevisto, una canción jamás oída, la lectura de unos versos, la vista de un espectáculo sublime, una mujer hermosa ¿no forman época en la vida humana, no nos despiertan cualidades y sentimientos, rasgos y fisonomías que nosotros mismos no nos habríamos sospechado?

Parece que como partes del gran todo universal, estamos sujetos á nuevos arreglos moleculares, que se producen así en nuestro cuerpo como en nuestro ánimo, al someternos á la alta temperatura de las emociones inhabituales.

En la parte femenina de la concurrencia es más notable quizá la evolución en el sentido del perfeccionamiento. Las artes de la moda han hecho grande acopio de armas para apresurar la seducción y final derrota del hombre.

¿Quién que no sea enemigo de lo bello no aprovecha esta hora suprema para deleitarse en la contemplación de tantas líneas y relieves, de tantos ojos negros y rasgados, de tantas hermosas cabelleras, de tantas bocas rojas y húmedas?.....

Cuando fijo la vista en los palcos, siento en el principio algo como un mareo; los sentidos se enardecen con el espectáculo de aquellas olas multicolores y asemejándose á los animales feroces cuando ven sangre, beben la ola con furor deseando que se convierta en torrente.— Muchas horas después conservo en la retina la imagen de aquellas mujeres de bellos rostros y blancos dientes.—No podía ser de otra manera: ¿cómo dirigir la vista al palco n^o 12 sin que nos cautive aquella graciosa niña que parece una gota de rocío resbalando por el pétalo de un lirio?—¿cómo no ver en el palco n^o 14 aquella niña juguetona y traviesa en cuyo rostro la gracia deja sus toques de luz?—Y si clavamos los anteojos en ese cofrecillo de riquezas orientales que se llama el palco n^o 11, ¿podremos retirar la mirada impunemente?—Imposible: aquellas son ondas de oro que van, vienen y se funden en giros infinitos. Dicen que esas niñas se han reunido allí casualmente: no lo creo. Imagináos que un artista de mucho talento en joyería recorriera los palacios de los grandes de la tierra, y escogiera lo que entre todos ellos encontrara de mejor y de más preciado, y luego formara con las piedras escogidas una joya admirable en que los zafiros y los ópalos, las esmeraldas y los rubíes, combinándose con el oro y los diamantes, reflejaran y quebraran la luz de mil diversas maneras, variando la perspectiva ó irisando la atmósfera con el choque de sus rayos fulgidos, y entonces tendréis idea de lo que es ese collar de perlas unidas por hilos de oro.

Si vuelvo la vista hacia el palco siguiente —n^o 10—me encuentro..... ¿con qué diréis? pues con la mar! Soy entonces un débil esquife navegando en un mar de... fuego. A propósito recuerdo lo que decía un notable escritor americano: “contemplando ese océano, la primera frase que se me ocurre es ésta: naufraguemos.”

Fatigados los ojos de aquella revista de tantos centenares de caras, procuran entornarse y descansar. Lo repito: horas después, el pensamiento sonaba en aquella atmósfera; oía la música, el bullicio, las carcajadas ruidosas, los dichos inocentes, los agradables coloquios; miraba gasas transparentes, flores perfumadas, colores abigarrados, trajes caprichosos....

ODÍN.

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTOR,

Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-89 trimestre adelantado.
En el extranjero..... 1-00 " " "
Número suelto..... 0-15 " " "
Números atrasados.. 0-25 " " "

Año I. Núm. 7.

San José, 15 de setiembre de 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 33.

Sumario.—*Las glorias de la patria y los ayes de mi corazón*, por Vicente Herrera.—*Rimas*, por *.—*Un día nefasto*, por Simplicio Cucufate.—*Costa Rica*, por Carlos Gagini.—*Algo sobre matrimonio*, por Ursino.—*Un cumpleaños*, por Ramón Acuña.—*Juan Santamaría*, por Emilio Pacheco.—*Así empezó*, por Gualterio.—*Al 15 de setiembre*, por José M^o Alfaro.—*Crónica*, por Mr. Renard.—*El periodista*, por Calixto Velado.—*Anuncios*.

Grabados.—*Angelina*.



ANGELINA.

LAS GLORIAS DE LA PATRIA y los ayes de mi corazón.

Episodio de mi vida íntima, dedicado á los señores Editores de "Costa Rica Ilustrada."

SETIEMBRE 15 DE 1886.

La aurora apenas apunta su luz vacilante: la naturaleza despierta con todos los encantos del amanecer: el estampido del cañón y los alegres aires de la música marcial anuncian el aniversario 65º de la Independencia de Centro América, nuestra patria común. En el memorable 15 de setiembre de 1821, esta sección integrante de la antigua Capitanía General de Guatemala, en unión de sus hermanas representadas en la metrópoli, obtuvo el más glorioso triunfo de que los centroamericanos podemos envanecernos. Sin sangre, sin lágrimas y con la concurrencia de las mismas autoridades españolas, Centro América en ese día adquirió su emancipación absoluta de un poder extraño que, por derecho de conquista, la tenía uncida á su voluntad como el amo al siervo con la cadena al pie, por espacio de tres centurias.

Innegable es que España, á quien el inmortal Colón dió este mundo, infiltró, con la conquista, la civilización en las selvas vírgenes de la opulenta América, y aunque es verdad también, que al mismo tiempo nos legó defectos y vicios funestos en los diversos ramos de la administración, y en la Religión, no fué culpa suya sino de la época. Agradecemos el bien y no recordemos el mal. España, esa noble nación de héroes como el gran Colón, un Hernán Cortés, los Pizarro y Almagro, quienes hicieron, tal vez inconscientes y llevados sólo por su genio aventurero, los mayores beneficios á su patria y á la humanidad; España, repetimos, nos dió el idioma, la civilización que ella misma tenía y la religión basada en el Evangelio, aunque mal interpretada.

Debemos recordar con gratitud que la Gran Reina Isabel I de Castilla, bajo cuyo amparo se emprendió y efectuó el descubrimiento de la América procuró, con disposiciones sabias, asegurar la suerte de los naturales vencidos, á quienes su maternal corazón apedillaba "sus hijos".

Mas eso y otras benéficas disposiciones posteriores dictadas por algunos de sus descendientes y sucesores no bastaron para apegar este mundo á la madre patria, con provecho de ésta como pudo haber sucedido. España representaba entonces, las ideas oscuras y erróneas que á ella misma la dominaban y en política y administración, en economía y religión, nos dió lo que tenía; en política errores crasos; en administración, ceguera extrema; en economía, mono-

polios absurdos y pobreza; en religión, abusos é ignorancia absoluta de los genuinos divinos principios evangélicos. Todos esos defectos, todos esos vicios pesaban sobre ella y la conducían fatalmente á su decadencia, como sucedió. Sus tenientes enviados acá, sin discernimiento, y tantos y tantos aventureros que venían *en busca de oro*, no sólo no secundaban las benéficas medidas que de vez en cuando, dictaba la corona de España, sino que las contrariaban y nulificaban con una conducta no propia de hidalgos españoles, sino de merodeantes indignos de ese nombre. Lo cierto es que la América desde Méjico hasta el Cabo de Hornos no podía ya soportar tan ominosa dominación. Agréguese á esto que, aunque fuese furtivamente, circulaban ya en estos países libros y periódicos que daban á conocer los principios republicanos en que se basó la independencia de los Estados Unidos del Norte y el código inmortal de los derechos del hombre, proclamados por la revolución francesa en 1792. Todo ese combustible estaba ya en la conciencia de los hombres pensadores.

El espíritu revolucionario fermentaba en toda la América española; sólo faltaba una ocasión para estallar y producir el incendio general. El pronunciamiento de Riego en Cádiz fué la ocasión. España quedó desarmada y los pueblos americanos se aprovecharon de esa coyuntura, ó para iniciar ó para continuar sus proyectos de emancipación.

A Centro América le llegó su turno en ese mismo empeño, y el día marcado en el destino, fué el 15 de setiembre de 1821.

Desde ese día los centroamericanos somos libres de toda dominación extranjera: desde ese día nuestra patria, Centro América, entró á formar parte de la gran familia de las naciones; desde ese memorable día.....

Pero ¿qué es lo que oigo? un ¡ay! que me hiere. Mi esposa estaba enferma, pero, en mi concepto, no de muerte inmediata. Sin embargo, corro á su alcoba y la encuentro en brazos de parientes y amigas afectuosas; ya no tuvo una mirada para mí; después de pocos instantes era un cadáver; la compañera de mi vida durante treinta y cuatro años había dejado de existir, su hermoso espíritu había volado á la mansión ignota y se hallaba en compañía de los justos.

El último estampido del cañón hiere mi oído. Mi alma se hace pedazos en el choque de sentimientos tan contrarios. En presencia de restos tan queridos y con el recuerdo de un acontecimiento tan grato, mi espíritu exclamó: ¡gloria á Costa Rica! gloria á Centro América! gloria á toda la América! gloria á la libertad!

¡Luto eterno á mi corazón!

VICENTE HERRERA.

San José, 8 de setiembre de 1887.

RIMAS.

Cuando adiós nos dijimos, triste llanto
inundó nuestros pechos:
sobre el tuyo mis lágrimas rodaron,
sobre el mío tus lágrimas corrieron.

¡ Por qué lloraron tanto nuestros ojos.....
qué misterioso genio
en secreto diría á nuestras almas
que el adiós que se daban era eterno !

Estaba en tí pensando, cuando supe
que no dejaste ni correr el tiempo
para secar de mi ternura el llanto
en lo escondido de sus pliegues negros.

A qué negarlo; mi dolor fué grande:
la mano al corazón llevé ligero,
y calientes juraban todavía
tus lágrimas vertidas en mi seno.

San José, 14 de setiembre de 1887.

Un día nefasto.

¡¡Martes y trece!! Triste de mí que
no había caído en la cuenta de que el glo-
bo terráqueo caminaba hoy bajo la influen-
cia mortífera del número trece, corregido
y aumentado por un día *martes*. ¡¡Poca
cosa!! Valor, Simplicio, que ya son las dos
de la tarde y aun no te ha caído la casa en-
cima.

Consuélame la esperanza de que las ge-
neraciones venideras leerán estas memorias y
coronarán mi calavera, si se encuentra, no
por el valor de mis escritos, sino por los su-
frimientos que me han acosado, antes de
casarme, en el casamiento y después del
lance.

Acercaos, pues, posteridad y escuchad
con atención las malaventuras que pasaron
á un habitante de San José el día 13 de
setiembre de 1887.

Me recordó muy temprano una mosca
que mordía con empeño la punta de mi na-
riz.—Verdad es que maté la alevosa mosca;
pero el mal estaba hecho. Un humor
diabólico fué el crepúsculo del día trece,
martes & C^a.

Corro al lavatorio para borrar los res-
tos del asesinato de la mosca y consumo mi
rostro en el agua; pero una po-
bre cucaracha que probablemente se ahoga-
ba allí, encontró una tabla de salvación

en mi nariz y se agarró con pies y manos á
ella, lo cual me produjo un estornudo tan
estrepitoso, que recordó á mi tierna mitad
que acostumbra dormir hasta las diez.

Conocedor de las consecuencias de este
modo de despertar á una persona biliosa,
tomé las de villadiego y me metí en el "Par-
que."

Entraba apenas en él, cuando se acer-
có á mi don Tenazas Berrocal; me ofrece
su mano, y yo, inocente cordero se la entrego
con descuido. Sentir mi mano entre las
suyas y darme tres sacudiones fué obra de
un segundo. La dislocación del brazo de-
recho era inminente; mi mano quedó enca-
rrojada como sombrero de canónigo y mi
cara expresaba todo eso y algo más, mien-
tras que don Tenanzas muy satisfecho bus-
caba otra víctima á quien dislocar.

Al volver á mi casa encontré un joven
bien vestido, que me hacía repetidas corte-
sías y saludos, al mismo tiempo que sacaba
del bolsillo un papel que desdobló compla-
cientemente delante de mí, invitándome á
suscribir algo para la estatua de *Santa Ma-
ría*. Yo me defendí; alegué mi
pobreza, relaté el modo cómo se hacían esas
suscripciones en otros países nada;
aquel amable joven había jurado ser más te-
naz que la mosca susodicha.

Un poco nervioso metí la mano á la
bolsa de mi chaleco, con deseo de encontrar
una peseta ¡¡pícara suerte!! sólo había un
botón de hueso.

Entonces me resolví heroicamente á
firmar una promesa por 50 centavos que di-
fícilmente me harán pagar.

Tras este susto, otro mayor, pues al
amable joven siguió el amabilísimo señor
don Mariano Valenzuela con un recibo de
la Municipalidad. ¡¡Dos pesos cincuenta
centavos!! por riego de mi calle, luz eléc-
trica, serenazgo, etc. etc. Le juro á este
señor que nadie ha regado mi calle; que
hace meses llueve tanto, que yo pagaría por-
que secaran las calles cubiertas de lodo, de
huecos y suciedades, en vez de empaparlas
más inútil.

La calma de don Mariano me devolvió
la mía, y me resigné con dolor del alma de
mi bolsillo á entregar los dos cincuenta que
representaban los riegos municipales, ilumi-
nados con la intermitente luz eléctrica . . .
. . . que pestañea; ¡¡oh día trece cuando
pasarás!!

Para distraer mi ánimo y no pensar en
tan nefasto martes, abro mi escritorio con



objeto de continuar este artículo destinado á "Costa Rica Ilustrada;" pero no lo encuentro: llamo á la de semana, que era Descardina, y me comunica que los pliegos escritos los habían cortado en moldes del traje para el baile del 15. No queriendo perder mi trabajo pido los moldes y se me entregan unos pedazos largos con figuras de jamón de York; otros con figuras regulares, y con mil trabajos copié lo que antecede, tomando parte de las mangas, parte de los vuelos y aun tuve que sacar algunas frases de los ojales.

Por fin llegó la noche, y con ella el fin de mis pe..... ¿quien llama?..... Entra don Torbellino Villapobre y habla así: (léase muy de prisa).—Buenas las tenga el señor don Simplicio, el más virtuoso y galante caballero de este país.—¿Qué hay de nuevo?—Nada que yo sepa, si exceptuamos el beneficio de la Carmen Fernández, que fué una completa ovación en prosa, verso, cantada, bailada, con flores, palomas, cintas y palmoteos.—¿Sabe Ud. que el partido del Cacho hace oposición al tratado con Nicaragua? El General Barahona tomó la Unión y los nuevos códigos regirán el primero de enero de 1888. ¿Qué buen cognac ha venido á la Mascota! ¿Como están las niñas? Me alegro mucho, ellas son tan sanotas y rosagantes. El retrato de la Coquetina es perfecto; pero le falta un no sé qué en la boca. Definitivamente hace un calor tórrido y los víveres tan caros; dicen que el maíz se vendió á 60 centavos el metro, quiero decir el medio decímetro, pues no soy fuerte en historia, ni me gustan los nombres hebreos. Lo dejo porque es hora de asistir á la tertulia Valenzuela, en donde se reúne lo más conspicuo de la crema social..... Buenas noches..... y desapareció aquel aluvión de palabras sin que yo pudiera colocar una sola.

Aturdido estaba aún y anonadado con la verbosidad de Villapobre, cuando pasaba mi esposa que se despedía de doña Silencio Achaques, matrona excelente y muy enfermisa. Yo me puse de pie y acompañé la pareja; pero aquella silenciosa mujer, que jamás habla cuando está sentada, no suelta la palabra desde que las gentes se ponen de pie para despedirse.—Así fué; yo, aturdido por la peroración de Villapobre, me impacientaba, pero continuaba de pie esperando y oyendo lo que sigue:

Desengáñese doña Sinforosa, este mal causará mi muerte; figúrese un dolor que

me sube del pecho á la cabeza y las palpitations. El Doctor Atrevido me alivió con las cataplasmas de ciruelo serenado y el Doctor Homeopático con agua clara, dos cucharitas cada minuto; pero me priva de fumar, de rezar, de ácidos y café.

—Buenas noches, interrumpí yo, señora doña Silencio.

—Buenas, señor, contestó la señora Achaques; pase muy buena la noche que yo tendré que pasar atacando este dolor pertinaz que padezco desde hace..... ¿cuánto hará que murió el Obispo Llorente?

—Muchos años señora Silencio, y que duerma bien.

—¡Dios lo oiga, don Simplicio, pero cuando me ataca este mal que me sube de aquí (y señala mi pecho) hacia la *nuque* las palpitations.....

—Sí, mi digna señora, las palpitations la acosan, pero al fin el sueño la calmará. Buenas noches; y con un ligero empujoncito la lancé á la calle. Así concluyó ese día para siempre memorable. Pero para que fuera funesto hasta lo último, al acostarme y atrapar el sueño, una pesadilla martirizó mi mente. Toda la noche ví rodar en círculos concéntricos á la Carmen Fernández, al partido del Cacho, doña Silencio seguida de legiones de boticarios, médicos y barberos; centenares de manos que me dislocaban los brazos; los códigos nuevos perseguidos por miles de cucarachas; carros con agua regando calles inundadas.—Estatuas de Santa María, pero sobre todo sobresalían los ayes de doña Silencio..... Cayó el telón, y el sueño, el verdadero y legítimo sueño se apoderó de mí, y olvidé todo, todo.

SIMPLICIO CUCUFATE.

"COSTA RICA."

(A EMILIO PACHECO.)

Sobre la escueta cima que la nieve
Cual sudario glacial siempre domina,
El cóndor gigantesco yace inmóvil
Con la mirada en el espacio fija.
El huracán resuena en la montaña,
Hacia el valle el alud se precipita
Arrollando á su paso el roble fuerte,
El modesto sembrado y la alquería;
Las lavas en hirviente catarata
Asuelan la ciudad despavorida;

Del rayo aterrador allá á lo lejos
 Baja vibrando la centella lívida;
 Y en tanto que la tierra es presa inerme
 De batallas, catástrofes y ruinas,
 El ave rey, ajena á tantos males,
 Posada en la alta cumbre al cielo mira.
 El pensamiento humano es como el cóndor
 Que á levantarse más y más aspira,
 Y cuando abate el vuelo ya cansado
 Sobre la roca solitaria y fría,
 En ella afirma con pesar la garra
 Volviendo la mirada siempre arriba.

*
 * *

Ah! si pudiera el pensamiento mío
 Cernerse, como el ave, en el espacio,
 Dejando las miserias de la tierra
 Por la paz inefable de lo alto!
 Si desde allí, feliz ó indiferente
 En grata soledad me fuera dado
 Recordar las heridas de la patria
 Sin que á mis ojos asomara el llanto!
 Pero no, no es posible: el pensamiento
 Jamás de ella se aparta: la amo tanto,
 Que sus dolores son también los míos.
 Y de su suerte pende mi cuidado.
 ¡Oh patria, madre amada! si algún día
 De tu cariño renegando ingrato,
 Mordiera como sierpe el mismo pecho
 A cuyo amor y amparo me he criado;
 Si atento sólo al beneficio propio
 Lo procurara á costa de tu daño,
 Que eternamente maldecido sea
 Y por tus hijos todos execrado.

*
 * *

El que arruina á su patria solamente
 Por aumentar su hacienda, el desalmado
 Que ultraja sin temor las santas leyes
 Cuya guarda y sostén le confiaron,
 Ese no es digno de su amor ni puede
 El nombre merecer de ciudadano.

*
 * *

No aludo á nadie, me refiero á todos:
 La América Española de mil modos
 Puede ser en el mundo un paraíso;
 Más para eso es preciso
 Que respetados sus derechos sean,
 Que al lado de sus jefes tenga asiento
 La augusta libertad, y todos vean
 En ellos honradez, ciencia y talento;

Es preciso que el pueblo soberano
 No consienta jamás ningún tirano
 Que de sus glorias oscurezca el brillo;
 Que el labrador sencillo
 Trueque la esteva por la fiera espada
 Como el antiguo morador del Tibre,
 Cuando un déspota vil con planta osada
 Intente pisotear al pueblo libre;

Es preciso que sea el patriotismo
 El lema popular, que el servilismo
 No balle cabida en los valientes pechos,
 Y todos satisfechos,
 Sintiendo de la paz el dulce beso
 Trabajen con afán honradamente:
 Pues la ley sacrosanta del progreso
 Escrita con sudor está en la frente.

*
 * *

No es ciega mi esperanza ni quimérica:
 Esta tierra feliz, llave de América,
 Tiene seguro porvenir glorioso:

Su suelo portentoso
 Reclinado á la vez en ambos mares,
 Ostenta con magnífica belleza
 Risueños campos, bosques seculares,
 Fecundos manantiales de riqueza.

Aquí nunca se sienten los rigores
 Del invierno aterido; con sus flores
 Se adorna primavera todo el año;
 Aquí consorcio extraño
 Forman vecinas en jardín florido
 Las plantas parasitas más preciadas,
 Con las que siempre en número crecido
 Poblaron estas vegas encantadas.

Ricas maderas, frutos exquisitos,
 Minas sin fin, tesoros inauditos
 Ofrece Costa Rica en sus terrenos.

Pacíficos y buenos,
 Sus hijos dan al extranjero amigo
 Albergue cariñoso en sus hogares;
 Más ¡ay de él, si pérfido enemigo
 Se atreve á profanar los patrios lares!

Entonces cual león que en su guarida
 Se ve acosado, y al buscar salida
 No teme á sus contrarios ni los cuenta.
 Así en la lid sangrienta
 El rudo habitador de estas montañas,
 Llevando por divisa honor y gloria,
 Puede llenar con sólo sus hazañas
 El venerable libro de la historia.

Si á tu valor ¡oh pueblo que idolatro!
 A menudo faltó vasto teatro
 Para mostrar al mundo tus proezas,
 En cambio ya tú empiezas
 A ser más conocido, y algún día
 A tu nombre darán eterno brillo
 Con su tea inmortal Santamaría,
 Con sus nombres también Mora y Carrillo

* * *

¡Fatal recuerdo á mi memoria viene!
 La pluma vacilante se detiene
 Sin atreverse á desgarrar el velo:
 ¡ He visto el puro cielo
 De la patria empañarse, y en su historia
 He mirado con ira y amargura,
 Al lado de mil páginas de gloria
 Otras mil de vergüenza y desventura :

He visto..... Mas la pluma se resiste
 A escribir tanta mengua, y se reviste
 De justa indignación el alma mía.

 Esa época sombría
 Que heridas incurables ha dejado,
 No ha de ponerse en el olvido oscuro :
 El recuerdo infeliz de lo pasado
 Servirá de escarmiento en lo futuro.

Valientes ciudadanos! Hoy que alumbra
 El sol de la verdad, y no os deslumbra
 Con mentidas promesas un tirano,
 Alzad con firme mano
 A vuestras leyes inviolable trono,
 Dad siempre de civismo noble ejemplo,
 Que sea la virtud vuestro patrono,
 La escuela y los talleres vuestro templo.

Odiad la adulación torpe y maligna :
 Que el alma siempre altiva, siempre digna
 Se consagre á la patria únicamente;
 Y con amor ardiente
 Por defender sus fueros, vuestra vida
 Llevad si es menester al sacrificio :
 Entonces podrás ser, patria querida,
 De grandeza y virtud bello edificio.

CARLOS GAGINI.

San José, 15 de setiembre de 1887.

ALGO SOBRE MATRIMONIO.

Se empeñan los jurisconsultos en considerar el matrimonio como un contrato y

los canonistas en asegurar que es un sacramento. Yo no me meto á discutir si es lo uno ó lo otro; sólo sé que es un hecho social, y como tal he de escribir algo sobre él mirando, como se dice vulgarmente, *los toros desde la barrera*, porque ha de saber el lector que soy soltero.

Para muchos el que se casa es un loco, que no sabe lo que se hace; para otros es un hombre juicioso, que piensa con madurez, que no quiere ver salir sus primeras canas sin mecer sobre sus rodillas un travieso retoño y gozar en las veladas de invierno de la dulce compañía que proporciona el hogar. Pero para la mayoría, para lo que llamamos vulgo, un hombre que se casa es ante todo un sér á quien se envidia.

No hay quien no reconozca las innumerables calamidades y desconciertos que ocasiona el lazo conyugal; no existe nadie que alguna vez en su vida no haya clamado contra él; pero es lo cierto que todos, cual más, cual menos, desean sentir su presión. Que el tal lazo después se convierte, á veces en ruda cuerda que con fiereza oprime á los hombres, á veces en dorada cinta que presta su color á todos los actos de la vida—es innegable; pero también es verdadero que si en algún asunto tiene perfecta aplicación el refrán de que nadie experimenta en cabeza ajena, es en el del matrimonio.

Basta de charla y basta de preludeo. Ya es tiempo de que diga algo que al lector pueda interesar, aunque de memoria se lo tenga sabido.

¿Qué se necesita para casarse?

A mi modo de ver dos cosas principales y dos accesorias. Mujer y osadía son las primeras: dinero y consentimiento paterno las segundas.

Conque nuestra aquiescencia es cosa accesoria? saltará por ahí una pareja de suegros—¿Conque el dinero no es esencial? chillarán el comerciante, la modista, el zapatero, el panadero, el dueño de casas de alquiler, el carnicero, etc., etc., etc.

Vamos despacio y no haya alarma. No se trata de una propaganda socialista. He dicho que todo eso se necesita para casarse; no para casarse bien, es decir, prudente y juiciosamente.

Seguro estoy de observar ya en el rostro de algún recién casado (éstos tienen fresca la memoria y más frescas todavía las heridas del bolsillo); seguro estoy, digo, de observar en su rostro una sonrisa burlo-

na. ¿Y piensa U., señor Ursino, que podrá U. casarse, bien ó mal, sin dinero? ¿Acaso ignora U. que existen unas horcas caudinas, bajo las cuales á nadie le es dado dejar de pasar, ó por ventura supone U. que pueda alguien entrar en el venturoso jardín de himeneo sin atravesar antes el sombrío portal que se llama Curia Eclesiástica?

Señores maridos novicios, están UU. en babia. Dije que lo único que se necesitaba era mujer y osadía, y no rectifico mis palabras. ¿Para qué serviría sino el Concilio de Trento? Busco dos testigos, echo adelante mi valor, me presento ante un cura con mi novia, le digo que la he escogido para esposa, ella le dice otro tanto, y hé-nos ahí casados sin dinero y sin consentimiento paterno.

Pero si U. quiere andar el asunto como mandan la sociedad y las leyes civiles, entonces varía de aspecto. Necesita ante todo dinero, mucho dinero; y no se crea que el matrimonio de por sí exige tal requisito como cosa útil y necesaria. No tal; necesita U. mucho dinero, pero de él nueve décimos invertirá U. en lo superfluo y uno en lo indispensable.

Vamos por orden. Un hombre quiere casarse; pero para conseguirlo necesita tener un cómplice, es decir, que ha de buscar esposa. Esta es una verdad de Pero Grullo. Allí comienza la dificultad, porque sin unos cuantos miles de pesos le será más que difícil encontrar la consorte que apetece. ¿Quién ha dejado de notar el cambio que entre nosotros se viene operando? Hace quince años ó menos un matrimonio de conveniencia era una novedad, y no creo ir muy allá si digo que era un escándalo: se comentaba, se volvía á comentar, y no faltaba nunca al público una frase de admiración para semejante hecho. Hoy nos pasa todo lo contrario. La excepción ha venido á convertirse en regla general (á su vez sujeta á excepciones honorables).

Miramos como el acto más natural el que una joven se una á un hombre á los quince días de conocerlo, sin haberle conocido más que el Libro Mayor. Esa debe ser considerada como una mujer sensata; piensa juiciosamente, y en vez de dar su mano á cualquier pobrete que sólo podría ofrecerle trajes de zaraza, pañolones de burato y un hogar cariñoso, se casa con un hombre que ha trabajado un respetable capital, que tie-

ne la experiencia de los años y que, en cambio de dejarla hacer su voluntad y vestirla siempre de raso, guantes y sombreros á la moda, sólo le exigirá la guarda del honor y un poco de indulgencia para no notar sus frecuentes regresos de los clubs ú otros sitios, á las dos ó tres de la madrugada.

Ya vemos que esto no puede ser más cómodo: la elección no es dudosa.

Y aquí cabe una observación que de buen grado me callaría por no ofender á la mayor parte del sexo débil, y es que el amor al dinero y á las comodidades que consigo trae su posesión, ha tomado proporciones en nuestra sociedad atacando principalmente á la parte femenina; perdónenme los bellos ojos y los corazones sensibles, pero es indudable que casi todas nuestras mujeres tienen hoy desarrollado el espíritu financiero de un modo asombroso y que sólo aspiran á una vida holgada por medio de un *buen* matrimonio.

La causa es tan conocida que valiera más no apuntarla. De sobra se ha hablado ya por la prensa y en privado del lujo que consume la sociedad, para que yo viniera á convertirme en predicador moralista: bastan dos pinceladas para completar el cuadro.

El ridículo, monstruo insaciable siempre dispuesto á devorar al desgraciado que se aparta una línea del camino marcado por las preocupaciones sociales, caería sin piedad sobre aquélla que en sitio público se presentara ataviada con modestia. Cada mujer cree que su misión es superar ó por lo menos igualar á las mejores, y esto no se puede conseguir con un marido de posición mediana. Es necesario, pues, casarse *bien*. Y para tal objeto, ¿qué más da que el marido sea ó nó vicioso, que tenga más ó menos amor por su esposa, ó que ésta lo tenga por él si en cambio es rico?

A veces un padre que ha recorrido ya todo el calvario, llega á cansarse de sufrir el yugo social, y sacando á lucir un resto de firmeza, pronuncia un enérgico *vade retro* contra las peticiones conyugales y filiales; pero un marido novel es siempre complaciente. Su inexperiencia y su vanidad le impulsan á satisfacer todos los caprichos de su mujercita; y como casi siempre presiente que no son su buena ó mala figura y las simplezas que en sus visitas de quince días pudo decir, los únicos atractivos que la novia halló en él, procura conservarse el cariño de ella gastando las onzas, sin

acordarse de que, semejante á una piedra de mina, cada grano de oro en que disminuye su capital, es un mérito que deja de tener.

Desearía disparatar algo más acerca del matrimonio. Me ocurren muchos puntos curiosos y dignos de ser examinados; pero no puedo seguir adelante: me detiene una barrera infranqueable, el temor de herir la susceptibilidad de alguno que se quisiera creer aludido. Siempre supónese aquí en la persona que escribe para el público, una intención dañosa. Mi buena fe, por más que la decantara, no me valdría para ser creído en este caso; y por tanto, prefiero callar y poner la fecha.

Sau José, 7 de setiembre de 1887.

URSINO.

UN CUMPLEAÑOS.

Contemplaba yo la noche que precedió al venturoso día en que la mano de la existencia tu belleza ofreció, y allí, en aquel campo de visión, sentí el pensamiento adormecido y la imaginación detenida por el ensueño. "Indecible es lo que aquí se siente, me dije: aquí el artista no emprende su vuelo; la contemplación es su única tarea; el poeta tampoco eleva su canto; las armonías de aquí apagan de seguro hasta la lira de Orfeo".

Ante tanta belleza, deseos daban de dormir en el voluptuoso regazo de aquella noche: allí había suaves claridades ofrecidas por el bello lucero que invita al reposo; azul de cielo engalanado por plateadas nubes; blancos mantos estrellados que la noche enseña: allí también Diana ofrecía sus colores y las estrellas se balanceaban, y luego tímidas parecían esconderse en su nido celeste.

Indescriptible parece la encantadora noche, pues allí hasta el ave silenciosa cantaba á la naturaleza, y el mismo sonrosado crepúsculo vespertino extasiado, fué sorprendido por el crepúsculo matutino.

Esta noche era de amor y de encantos llena. No parecía sino precursora de algo á que la naturaleza debía rendir culto.—Tanta belleza como que algo anunciaba, pues hasta la bíblica estrella, que ya quería despedirse, indicaba un derrotero con sus rayos.

Ante la idea de una aparición, mi pensamiento detuvo su veloz carrera, y luego mi espíritu fatigado, pero ansioso siempre de saber por qué la naturaleza ofrecía tanta maravilla, resolvió descansar bajo la deliciosa sombra del árbol de la esperanza, y allí más dichoso que Fauno y su compañera, y que los mismos dioses de los bosques, principió á ver que la noche ya quería ausentarse ante la luz radiante que se asomaba del mensajero de la mañana.

La noche, pues, fué requerida por el día, y la oscuridad emprendió su retiro, y las nubes huyeron del naciente.—Fué entonces que la aurora sonriente anunció la luz y que dentro del crepúsculo se destacó una forma; aquel momento fué solemne: la forma que el crepúsculo ofrecía eras tú, que, más hermosa que la mañana, con tus rosadas manos abrías las puertas de la luz. ¡Bello espectáculo! Yo solamente presencié tan sublime transformación: ví que luego que tú te presentaste, Diana se ocultó; el cielo ofreció sonrosadas nubes; el astro esplendoroso se asomó y se detuvo; ví también que tú te enseñabas con dorados cabellos y con ligero ropaje de seda, y tan bella, que el mismo padre del amor se olvidó de su hija por verte á tí; ví, en fin, que dejabas caer un perfumado rocío á todas las plantas y flores entre las cuales el lirio, la azucena y otras perfumadas ya, abrían su cáliz para beber la luz matinal, y luego te pedían prestado el color.

En momentos tales, las mismas estrellas, descuidadas en presencia de tu hermosura, se despedían y enviaban rayos luminosos que se confundían contigo; los pájaros también, ligeros volaban y te saludaban con sus cantos; las plantas y las flores, medrosas, como que querían ofrecerte el aroma y el color, pero, tímidas, seguían la modestia de la violeta; las rosas ofrecían también su cáliz. Allí tú no eras sino otra Venus en la isla del amor rindiendo todo á tus mandatos. Tú en ese instante dabas al alma sublime armonía, entregabas al pensamiento la pintura más bella y al corazón le ofrecías ternura.

No parecías sino extranjera, cuando abriendo esas puertas, dejaste correr la luz. Lejos de conocerte estaba, si no es por tus miradas que arrebatan, por tus sonrisas que se entreven, por tu corazón que jamás deja de entreabrirse ni de aletear alegremente ante el calor de la pasión.

En presencia de tal visión, mi persona y mi nombre se ocultaron también, y por más

que digas "es él", yo siempre mi nombre ca-
llo, pues allí no era sino como triste y soli-
taria ave que vela y canta en la oscuridad.

Cartago, setiembre de 1887.

R. A.

JUAN SANTAMARÍA.

(A DON JOSÉ ASTÚA ACUILAR.)

I.

Jamás, jamás mi musa
en su ambición ardiente
aduló al grande ni halagó al potente.

Hoy anhelante con sonora estrofa,
cantar quisiera al héroe denodado,
al oscuro soldado
de nuestra heroica nacional campaña
que, de la horrible lucha
en el supremo instante,
con ínclito valor y noble saña
el llamamiento de la Patria escucha.

Quiero cantar al héroe aun olvidado,
al gran SANTAMARÍA
que en alas de su genio conducido—
de la nada social donde yacía,
se alzó transfigurado,
al cielo esplendoroso de la gloria,
sellando con su muerte la victoria.

II.

¡Oh inolvidables tiempos
de virtud y heroísmo! La insana
audacia del crüel filibustero
que á Nicaragua, la nación hermana,
á muerte condenaba y servidumbre
al golpe inevitable de su acero,
de Costa Rica á los valientes hijos
condujo á la pelea;
aun más que de pertrechos
formidables, armados
por el escudo de sus anchos pechos
y por la alteza de su noble idea.

III.

Era el once de abril. ¡Glorioso día!
Los bélicos y fieros
ejércitos que osaban,

cual buitres carnívoros,
cebarse en nuestros campos de esmeralda,
ciudades y praderas,
parapetados tras el fuerte muro
del *Mesón* invencible,
en Rivas ay! diezmaban
nuestras invictas huestes altaneras.

¿Cómo vencer entonces al enemigo?
¿Cómo volar ese edificio horrible,
si en tan duro momento
nuestras marciales tropas carecían
de recursos, pericia y armamento?

Mas en tan triste y apurada suerte,
¡oh hermosa Patria mía,
sobraban corazones esforzados
presto su vida á dar por defenderte!

En medio del rugir de la metralla,
del hondo espanto, confusión y muerte,
se alzó con energía
la voz del bravo Cañas que decía:
—¿Entre tantos valientes habrá alguno
que ose sacrificar su vida, yendo
el *Mesón* á incendiar?—Resueltamente,
—Yó,—al punto contestó Santamaría,
de nuestras recias filas
intrépido saliendo;
—mas les encargo,—con ternura dijo,—
no olviden á mi madre.
Y aquel heroico hijo
de la Patria, con noble continente,
serena la mirada,
alta la oscura frente
de enmarañados crespos coronada,
y el pecho henchido por su ingente idea,
hacia el *Mesón* temible
de do surgía inclemente
la muerte asoladora,
se adelantó impasible
blandiendo al aire la fulmínea tea.

.....
¡Patético y sublime fué ese instante!
Aquel héroe esforzado,
por la flameante lumbre
y por la luz de Dios iluminado,
no fué ya entonces, mísero soldado,
era de nuestra Patria
el genio vengador transfigurado.

El rayo fiero del potente Marte
los ámbitos atruena por doquiera,
mas ay! todo es en vano,
que nada habrá que en su inmortal carrera
detenga ó intimide
al nuevo Ricaúrte americano:
Una bala de pronto el brazo fuerte

do fulmina la tea,
le hiere, mas qué importa?
si libre aún le queda la otra mano
para vengar la Patria
y desafiar hasta la misma Muerte;
hácia ella se adelanta presuroso:
del edificio al muro se encarama,
préndele fuego, y la rojiza llama
se aviva y se retuerce
lamiendo y devorando el alto techo
que cruje y se desploma,
entre el terror del enemigo odioso
que en medio del incendio, á su despecho,
enfurecido se revuelve y brama.
Ay! otra bala le atraviesa el pecho
al inclito soldado,
y á tierra viene ese héroe belicoso
á quien la Patria con justicia aclama
como á su hijo más noble y valeroso.

IV.

Así supo morir en ese día
el gran Santamaría.

¡Llor por siempre á su inmortal memoria
y que su hazaña noble y gigantea,
en nuestra Patria sea
ejemplo eterno de enseñanza y gloria!

EMILIO PACHECO.

San José, 15 de setiembre de 1887.

Así empezó.....

(Dedicado á María Luisa Argüello.)

Tánto te empeñas, mi querido Renard, en saber como empezó mi dicha, que me decido al fin á revelarte mi secreto, eso sí bajo la estricta condición de que todo el mundo,—excepto tú, se entienda,—lo ignore literalmente.

Quiero que de tu silencio me hagas promesa formal; que cuando pronuncies sobre mi féretro la oración fúnebre que me has ofrecido, no te acuerdes de esta historia; que no la refieras á tu amante ni á tu esposa—si es que algún día te enamoras y te casas;— que si enviadas y descontento de tu manumisión reincides en echarle el santo lazo al cuello, fallezcan tu segunda y subsiguientes esposas sin saber como empezó mi felicidad; que si faltándote material un día para "Costa Rica Ilustrada" se te ocurriese trasladar mi cuento á sus columnas, prefieras darle muerte despiadada antes que deslustrarla de tal manera y que ser infiel á tu juramento; que si por azar de la variable existencia llegásemos (¡Dios no lo permita!) á sentir en nuestros pechos odio cordial entre ambos, no me ataques con mi secreto; y en fin, que si tus conciudadanos te ofrecieran por saberlo la Presidencia de la República por tres periodos consecutivos, prefieras, antes que ser indiscreto en mi daño, tu vida modesta y tu posición humilde, aunque honrosa, de miembro perpetuo del Jurado.

Pero no te alarmes, chico...! No te alarmes....!

Lo que yo quiero es que no divulgues mi historia.—Yo sé que si lo haces es posible que el equilibrio europeo, la cuestión de Egipto y la política centroamericana continúen en el estado en que se hallan; pero prefiero que, por mi culpa, no vayan esas cosas á variar de sitio.

La reserva que te encargo, después de todo, no es infundada. Tú eres muy preguntón y como *quien mucho pregunta mucho divulga*, francamente, no quedo tranquilo. Pero váyate en desagravio la declaración que te hago de que ése es el único defecto que proyecta sombra sobre tu distinguida persona.

Ahora, mi querido Renard, déjame ponerme serio y escucha mi secreto.

Mis padres, por su carácter altivo, y porque su matrimonio fué un arreglo de conveniencia, en vez de ser el resultado de un amor recíproco y bien sentido, no pudieron hacer de su hogar un modelo ni ser felices.

Un hijo—decían los que anhelaban su dicha—es lo único que puede llevarles la paz y hacerlos dichosos... ¡Vana esperanza!... Vino el hijo y seguramente nació muy desgraciado, cuando su presencia sólo alcanzó tregua brevísima en la lucha de aquellas almas desventuradas.

¡Cuántas veces, en mis juveniles años saboree el acibar que puso el destino en los labios de mis venerados padres! Y cuánto no me hizo sufrir su recuerdo hasta el momento en que un ángel bendecido que encontré en la espinosa senda de mi vida, conmovió mi abatimiento y remontándose con rauda vuelo á los espacios infinitos en alas de su amor puro y santo, rasgó con manos de piedad el negro velo de la estrella mía.

Recuerdo que algunas veces cuando volvía de la escuela ufano y orgulloso mostrando á mi buena madre alguna estampita con que premiaba mi maestra mis progresos y mi buena conducta, al levantarme sobre su regazo para darme un beso, fijaba sus ojos en los míos, y tal emoción le causaba mi rara semejanza á mi padre, que aquel beso al posarse sobre mi frente me hacía llorar..... tan perezoso llegaba y tan frío!

Otras veces en que algunos de mis deudos, de visita en casa, sin parar atención en mí ó por suponerme entretenido con los castillos que levantaba sobre la mesa de la sala con las cartas de una baraja,—se atrevían á interrogar á mi padre sobre el motivo por qué me trataba con tanto rigor en ocasiones y con tanta indiferencia siempre, escuchaba de su boca esta ó otra frase parecida:—"si yo no le quiero mal..... es que ella es su madre..... y cuando me irrita ese pobre chico sirve á mi desahogo..... infeliz.....!"

Presumo que sufría cruelmente al oír esas palabras, porque los nervios dibujaban en seguida en mi cara de un modo irresistible, los visajes precursores del llanto, y porque mi cuello se estrechaba de tal manera, que el aire casi no penetraba en mi pecho.

Así pasé los primeros años de mi vida; huérfano de las dulces caricias del paterno amor, de sus efusiones místicas, de la miel de su sonrisa, de la fragancia de su aliento.....

Un día—¡quisiera olvidarlo!—había en mi casa cierto movimiento inusitado, mis parientes todos, graves como la imagen del pesar, lívidos como la efigie del crimen, entraban y salían sin pronunciar palabra.—Mi padre recostado en un sofá, afectaba indiferencia, disimulaba su preocupación fumando uno y otro cigarro sin moverse de su asiento, sin mirar el suelo; de vez en cuando suspiraba y su mirada vaga ó incierta, parando ya en el cielo de la estancia, ya en los muros, ya en la ceniza de su cigarro, ya en el humo que arrojaba, no veía ni se daba cuenta de nada. Absorto y preocupado de su situación, su cráneo ardía, su espíritu estaba transformado en un solo pensamiento. Dentro y fuera de sí no existía más que un cuadro, cuadro difícilísimo de describir porque las tempestades del alma se sienten pero no se copian. En él sin embargo, podíase ver, aunque velada por doble manto,—su voluntad de acero y su orgullo indomable,—un hombre á las puertas de un templo suntuoso, asido con innúmeras cadenas que lucha por romper con vigor titánico, las anales sostenían otras tantas firmísimas vestales, un abismo á los pies de ese grupo; más allá, sobre una preciosa colina,

envuelta en nubes de fuego, coronada de estrellas refulgentes y precedida de querubines que embalsamaban el aura con frescas y pintadas flores, una arrogante figura de mujer, radiante de belleza, de olímpica sonrisa, fija la suave mirada en el prisionero y en actitud de recibirle en sus brazos; después un cielo sin manchas sobre un océano tranquilo.

Mi padre luchaba sin duda por romper sus vínculos y sus deberes sociales para echarse en brazos de la libertad, nunca tan deseada como cuando se pierde á nuestra vista, pero más virtuoso que lo fui yo, temió el abismo, besó las cadenas y contempló resignado la caída de la noche sobre la colina y la desaparición de aquel cielo despejado y de aquel océano sin iras.

—¿Qué sucedía?

—Oyelo, Benard, y comprende el sacrificio que hago al referírtelo.

Se dió un espléndido baile de año nuevo en los salones de..... Mi madre joven y hermosa, asistió, bailó y fué bien cortejada. Dicen que estaba encantadora y satisfecha. Mi padre le había prohibido que bailase. Después de la media noche regresaron á su casa y ya en ella riñeron de tal suerte que, si no haber caído mi madre víctima de una congestión nerviosa, se hubieran apercebido hasta los criados de lo que pasaba. A la mañana siguiente, mi madre, aprovechando el sueño de su esposo, abandonó su casa y dejó conmigo una carta que decía próximamente así:

“Felipe: después de lo de anoche, todo ha terminado entre los dos. Abandóname para siempre ó me mato. Si te resuelves por lo primero, quiero cuidar de mi hijo. Tienes de término para contestarme hasta las seis de la tarde de hoy. Después sería inútil, pues habré dejado de existir. Estoy en casa de mis padres.—ESTER.”

El lance no podía ser más grave, dado el carácter resuelto y enérgico de mi madre. He ahí el motivo de la turbación de mi padre y deudos.

Algunos buenos amigos intervinieron en el asunto y después de vencer dificultades sin cuento, lograron que mi padre improvisase un viaje no menor de seis meses y que me llevase consigo al Colegio Seminario de Guatemala,—país que fué considerado en Centro América hasta há poco tiempo, como una nueva Atenas,—en donde se había resuelto que hiciese mi educación.

El desorden y la tristeza tomaron posesión de la casa en ese día nefasto. Si la muerte hubiera entrado en ella y cortado el hilo de la existencia de una persona querida, el cuadro habría sido menos abrumador, que si la muerte deja tras sí penas agudas, permite al menos que las expulsen nuestras lágrimas y lamentaciones. No así las que con zañia fiera dejan en el alma las contrariedades y alevosías de la vida: estas devoran en secreto las entrañas y su ponzoña no se extingue sino con la existencia.

En ese día aciago, tan grabado en mi memoria, comprendí, no obstante mi tierna edad, el desamparo en que había de crecer y que mi porvenir nada grato me ofrecía.

Aquellos diálogos breves y misteriosos, aquel entrar y salir de parientes y personas desconocidas, aquel mutismo de mi padre, hasta la campana del comedor nunca tan desdeñada como ese día, cuando anunciaba que el almuerzo ó la comida esperaban, me contrastaban de tal suerte, que el recuerdo no más aun me estremece.

A las cinco de la tarde me notificó mi padre el viaje á Guatemala y que todo se estaba alistando para salir al día siguiente. Yo supuse que mi madre nos acompañaría, y al preguntarlo á mi padre, me contestó con un no tan seco y tan brusco, que desde ese momento se anegaron mis ojos en llanto para no secarse sino cuando las brisas extranjeras refrescaron mi ardorosa frente.

Mi madre quiso despedirse de mí y fué llevado á su presencia. Entonces la ví gemir por vez primera; entonces por vez primera también sentí sobre mi rostro sus copiosas lágrimas y sus ardientes besos. Esa noche dormí en su propia alcoba, es decir, me acosté para dejarla sobre sus almohadas el testimonio de mi a-

marga pesadumbre y de mi amor filial, pues las horas de la noche eran pocas para que tornase á mi pecho la calma. Ella no se desvistió; velaba al lado mío enjugando sus hermosos ojos y gimiendo como yo. De vez en cuando decía: “¡Ah, que desgraciada soy! Ten piedad de mí, Dios misericordioso!” y reclinaba sobre mi cabeza su cabeza febril. ¡Me amó al perderme, y como si hubiera sentido el presentimiento de que nunca nos volveríamos á ver, me amó con toda la fuerza de su alma, en aquella hora solemne!

Al día siguiente abandoné este suelo tan grato hoy para mí.

En cuarenta horas salvamos mi padre, dos criados y yo la distancia entre esta capital y el Pacífico. La emoción que sentí al contemplar la grandeza del océano bajo la inmensidad de los cielos, imprimió en mi ánimo huella profunda. Un grito de espanto arrancó de mi pecho aquella superficie hirviente y sin fronteras y aquella bóveda incommensurable iluminada por un sol poniente bañado de púrpura, que lanzaba sobre los mundos cintas de fuego que se perdían en las entrañas azules del firmamento.

Ante espectáculo tan sublime mi corazón palpaba con violencia, la sangre se enfrió en mis venas, mi pupila se dilató extraordinariamente, mi lengua enmudeció; y esperando por momentos que aquellas aguas borrascosas salieran de su lecho y nos sepultaran en su seno, oí como jamás he vuelto á oír.

El 5 de enero de 1857 nos embarcamos en un buque americano llamado “Vencedor.”

Aunque tuvimos la suerte de no marearnos, mi padre no dejaba su actitud sombría ni yo cesaba de llorar. Comíamos muy poco y dormíamos menos.

En la madrugada del siete, ya en alta mar, tuve dos placeres que fueron lenitivo eficaz de mi quebranto: fué el primero que habiéndome quedado dormido, mi padre posó sobre mi frente un ósculo que me hizo despertar; era el saludo que me hacía al cumplir mis once años de edad: fué el segundo que durante ese día hicimos las paces, pues me conversaba cariñosamente y me tenía siempre á su lado.

Cuatro días después llegamos á Guatemala.

Descansamos una semana durante la cual conocimos la ciudad y sus infinitos templos.

El 20 de enero fué entregado á los Reverendos Padres del Colegio Seminario.

El nuevo régimen de vida, la ausencia de una persona amiga, la disciplina del establecimiento, tantos rezos y devociones, y sobre todo las privaciones y castigos á que me sometieron Sus Reverencias, porque me negaba á vestir el hábito talar, el manto y el bonete me causaron tal daño que me enfermé horriblemente hasta temerse por mi vida durante un mes. Según supe cuando recobré la salud tuve mal de patria que terminó en fiebre.

Mi padre se había ido para Méjico en donde murió á poco de haber llegado.

Yo continué en el Seminario hasta la edad de diez y ocho años, siempre contrariado, siempre triste y de mal humor.

La vida monástica no era para mi carácter. La figura y tono afeminados de Sus Reverencias, los ayunos y ejercicios religiosos, la hipocresía que me veía obligado á practicar, me reventaban.

Odiaba el uniforme, odiaba la ciudad porque no podía verla sino con manto y bonete, odiaba á mis discípulos, odiaba al portero y hasta el latín. Y con tanto odio acumulado ¡cuántas veces subí al púlpito á pronunciar sermones que—aunque pasaban por míos ante mi familia—me hacían aprender de memoria los Reverendos Padres!

Pero felizmente logré obtener el bachillerato á los siete años de colegio, y de consiguiente mi libertad.

Me disponía á volver á Costa Rica cuando recibí la triste noticia de la muerte de mi madre, quien nunca me olvidó, sobre todo desde la muerte de mi padre. Ella deseaba, según me lo decía en sus cartas, que estudiase medicina y á estudiarla me dediqué después del luto. Con la mayor asiduidad trabajé tres años. Ni siquiera me ocupé en averiguar á cuánto ascendía el caudal que me habían legado mis padres; pero

ya en la mayor edad me hizo entrega mi curador de todos mis bienes, que no eran pocos, y cediendo á la necesidad de administrarlos, tuve que abandonar los estudios.

Hice que todo se realizase en Costa Rica, y trasladé á Guatemala el producto de mis bienes.

Yo gozaba en este país de magnífica posición entre las familias más distinguidas, y agregando á esto los prestigios de mi fortuna, me convertí en un buen partido matrimonial.

Desgraciadamente no tuve talento para apreciar y multiplicar mi hacienda, y mis cuantiosos gastos la consumían notablemente.

Mucha parte tuvieron en ello los apetitos é inclinaciones propios de la edad en que á la sazón me encontraba.

Confieso que desde que recibí mi herencia gasté lujo y dediqué la mayor parte de mi tiempo á conquistas de amor. Esta fué la causa de mi perdición.

Yo había oído decir que una esposa económica y, por supuesto, virtuosa, era la mayor felicidad á que podía aspirar el hombre, y conociendo el mal estado de mi fortuna y la pendiente en que me precipitaba, resolví moralizar mis costumbres por medio del matrimonio, y en efecto me uní con una de las principales señoritas de Guatemala á la edad de veintidós años.

Estaba yo en la luna de miel, era apreciado por la generalidad de las personas de mayor respetabilidad, había, en fin, entrado en una vida ejemplar, cuando la fatalidad puso en mi camino otra vez, en forma de crimen, nuevos escollos que me impidieron realizar mi felicidad.

Figúrate, Renard, que en una de las pocas ocasiones en que pensé dedicarme decididamente al trabajo productivo, seis meses antes de mi matrimonio, me dirigí con un acaudalado vecino á uno de los departamentos orientales de aquel país, con el objeto de conocer una valiosa finca que me ofrecía en venta; allí me relacioné, por mi desgracia, con una bella campesina de quien me enamoré perdidamente y á quien, fingiéndole posición humilde y modesta fortuna, seduje villanamente con nombre supuesto y con promesa de matrimonio, para abandonarla luego á la vergüenza de su culpa y á la desesperación. Figúrate que yo, creyéndome bastante oculto con el nombre supuesto y sin reparar el daño causado á aquella desdichada, al despedirme de mi esposa un día en la puerta de mi casa, recibí orden de comparecer ante la justicia para declarar en la causa que se me seguía por aquel delito. ¿Qué hacer en tan crítica situación? A mí se me ocurrió suicidarme y tuve miedo á la muerte. Quise referirlo todo á mi mujer y pedirla perdón por el mal que la había causado, y temblé ante mi deshonra y ante su pesar. Intenté mil cosas—pero nada; en aquella hora fatídica en que el infierno se conjuraba para aniquilarme, sólo opté por la fuga y huí de la República cambiándome el nombre y abandonando por siempre á mi idolatrada esposa.

Salí, pues, con más infamia y cobardía que la que se me llamaba á purgar. Salí sin recursos de ningún género; viví así, ignorado, oculto á mi esposa diez y ocho años!

Durante ellos, después de mil trabajos y hambres, logré sacar partido á mis tres años de estudio de la medicina en diversos países de Sur y Norte América, hasta formar un pequeño capital en el Brasil, con el que me trasladé á Nueva York. Durante ese tiempo me di el nombre de Dr. Rebolledo.

Pero los remordimientos, Renard, la idea de mi deshonra, el pensamiento de que mi esposa quizá creyéndose muerta hubiera casado de nuevo, el temor de que algún compatriota me descubriese y tantas, tantas zozobras como sufrí, intranquilizaron de tal manera mi espíritu que era el vivir un martirio espantoso.

Mi conducta—eso sí—no tiene mancha desde que abandoné á mi esposa.

Mi vida ha sido austera cual ninguna. Entre el trabajo y el estudio han pasado los peores años de mi infortunio.

Mis ojos no se fijaron más nunca en otra mujer.— Mi corazón no podía amar ya. El frío del sufrimiento

apagó la llama, y el huracán que tan reciamente ha devastado mi espíritu, arrastró consigo las cenizas.

Mas un día, mi querido Renard, apenas hace un año, recorriendo como era mi costumbre, en una tarde de otoño las avenidas del Central Park, fijó casualmente la mirada en un grupo compuesto de dos bellas damas y un apuesto caballero que contemplaban la Aguja de Cleopatra y departían acerca de ella animada y familiarmente.

Una de aquellas mujeres era joven, de tez alabastina, de ojos y cabellera negros y brillantes, de esbelto talle y correctísimas formas. Las demás facciones de su cara juvenil no eran tan perfectas, pero eso mismo, contrastando con el superior conjunto de su arrogante figura producía en el ánimo del observador el sentimiento de irresistible simpatía. De risueño como los jardines del Edén, descubría, en sus modales, en su mirar indiferente, en sus cultos movimientos, un fondo de dignidad y de virtud que la ponían al abrigo de todo pensamiento ruín.

La emoción que yo sentí al encontrarse mis ojos con los suyos, es indefinible. Sólo sé que nunca el peligro agitó con más violencia mi corazón y que nada sobre la tierra produjo en mi organismo mayor desequilibrio.

¿Era aquello amor? ¡No! que yo lo había sentido y recordaba perfectamente cómo se presentan sus síntomas. Además, amarla yo, maldito de Dios, hubiera sido una profanación. Hay mujeres superiores que inspiran pasiones más sublimes, y ella era una de esas.

—¿Qué era pues lo que yo sentía?—No lo sé; pero su imagen no se borró de mi mente, invadió todo mi ser, no me dejó fuerzas para olvidarla ni para pensar en otra cosa.

Mezcla de recuerdos y afectos nuevos, lo que en mi pecho había estuvo al punto de volverme loco.

Jamás había visto esa mujer, y sin embargo creía en ocasiones que no me era desconocida.

La tarde siguiente tuve la suerte de verla rodeada de las mismas personas. Este segundo momento me enfermó, tal era el dominio que aquella alma ejercía sobre la mía.

Aquellas tres personas adoptaron como yo la costumbre de pasear todas las tardes en el Central Park, y excusado es decirte que el estado morboso de mi espíritu crecía á medida que más contemplaba á la misteriosa desconocida.

Una tarde iba tan preocupado al parque, con su imagen, que á no haberme auxiliado un boudado corso polizonte, me hubiera pasado por encima un carruaje de los mil que rodaban por aquella enorme riolada.

El domingo siguiente llegé á visitarme un antiguo amigo centroamericano. Comí con él y con él hice mi paseo cotidiano. Cerca de una preciosa gruta artificial estaba el grupo y en él la hermosa joven dueña de mi pensamiento. Nos aproximamos, y cuál no sería mi sorpresa viendo que mi compañero voló al encuentro de mis desconocidos á quienes saludó cariñosamente, y cuál no sería la agitación de mi pecho cuando mi querido compañero dijo á su grupo amigo: "permítanme U.U. que les presente al Doctor Marcial Rebolledo." Yo creo que incliné la cabeza, pero no sé lo que pasó por mi cerebro cuando al cruzarse los nombres supe que el de ella era *Ester Mansfield*. Si á mis pies hubiese caído un rayo, mis nervios no se habrían agitado con mayor fuerza. Pude, sin embargo dominarme; y aprovechando la casual circunstancia de verme introducido en sus relaciones, traté de infundirle confianza á fin de que ella depositara en mí toda la suya.

Mi cabellera casi blanca, mi demacrado semblante, la diferencia de edades, en fin, me autorizaban para no hablarla de frivolidades que, sea dicho de paso, ella desdeñaba con voluntad firmísima.

Era una mujer superior y sólo contaba diez y siete años.

Nuestras relaciones se estrechaban más y más cada día. Yo procuraba hacerle agradable mi conversación. Le refería algunos episodios de mi vida que ella escuchaba embebecida. Traté de conocer su carácter, de entender sus gustos, y complaciéndola, empecé á d

cubrir las páginas de su vida que eran para mí un misterio doblemente interesante, así por la fuerza de atracción con que me tenía rendido y encadenado á su suerte, como por el nombre que llevaba.

Una tarde, la tercera por cierto en que hice mi habitual paseo en compañía suya, pasadas las insustanciales palabras de estilo, á riesgo de pasar por indiscreto la pregunté cuál era su nacionalidad y cuál el objeto de su viaje á los Estados Unidos, y me respondió que era guatemalteca y que, junto con los dos primos con quienes paseaba, acompañaba á su madre quien había tenido que emprender ese viaje por motivos de salud.

Me refirió además que desde que enviudó su buena madre, no había estado sana un solo día, que su vida era un prodigio de la ciencia, pues padecía constantemente de tristeza, de falta de apetito y de insomnio.

—Seguramente amaba mucho á su padre de U.—
repuse yo—y su organización no era bastante fuerte para recibir tan rudo golpe.

—¡Ah!, si señor, mucho dicen que le amaba!

—Y no lo sabe U?....

—Yo, señor, nací cuando él había muerto. Cinco meses después.... Soy póstuma.

—¿Y qué clase de muerte tuvo el señor padre de U?

—Jamás lo hemos sabido, señor, pues desapareció, según me ha dicho mi madre, de un modo misterioso, á los cuatro meses de casados, y nunca se supo dónde estaba, ni qué era de él, ni cómo ni cuándo había muerto!

Yo palidecí y temblé á pesar mío. Semejante revelación tenía una semejanza pasmosa con mi abandono de Julia. Deseaba oír el término de esa historia, y temía que la realidad me matase. Tomó ánimo y seguí.

—Y la señora madre de U. ¿por qué no viene á distraerse en este hermoso parque?

Todo esfuerzo de mi parte, en ese sentido ha sido infructuoso, señor. Divirtiéndose—dice—sufre más.

—Mientras tengo el gusto de hacer una visita á la señora ¿tendría U. la amabilidad de decirme su nombre?

—Julia Medina....

—¿Julia Medina?!

Mi cerebro se rompió, la agitación me ahogaba. Felizmente Ester no se apercebió de ello, y tuve ánimo para seguirla interrogando.

—¿Y el de su señor padre, cuál era?

—Gualterio Mansfield....

—¡Gran Dios!—exclamé, próximo á desfallecer—eso es imposible, eso no puede ser....

—¿Qué os sucede, Doctor?! Por qué esa agitación, esa fiebre tan repentina—decía Ester llena de inquietud, colocando su suave mano sobre mi frente.

—Un coche, por piedad.... creo que me va á dar una cojestión cerebral.... un coche, un coche....

Ester y su prima Irene, que caminaba adelante con su hermano don Juan, me hicieron sentar sobre una piedra, mientras éste, alarmado de mi repentina enfermedad, voló á traer un carruaje.

Tres minutos después salíamos del Central Park con dirección á mi casa á la que llegamos en breve tiempo.

Mis buenos compañeros, con sus cuidados y medicamentos, me devolvieron la salud dos horas después de aquel terrible diálogo.

Ya en marcha para su casa, llamé á Ester y la dije:

—Hija mía, tu revelación me ha hecho mucho daño, pero puede quizá hacerme el más feliz de los mortales. Tu padre no ha muerto.... tu padre vive y es un desgraciado....

—¿Dónde está, quiero verle Doctor.... Dónde está! exclamó ella emocionada.

—Tu padre, hija mía, fué un criminal al abandonar á tu excelente madre. El huyó y tu sabrás un día por qué para que le perdones. Tu padre, no pudiendo usar en público su nombre de Gualterio Mansfield y medroso ante la muerte ó la deshonra, lo cambió por el de Marcial Rebolledo.... ¡Eres mi hija!....

—¿Vos.... Vos sois mi padre?! dijo con acento aterrador mi adorada Ester.

—¿Sí.... yo soy.... Perdón! y me eché de hinojos á sus pies.

—¿Así quiero veros ante mi desventurada madre, si en realidad no sois un farsante!.... ¡Así.... y no os lla-

maré padre hasta que oiga de sus labios su perdón....

—¡Sí, mi adorada Ester.... Anda, anda muy de prisa y dile á tu madre que la adoro, que nunca he dejado de amarla, que me escuche, que me perdone y que me deje morir después....!

La hermosa niña salió precipitadamente, refirió lo ocurrido á sus primos que la aguardaban en la puerta de la calle, y todos, presa de la mayor inquietud, llegaron á casa de Julia á quien comunicaron lo que ocurría en términos en que la noticia no pudiera dañarla. Un día pasó y otro, que fueron para mí de agudo suplicio, sin que brillara en mi acongojado espíritu un rayo de esperanza.

Al día tercero, un carruaje paró á la puerta de mi casa y subió don Juan. Al verle dejó de circular la sangre en mis venas y sentí el frío de la muerte. Por fin habló y respiré....

—Venid conmigo á casa de Julia—me dijo—ella os espera para perdonaros y para que os sinceréis.

Me vestí precipitadamente. Subimos al carruaje. Penetré en su estancia. Caí de rodillas á sus pies. Pronunció mi absolución. Y en estrecho abrazo ella, mi hija y yo sellamos la paz con ósculos ardientes y lágrimas de placer.

Así empezó mi felicidad.

GUALTERIO.

Al 15 de setiembre.

Como tarba de buitres carniceros
Que su sombra proyectan sobre el agua,
Del cristalino lago en que se agitan
Los juegos de la luz y de la escama,
O como en noche azul cruza el espacio,
Engendro del pavor, negro fantasma,
Del guerrero español sobre la América
Así pasó la hueste sanguinaria.
Aun se puede escuchar y no muy lejos
El crugido siniestro de sus alas
Que se mezcla á los ayes de la virgen
Cuya modesta túnica desgarran.
Pero tampoco Iberia solamente
Supo el dogal poner en la garganta:
Testigo Irlanda sojuzgada y triste,
Testigo la Polonia asesinada,
Y entre otros pueblos que esclaviza el hombre,
También testigo la colonia Indiana.
La sombra por doquier, la ley impía,
El derecho del fuerte, la palabra,
Medio de adulación para el cinismo,
Para el hombre de honor amordazada.
Los derechos del hombre postergados
Al derecho divino del monarca.
Y el pensamiento puesto de rodillas
Pidiendo redención para las almas.
Es la historia de ayer, historia negra,
Que nos causa rubor al recordarla,
Y parece imposible que llegase
Hasta tanta maldad la especie humana.
Y en medio de la noche, do se cruzan
Espíritus de horror, sangrientas larvas,
Brillan astros también que en su carrera
Derraman con su luz las esperanzas.
Colón, Bolívar, Washington, los genios
Que supieron hacer de nuestras almas
Conciencias vivas, á la luz abiertas,
Y en el pecho un altar para la patria.

Un recuerdo no más para sus sombras,
 Que, al evocarlas yo, se profanaran,
 Y ya los aires con sus glorias llena
 La sonora trompeta de la Fama.
 La humanidad cual siempre generosa
 Con usura premió sus nobles ansias,
 Y á los que vió vivir como mendigos
 Les erige pirámides y estatuas;
 Sobre el hierro quizá de sus cadenas
 Les hace luego colocar las plantas,
 Y presenta magníficos festines
 Con el oro ruín que les negara.
 Pero avanza la luz, y como el germen
 Necesita morir para que nazca
 El árbol que muy débil al principio,
 Después hasta las nubes se levanta,
 Muerto el genio, también surge la idea,
 Y se convierte en fecundante savia,
 Se erige como ley para el destino
 Y penetra en el fondo de las almas.
 Hoy el pueblo por fin sabe que puede
 Abrir el vasto pecho á la esperanza,
 Que hay una ley universal que borra
 El privilegio odioso de las castas,
 Que bajo el cielo azul son inmutables,
 La libertad y la igualdad humanas,
 Y la pupila y la razón vinieron
 La luz del Sol, la libertad de Francia.
 Que el derecho del hombre es más divino
 Que el de una imbécil testa coronada,
 Porque viene de Dios, que es la Justicia
 Y se revela en la conciencia humana.
 Que hay una luz espléndida y potente
 Que se vierte en inmensa catarata:
 La luz de la verdad, en que podemos
 Beber hasta saciar nuestras miradas,
 Sin que un ser infernal hacia la noche
 Quiera de nuevo con horror fijarlas.
 Que hay un Dios de justicia y de clemencia
 No de negra y terrífica venganza,
 Que empuja al hombre en su ascensión sublime
 Y no le hace gemir bajo sus plantas.
 Que podemos vivir, que el pensamiento
 Puede tender sus luminosas alas
 Y de un vuelo pasar sobre los astros,
 Y penetrar en el divino alcázar.
 Que podemos amar, sin que en el cielo
 Sobre la inmensa bóveda estrellada,
 El padre de la luz se muestre altivo
 Y mire nuestro amor como una mancha.
 Y que de Francia el Aguila altanera
 Deposité su nido en las montañas
 Altísimas de América, y en ellas
 La prole pereció, pero animada
 De gigantesco germen, sobre el Norte
 El sol de libertad pudo incubarla;
 Y ensayando su vuelo poderoso
 Se dirige en magnífica bandada
 Desde Méjico al Sur, y cuando cubra
 Bajo el inmenso pliegue de sus alas
 El continente todo, entonaremos
 El himno de la unión americana.

JOSÉ M.^a ALFARO.

CRÓNICA.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—Apechuguemos con esta segunda revista y Dios nos tenga de su mano.—Apuradillo me he de ver para zureir unos cuantos párrafos noticiosos, siendo así que esta quincena no ha estado muy boyante en novedades.—La pasadaoh! aquel era otro cantar; bailes, fiestas, natalicios, Costa Rica y Nicaragua, teatro,—si apenas encontraba una manera de acabar de hacer comentarios y decir cosas con tan abundante material; pero ésta, de seguro que si no fuera por el teatro y alguna otra cosilla más, diría que hemos caído de nuevo en nuestra habitual monotonía.—Pero, ¿qué es eso? De veras que soy injusto. ¿Cómo no he de hallar material para una revista, teniendo á las puertas el 15 de setiembre, el baile, las nuevas fiestas de Cartago? Bien que esos son acontecimientos que están por verse, pero nada importa. Corto de la tela que suministra la imaginación cuando espera algo, y fantaseando un rato salgo del apuro.

* *

Pues sí señor! El 15 de setiembre se nos viene encima. Es ésta una fecha inolvidable para los costarricenses. Es grato recordar que en este día de pupilos pasamos á ser hombres; que el año de 1821 nos presentamos ante la madre España, y con muy finos modos le manifestamos nuestra firme resolución de ser libres; que desde entonces caminamos solos, sin que nos lleve de la mano un tutor; y que el trascurso del tiempo y el ejercicio continuado hacen que cada día sea más firme el paso con que marcharemos por la senda del progreso.

* *

El señor Lic. don Ascensión Esquivel está ya entre nosotros.—Ha vuelto de nuevo á ocupar su puesto en el Ministerio.—Damos nuestra cordial bienvenida al señor Esquivel y celebramos que se halle otra vez ocupando el elevado lugar en que sus méritos lo han colocado.

* *

Como legítima expansión de alegría en la noche del 15 tendremos baile. Allí va á ser la gorda. Ya me figuro todo lo bueno que va á haber esa noche; cómo nos hemos de divertir!—Si desde días no tengo más oficio que pensar en el tal baile. Ruedan por mi imaginación mil proyectos de sensaciones, promesas de ventura, sueños, alegrías, y es tal la procesión que pasea en mi cerebro, y tal el cosquilleo que me producen esas esperanzas de placer que hasta me río solo. El próximo número de Costa Rica Ilustrada sí que ha de estar divertido. Diré cuál era la más bonita, cuál la que se vistió con más elegancia, cuál fué más cortejada y cuál la que cortejó más. A la que el consentimiento público

declare reina del baile le dedicaré un párrafo especial, y me declararé su más humilde súbdito. Pero como todo no ha de ser dulzura, la más fea tendrá también su recuercito, la coqueta, la vanidosa, la que me ponga mal gesto, serán objeto de esta revista. Prometo que he de estudiar el baile en detalle y, ó me saca alguna los ojos, ó de esta hecha consigo novia.

Pero hagamos á un lado lo que está por verse y ocupémonos de los hechos consumados. No he de hablar minuciosamente de las varias zarzuelas que hemos visto en estos días, por que ya el público está un tanto cansado con la revistas de teatro. Con todo, en mi silencio no ha de ir envuelta también la que tuvo lugar el miércoles 7, porque aquella si vale la pena de comentarla un poquito.

Las noches de beneficio no pertenecen al vulgo de las noches de teatro. Tienen siempre novedad y variedad, y el público, que no tiene generalmente más papel que el de aplaudir ó silbar (lo segundo no es planta de esta tierra), cuando es función de beneficio tira ramos, hecha á volar palomitas de castilla con cintas, recibe lluvias de versos; en fin, muchas cosas extraordinarias que mueven la curiosidad hasta de los menos curiosos. Siendo así, natural es que el teatro se llene de gente en tales noches.

La función dió principio ante un numerosísimo público. Después de dos ó tres escenas se presentó en las tablas la beneficiada. Vestida de hombre y luciendo con toda esplendidez sus gracias, produjo una impresión agradable en la concurrencia. Muchos ramos cayeron á sus pies, y un buen número de palomitas que salían de los palcos, desplegaron sus alas y azoradas con la luz, el ruido, la gente, describían con su vuelo caprichosos giros, revoloteaban por la platea volviendo de nuevo á los palcos. Inocentes mensajeras, no sabían que eran las portadoras del afecto y las simpatías que la señora Fernández ha inspirado á las josefinas. Algunas, como si supieran mejor su papel, volaban al proscenio, se posaban sobre las banbalinas ó iban á caer á los pies de la heroína de la fiesta, quien las cogía, las acariciaba, y sacando de entre sus blancas alas la expresión de cariño de que eran portadoras, la guardaba en su corazón.

Después del primer acto la señora Fernández cantó el vals "Costa Rica," música del señor Cuevas y letra de don J. Marcelino Pacheco.—Es precioso; la suave armonía de esta pieza interpretada con maestría por la beneficiada, agradó mucho y un prolongado aplauso dijo á la artista lo complacido que el público quedaba con su canto. Al maestro compositor aun no le había llegado su turno: era justo que el primer aplauso fuera para ella. Al concluir la música, el joven don Jacobo Zúñiga recitó con notable despreocupación y soltura unos versos compuestos por don Emilio Pacheco. Son armoniosos los versos, expresión genuina del entusiasmo que la artista ha producido en la imaginación del joven poeta. El público pidió con insistencia al autor

de los versos y al autor del vals, y una vez ambos en las tablas, pagó con nutrido aplauso la dulce impresión que dejaron en su oído las armonías poéticas y las armonías musicales.

En los siguientes actos los *bouquets* siguieron alfombrando la escena. La función terminó con "Música Clásica", pieza que cada vez agrada más. El inimitable Vila nos hizo morir de risa con su semblante escuálido y su canto desfallecido. ¡Que hambre más atroz la de Cucufate!— ¡Que artista tan excelente es Vila!

Total:—á la una de la noche nos retiramos del teatro, después de haber gozado con la representación de las dos zarzuelas, con el espléndido vals, con los hermosos versos, y más que todo, con la brillante ovación que el público hizo á la simpática señora Fernández.

Próximamente tendrá lugar el beneficio del señor Abella. Creemos que un nuevo triunfo escénico dirá al notable baritano una vez más que ha sabido conquistarse el afecto del público zarzuelero.

Y punto final.—No más revista. Quédese para otra lo más que haya que decir, porque á la verdad ya mi pluma no echa. La pobrecita está pasando un verano atroz: esperemos mejor ocasión.

MR. RENARD.

POST SCRIPTUM.

Ya en manos del cajista esta crónica y no obstante la pereza intelectual que me agobia, no he podido resistir al deseo que tengo de decir algo sobre la función que tuvo lugar el sábado 10 del corriente. Váyase este pedacito de revista como adheala y permítaseme dar salida á la bilis que me trae á mal andar desde esa bendita noche. Quisiera tener la acerada pluma de un buen crítico para pinchar con ella la tal pieza y decirle cuantas son cinco, ó mejor agarrarla del pescuezo y zurrarle la badana con tal entusiasmo, que al desprenderse de mis dedos saliera desbocada y fuera á zabullirse para siempre jamás en uno de esos cajones destinados á ser el sepulcro de libracos inútiles, donde la polilla arremetiera con ella y no la dejara de la mano hasta haberla concluido, y eso que la polilla le hincaría el diente, gracias á que no tiene paladar, que á tenerlo, de seguro dejaría intacto tanroso manjar.

Dice doña Emilia Pardo Bazán, notabilísima crítica, que á ella la subleva ese cuento de que uno tome una novela y sin encomendarse á Dios ni al diablo, la vacíe en el molde del drama. Corta de aquí, suprime allá, une por este otro lado, separa lo que debe estar junto, ¡zaz! ¡zaz! sin chuparse los dedos y como aprendiz de sastre mete la tijera por una punta y empieza á hacer tales geroglíficos con la tela que el novelista trabajó, que si después se le enseñara al autor lo que ha salido de los girones de su obra, le daría tal soponcio que no poco trabajo costaría el volverle á la vida. Este juicio tal vez sea exage-

rado tratándose del drama. Porque es indiscutible que puede conseguirse, y varios autores lo han conseguido, condensar tanto la esencia de una novela que quepa en el marco de un drama; pero tratándose de una zarzuela, obra de mucho más reducidos contornos, sí cabe bien lo que se ha dicho arriba. Ahí está confirmando esa aseveración la obra "Los Sobrinos del Capitán Grant". Si Julio Verne viera el cincomesino que ha salido del vientre de su bellísima novela, se quedaría patitioso del susto. ¡Cómo se ha roto con lo verosímil! ¡qué furibundos mandobles se han descargado sobre la naturalidad y la verdad! y sobre todo, qué gracejadas más insulsas las que rebosan en toda la obra!

Oí á muchas personas decir, la noche de esa función: "me río, pero es de cólera". Efectivamente, qué lejos está esa obra de poseer esa sal fina, ese chiste ligero ó incisivo que nos hacen retozar por dentro del cuerpo los geniecillos de la risa. Lo grotesco de esta obra espanta la sonrisa culta, compañera del chiste delicado, y da lugar á la careajada bullanguera, hija legítima de la payasada.

No he de analizar la obra detalladamente, porque sería el cuento de nunca acabar. ¡Para qué acordarme del viajecito aquel, más rápido que el pensamiento, cuando los pasajeros que dejamos plantados en un árbol, en medio Chile, nos los encontramos, sin saber como, en Australia, como quien dice á la vuelta de la esquina! Para qué pensar en aquellos salvajes tan estultos que proclaman rey á un europeo y se dejan robar sus tesoros sin decir esta boca es mía.

Creo que todos agradecemos el esfuerzo del señor Villareal, que en su deseo de complacer al público, no vaciló en hacer ingentes gastos para poner en escena la pieza de que me ocupó. Todos estamos también de acuerdo en que los actores trataron de sacar de la obra todo el partido que se puede, trabajando con esmero; pero, pues el deseo de todos ellos es complacer, yo, á nombre de muchas personas, ruego á la empresa archive esa obra que puede agradar solamente al que no ha sentido pasar á su lado la menor ráfaga de gusto literario, á los chiquillos y al pueblo, entusiasta aplaudidor de las gracejadas de los *clowns*.

FIRMADO, UT SUPRA.

EL PERIODISTA.

En esta edad batalladora, inquieta
El periodista es la potencia viva,
Que á la ignorancia de su altar derriba,
Con fe de niño y corazón de atleta.

Jamás la lucha del combate esquivas,
Y ora se llame Rochefort, Gambetta,
Ora perore á la nación, ó escriba,
Ni privilegios ni poder respeta.

El tiene un corazón que en el combate
Sólo la voz de la razón escucha,
Recobra fuerzas y palpita y late
Y por las santas libertades lucha.

Sólo el calor de nuestro siglo pudo
Forjar esta arma varonil, propensa
A ese combate de la idea, rudo:

Luchador incansable de la prensa
Una hoja de papel tiene de escudo,
Y en ella llora, profetiza y piensa.

CALIXTO VELADO.

(Salvadoreño).

ANUNCIOS.

BARBERIA y PERFUMERIA

de Jesús C. Cubero.

Calle Real, n.º 83.

CARTAGO,—COSTA RICA.

Todos los artículos pertenecientes al ramo.

Baños de aspersion.

BARBER'S SHOP

of
Jesús C. Cubero.

Calle Real.—Cartago, Costa Rica. N.º 38

FINEST PERFUMERY.

Shower Baths.

Juan Francisco Echeverría.

Jenaro Castro Méndez.

ECHVERRIA & CASTRO,

Corredores Jurados y

Comisionistas.

Apartado 103.

2 Calle General Fernández.

Cable "Echeverría."

SAN JOSÉ, COSTA RICA.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTOR,

Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.
En el extranjero..... " 1-00
Número suelto..... " 0-15
Números atrasados. " 0-25

{ Año I. Núm. 8. }
{ San José, 1º de octubre de 1887. }

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*Las poesías del Dr. Machado*, por La Redacción.—*Rimas* *.—*El Don y el De*, por Ruperto.—*Mi brino Cordelio*, por Simplicio Cucufate.—*Carta al Dr. don Rafael Machado*, por Pío Viquez.—*La aurora y la mañana*, por Justo A. Facio.—*Impresiones de una noche*, por Fanor.—*Para el album de la señorita Mercedes Rivas*, por Pascual.—*El Coronel de Bange*, traducción por Romulfo Soto.—*¿Qué hacer?* por E. C.—*Un baile en el Palacio Nacional*, por Odín.—*De Heine*, por Miletto.—*Crónica*, por Mr. Renad.—*Manifestación*.



Las poesías del Doctor Machado.

Concluyo en estos momentos de leer los versos del Doctor don Rafael Machado. ¿Qué me queda después de esa lectura? ¿Qué impresión me ha producido esa obra? Son éstas las preguntas que me ocurren, como á todo el mundo, al concluir de hojear un libro.

Mientras la vista va recorriendo las páginas el ánimo experimenta diferentes sensaciones, depositanse en su fondo diversas ideas, las que se deben juntar, analizar, aquilatar, para poder decir, después de este balance intelectual, si lo bueno ha superado á lo malo, ó si por el contrario la impresión final que nos ha dejado la obra es desagradable.

Pero en trabajos de arte, dirigidos más á la imaginación que á la inteligencia, trabajos plenamente sometidos á la jurisdicción del gusto, creo que la primera impresión recibida es el patrón á que se debe ajustar la crítica. Si en lo científico débese huir de todo juicio que no sea producto de maduro y detenido examen; si no es acertado dar nuestro asentimiento á una obra sino después que con el frío compás de la razón se haya medido la dimensión de las ideas del autor, en lo artístico creo que debemos formular nuestro juicio crítico, según el grado de fuerza con que se haya apoderado del espíritu la obra. Si una pieza de música conmueve nuestros nervios, si al leer una poesía sentimos que el alma del autor palpitando en sus estrofas habla á nuestra alma, si el corazón canta ó gime con las melancólicas ó alegres armonías, ya podremos decir que según nosotros la composición es buena. El extravío en esta materia es muy fácil; falta de cultivo, falta de finura en la sensibilidad, la mala escuela pueden producir numerosas y lamentables equivocaciones en la apreciación; pero eso no quita que mientras existan esas deficiencias subjetivas, el criterio literario se vaya por donde lo lleva el sentimiento. La frialdad de la razón filosófica no puede ni debe desempeñar gran papel en el análisis de las obras destinadas á deleitar ó á conmover.

No quiero decir que la opinión que uno emite acerca de un trabajo sea la que se deba tener; no. El acuerdo de varias opiniones, y sobre todo las de personas ilustradas, son las que vienen á constituir la sentencia de la obra: el que anda desacordado simplemente demuestra que su gusto es un mal gusto.

Puede, pues, suceder que me toque en suerte caminar solo en la apreciación del libro de poesías del Doctor Machado, pero este temor, que mis pobres fuerzas me inspiran, no será suficiente para impedirme decir lo que me ha parecido.

Encuentro en ella dos cualidades principales, de orden diferente, pero que uno aquí por creerlas las dominantes: cualidades que sobrena-

dan en toda la obra, que la saturan, que no se occultan jamás: la corrección en el lenguaje y el sentimiento.

Parece á primera vista que no es muy acordado eso de que el sentimiento, irregular, caprichoso, que á veces corre cual desbordado torrente, á veces discurre silencioso inundando con sus olas todas las sinuosidades del alma, ahora grito estridente, después amarga queja, suspiro, cristalina lágrima encerrada en un verso, pueda sin presión y sin perder la ductilidad que es su esencia, estar sujeto en el molde del habla académica, sin que al sujetarlo, al quitarle su salvaje libertad no quede convertido en su propia caricatura. Se inclina uno á suponer como lo natural que la pasión brote del alma en explosión rápida, no escogitando voces, ni deteniéndose á considerar regímenes y preposiciones, sin inquietarse de si la palabra que formula lo que sentimos tiene ó nó carta de naturaleza en las columnas del diccionario de la lengua. Como que el prurito de parecer legítimo descendiente de los Granada, de los León, de los Jovellanos no es el mejor inspirador para cantar como canta el ave, para susurrar como susurra el viento, para gemir como las alondras y atornar el aire como las olas embravecidas, voces esas que no consultan ni cuestionan como deben ser sino que son así porque son.

No haya sonrisitas burlonas por esto que digo de que un poeta puede susurrar como el viento, gemir como la alondra. Estas exageraciones románticas es un hecho que se sienten en un verso delicado.

Cuando los nervios están bien tensos, cuando se tiene fino el tímpano y sobre todo cuando el alma no está atrofiada por la falta de educación literaria ó por un materialismo abrumador, sí se aprecian en todo su valor las muchas palabras onomatópicas, las muchas frases llenas de armonía imitativa que posee la rica habla castellana.

Decía que no parece muy natural encontrar en un autor el sentimiento expresado con toda su viveza y la corrección exquisita, nimia del hablista, y sin embargo me ratifico en lo que ya expresé: creo que el Doctor Machado es perfectamente castizo y de finísimo sentimiento. A mi juicio no hay una excrescencia gramatical en la frase del Doctor Machado; no hay una irregularidad de esas que crisan los nervios del purista. El académico puede venir con su raser y pasarlo por sobre estos versos seguro de no encontrar en ellos esas pústulas que tanto afean la tersura de la frase: bruñida como un espejo, fluida, brotando con naturalidad, sin el rebuscamiento pedantesco y sin el descuido del ignorante. Me apoyo para decir esto en la opinión de nuestros mejores literatos, á quienes he oído expresarse en esos términos, juzgando al Doctor Machado como escritor.

La corrupción del gusto literario en nuestro país es evidente. Rezagados nos hemos quedado, nosotros, que aun buscamos el placer

estético de la poesía en lo bombástico de la frase, en el relumbrón, en el retruécano y la antítesis; aceptamos como obra acabada una colección de palabras sonoras, espejismos de la poesía, que tienen tanta verdad poética, como los lagos y los oasis que mira el alucinado caminante del desierto. Sin cuidarnos de si las frases envuelven alguna idea que llegue al espíritu, aceptamos esa música celestial, de tan dulce jugo como el espárrago. A la zaga del movimiento literario que corre á todo correr en busca de lo real nos deleitamos aún con versos que llamaremos bastardos del romanticismo, pues sin tener el fondo idealista y espiritual de los poetas soñadores, sólo poseen su abigarrado traje. Por eso vemos á cada paso en nuestro teatro á lo más entusiasta del público zarzuelero aplaudiendo frenéticamente versos que relumbran mucho y que hacen más bulla que una canasta de nueces, pero que á la verdad no dicen nada.

El Doctor Machado ha sabido evitar este escollo. Con elegante forma, con sonora cadencia, con palabra gráfica y dando á la parte formal la importancia secundaria que se merece, procura y consigue encerrar en cada verso un pensamiento. Corre la vista sobre las hojas del libro y halagada por una frase limpia y correcta, siente el alma las mismas impresiones del poeta: se llora cuando él llora, se suspira si suspira, soñamos con sus ensueños.

Hay una fase del sentimiento que predomina en todo el libro, que palpita en cada poesía, que dibuja sus sombrosas líneas hasta en los más pequeños intersticios de los versos: la melancolía. El Doctor Machado canta con tristeza; sensible, bueno, de aspiraciones nobles, de poéticos ideales vacía el alma en sus poesías. En ellas se queja, suspira, sueña, espera y ríe. Hay algunas de ellas que yo llamaría, apropiándose la frase del mayor de los poetas franceses, gotas de alma. La poesía "A un libro" es de lo más bello. ¡Qué sentimiento tan delicado! ¡Cómo se derrama la melancolía por aquellas estrofitas cortas que brotan como un quejido, cuando el poeta contempla las hojas amarillas de un libro que parece envolver aún el último aliento de una persona querida.

Su composición "A María" es preciosa. El alma de un padre ambicioso, egoísta, con ambición y egoísmo santos, pide para su hija un trono; la más pura pasión se trasparenta en estos versos, y el poeta encierra en unas cuantas estrofas todo el tesoro de cariño que un padre tiene para su hija. El canto "A Juan Diego Braun" está lleno de nobilísimas ideas, de pensamientos hermosos.

Sería demasiado largo seguir detallando todas las bellezas que á mi entender encierra este libro de poesías. Sobre todo desconfío de mi criterio y no querría que se me juzgase como un pretensioso que hace la autopsia de un libro y da en seguida su dictamen autoritario. Me han movido á escribir este trabajo, en primer

lugar, el alto aprecio que tengo por el poeta, y en segundo el convencimiento de que aunque mi juicio, si errado no tendrá la más leve trascendencia y si acertado no aumentará en una línea la reputación del poeta, sí le dirá el placer que me ha producido la lectura de esos versos hijos de su claro talento.

LA REDACCIÓN.

RIMAS.

—Qué importan ya su vida y su hermosura
si el pecho está callado?—
esto decía con palabra firme,
sin suspiros el labio.

Mentira despreciable de mi boca
versada en el engaño. . . !
quien pueda arrancármela del pecho
realizará un milagro.

No hermosa, que marchita, esta mañana
jay de mí la he mirado;
y dijo el corazón con un latido:
esté en la tumba y la amo.

Ella que fué de gentileza ejemplo,
hoy que los verdes años
aun suyos son, se rinde en desconsuelo
víctima de los hados!

Y yo sufro que el hierro que la oprime
injurie sus encantos!
Paloma aprisionada, á mí me ligan
también forzu los lazos.

La conocí radiante de hermosura
y juntos suspiramos;
y hoy que mis ojos la encontraron mustia,
la embelleció el pasado.

Implacable destino, haz lo que quieras;
te empeñarás en vano:
verás que en el infierno giraremos
como Francesca y Paolo.

El Don y el de

Los tratamientos se van. Aquí hemos visto irse los de Excelencia, de Ilustrísimo, de Ilustre, de Honorable, que fueron apeados por el Congreso, en decreto que emitió el 19 de mayo de 1886, fundado en que los tratamientos dados á las Corporaciones y empleados públicos, no se avienen con la sencillez que requieren las formas republicanas.

Sin embargo, republicanos como somos, conservamos todavía el tratamiento de Don, que tiene un origen aristocrático, y que antes no se daba sino á muy pocos, aun de la prime-

ra nobleza. Hoy prodigamos ese tratamiento y lo damos á casi todo hijo de vecino; digo casi, porque dudo que el demócrata de sangre más pura trate de Don á su criado y de Doña á su cocinera, aunque no dudo que si ellos cambiaran de posición y se volvieran ricos, todos les darían aquellos tratamientos, y á nadie le ocurriría espetarles la conocida copla que dice:

Es el Don de aquel hidalgo,
Como el don del algodón,
Que para tener el don
Necesita tener algo.

Hay nombres á los cuales se les despega cualquier tratamiento que se dé á las personas que ellos designan, sin duda porque tienen extraordinaria grandeza, y especie de semidioses ó genios, en nada pueden nivelarse á los demás hombres. Vale más decir Bolívar, Wáshington, Napoleón, Dante, que no Don Simón Bolívar, Mister Jorge Wáshington, Monsieur Napoleón Bonaparte, el Signore Dante. A la inversa, hay nombres como el de Juan Lanús, á los cuales no se amoldan tratamientos de cortesía, á causa de la insignificancia que representan, y esto contribuye á demostrar cuan cierto es que los extremos se tocan.

Personajes históricos tenemos cuyos nombres nunca pronunciamos sin anteponerles el Don. A ese número pertenecen Don Quijote, Don Juan Tenorio, Don Juan de Austria, el Conde Don Julián y el infante Don Juan Manuel, pues nadie dice: Quijote arremetió á los molinos de viento; Juan Tenorio es el mejor drama de Zorrilla; Juan de Austria merecía haber llevado la corona de su hermano; el Conde Julián contribuyó á la invasión musulmana; el infante Juan Manuel no es el único de sangre real que ha cultivado las bellas letras. Estos personajes tienen y tendrán el Don tan adherido, como su título académico el Doctor Francia.

El Don más curioso es el que Gonzalo de Berceo, en la vida de Santo Domingo de Silos, acomodó nada menos que á Jesucristo. He aquí los versos con que comienza esa obra:

En nome del Padre que fizo toda cosa,
Et de Don JesuCristo, fijo de la gloriosa,
Et del Spíritu Santo que junto á ellos posa,
De un varon Sancto fer quiero una prosa.

El Don aplicado á Jesucristo, hace el mismo efecto que un Cristo con pistolas. Sin duda Gonzalo de Berceo, en el pasaje citado, tomó el Don en concepto de equivalente á Señor, ó le faltaba una sílaba para llenar el verso alejandrino, y la completó dando el tratamiento de Don á Jesucristo.

Insisto en que el Don tiene todavía algo de aristocrático, ya por la razón que nace de que no lo demos á los criados y á otros de su condición ó de inferior á la de ellos, ya porque

se le niega á los que están sometidos á encausamiento criminal y á los que sirven en el ejército en clase de soldados, cabos y sargentos, cuando se les menciona en asuntos del servicio. A pesar de ello, estoy porque los Dones no se vayan, como se fueron los Excelencias, Ilustrísimos y Honorables; pues si el Don es aristocrático, el llamarse Señor á secas es plebeyo, y entre lo uno y lo otro estoy por lo primero, dejando á cada cual con su buen gusto. Yo no puedo decir *I hate the Don*, como cierto hombre de Estado; mucho menos en el sentido en que tal cosa dijo ese personaje político que mal haya, en unión de toda su parentela.

Sucedió una vez en Centro América, donde tantas cosas han sucedido, que se fueron los Dones y las Doñas, y quedaron los Ciudadanos y las Ciudadanas; los primeros volvieron y están vigentes, en tanto que los segundos pertenecen á las modas antiguas, como los pantalones con mandil y los *túnicos* con mangas ahuecadas. En este mundo, que diariamente da una voltereta en el espacio, todo está sujeto á vaivenes, modas y tratamientos; acabo de leer en un periódico que es probable la restauración de las *crinolinas* y de los peinados monumentales; y estoy viendo que en nuestra vecina Colombia están en boga los Excelencias, Ilustrísimos y Reverendísimos.

Del Don pasemos al *de*, que así lo pide el orden lógico del asunto, puesto que el primero se antepone al nombre y el segundo al apellido. Empleada de ese modo aquella partícula, algunos creen que constituye distintivo nobiliario; pero no empezó á usársela sino para denotar el lugar del origen, en caso de que familias con un mismo apellido, proviniesen de diferentes provincias ó pueblos. No han faltado personas que teniendo aquella creencia equivocada, y deseando aparecer nobles, han antepuesto el *de* á sus apellidos. Así lo hicieron algunos españoles, en una de estas Repúblicas centroamericanas, lo cual dió motivo á que el apreciable escritor, también español, don Manuel Pérez de Lasala, escribiese el siguiente epigrama:

En mi tierra el azadón
Con humildad manejé;
Vine aquí, me dieron Don;
Ya soy rico, venga un de.

En contraposición á esto, ha habido sujetos que suprimieron el *de* que legítimamente usaban, y uno de ellos fué un don Alejo Díaz Cabeza de Vaca. No sé por qué, á pesar de que su apellido era el de uno de los más ilustres lirajes, lo redujo de tal modo que dió en firmar simplemente: Alejo Vaca. Tal supresión trae á la memoria lo poco á que quedaba reducido el nombre del Doctor don Juan Pérez de Montalván, conforme á la siguiente copla, inspirada sin duda por la envidia:

El Doctor tú te lo pones,
El Montalván no lo tienes;
Con que quitándote el don
Vienes á quedar Juan Pérez;

Copla que podría parodiarse así:

Prescindes de tonterías
Del tiempo de Doña Urraca;
Te quitas Cabeza y Días,
Y quedas Alejo Vaca.

RUPERTO.

Mi sobrino Cordelio.

Cordelio mi sobrino es un muchacho elegante, buen mozo, amable, con alguno que otro defectillo que heredó de su finado padre mi hermano (que en paz descanse). Por ejemplo, Cordelio murmura mucho del prójimo y tiene demasiada afición á las prójimas; es medio tonto, por que su talento no ha sido bastante para constituirlo en un tonto completo, es envidioso y nada guapo; tiene miedo aun de su sombra; mi sobrino es avaro y perezoso; pero, salvo estos lunareitos es un gallardo joven, muy estimado de las muchachas de la vida alegre.

Yo lo quiero mucho y le dejaré todos mis bienes raíces, muebles y semovientes (si algún día los tengo).

Sólo una condición le pongo para optar á mi herencia, y es: que se vista bien ó mal, á la moda ó contra ella; de negro ó de color; pero sin imitar á nadie. ¿Saben ustedes por qué soy tan duro en esa materia? Claro está que no lo saben porque ignoran quien sea yo y quien sea mi sobrino. Pues bien, explicaré mi pensamiento.

Yo admito que un hombre sea feo ó bonito, grande ó pequeño, ñato ó narigón, gordo ó flaco; mas yo exijo que cada uno sea cada uno, y no sea otro diferente. ¡¡Como que no me he explicado bien!.....quiero decir: que un hombre debe parecerse á sí mismo y no á otra persona.

Ser un mono que imita lo que ve, es el mayor defecto que puedo concebir, y Cordelio se ha propuesto renunciar á su personalidad, y todo su orgullo y vanidad consiste en que todos digan que se parece á don Sutano ó á don Fulano. Largos meses se vistió, habló y anduvo como se vestía, hablaba y andaba el actual Presidente de la República: un año entero imitó los modales y costumbres de un cómico muy aplaudido en esta ciudad. Ultimamente se le ha metido en la cabeza á Cordelio que él nació cojo y de veras cojea un poco para imitar á un joven distinguido por su buena presencia, su talento y sus ruidosas aventuras amorosas. Una caída de á caballo lo obliga á cojear ligeramente, y no hay duda que aun eso lo hace el joven Villazul con gracia y mucho donaire, mientras que Cor-

delio, con ese nuevo adorno, se ha vuelto grotesco y ridiculo. He aquí una muestra de los diálogos que acostumbramos entablar diariamente mi sobrino y yo.

Simplicio.—Con qué nueva monada vienes hoy Cordelio? ¿Qué significa esa renquera de perro que has adoptado de unos días para acá?

Cordelio.—¡¡Renquera de perro, tío Simplicio!! Y, ¿por qué ha de ser de perro y no de animal racional? Villazul no es perro y cojea como yo.

Simplicio.—Tú eres el que cojea como él, y no él como tú. Villazul recibió una fuerte contusión en un pie y eso lo obliga á andar defectuosamente. Vamos, sobrino mío, dejemos esas monadas; procura ser Cordelio Cucufate y no Alberto Villazul.....Pero, ahora que te miro, observo que andas con espejuelos, ó sea anteojos llamados quevedos, ¿qué locura nueva es esa?

Cordelio.—He oído decir que en París se usan los anteojos, no de aumento sino de un simple vidrio. El hijo de don Sempiterno que acaba de llegar de Francia, usa anteojos y le caen muy bien; casi tiene aires de escritor. Yo pensé que á nadie ofendía con tan inocente aparato, y espero que Ud. no me tendrá á mal que siga usándolos.

Simplicio.—Pero ese joven es instruido y miope, escribe con perfección y habla tres ó cuatro idiomas, mientras tu no has podido hablar ni el tuyo propio y nadie comprende tu letra, porque oíste decir que todos los hombres célebres escriben mal y tomaste de ellos lo que tienen de defectuosos, pues una escritura ininteligible no puede honrar á nadie.

Cordelio.—Aun estoy muy joven, tío Simplicio, y usted no sabe lo que seré á los cuarenta años de edad. Manuel Peralta, nuestro Ministro en Europa, fué un muchacho ridiculo y el hazme reir de sus compañeros.

Simplicio.—Eso puede ser; pero yo no he oído decir que Peralta pasara su juventud imitando, como tú lo haces, el modo de vestir del uno, los modales del otro, y aun la cojera de alguno. Vives en un pueblo pequeño donde todos te conocen, y tu incapacidad está ya medida, contada y establecida. Lo dicho, amiguito; ó vuelves á ser Cordelio Cucufate ó te desheredo.

Cordelio.—Perdóneme, querido tío. Yo procuraré atender sus consejos y seguir su ejemplo. Dejaré de imitar á los demás y me dedicaré á imitar sus virtudes y

Simplicio. No, no, sopenco de tí, no me imites, ni á mí ni á nadie, y menos á ti mismo, porque estás ya dañado y eres una colección de cosas ajenas. Tu modo de ser es una protesta viva contra lo natural y lo verdadero. Decididamente eres tú el animal intermedio entre el mono y el hombre: Darwin triunfa y yo te desheredo, te reniego y te maldigo.

He dicho.

SIMPLICIO CUCUFATE.

Señor Doctor don Rafael Machado.

MAESTRO:

He leído el librito de versos que traducen poéticamente las imágenes galanas de tu fantasía y las palpitations dulcemente amorosas de tu corazón de oro. Ya sabía que en tu frente resplandece el numen y que en tu mano suena la lira de los poetas. Pero has cometido un error que debo censurarte. El haberme dedicado tus preciosos trabajos es una pifia que no puedo perdonar. Has sido desdeñoso con tus hijos: les has dado un padrino demasiado humilde para su noble estirpe. Pero, en fin, tu dices que me quieres mucho, y esto, en cierto modo, excusará tu falta, pues es sabido que el corazón de los poetas ha tenido siempre caprichos originales.

Por lo demás yo soy agradecido, y con toda el alma te doy un abrazo.

Pío YÍQUEZ.

San José, 30 de setiembre de 1887.

Los trabajos de arte son quebradizos: la más ligera mancha los rompe y les quita su mérito.—Los errores de imprenta, tratándose de poesías son lunares horribles que dan al traste con una composición.—El delicado romance de don Justo A. Facio, que á continuación reproducimos, salió en un número anterior oscurecido por muchos de esos lunares.—Romance afiligranado, tejido por el poeta con los más suaves hilos, rebotando poesía, no podríamos dejarlo correr la mala suerte de llevar sobre su tersa superficie las arrugas que lo afearon en nuestro número anterior.—Por eso publicamos de nuevo, libre de las pequeñas sombras que lo oscurecían, el nítido trabajo de nuestro amigo Facio.

LA AURORA Y LA MAÑANA.

ROMANCE.

(A Luis R. Flores).

Ya perezosa y envuelta
En su túnica rosada
En el confuso horizonte
Asoma la virgen Alba.
Apenas, apenas brilla
Su soñolienta mirada
Que en el nocturno ropaje
Azules perfiles traza.
De la brumosa colina
Sobre las cumbres lejanas
Desaliñado y rugoso
El manto sutil arrastra;
Y al paso indeciso y breve
Que sobre los montes graba
Azulado polvo en torno
Su pie ligerísimo alza.
Ya descendiendo, y de la noche
Silenciosa y reposada
Tras el capuz vacilante
Con misterio se recata.
Y festiva de repente
El oscuro velo rasga
Y entre el turbio cortinaje
Asoma su faz de maga;
Y al brillar de sus pupilas

La claridad sonrosada
La parda sombra flotante
Se trasparente y enrala;
O si gira, sus caricias
Repartiendo enamorada,
A cada beso, temblando
La luz en espiras salta,
Su recogido plunaje
Sacude el ave en la rama,
Y ruborosa su frente
La rosa encendida baja;
Y la tierra que dormita
En su lecho de esmeralda
Estremecida despierta
Al contacto de sus plantas.
Al batir en raudos giros
Entonces sus leves alas
Por el espacio se ciernen
Polvo luciente de plata;
Y de su cándida veste
La más vaporosa gasa
Sobre la tierra descoge
En ondas tornasoladas.
Infatigable discurre
Entre las sombras que aclara
Y de cambiantes estelas
La bóveda azul esmalta.
Hasta que en la verde loma
Dulcemente reclinada
Al bullir de la alegría
Busca rendida la calma.
Mas ¡ay! cuando de natura
En el regazo descansa,
Por qué súbito parece
Que moribunda desmaya?
Por qué desfallece y tiembla
Triste la faz y turbada?
En ademán de despecho
Inclina la frente pálida
Y en un punto recogida
La veste seráfica alza,
Que allá vió que del Oriente
En las puertas nacaradas
Sus rojas cortinas cuelga
La rubicunda mañana.
Al tender su vuelo entonces
La virgen con tristes ansias,
De sus ojos zafirinos
Nítido llanto derrama
Que tiembla sobre las hojas
En perlas aljofaradas.
Trémula y grave de pronto
Sobre las cumbres se para
Y luego palideciendo
El vuelo otra vez dilata:
Ya apenas tenue, indecisa,
Oscila su forma vaga
En el lejano horizonte
Que leve la sombra empaña.
Allá va la fugitiva
Moribunda y desalada
Por esconder su quebranto
Trasponiendo la montaña;
Acá de la hermosa ninfa
El bello triunfo proclaman
Los arrullos y los cantos
Que la natura levanta.
Al cruzar el vasto cielo
El manto de oro desata
Y, del rey del día heraldo,
Su brillante imperio aclama,
O mil tesoros luciendo

A nuestros ojos, ufana
 De palmas y de tisúes
 El regio dosel prepara:
 Tiende al cielo rico palio
 Que en campo de oro y tumbaga
 Entretejidas ostenta
 Rizadas plumas de nácar;
 Y del pabellón en torno
 Ondosa cenefa labra
 Con el crespón de las nubes
 Que en blondas teje y engarza.
 Cómo brilla! cuál despliega
 En cambiantes visos, franjas
 Opalinas en el centro,
 Orlas abajo argentadas.
 Cómo entre la orfebrería
 De su fina urdimbre saltó
 De topacios y rubíes
 Deslumbradora cascada!
 Y porque la tierra luzca
 En la fiesta más gallarda
 Sobre ella la ninfa extiende
 Su cabellera dorada,
 Aureo crespón orla y ciñe
 A la cúspide más alta,
 Y azuladas tocas cuelga
 A la distante montaña;
 Mientras que brillante asoma
 Llena de fúlgidas galas,
 La corte que rompe y guía
 Del rey vencedor la marcha;
 Y mil guerreros en ella
 Dispuestos á la batalla
 Parecen lucir inquietos
 Las relumbrantes corazas:
 Desde la cresta del monte,
 Firme escabel de sus plantas,
 A las sombras fugitivas
 Sus bruñidos dardos lanzan;
 Hasta que cerca el gigante
 A quien homenaje pagan,
 Sus escuadrones en torno
 Despliegan y desparraman:—
 Ya surge, ya resplandece
 De mil diamantes cuajada
 La coruscante diadema
 De sus sienas soberanas;
 Y extendiendo el regio manto
 Guarnecido de oro y grana
 Lentamente al zenit sabe
 Sobre su plaustro de llamas.

Enero de 1885.

JUSTO A. FACIO.

Impresiones de una noche.

Es costumbre traída desde muy antiguo la de contar al público nuestras impresiones, como si á algún hijo de vecino le importara maldita la cosa que la alegría retoce por nuestro cuerpo y el placer esté á punto de hacernos reventar, ó que los pesares hayan secado nuestro corazón y dado al traste con nuestro carácter y buen humor.

Yo tengo algo que contar y sigo la costumbre.

Vaya lo dicho á guisa de exordio y yo voy allá con mi cuento ó con mi historia, puesto que tiene poco de novela y mucho de verdad.

“Era de noche y sin embargo..... no llovía”, pero hacía un frío de todos los diablos.— Yo que soy hombre que tiene más miedo al frío que á la pobreza, me encontraba muy á mi placer encerrado en mi cuarto y entregado á sabrosa lectura.

Sería cerca de la media noche cuando concluí de leer “La confesión de un hijo del siglo” de Alfredo de Musset.

La vida real pintada con sus colores más vivos por la mano maestra del gran poeta me había dejado hondamente impresionado. Mi cabeza ardía como un volcán y la sangre se agolpaba á mis sienas; sentí los pies más fríos que el mármol y creí que el corazón se me salía del pecho. El aire sofocante de mi cuarto me asfixiaba, mis pulmones comprimidos pedían una atmósfera distinta. Tomé la resolución de salir en busca de un aire más puro, y, sin meditarlo mucho, arrojé el libro sobre una mesa, maté la luz y me lancé á la calle. Aquí me tienen Uds., señores míos, plantado de patitas en la calle, sin saber á donde ir ni que camino tomar; pero la verdad sea dicha, mi cerebro estaba enfermo y yo no sabía de mi juicio. Por fin eché á correr por esos mundos de Dios, sin dirección, á la ventura; quería desaparecer del mundo real, huir de mí mismo. Sentíme al rato fatigado, y me detuve frente á un templo resguardado por dos enormes torres que se perdían en las nubes. Observé que estaba abierto é iluminado por muchas bujías, y sin más me colé de rondón hasta el interior. Dentro ya, miré en todas direcciones; pero no alcancé á ver otra cosa en mi derredor que una variada colección de imágenes de santos más antiguas que los ilustres personajes que representaban, á juzgar por lo polvosas y maltrechas que estaban las pobrecillas.

Había transcurrido más de media hora y yo permanecía inmóvil en el mismo sitio sin comprender por qué causa estaba abierto é iluminado aquel templo á hora tan desusada, cuando un carruaje se detuvo frente á la puerta principal. Cuatro personas bajaron de él y entraron en la iglesia seguidas de un numeroso cortejo. Aclaróse el misterio: todo se reducía sencillamente á que dos novios, cansados de decirse que se querían, habían acordado hacer vida maridable, y señalado aquel día para realizar sus designios. La novia, que iba muy emperejilada, era una antigua conocida mía, la bella Julia, distinguida entre sus vecinas no tanto por su hermosura como por su acendrada honradez. El único desliz que había tenido en su vida fué, según malas lenguas, el de haber mantenido ciertas relaciones sospechosas con un clérigo, dos militares y un hotelero. Esto no lo digo yo, lo dice una comadre mía y pariente de la novia, á quien quiere entrañablemente; pero como estas gentes hablan por hablar, no respondo

de la veracidad de la historia. "Como me lo contaron te lo cuento".

El marido es un buen muchacho, artesano por más señas, quien enamorado de aquella buena moza y queriendo poner á salvo la reputación de su prometida, tomó el camino de hacerla su esposa.

Por la misma puerta que entró el séquito, sali yo, bendiciendo aquella dichosa pareja, dechado de honradez.

Apenas me había arrojado á la calle y con dificultad habría caminado doscientos metros, cuando tuve nueva aventura, y ésta sí que fué buena. En momentos en que llegaba á la esquina de..... y al pasar frente á la casa..... se abrió una puerta y por ella salió precipitadamente una mujer. Detúveme un instante, y bien hice en tal cosa, pues uno de nuestros polizontes, que los hay muy buenos, dispuesto á cumplir con lo prevenido por su reglamento, se proponía acompañar á aquella indiscreta, no precisamente á su casa, sino á otra donde ponen á buen recaudo á las mozas cuando vagan en horas avanzadas de la noche. Pero es el caso que la ninfa en relación no era una moza de fortuna, sino una señora de alto coturno con humillos de nobleza y pretensiones de mujer leida, que había ido sencillamente á visitar á un excelente amigo de su buen marido, pues el pobrecito del amigo estaba enfermo, y además es soltero y solo y no tenía quien le asistiera ni quien viera por él..... La buena señora cumplía con el santo deber de la amistad! Quería tanto al amigo de su marido que hubiera sido pecado imperdonable abandonarle en aquellas circunstancias.

Bien hice en detenerme he dicho, y á fe que es cierto, pues habiendo visto en grandes apuros á la respetable señora, para deshacerse de aquel importuno polizonte que había tenido el atrevimiento de confundirla con una de esas mujeres alegres me acerqué á ella y, persuadido de que era gente alta, rendile el sombrero y dirigiéndole la palabra le dije: señora, cuanto me ha hecho U. esperar, creí que cuando U. saliera me encontraría convertido en una estatua de hielo. Ella comprendió el ardid y se asió á la tabla de salvación que se le brindaba. Ya libre del naufragio y cobrando valor volvió el rostro hacia el polizante y con voz alterada, como quien se siente herido en su honra, me dijo: mire U. á ese tunante que ha pretendido confundirme con no sé qué clase de mujercillas, veré que mañana se le destituya de su empleo para que aprenda á respetar á las señoras. Yo me reí para mis adentros, y el señor agente de la policía se quedó con un palmo de narices, pensando á buen seguro que su caída era un hecho cuando su intención había sido tan sana!

Brindé mi brazo á la respetable matrona y la acompañé hasta su casa. Prometile bajo juramento antes de abandonarla que á nadie revelaría lo ocurrido; y cumpliré mi promesa mientras viva, pues si á tí, lector, te lo cuento, es

muy en secreto, porque me inspiras confianza y tengo fe ciega en tu discreción.

Mi locuaz compañera, á quien supe inspirar confianza, como tú á mí, me dijo que su peccadillo era venial aunque de él se acusaba; pero que otros, y muy grandes, tenían que llorar algunas amigas suyas. Picóme la curiosidad, y mi amiga, (ya era amiga mía), me prometió satisfacerla mas tarde en cambio de mi discreción. Ha cumplido su palabra, y á mi vez me comprometo, lector amigo, á contarte aquellas divertidas historias si ésta no te ha cansado y si no temes que aquellas produzcan escándalo, pues son un tantico subidas de color, aunque no por eso falsas.

FANOR.

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA

MERCEDES RIVAS.

I.

Mercedes: la voz ignota
de mi lira,
no es voz dulce que enamora;
es triste voz que suspira
y sin cesar gime y llora.

Mi juvenil entusiasmo
ya murió,
y el numen que me animaba
por siempre desapareció
con la luz que me brindaba.

Poeta desventurado
sólo canto
porque tus ojos me inspiran
y matan mi desencanto
cuando risueños me miran:

porque tu voz melodiosa
angelical,
llega dulcísima al alma
desterrando el cruento mal
que me robara la calma:

porque de gracia y virtudes
y pureza,
eres conjunto encantado. . . .
¿pues cuándo fué que Belleza
no hubo pechos inflamado?

Por eso canto, Mercedes,
y ojalá
que aquesta sencilla ofrenda
sea por siempre de amistad
eterna y segura prenda.

II.

Oh! Si Dios quisiera oírme,
toda tu existencia fuera
una eterna primavera
con sus flores y su luz;
y nunca el invierno rudo
tu frescor marchitaría
ni la noche encubriría
tus dichas con su capuz.

Si mis preces escuchara
no pusiera en tu camino
la zarza que al peregrino
sin cesar le hiere el pie;
y al cabo de tu jornada,
felice con el presente
siempre orgullosa la frente
contemplaras lo que fué.

Todo, todo te daría,
todo lo bueno que encierra
esta pobrísima tierra
que nos asignara Dios:
flores, perfumes, celajes,
mil canoras avecillas,
del mundo las maravillas,
la felicidad en pos.

Se feliz! Un genio amigo
con ademán recogido
viene á decirme al oído
que feliz siempre serás. . . .
y si no? . . . Dios no lo quiera!
pero de cualquiera suerte,
siempre, siempre hasta la muerte
mi pobre amistad tendrás.

PASCUAL.
(Costarricense).

Nueva San Salvador, 1887.

El Coronel de Bange,

director de los antiguos establecimientos Cail.

(Traducido para "Costa Rica Ilustrada," por el
Coronel Ronulfo Soto.)

El autor del sistema de artillería adoptado por el ejército en 23 de enero de 1877, es tan universalmente conocido y estimado, que no podríamos dejar de consagrarle un señalado lugar entre los hombres que se han hecho ilustres prestando servicios á la ciencia y á su país.

Y ningún otro como el Coronel de Bange se ha creado más títulos al reconocimiento de la Francia, dotándola de un sistema de artillería que excita los celos de otras potencias y hace que se la considere como una nación de las más temibles en caso de guerra.

Nacido en Balignicourt (Aube) el 17 de octubre de 1833, el Coronel de Bange, actualmente director de la fábrica de Cail, tiene cincuenta y tres años de edad, y dados los considerables trabajos que ha acometido, pueden esperarse aun mayores descubrimientos de este

hombre de ciencia, cuyo genio inventivo tan sólo se iguala á su patriotismo. En efecto, dotado de incomparable modestia, sin ambición personal, sin amor á la gloria, el Coronel de Bange está animado de un solo deseo: trabajar en provecho de su país, á fin de que éste sea superior á los demás por la ciencia y por la industria.

El nuevo director de los establecimientos Cail ha entrado en esta vía hace bastante tiempo precedido de su famoso cañón de culata, adoptado ya exclusivamente, de ahora en adelante en Francia y en Inglaterra, y que ha hecho desesperar á Mr. Krupp, á quien el Coronel de Bange dirigió reciente y victoriosamente un reto memorable, después de haberlo vencido sucesivamente en Amsterdam y Auvers, lo que contribuyó en gran manera á abatir el orgullo alemán.

Se recordará también la lucha que sostuvo igualmente la compañía de Saint-Chamond contra Gruson, con motivo de los fortines acorazados franceses y alemanes.

Habiendo la prensa de Bismark, en esta ocasión, conforme á su tradicional buena fe, tergiversado los hechos, antes del informe de la Comisión de Examen de Bukarest, creemos de nuestro deber tomar del número 561 del *Progres Militaire*, las líneas siguientes:

"La argumentación de los diarios alemanes, des cansa principalmente en que el blindaje de la fortaleza Gruson no ha sido atravesado por un tiro prolongado aunque ese blindaje haya sido traspasado y quebrado después de un pequeño número de golpes. Ahora bien, la coraza de la cápsula de Saint Chamond ha hecho prueba de una resistencia intrínseca, ó por lo menos igual, pues la primera y la única hendidura que haya atravesado esta coraza en todo su espesor, no se ha manifestado sino en los últimos tiros.

En cuanto á la asersión de que la fortaleza francesa haya sido declarada *puesto en brecha* mientras no se ha hecho igual declaración respecto de la fortaleza alemana, es una invención sin fundamento y sin resultado. Esta declaración no ha existido sino en la imaginación de los publicistas de allende el Rhin; la Comisión no ha hecho ni haría cosa semejante; ella hizo su experiencia como lo juzgó aparente, disparando todos los tiros de cañón que le parecieron útiles para ilustrar su juicio, y haciéndolos cesar cuando estuvo satisfecha.

La única *colocación en brecha* que la Comisión ha proclamado implícitamente, ha sido la de la ante-coraza alemana. Después de haber evaluado diez tiros sobrepuestos, el ataque más mortal, al cual un mismo punto de una *antecoraza* pudiera ser expuesto, el tiro del *parapeto (plongee)* en el supuesto de estar destruido, ha disparado esos diez tiros sobre la obra francesa. Habiendo hecho dar nueve proyectiles en el blanco, el efecto producido se juzgó insignificante y se dió por satisfecha. Al siguiente día debía disparar diez tiros sobre el punto correspondiente de la ante coraza alemana. Al tercer tiro, la capa superficial del bronce se apoyó fuertemente; el cuarto y quinto proyectiles produjeron hendiduras de todo el espesor del metal; en fin, el sexto tiro quebró completamente la antecoraza y proyectó en el interior una gran porción de bronce bruto. Sin proclamar absolutamente nada, la Comisión, juzgándose suficientemente ilustrada, se mostró allí unánimemente convencida de que un sétimo proyectil, no encontrando más resistencia, habría penetrado en el interior causando graves deterioros.

Este desastroso resultado que los diarios alemanes se guardan de dar á luz, debe haber sido doloroso para el amor propio nacional. Se considera, en efecto como un dogma en Alemania, que Mr. Gruson es el único que sabe fabricar la *fundición dura* (*fonte dure*), y que las obras acorazadas que arman nuestras fronteras del Este, y que tienen ese metal por base, no tienen sino una resistencia muy inferior á la de las obras similares de origen alemán. La vez primera que los metales de ambas procedencias se encontraron en concurso, la comparación ha debido cambiar las ideas preconcebidas de muchos espectadores.

El triunfo del fortín francés ha sido espléndido y lo constatan así todos los testigos de las experiencias.

Resulta de las cifras apuntadas oficialmente por la

Comisión de Bucharest, que el fortín francés ha hecho sus dos tiros rápidos con una viveza media de tres minutos y medio por salva; aun más, se ha justificado que después de algún tiempo, los artilleros, familiarizándose con un servicio nuevo para ellos, llegaban á hacer su salva en menos de tres minutos. Ninguno de los oficiales presentes ha puesto en duda que después de los ejercicios de fuego seguido, esta velocidad no llegaba más que á dos minutos y aun á minuto y medio, resultado que se ha llegado á obtener en Francia, empleando artilleros bien ejercitados.

Se sabe, de otro lado, que, gracias al sistema eléctrico de puntería, de que está provista la fortaleza de San Chamond, como todas las fortalezas francesas, esta gran rapidez del tiro no influye, ni podría influir de ninguna manera sobre su exactitud.

En cuanto á la fortaleza Gruson, necesitó siete minutos veinticinco segundos por salva, en uno de sus tiros, y en el otro seis minutos cuarenta y ocho segundos.

La fortaleza francesa ha sido siempre incontestablemente superior bajo este punto de vista, á la fortaleza alemana. No tenemos á la mano sino resultados incompletos de los primeros tiros, los de 21 y 22 de diciembre, y no citaremos cifras: sabemos, sin embargo, que según la impresión unánime de los espectadores, el tiro de la fortaleza francesa no se ha hecho notar tanto por su rapidez como por su exactitud. Pero tenemos de un testigo autorizado, las cifras relativas á veinte salvas ejecutadas á 2,600 metros el 17 y el 20 de enero. Eliminando en cada una los tres más malos que pueden considerarse como tiros anormales, encontramos que los alejamientos medios han sido de esta manera:

Alejamientos medios.	En dirección.	En distancia.
Fortín francés.....	0 ^m 50	11 ^m 00
Fortín alemán.....	0 ^m 93	27 ^m 00

He allí las cifras cuya autenticidad afirmamos y respecto de las cuales esperamos con confianza las rectificaciones de los diarios alemanes.

Bien que el cañón de Bange, de 155 mm. sea sensiblemente más justo que el cañón de Krupp, de 15 cm. la diferencia no es sin embargo del sencillo al doble, y si los alejamientos medios de la fortaleza francesa son casi los alejamientos probables indicados por las tablas de tiro, es lo cierto que el cañón Krupp ha tirado mucho menos bien en la fortaleza alemana que sobre su cuna ordinaria. Mr. Krupp lo había previsto: debe hacerse esta justicia; él había escrito oficialmente al ministerio rumano antes de principiar las experiencias, declinando la responsabilidad de la poca exactitud que pudieran tener sus cañones empleados en la fortaleza Schumanu, cuya organización interior no aprobaba.

Los conocimientos del Coronel de Bange son universales, y su genio tan poderosamente inventivo, es múltiple. En el curso de una conversación que tuvimos con él en estos últimos días y durante la cual nos tuvo bajo el influjo de su palabra sencilla y franca, nos mostró un reloj, una verdadera joya que lleva siempre consigo, y que fabricó durante sus horas de descanso en la campaña de Italia. No habíamos visto semejante obra maestra de relojería.

Entró á la escuela politécnica el 14 de octubre de 1853, fué promovido al grado de subteniente de artillería, el 1º de mayo de 1855; á teniente, el 1º de mayo de 1857; á capitán, el 24 de diciembre de 1862; á jefe de escuadrón, el 24 de febrero de 1875; á teniente coronel, el 5 de enero de 1878; y á coronel, el 13 de noviembre de 1880, y se le concedió su retiro que solicitó el 11 de marzo de 1882.

El Coronel de Bange fué, sucesivamente, agregado al arsenal de Brest (armamento de costas), en las fragatas del centro de Nevers, en la manufactura de armas de Chatelleraut, en la pirotécnica de Metz, y después en el taller de precisión de la artillería en París.

El Coronel de Bange ha pasado 17 años en los talleres del Estado en calidad de Ingeniero, y está decorado con la medalla de Italia; es oficial de la legión de honor; y caballero de la orden del *Bain*.

El formó parte del famoso Comité de Artillería de

Santo Tomás de Aquino, donde se esforzó en introducir sus ideas y sus invenciones; pero después de una larga lucha contra la rutina administrativa y el partido tomado por el comité, presentó su dimisión é hizo liquidar su retiro, persuadido de que nada le quedaba que hacer en una situación hostil á sus reformas.

El ruido de sus luchas y sus invenciones había, sin embargo, traspasado las murallas de Santo Tomás de Aquino, hasta la sociedad Cail, que adivinando en el Coronel de Bange el bien que pudiera hacer á su país y á la ciencia de la balística este hombre progresista, con sus universales conocimientos referentes á su carrera, le confió la dirección de sus establecimientos.

El Coronel de Bange es un hombre erudito cuyo genio inventivo no reconoce límites ni obstáculos.

Como si la balística, de la cual es el maestro reconocido, no fuera suficiente á su complejo espíritu, se entrega con ardor infatigable al estudio de todas las cuestiones de la ciencia mecánica.

Los caminos de hierro le interesan de una manera muy especial, y presentimos que en esta vía nos prepara sorpresas que repercutirán tan espléndidamente como su sistema de cañón.

El Coronel de Bange está en la fuerza de su edad y nuestro país puede esperar grandes cosas de un hombre que ha elevado tanto nuestro prestigio nacional, sobre todo ahora que está á la cabeza de uno de nuestros establecimientos metalúrgicos mejor equipados, y que sus sabias teorías pueden entrar en el dominio de la práctica, sin necesidad de sufrir esas tardanzas habituales que son tan funestas para las grandes invenciones.

Puede tenerse como cierto, por medio de esta corta noticia, que el director de la fábrica Cail es notable bajo todo punto de vista, por sus trabajos incesantes, por sus invenciones que ilustran la Francia y hacen celosas á las otras naciones, y sobre todo por su ardiente patriotismo: se pede decir que es uno de esos hombres conspicuos de quienes el país está orgulloso durante su vida, y á quienes honra después de su muerte, discerniéndoles la inmortalidad á que tienen derecho los propagandistas.

P. DE JARCEUX.

¿Qué hacer?

Anoche al acostarme, con tristeza,
Con profunda tristeza me eché en cara
Haber dejado trascurrir el día
Sin haber hecho nada.

Miserable es el hombre que las horas
De toda su existencia no consagra
Al trabajo sublime, que engrandece
Y purifica el alma.

Así me dije, y prometí seguir
La senda que el destino nos señala:
Prometí trabajar, y hoy he cumplido
Mi promesa sagrada.

Creis que estoy satisfecho? Creis que siento
Que nueva aliento regenera mi alma?
Creis que no me atormentan fieras dudas
Al volver á mi cama?

En verdad he cumplido mi promesa,
Cumpro con mi deber, mas ¿qué me falta?
Nunca será posible poner fin
A esta lucha satánica?

Anoche al acostarme, con tristeza
Con profunda tristeza me eché en cara
Haber dejado trascurrir el día
Sin haber hecho nada.

Y hoy al buscar reposo, fieras sombras
Se ciernen infernales sobre mi alma
Y los punzantes dardos de la duda
Mi corazón desgarran.

De qué sirve el trabajo? A dónde vamos?
¿Esta vida de afanes en qué pára?
¿Si después de esta lucha fatigosa
Habremos de ser. . . nada!

E. C.

UN BAILE

EN EL

Palacio Nacional.

Por fin llegó la tan deseada noche del 15 de setiembre! Bellísima noche de luces plácidas y graciosas, de armonía y de perfumes, de amorosa voluptuosidad y de confidencias deliciosas. ¡Quién me diera reproducir con la magia del arte el cuadro encantador que ofrecía el Palacio Nacional en la noche del 15 de setiembre. Aun todavía, bajo el influjo del delirio, los recuerdos se precipitan en mi cabeza cual gavilla infernal, se encrespan como las olas de un océano febricitante, envuelven los antros de mi cerebro, y, como último esfuerzo de su expansión estremecen mi cabeza. Ah! quién pudiera describir aquella prolongada lluvia de espuma, aquel oasis de luz zodiacal, aquellos torbellinos luminosos que aparecían y desaparecían como relámpagos! Y sobre todo, quien tuviera en la paleta el gris-perla y el azul con que Shakespeare delineó los suaves contornos de su Ofelia, para trazar las líneas delicadas de tantas hijas del aire, radiantes y plácidas como las primeras estrellas que anuncian la noche en el Oriente!

Desde que el Ministerio de Gobernación anunció que el 15 de setiembre sería celebrado con un baile, éste ha sido el tema favorito de las conversaciones, el pensamiento obligado del bello sexo, la llama, á cuyo redor han revoloteado como mariposas, las ilusiones de los *amateurs*, y para los padres de familia, el *boa constríctor* que los oprime y los ahoga. Pudiera decirse que la historia de los bailes es el martilogio de los padres de familia. Pero no hay tiempo que perder, ha llegado la hora tan esperada, la capital se arropa ya entre las sombras de la noche, y la naturaleza, obedeciendo á nuestros deseos se

ostenta en toda su belleza. Durante el día el cielo comenzó á fruncir el ceño como hombre que no aguanta bromas. Oyóse alguno que otro trueno, verdadero rezongo de viejo malhumorado, y las nubes principiaron á cubrir el horizonte. Todos se miraron, y los temores nos asaltaron en el camino que hacíamos hacia la región de los sueños. Unos temían el agua; otros decían que no llovería; los de este grupo aseguraban que no era posible que lloviese; los de más allá afirmaban. . . . mas ¡á qué consignar las diversas opiniones emitidas en aquellos momentos? Lo cierto fué que las gotas de agua, cansadas de cernerse sobre las cimas de los montes, volvieron victoriosas á la tierra para vagar en copos de algodón sobre los declives de las montañas ó para quedar suspendidas del cáliz de las flores; pero al hacer su descenso, escogieron una hora oportuna, de manera que su presencia no incomodara ni levantara la más leve protesta: nos trataron con consideración, casi con galantería.

Han desaparecido ya los últimos resplandores del crepúsculo y principia el reinado de las sombras. Es la hora en que las bellas consultan por vigésima vez con el espejo sobre la corrección de su traje. Las sirvientas corren de aquí para allá, se entornan las puertas y se oyen á cada momento gritos de:

- ¡No se puede entrar!
- ¡No abran la puerta!
- ¡Me dejan á la pampa!
- ¡Traigan alfileres!
- ¡Santo Dios! ya estos guantes se abrieron!
- ¡El abanico quedó sobre la mesa!
- ¡Unas tijeras!
- ¡El blanco-perla!

Entre tanto el formal dueño de casa, el corredor en solicitud de cintas, encajes y masticilla, espera en la sala, algo más que fastidiado; el aburrimiento lo obliga á bostezar de cuando en cuando, pero no pronuncia una palabra de reproche ni la más leve queja. Espera, espera y espera, como dice Núñez de Arce.

Una hora después, sale la familia; la respetable consorte hace á los sirvientas las últimas recomendaciones; ya en la puerta, se aspira á bocanadas el aire frío de la noche, y los bucles de las niñas sienten con delicia el fresco estremecimiento de los árboles. Ya se ponen en marcha, ya llegan al baile, donde el aliento, abrasado antes por la fiebre, va á convertirse en perfume y la voz en armonía.

Noche deliciosa; no se piensa en otra cosa sino es en apurar todos sus encantos.

Sólo quedan rezagados aquellos que, heridos por el dolor, huyen instintivamente de los centros de alegría.

También yo me hacía un paréntesis á la tarea ordinaria y á las preocupaciones de esta vida agitada que sobrellevamos todo el año.

“Iré al baile”, y aquel solo pensamiento me tenía deliciosamente inquieto. Miré el re-

loj, eran las 7½. ¡Que temprano! murmuré.— ¡De aquí á las 9!.....

Era ya hora de vestirme. Experimentaba un hormiguero en todo mi cuerpo. Me parecía que el cielo se nublaba por momentos, y que el tiempo iba á descomponerse. A cada instante salía á la puerta y miraba hacia arriba con un temor que no podía disimular. Era miedo infundado: no había ningún anuncio de revolución atmosférica.

Estaba tan nervioso que me mortificaba cualquier ruido. Miré alternativamente mis botines, mis camisas, mi traje, mi sombrero, todos mis accesorios de *high life* extendidos sobre la cama, sin saber por cual principiar.

Llevé mis ojos al espejo y me encontré con la mirada brillante, la color encendida y llena de salud, el cabello ondulado por la descarga nerviosa que circulaba activamente por todas mis fibras.

Principié á vestirme: escogí una camisa finísima de hilo, tenue como cambray, la adorné con botones de oro liso y la dejé sobre el lecho. Empapé mi pelo en aguas olorosas, le hice adquirir un brillo suave, y luego lo peiné sin afectación, pero sin negligencia.

A cada momento consultaba el reloj que había puesto sobre la cama, con la esfera para arriba.

Cuando llegaron las 8½, me estaba poniendo la camisa que coloqué con toda precaución sobre mi torso, para no desarreglar los prodigios del peine.

No tenía que reflexionar sobre la elección del vestido por que la categoría del baile lo determinaba con todos sus detalles. Busqué la corbata blanca. En cuanto al nudo—con toda franqueza—nunca he podido hacer el más simple, y tengo buen cuidado de buscar aquellos que el arte disfraza de naturales.

Ajustadas cuidadosamente todas las piezas, prendido hasta el último botón, me coroné con un sombrero nuevo, y dí el primer paso.

Poco después estaba en la calle.

Llevaba la frente erguida, la mirada luciente, el talante soberbio; á veces, sin embargo, sentía frío en el corazón, y me quedaba pálido; después la sangre, repentinamente detenida, inundaba mi rostro, precipitándose por las arterias, rápida como una corriente de vapor.

Por fin llegué.

Aquella atmósfera estaba enriquecida de perfumes. Estuve en el zaguán largo rato, prolongando mis ojos en la dirección de la *gran sala*. Héme allí contestando y haciendo saludos. Por arte de hechicería, el patio del Palacio Nacional fué convertido en hermoso salón de baile. El adorno era nuevo y de muy buen gusto; una gran tela circular impedía que las estrellas animadas que brillaban dentro del salón pudieran departir con sus hermanas las estrellas del firmamento.

El piso estaba alfombrado de blanco. La

pared del frente había sido adornada con verdadera habilidad artística: un fondo formado de hojas verdes, matizado á intervalos con capullos de rosa, suavizaba la claridad de centenares de bujías y le daba un aspecto femenino del más amoroso efecto. Había presidido al adorno del salón un conocimiento exquisito de lo agradable á los ojos, al olfato y al tacto: los sentidos se sentían allí tan acariciados que en vano se hubiera tratado de reaccionar contra el encanto, para darse cuenta fríamente de la situación.

Cuando llegué, el Palacio estaba literalmente lleno. No me atreví á entrar: los hijos de la Grecia se purificaban para sacrificar á sus dioses; y yo próximo á depositar mi ofrenda de admiración en aquel altar delicioso, me sentía muy lleno de pensamientos pecadores para aproximarme con toda tranquilidad.

—Desecha el miedo, me dijo un amigo, y acércate á contemplar ese *hervir vividor* del salón.

Temblando, sintiendo que mi corazón se debatía insanamente en el pecho, como si se quisiera escapar, avancé unos cuantos pasos...

..... Mis párpados se cerraron instintivamente, la retina pretendió refugiarse en el fondo del cerebro: aquel lujo de fulgores me había herido con viveza no esperada. Poco á poco me fui acostunbrando á recibir aquellos manojos de luz. Dirigí la vista hacia el piso superior y pude contemplar á todo mi sabor, aquellas barandas cargadas de lindas muchachas, graciosas y provocadoras, colgando de las rejas como las uvas pintonas de las vigorosas parras.

Momentos después se dejaron oír los arpejos y andantes encantadores de la orquesta, y regocijados ante aquel alegre acorde, los caballeros se apresuraron á ofrecer el brazo á las damas, con esa galantería propia del siglo XVIII. Entre aquel inmenso grupo que se paseaba "ajustando el paso al ritmo de la lira", distingo desde luego al señor Presidente de la República y á la elegante cuanto estimable señora de Aragón; al señor Ministro de Hacienda que caminaba orgulloso ostentando la belleza incomparable de doña Pacífica Fernández de Soto; al señor Ministro de Gobernación que acompañaba á la culta señora de Sáenz y así sucesivamente siguieron deslizándose ante mi vista aquellas diversas figuras—dechados de buen tono,—cuyos pasitos cortos y pequeños resonaban sordamente en el tapiz.

¿Queréis gozar en todo de aquel olear de ondas humanas, y sentir el vértigo producido por aquella confusión de colores y de formas? Pues subid conmigo al piso superior.

Fijad la vista en ese balanceo voluptuoso, en ese mar en que cada ola se transforma en espuma luminosa. Este cuadro me trae á la memoria el océano contemplado á la luz de los astros, cree verse en su superficie millares de chispas vivientes que flotan y se balancean, circundando en su centro caprichosos fuegos fatuos que se persiguen y se cruzan. Estas sú-

bitas apariciones se unen, se separan, únense de nuevo y acaban por formar una inmensa cascada de fosforescencia azulada, blanquecina, pálida y vacilante, en cuyo seno se distinguen, de trecho en trecho, pequeños soles deslumbradores. El remo de la barquilla que se distingue á lo lejos, "arranca en cada golpe chispas de luz, aquí débiles, poco movibles; allí resplandecientes, vagabundas y regadas como un semillero de perlas en los matices del iris".

Apartemos la vista, porque siento que el vértigo quiere dar buena cuenta de mi cabeza. El placer palpitante de la retina concluía con un estremecimiento. Indudablemente, estaba mareado. Y así era en efecto.

Me bastaba cerrar los ojos para obtener la visión de mil fantásticos cuerpos de mujer, que pasaban como en un caleidoscopio, llenando mis ojos de líneas voluptuosamente ondulantes, y de colores que no los pintara más ardientes el Tintoreto, ni los hiciera Rubens mas carnosamente tentadores; el menor roce de mi cuerpo parecíame que fuera contra telas raso, blandas y nuelles como la caricia de una mujer tropical; pasaba las manos por el vacío, y el vacío cosquilleaba mi epidermis de una manera enloquecedora, dándome la sensación de una carne satinada y temblorosa.....

Por fin las notas de la orquesta se extinguieron, y la calma quedó restablecida.

En aquellos momentos me dirigí á un grupo de elegantes que conversaban con animación, ó mejor dicho que discutían con calor. Y para ello había sobrada razón: se trataba nada menos que de colocar la corona del triunfo sobre las sienes de la más hermosa; aquellos señores defendían sus candidatas con más ardor que los diversos partidos monárquicos en las cortes españolas de 1870, cuando se trataba de dar un sucesor al trono de Recaredo.

Vamos, desengañate, la reina del baile es indudablemente Carlota Pinto. Fíjate en esa belleza escultórica, en esa majestad.....

—Es bellísima, pero contempla esa figura sonrosada, esos negros y rasgados ojos de Mercedes Pinto, y confiesa que es hermosa entre las hermosas.

—No le niego su hermosura, pero mi voto.

—Mira, al contemplar á Mercedes, me acuerdo de la reina de Egipto cuando salió al encuentro de Antonio; veo el cuadro descrito por Plutarco con todos sus poéticos detalles: Cleopatra, maravillosamente bella, está reclinada sobre blandísimos almohadones de púrpura; un blanco toldo sujeto por cuatro columnas doradas la hurta á las caricias del sol; sus esclavas la abanician para refrescarla, y los remos golpean dulcemente el agua al compás de la música de las flautas egipcias.....

—Buena imaginación tienes. Yo no hago imágenes; sencillamente contemplo á Carlota, y aquella hermosura me rinde: su cutis es seda japonesa, el color de las mejillas es una aurora con sus tintes de nácar y hay una frescura y

una morbidez en las carnes, encantadora; los dedos son hojitas de rosa, la boca tiene un perfume de durazno; son sus labios suavísimos y húmedos; la sonrisa es de una pureza angelical, el metal de voz un canto; todo aquel cuerpo tiene una gracia natural y un exhuberancia de vida que atrae y subyuga.

—Está bien, pero yo conservo mi opinión.

—Y yo la mía.

Y aquellos caballeros que habían luchado como buenos, se fueron cada uno por su lado. Entre tanto, yo pensaba: ¡quién puede ser juez en este torneo de la belleza?

Continúo mi paseo por aquellas galerías, y al bajar la escalera me encuentro con un amigo íntimo: la satisfacción le irradiaba en el semblante.

Te diviertes mucho? le pregunté.

—Psth! no me dejo arrastrar por la ola de las alegrías humanas; pero en cambio siento deliciosa fruición al cruzar unas cuantas frases con mujeres espirituales, llenas de un resplandor voluptuoso, que encadenan el espíritu y lo tienen en suspenso. En estos momentos acabo de conversar con María Luisa Argüello. ¡Qué espíritu tan superior! Hay tanto de fresco, de vivo, de amoroso en toda su persona, que yo, cuando me encuentro á su lado, no acierto á pronunciar palabra que tenga traje de buen sentido. Y es que aquella fisonomía intelectual ejerce encantos indefinibles: el espíritu de María Luisa es elevado, bellísimo, discreto; grandes cualidades que se completan con la suprema benevolencia de su corazón.

Y así es en efecto. Con un apretón de manos hice comprender á mi amigo que estaba de acuerdo con él, y nos separamos.

En aquellos momentos me dirigí al salón; quería contemplar el lienzo, ya que las figuras no se movían, ya que estaba quieta "la rueda del gran Caleidoscopio."

Desde el punto de mira que escogí, pude contemplar las líneas y relieves de ese tipo admirable que se llama Paulina Esquivel; al verla me pareció escuchar una melodía indefinible de esas que llegan al oído y dejan en suspenso el corazón.

Y ahora que recuerdo, también ví á Celina Fernández que se paseaba alegre y satisfecha, llena de inefables murmurios y de inocencia encantadora. Celina es una de esas perlas que dejan los genios de la noche sobre las flores.

Cerca de mí cruzó un perfume convertido por un capricho de las hadas en mujer. Era Rosita Gutiérrez.

¡Qué hermosa es! oigo que exclaman á mi lado. Vuelvo la vista y me encuentro con una de esas figuras que recuerdan la Venus del Ticiano: aquellos brazos mórbidos, aquel seno desbordándose soberbio de un corsé prendido con elegancia, aquel garbo encarnado, todo me hace creer que es Juno la que ha pasado junto á nosotros; pero mis amigos me sacan del error y me dicen que es Julia Alvarez.

Julia se ocultó ya entre la inmensa concu-

los caballeros que formaron la *comisión del baile*, porque á su esmero debimos esas gratísimas horas.

—Muy bien, mi señora; me ha dado Ud. todo el material necesario para escribir mis apuntes.

Ya es tiempo de abandonar este lugar.—Las nubes mensajeras del oriente anuncian á la tierra la llegada de su amante; el astro-rey embriagado de amor, se aproxima ya á estampar un beso en la frente de su amada. Dejemos, pues, este lugar antes de que la aurora se abra paso en el horizonte.

Adiós noche bellísima de las ilusiones color de rosa! Que podamos recordar tu imagen en las horas de felicidad. Que tu recuerdo sea tan bello como el primer rayo de esperanza que cautiva el corazón.

ODÍN.

De Heine.

I.

Los tilos abrían sus flores hermosas,
Y alegre vertía mil rayos el sol;
Sus líbios de grana los míos besaron
Y el alma abrasarse sentí con su amor.

II.

Caían las hojas á impulso del cierzo,
Los lindos botones tronchaba, el turbión;
Adiós! yo le dije con hórrido acento...
Casado se había, matando mi amor.

Puntarenas—1887.

MILETTO.

CRONICA.

En el nombre del Padre. Quieto, revisero, que ya esa gracia no tiene gracia. Las cosas gustan cuando son nuevas y cargan cuando se repiten. Así principiaste tu anterior revista y no me hace feliz que ésta comience del mismo modo. Atornilla el magín hasta que chorree otra frase de apertura, porque lo que es aquella mística ya pasó de moda.—Corriente, musa inspiradora de estas revistas; no será por cosa tan baladí que habremos de reñir. Si te amosca que principie santiguándome allá va una introducción pagana: ¡Oh Dioses del Olimpo! ¡Musas que os bañáis en la Castalia fuente, venid, acorredme, prestad á mi trompeta revistera, felices notas, para que pueda cantar los nunca vistos hechos de esta quincena!!—¡Uf!! cállate

ó reviento. Principiar una crónica de periódico con el tono de una epopeya! Pues tiene gracia. Bonito vas á quedar con esas introducciones; mejor será que no le pongas obertura á esta pieza y que dejes los exordios para otra ocasión. Principia *ex abrupto* y quedarás mejor.—Amén.

Abella se ha lucido, eso es indudable.—No, y la verdad es que tiene buena presencia, canta muy bien, tiene modales distinguidos, etc., etc. Suma lacónica: es buen actor.—El beneficio no ha dejado que desear.—La zarzuela escogida por él es una de las que más partidarios cuentan entre nosotros.—Además de tener una música preciosa el argumento es de bastante interés y de buen desarrollo.—No obstante los pequeños lunares que tiene esta obra, las irregularidades artísticas que la oscurecen y su saborsito romántico é inverosímil puede decirse que es una de las piezas que más han gustado en Costa Rica.—El señor Abella que hacía el principal papel trabajó con maestría.—Su voz agradable y llena supo arrancar nutridos aplausos.—Después del primer acto el beneficiado cantó una aria de la ópera *Hernani*; fué muy aplaudido y obsequiado con varias regalos entre los que iba una cartera que á todos nos dió mala espina.—Aquella cartera como que llevaba una alma adorable. Celebramos que el simpático barítono haya obtenido tan justo triunfo.

El tenor cómico de la Compañía Villareal don Manuel Iglesias tuvo su función de gracia el sábado pasado.—Con muchísimo tino escogió una pieza en que además de la belleza de la música y de la chispa que aviva toda la obra, el beneficiado tiene ancho campo en que lucir sus dotes, pues el papel que desempeña es uno muy adaptado á su carácter y como absolutamente cómico entra de lleno en ese género en que el señor Iglesias sobresale. Bella la obra por una parte, y trabajando el artista en su verdadera cuerda, no podía esperarse sino que el público quedara complacido en alto grado, como sucedió.

La petipieza "Hija única" es bonita y coloradita. Creo que toda la función fué muy gustada. Felicitamos al señor Iglesias.

Cría fama y échate á dormir.—Cartago ha sido siempre el por ejemplo de los pueblos tristes. No había uno solo de los que habitamos aquende el Fiero, que al tratar de Cartago, no arrugara el ceño y haciendo un movimiento de hombros que expresaba su desprecio, dijera con compasivo tono: "si aquello es una verdadera necrópolis; si por allí discurren fantasmas silenciosos; si allí no se puede vivir porque no hay más que iglesias y tristeza.—Sí! pues lo que es hoy el que eso diga *anatema sit*, porque ha dicho una mentira más grande que la pirámide egipcia.—A pesar de su fama, Cartago es hoy la provincia que más se divierte.—Allí se baila por un quitame estas pajas, se pasea por fas y por nefas, se goza á las mil y una maravillas.

Aquella sociedad simpática sabe buscar, después de su trabajo, el rato de solaz, se reúne, se divierte y disfruta de los placeres que se puede proporcionar una población unida y culta.

Las fiestas de los Angeles estuvieron magníficas.—El segundo día, lunes, hubo un baile en casa de don Juan F. Ferraz.—Poca era la concurrencia, pero escogida.—Lucieron esa noche sus gracias flores de lo más exquisito que tiene nuestro jardín femenino.—A las dos de la mañana concluyó aquella agradable reunión, saliendo todos los concurrentes pagados de la finura de los dueños de casa, y muchos con algo de menos: con el corazón que se quedó encerrado en la corola de algunas de aquellas FLORES.

Me declaro deudor remiso.—Estoy comprometido á hacer la revista detallada del baile del 15 de setiembre; pero mejor será que encargue á mi amigo Odín del pago de esa deuda, convencido de que los lectores ganarán muchísimo en el cambio.

Cuéntenos él con su brillante pluma las impresiones que experimentó en esa noche; díganos como es que de tanto ver puede alguien quedarse ciego; trace con colores delicados el bellísimo cuadro de aquella noche.—Aquel ramillete selecto, aquellas niñas encantadoras, ideales, bien pueden poner una flor en su revista: aquellos almibarados mositos que hacían la rueda á las señoritas, relamiéndose los bigotes, bien merecen un pinchazo de su pluma: la penumbra que envolvía el salón, que lo idealizaba, asemejándolo al alma de una niña de quince años que empieza á distinguir un rayo de luz rompiendo la densa y encantadora oscuridad de la inocencia, como dice Víctor Hugo, penumbra bella que parecía el punto de contacto entre la última fugitiva sombra y la primera onda de claridad, harán que el recuerdo de esa noche se revista de tintes poéticos en la imaginación de nuestro amigo Odín.

Próximamente llegará á nuestras playas el vapor "Orinoco". Él devuelve hoy á su patria un tesoro de inestimable precio. Adela Herrán, después de larga permanencia en Europa, regresa á este pequeño rincón, donde si no encuentra las bellezas y la grandiosidad de las ciudades europeas sí encuentra algo que es de mayor valía: un caudal de finísimos afectos, mucho cariño, la sincera amistad de todos aquellos á quienes ella, con su afable trato y sus bellas cualidades, ha sabido encadenar con la más fuerte y más dulce de las cadenas, el aprecio verdadero.

Las dificultades que presentan la formación y el tiro de dos periódicos tan grandes como "El Maestro" y "Costa Rica Ilustrada" nos obligan á retardar el próximo número de este periódico y á cambiar, para lo sucesivo, el día de su salida. Del número 9 en adelante nuestra revista verá la luz los días 8 y 22 de cada

mes, prometiendo á nuestros abonados y al público estricta puntualidad.

Saludamos, afectuosamente al señor Dr. don M. Ugarte y deseamos que su permanencia en Costa Rica le sea tan grata que si es posible mitigue la pena que mortifica al que se tiene que ausentar del suelo patrio.

A nuestros estimados amigos don Federico Volio y don Aquileo J. Echeverría les damos nuestra afectuosa despedida, deseándoles el viaje más feliz.

Y ahora, mis queridos lectores, hasta el próximo número, si es que Uds. ó yo no nos hemos muerto.

MR. RENARD.

No habiéndonos sido posible publicar en el número anterior la siguiente manifestación, lo hacemos con el mayor gusto en el presente.

Manifestación.

Una deuda de gratitud he contraído con el generoso público de Costa Rica, especialmente en la velada de mi beneficio.

El escogido y numeroso concurso que esa noche me honró con su presencia, las flores, composiciones poéticas y demás inmerecidas ovaciones con que el galante público me festejó, han dejado grabada en mi alma profunda impresión que conservaré y llevaré á todas partes, como el recuerdo más grato de esta hospitalaria y hermosa tierra centroamericana.

Reciban, pues, todas esas personas, por medio de la presente, la expresión sincera de mi reconocimiento y eterna gratitud.

CARMEN FERNÁNDEZ DE CAPDEVILA.

ANUNCIOS.

Juan Francisco Echeverría.

Jenaro Castro Méndez.

ECHEVERRIA & CASTRO,
Corredores Jurados y
Comisionistas.

Apartado 103.
Cable "Echeverría."

2 Calle General Fernández.
SAN JOSÉ, COSTA RICA.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTOR,

Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-50 trimestre adelantado.
En el extranjero..... " 1-00
Número suelto..... " 0-15
Números atrasados..... " 0-25

{ Año I. Núm. 9. }
San José, 22 de octubre de 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*Un pasco á la presa y lago de Gileppe*, por J. F. Peralta.—*A la luna*, por Justo A. Facio.—*Mi familia*, por Simplicio Cucufate.—*Solozos*, por "—*Perdón*, por Carlos A. Imendia.—*Un pasco delicioso*, por Zadig.—*A la señorita Carlota Pinto*, por "—*Un medio de salir de la pobreza*, por Matatías.—*Descanto*, por Luis R. Flores.—*Crónica*, por Mr. Renard.—*El amor*, por X.

Grabados.—Rosalia.—Teatro de Covent Garden de Londres.

Música.



ROSALIA.

Un paseo á la presa y lago de Gileppe.

Era el 26 de agosto. El cielo que se mostraba puro y recibía los resplandores de un sol de verano, inspiraba confianza á los que en busca de excursiones y de una naturaleza sonriente habían escogido á Spa como lugar de verano. Las montañas de la vecindad, rejuvenecidas con las lluvias de los días anteriores, aparecían llenas de verdura. Con un tiempo tan hermoso todo el mundo se preparaba para el paseo. Por nuestra parte la decisión estaba tomada, iríamos á ver la presa y lago de Gileppe.

Spa, coqueta ciudad que ocupa un nido de verdura formado graciosamente por las últimas ramificaciones de las agrestes Ardenas, es uno de los sitios más nombrados en Bélgica por la excelencia de sus aguas ferruginosas y por sus preciosos alrededores. Esta ondina de las fuentes y montañas recuerda con orgullo los nombres de Pedro el Grande; el de la Duquesa de Orleans, madre del rey Luis Felipe; el de Gustavo III de Suecia, y otros personajes notables, obligados, á pesar de su orgullo y de su alta jerarquía social, á buscar como todo el mundo un alivio para sus enfermedades.

La topografía de Spa y de su región es sumamente particular é interesante. Las montañas en su mayor parte están formadas por capas de pizarra, pero lo más curioso de todo es la variación que se presenta en la naturaleza del lugar, los paisajes varios que resultan de la bifurcación de las colinas, que forman á cada paso, ya un gracioso valle, ó bien una agradable hondonada, donde se divisan con profusión las quintas aristocráticas y rústicas, y los pueblecitos agrupados en torno de sus modestas iglesias.

Cada paseo que se hace desde Spa merece su descripción particular; aquí nos limitaremos á hacer algunos recuerdos de nuestra excursión á Gileppe.

Llegamos á aquel lugar siguiendo un pintoresco camino. La impresión que nos produjo, al bajar una colina, la vista de un gran receptáculo de agua contenido por una enorme presa de piedra, fué en extremo agradable.

Antes de hacer la descripción me parece mejor dar á conocer el origen de aquel magnífico trabajo: Verviers, ciudad situada entre las Ardenas y la frontera de Alemania, que había recogido la industria agoni-

zante de las antiguas ciudades belgas, carecía de agua para mantener en actividad las numerosas industrias que en ella habían llegado á establecerse. La ciudad estaba amenazada de muerte. Se idearon cuantos medios estaban al alcance de la inteligencia para remediar el mal. Dos hombres de energía propusieron la creación de un lago artificial, aprovechando para ello alguna hondura de las Ardenas. Después de prolongados estudios su vista se fijó en el valle del riachuelo Gileppe, pero antes de tomar una decisión era preciso conocer las montañas vecinas; ver si en ellas podía encontrarse un sistema de rocas de dirección vertical para poder asegurar hasta en el interior de las colinas las extremidades del muro interceptor que debía construirse, para cuyo conocimiento se tallaron en el interior de las montañas vastas galerías, que hoy se admiran. Una vez seguros de la resistencia del terreno comenzaron los trabajos de la presa y lago artificial, que duraron casi diez años.

Para que se pueda tener una idea clara de las proporciones de aquel trabajo, anotaremos algunas medidas que merecen entero crédito.

La presa tiene en su base 82 metros de extensión, contando en la parte superior 235. La altura del muro es de 47^m, y si se cuenta con un hermoso león de piedra que corona la presa del lado izquierdo, alcanza á más de 69, lo que da una altura mayor que la de la torre de Nuestra Señora de París y mucho mayor que la del Arco de Triunfo, que en la misma ciudad mandó levantar Napoleón I para inmortalizar sus victorias.

Diríase,—cuando se está al frente de la hermosa muralla, por un lado de forma piramidal y por otro vertical,—que uno se encuentra en el país de las pirámides y esfinges, ó ver algún coloso de las antiguas y famosas capitales de Asiria y Babilonia.

La anchura de la presa es de 66^m en la base y 15 en la parte superior. Bien se comprenderá la poderosa resistencia que presenta aquella muralla á las aguas del lago, que cuenta con una extensión de 800000 metros cuadrados (80 hectáreas), comprendidos entre 2.000 de longitud y 400 de anchura. La profundidad del lago llega en ciertas partes á 47^m.

Actualmente ese hermoso receptáculo asegura la prosperidad de Verviers, y la industriosa ciudad ve alimentadas con abundancia sus numerosas máquinas. Los teji-

dos y paños de Verviers son muy estimados en Bélgica y en el extranjero. Nosotros hemos tenido la oportunidad de visitar algunas de sus mejores fábricas. Los productos vervieteses, según el decir de los expertos, son superiores á los alemanes é ingleses para el consumo de las gentes del pueblo, pues á su mayor baratura debe agregarse la superioridad de los tejidos en cuanto á su duración. Los industriales de Verviers proveen de uniformes al ejército belga.

Volviendo á la presa diremos que, á pesar de las moles enormes que la forman, el agua pasa al través, lo que prueba la imposibilidad de las presas perfectas y la porosidad de los materiales. Juan Guillermo Bidaud, autor del proyecto del "Barrage de la Gileppe", lo había previsto y en consecuencia, quiso que se construyera un desagüe en el interior del muro, destinado á recoger el agua que gota á gota, llega de los lados.

La filtración se ha calculado que es de un litro por segundo, lo que da un total de 864000 litros por día.

El león de piedra que en otro lugar hemos mencionado, es obra del escultor belga Felix Bouré. El pedestal sobre que reposa aquel hermoso emblema de la fuerza belga, cuenta 8^m de altura; el león 13.50 de alto, 16 de largo y 5 de ancho. Estas dimensiones hacen ver lo imposible que sería encontrar un parecido, aun en los desiertos arenales y salvajes montañas del Africa. En la imposibilidad de esculpir tamaño animal en una sola piedra, Bouré tuvo que formarlo con trozos diversos de piedra, empleando en el trabajo 183 piezas que representan un peso de 300000 kilogramos. De un lado del pedestal, mirando hacia Verviers, hay una inscripción que dice que aquellos trabajos "fueron construidos bajo el reinado de Leopoldo II"; del otro lado los viajeros han respetado la blancura de la piedra; sólo había un letrero que decía: "Estudiantina Española. 13 de mayo de 1883". Aquellos simpáticos artistas no respetaron la costumbre, con la autorización que les daba sin duda el saber arrancar tan preciosos sonos á sus guitarras y bandurrias.

Otro trabajo importante es el acueducto que de Gileppe lleva las aguas á Verviers en una extensión de 9 kilómetros, estando además enlazados los dos lugares por una línea telegráfica, la mayor parte subterránea y que sigue el acueducto.

El angosto valle del Gileppe ha quedado dividido por la presa en dos partes desi-

guales. Aquella construcción ofrece la mayor confianza. Desgraciados de los habitantes que tienen su morada en la continuación del valle, si el muro llegara á romperse al empuje del agua. Para divertir la fuerza de presión los ingenieros hicieron abrir á uno y otro lado de las colinas limitantes, especies de brazos en forma angular que dan entrada al agua.

La magnitud del trabajo que hemos descrito se realza con lo pintoresco del lugar. Al frente una colina rocallosa poblada de árboles en su parte superior y que da la vuelta al lago; del otro lado el camino que llega de Spa y por último, la continuación del valle cautivo.

Pero era ya tarde. El sol comenzaba á ocultarse entre las montañas y una brisa agradable que se abría paso por entre los agrupados pinos y cipreses de las comarcas vecinas, llegaba á animarnos para el regreso.

El camino hacia Spa nos pareció más pintoresco que como lo habíamos visto en la mañana, sin duda por la ausencia del calor.

Salido que hubimos del valle de Gileppe nos encontramos con el del Vesdra, pequeño río, pero sumamente importante en la industria de aquellas regiones; luego montamos un camino desde el que divisamos las fronteras de Alemania, como Moisés pudo haber visto la tierra prometida. La patria de Bismark dejaba ver de cuando en cuando alguna chimenea industrial, ó bien un pueblecito cuyas casas semejaban puntos perdidos en el espacio.

También tuvimos ocasión de ver el bosque de Hertogenwald; víctima en días pasados de un voraz incendio. El fuego, que comenzó del lado de Prusia, abrasó una extensión de más de 25 leguas. En algunos puntos todavía se veía humear la tierra, aunque hacía más de veinte días que el incendio se había declarado. La devastación fué grande. Lo que hacía poco deleitaba la vista con sus árboles y verdura estaba convertido en triste desierto de ceniza y carbón. Dicen que el espectáculo del incendio fué grandioso, y poco trabajo costará creerlo al pensar que las llamas devastadoras se alzaban al mismo tiempo por leguas y leguas.

Del pequeño valle del Vesdra y colinas que lo rodean, entramos á la provincia de Luxemburgo, que se recorre en una pequeña extensión, para encontrar de nuevo la de Lieja, hasta llegar, por entre prolon-

gadas filas de olmos y pinos, á la risueña
Spa.

JOSÉ F. PERALTA

Spa, 28 de agosto de 1887.

A LA LUNA.

¡Oh Luna, Luna,
Cuán dulcemente resbalas
Por el éter cristalino
Sin nube alguna
Que descolore tus galas,
Mientras que sigues tus huellas
Del cielo en el manto fino
Fúlgida corte de estrellas.

Cuál me embeleso
Cuando pasas indecisa,
Y al mirarte tan hermosa
Te pido un beso
En el soplo de la brisa,
O en el rayo transparente
Que apenas temblando roza
Mi descolorida frente.

Ay! si le siento
Tanto me consuela, tanto,
Tu luz amorosa y grata
De mi tormento,
Que hasta recobro el encanto
Por largo tiempo perdido
De que me priva la ingrata
Que así me tiene affigido.

Tú sabes, Luna,
Que aunque la idolatro ciego
No se cura de mi lloro
Que la importuna
Ni escucha fina mi ruego:
Por eso me ves tú sola
El desdén de la que adoro
Lamentar bajo tu aureola.

Sí, ya me viste
A la luz con que refleja
Tu misteriosa tristura
Errando triste
Cuando en són débil mi queja,
Que en el silencio resbala,
Gimiendo va de ternura
Del cefirillo en el ala.

Que me entretiene
Bajo tu dosel sentado
Murmurar la pena grave

Que así me tiene
El corazón lacerado,
Pues pienso en mis agonías
Que tu destello más suave
Consoladora me envías.

Si por mi suerte
Compasiva cual tú fuera
La ingrata cuyos enojos
Me dan la muerte,
Yo tu hermana la creyera,
Porque hay de tu luz preciada
En sus dulcísimos ojos
La claridad argentada.

Mas ay! aunque ella
En sus ojos te retrata,
Tú eres reina de la altura
Por ser tan bella,
Ella es reina por ingrata,—
Pues se burla de mi lloro
Y de la misma ternura
Con que rendido la adoro.

Pero la pena
Que con su enojo recibo
Halla en tu faz argentada
Triste y serena
No sé qué dulce atractivo:
Por eso, Luna, en mi duelo
Vengo en la noche callada
A contemplarte en el cielo.

Porque inspirado
Al verte en mi desvarío
Pálida hacer tu sendero
Tan prolongado,
Que eres una reina fío,
Nunca de allí destronada,
A quien amor traicionero
Lleva con la faz velada.

Que esa tristura
Con que ilumina tu lumbre
Dice de un alma intranquila
Que amor tortura
La infinita pesadumbre,—
Pues, Luna, no es llanto tuyo,
Que amor vierte, el que titila
De la flor en el capullo?

Tu rayo triste,
Del alma que ama delicia,
Que con azul transparente
La noche viste,
No es una dulce caricia,
Acaso un beso, una queja

Que tiembla sobre la frente
Del ingrato que te deja ?

Ah! pobre, pobre,
Si es el amor quien te daña . . .
Nunca será que en la vida
Calma recobre
El que lamenta su saña:
Yo te lo digo, pues quiero,
Y quien me causa la herida
Sabe que de ella me muero.

Sigue y recorre,
Oh Luna, tu eterna vía,
Sin que de tu faz en tanto
El tiempo borre
Tan suave melancolía,—
Que á su apacible destello
Hasta mi rudo quebranto
Me parece dulce y bello.

Noviembre de 1878.

Justo A. Facio.

Mi familia.

PARTE I.

Mi tío Silvestre

Don Silvestre Cocobola y Cedroamargo, es persona respetable, aunque no muy respetada. Cincuenta y cinco años sonados y mal gastados. Visto de lejos, parece mi tío una persona cualquiera; mas examinado de cerca, se parece á todo el mundo, lo cual halaga enormemente su vanidad, porque él se cree un original. Por lo que hace á carácter, es todo un hombre, y lo ha probado, negándose rotundamente á pagar los impuestos municipales y algunas otras cuentas.

Solterón de oficio y de este vecindario, mi tío Silvestre merece á pesar de todo, la estimación de las personas honradas que no lo conocen.

Cuando joven fué santurrón y devoto, y hoy es un espíritu fuerte y un corazón débil. Vió con indiferencia á las hijas de Eva cuando ellas quizá lo hubieran distinguido hoy no piensa ni habla más que de ellas, y con ellas; pero . . . ellas no piensan ni hablan nunca de él, ni con él.

Mas él es feliz, porque todo lo mira bajo el prisma favorable de su senil vanidad. Una niña se esconde cuando pasa; es

porque no quiere ser vista por él, sin arreglarse el peinado ó el traje. Al contrario sucede con Ceferina, que suelta la carcajada apenas ve á don Silvestre; es porque su presencia la llena de alegría, ó por disimular su emoción.

En lo físico, su pasaporte, pedido por él, una vez que proyectó un viaje á Amapala, hace su señalamiento como sigue: "Silvestre Cocobola y Cedroamargo, cincuenta años, alto de cuerpo y muy delgado, nariz de lora, ojos negros de tepescuinte y boca de arenque; orejas de pollino, barbas de cabro y cabeza de chivo. Aspecto general, el de un alcaraván. Señales especiales: un mordisco en un carrillo y dos lobanillos en el cuello. Dentadura, sólo le queda un colmillo solitario y dos muelas averiadas."

El método de vida de mi tío Silvestre es digno de imitarse. Almuerza donde su hermano; come en casa de una sobrina y duerme en un cuarto que se le ha apartado en la casa de su cuñado. Lee los libros que le prestan, de los cuales unos devuelve y otros adquiere por prescripción. Jamás ha comprado paraguas ni sombrero, porque toma el primero que encuentra en las antesalas, y en los bailes cambia el sombrero por otro más nuevo, sin perjuicio de salir con abrigo ó bufanda de las casas donde entró sin nada de eso.

El que quiera conocer á mi tío Silvestre, haga una excursión al Mercado un sábado, ó domingo de Lotería.

Veis á aquel viejecito recostado á un pilar del edificio? Observadlo con atención. Mirad como sigue con la vista y aun echa un piropo á cada una de las no arrepentidas Magdalenas que pasan cerca de él. A veces hace como que contesta con la mano ó la cabeza á un saludo ausente ó imaginario. A las *leonas* del día no les da el tratamiento de *Señorita*, sino que las llama por su nombre de pila: Delfina, Julieta ó Adelina; lo que según él, le da un aire de colegial, ó como si digéramos, discípulo ó amigo de infancia de ellas.

No hay, pues, nada de ofensivo en su modo de ser con las bellas. Respecto de los hombres, eso es otra cosa. Mi tío se cree de buena fe una persona importante á quien la sociedad no ha hecho justicia. De allí viene que para él no hay Gobierno bueno. Según cuenta, todas las administraciones lo han llamado á ocupar Secretarías de Estado; pero él no ha querido

perderse en la opinión, y se conserva puro é inmaculado. Afirma que tal ó cual medida se le ha consultado y él ha dicho á los hombres del poder, verdades amargas que le han sufrido para no malquistarse con el pueblo. Todo destino es mal servido y peor pagado. Cuando se habla de un mal empleado, no falta tío Silvestre de decir: que si á ese cargo le pusieran un buen sueldo, él lo aceptaría; como si sólo esperaran su anuencia para ofrecerle todo cargo público que le agrade.

Manías, todos los hombres ilustres, inclusive el señor Cocobola y Cedroamarago las tienen. Veamos algunas de ellas. Movimiento perpetuo de las piernas del siguiente modo: cuando está sentado, cruza una pierna sobre la otra, y comienza un repique ó meneo constante que hace mover las mesas y objetos que sobre ellas se tienen. A algunos produce mareo ese temblor sempiterno y á todos fastidia ese motor sin objeto ni fin conocido. Si mi tío está de pie ó recostado, no son sus piernas las de la acción, sino sus dedos. El procedimiento entonces es menos bilioso, pero mil veces más molesto para las personas nerviosas, y consiste en un redoble con variaciones de marcha, hecho con los dedos sobre el primer objeto sólido que esté al alcance de mi dichoso pariente. Todo esto son pequeñeses disimulables; lo que sí caracteriza y distingue á don Silvestre de la generalidad de los mortales es su espíritu de contradicción y una aspiración desmedida de ser un tipo original.

Ejemplo de lo primero.

Simplicio.—Buenos días querido tío.

Mi tío.—Buenas tardes caballero (esto para no convenir en que estamos en la mañana y que soy su sobrino).

Simplicio.—¿Que piensa Ud. sobre la cuestión del Parque Morazán?

Mi tío.—Pienso que los que piensan que el pensamiento del Gobierno sobre esa materia no ha sido bien pensado, no piensan bien ni piensan mal; pero los que piensan que pensar lo contrario es pensar patrióticamente, no han pensado lo que dicen ni han dicho lo que piensan.

Simplicio.—Aun no me ha dicho su opinión personal, sobre el hecho de haberse dado el nombre de Morazán al Parque proyectado.

Mi tío.—Mi opinión es totalmente opuesta á la de ambos extremos. Yo, Gobierno, para satisfacer la susceptibilidad de

todos, hubiera tomado el nombre de Morazán y lo habría dividido en dos, así: Mora y Zan. Hubiera llamado al Parque, de *Mora* y en ese parque construiría un teatro que se llamaría, teatro de *Zan*, y medio á medio colocaría la estatua de don Próspero. Entonces el extranjero leería de lejos: "Próspero Parque de Mora y Zan, y así todos quedarían contentos, inclusive los que fusilaron á Morazán, porque también yo lo parto medio á medio.

Simplicio.—La idea es nueva; más que nueva es sublime, de justicia, de buen sentido, y sobre todo, de sencillez democrática. Se me figura ver á Salomón mandando partir el niño disputado por las dos madres. Dios bendiga á mi tío Silvestre y toda su prole, entre la cual tiene el honor de contarse el que suscribe.

—:o:—

PARTE 2ª

Las hijas de doña Rogelia.

Mi tía Rogelia vive en la calle del Olvido n.º 101. Regordeta y rellenota de carnes y de ideas téticas y apocalípticas, es sin embargo una de las madres modelos en esta sucia y dichosa ciudad de San José. Siete veces bendijo Dios su matrimonio, y mis siete primas representan esas siete bendiciones.

¡Qué lástima que la juventud no sea eterna! Por desgracia, mis primitas fueron jóvenes, y la menor (veintisiete años) es ya una juventud en conserva. La mayor colea los cuarenta, y entra en los helados confines de la vejez; y á todo esto, ni un marido que se presente del sexo fuerte.

¡Pobre tía Rogelia, presidiendo semejante regimiento de solteronas!! Sí, la palabra es dura, pero exacta. Mis primas representan en sus dolorosos extremos las tres clases conocidas hasta aquí de solteronas. En ese calvario hay tres estaciones. En la primera, la paciente es aun amiga de la humanidad, porque aun conserva alguna esperanza de un matrimonio in-extremis. En la segunda, adiós los hombres y sus engaños. El fuego sagrado del corazón es empleado y consumido en una lora, un gato ó un perrito. Los efluvios de su alma, no comprendidos ni aun quizás apercibidos por ese animal sin plumas que se llama el hombre, han encontrado un ser peludo, em-

plumado ó escamado, que las comprenda, las quiera y las acaricie. En la tercera época solteronil, ya no son bastantes los cariños de Coscolina, ni los brincos del doguito Cook. Las monerías de la gatilla *Filis* no hacen ya sonreír á su desventurada dueña. El amor que es reconcentrado y abstracto en la solterona de 3er. grado, necesita algo más que un ser irracional que lo alimente. El hombre mismo es ya un ser inferior, incapaz de merecer tan sublime amor; y sólo Dios llena sus aspiraciones. La solterona de 3er. grado es, pues, esencialmente devota y religiosa.

Mis primas, además de solteronas, son pedantes y ¡¡tienen una lengua!! de la cual libre Dios á mi querido lector. Para ellas la asistencia al teatro es una falta; pero presenciar la representación de la *Mascota* ó de *doña Juanita* es un crimen, porque hiere sus delicados oídos. En vano han tratado de disuadirlas de ese error algunas amigas de ellas, tan inocentes y candorosas, como maliciosas son mis primas. Aquellas sostienen que han visto la *Mascota* y no han comprendido ni notado cosa que las sonroje, mientras estas últimas afirman: que esas zarzuelas son hechuras del diablo etc., etc., y ambas tienen razón. Una joven verdaderamente recatada é inocente no puede saber en que consiste la parte colorada ó atrevida de una escena; mientras que mis primas, que son medias viejas y graduadas de solteronas, tienen ya la suficiente malicia para distinguir el bien del mal. . . . A las primeras las salva su inocencia; á las segundas las condena su malicia. Repito que ambas obran de buena fe; pero el malicioso público suele reírse de las que más saben y hacer justicia á las que todo lo ignoran.

Esto es decir que mis remilgadas primas no han visto ni oído la *Mascota* y *doña Juanita*, y se comen vivas á las que las han visto. Contra este modo de ser no hay remedio, pues se dice que vivimos en el mejor de los mundos, y debemos suponer que lo que aquí pasa es lo mejor que puede pasar.

Por lo que hace al hábito de murmurar del prójimo que tienen las hijas de mi tía Rogelia, pienso que debemos sufrirlas con resignación, como un mal necesario: ¿no sufrimos el piquete de las pulgas?

Para mis primas, todo joven que visita una casa, es ó novio ó seductor de alguna hija de la misma. Para ellas ningún

matrimonio se hace por amor, sino por interés, ú obligados por las circunstancias. Toda mujer bella ó graciosa es tonta ó coqueta; los hombres que no las atienden son mal educados, y si esos mismos hombres atienden á otras, es con malos fines. En una palabra: son mis primas las siete plagas de Egipto; las siete peores vecinas; y aunque en cada familia se encuentran tipos semejantes ó parecidos, es de esperarse, para la tranquilidad pública, que no todos tengan las abundantes dotes que adornan á las hijas de mi tía Rogelia. Díxit

SIMPLICIO CUCUFATE.

SOLLOZOS.

Mis dulces pajarillos
los de melosa lengua,
aquellos de la pluma azul y jalde
de breve pico y de mirada tierna;

sabes á donde fueron
á cantar sus endechas?
Mujer, si tú lo sabes, dime, dime
quien ¡ay! me tiene con el alma enferma.

De la preciada jaula
rotas están las rejas,
y todo anuncia que atrevida mano
de muerte hirió mis avecitas bellas.

Oh mujer, si lo sabes
no ocultes la tragedia,
que si no eres motivo de mis lágrimas,
ya sé que el gato se almorzó mis prendas.

* * *

Perdón.

(A Daniel Huevo y Paredes.)

Para "Costa Rica Ilustrada."

Me habían ofendido: la calumnia
Hirió mi pecho,
Y me sentí sin fuerzas, y creía
Que me faltaba el aliento,
Y que la sociedad me miraría
Con marcado desprecio.

* * *

Busqué al calumniador, pude encontrarle
 Y, ¡ay! la calma
 Huyó cuando le tuve frente á frente,
 Y cuando vi en su mirada,
 Que desafiaba altivo, indiferente
 Mi cólera amarga.

*
 * *

Y llegó ese momento tan deseado:
 El ya no pudo
 Evitar mi venganza y mi coraje,
 Y tembló en aquel punto
 Al presentir lavado tal ultraje,
 Triunfante mi orgullo.

*
 * *

Iba á asestar el golpe, y me contuve;
 Recordé pronto
 Que mi madre me dijo: "Acción muy bella
 Es, hijo mío, perdonarlo todo;"
 Y me sentí feliz, y en nombre de ella,
 De corazón perdono.

CARLOS A. IMENDIA.
 (Salvadoreño).

Sonsonate.—1887.

UN PASEO DELICIOSO.

Era domingo y encontrándonos reunidos varios amigos dispusimos de común acuerdo largarnos al campo, donde esperábamos divertirnos en grande. Poner en práctica tan magnífico proyecto nos parecía lo más sencillo del mundo, no había sino irse derechito á una de tantas caballerizas, mandar ensillar sendos caballos y al avío. . . . Pero bien dicen que del dicho al hecho va mucho trecho, y que en todo caso es preciso contar ante todo con la huéspedada, factor *sine qua non* de las acciones humanas. El caso fué que los benditos animales, que habían de conducir nuestras humanidades por esos campos de Dios, se estaban muy tranquilos paciéndose en el potrero, dándoseles una higa de nuestra impaciencia. Nos aseguraron que era cosa de un momento, que el muchacho iría *volando* y antes de cinco minutos estaríamos ya en camino. Armámonos, pues, de toda nuestra paciencia, la que, á no dudarlo, hubiera merecido justos encomios del mismo Job en persona, quien á pesar de ser el prototipo de la cachaza, se hubiera fastidiado de lo lindo. Pasaron los cinco minutos y sesenta también antes de que el *alado* mozo diera muestras de existencia. Por fin al cabo de las cansadas, cuando ya estábamos por renunciar á nuestro proyecto, colocándolo en la categoría de los imposibles, vimos entrar unos animalejos, que no le iban en zaga á la célebre perrilla de Marro-

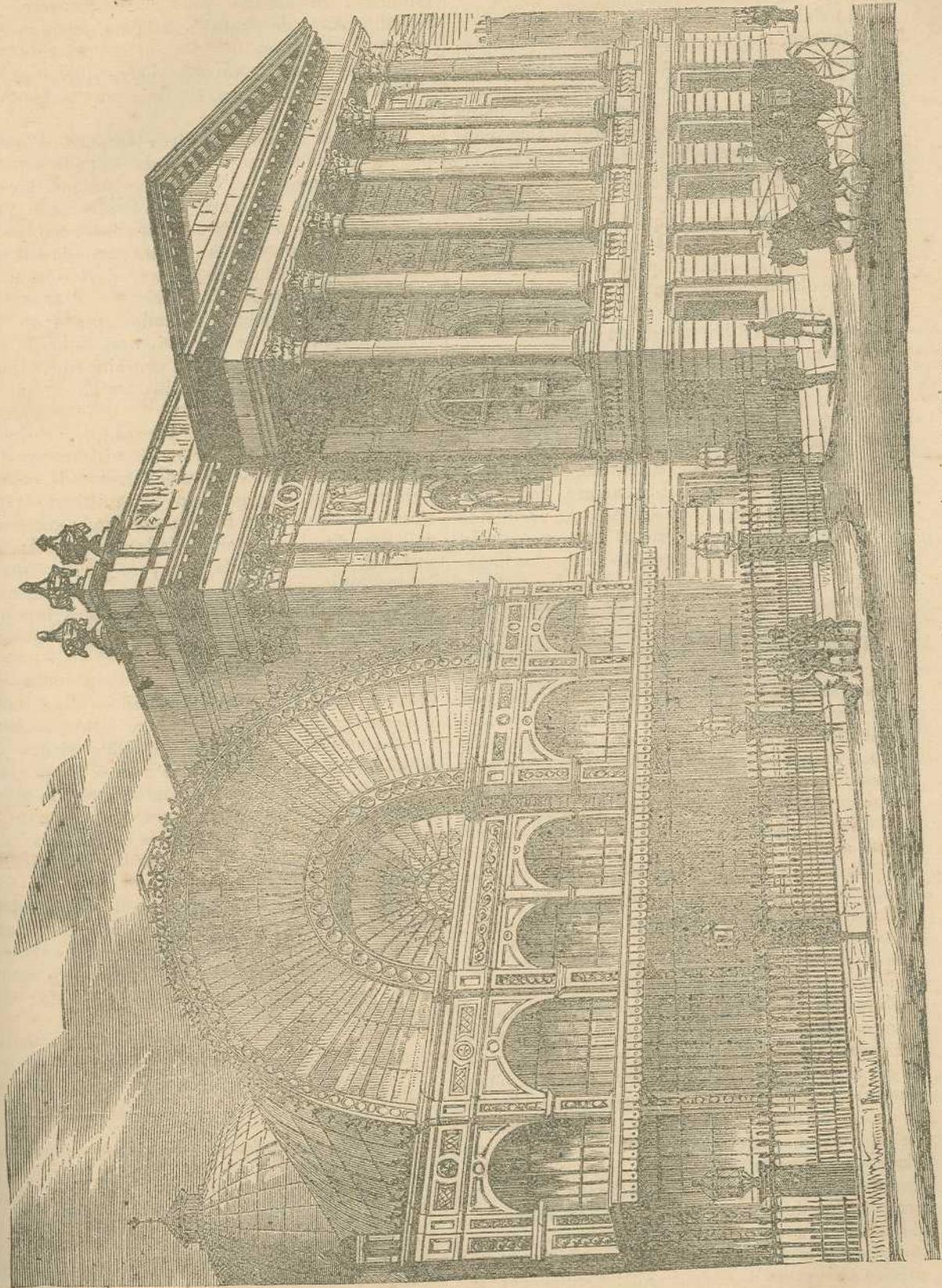
quín, pues ni eran caballos ni eran nada, y los derribaba un resuello, ni más ni menos que á la susodicha perrilla. Pareciéronnos los tales, que apenas lograban conservar la vertical por un verdadero milagro de equilibrio, más dispuestos á dejar sus huesos en cualquier parte que á llevar sobre sus matados espinazos la menor carga; y debimos poner unas caras un si es no es mohínas y desconsoladas, porque se apresuraron á traer á colación, así como quien no quiere la cosa, aquello de que nunca se debe juzgar por las apariencias, y otros refranes de la laya; encareciéndonos además el mucho cuidado con las riendas, no precisamente porque semejantes caballos pudieran embrocarse, sino porque eran demasiado voluntarios: así se apresuraban á curarse en salud, no fuera á ocurrirsenos pedir espuelas, pues no había una ni para remedio.

El caballericero, que era hombre locuaz, si los hay, condición del oficio, charló hasta por los codos, poniendo por las nubes la incomparable valentía de sus jamelgos; y aunque maldito el crédito que dábamos á sus exageraciones sin tasa, después de tan considerable gasto de paciencia no era para andarse con melindres, y así nos dispusimos á seguir el humor de aquel amable sujeto, que con la mejor fe del mundo procuraba que la imaginación prestara su fantástico colorido á la triste realidad.

Sabíamos perfectamente que igual cosa nos pasaría en cualquiera de las bien provistas caballerizas de esta rica capital, y como ya teníamos entre ceja y ceja nuestro paseo, no quedaba otro camino sino aprechugar con lo que había y creer á pie juntillas las mil heroicidades llevadas á cabo por aquellos esqueletos; y más cuando nos dijeron que el uno se llamaba "Relámpago," el otro "Torbellino," el siguiente "Trueno" y el de más allá "Rayo," ¡diantres! íbamos caballeros en una tempestad hecha y derecha.

Esta última aseveración no dejaba ya lugar á duda, y hubimos de imaginarnos cabalgando en árabes trotones y rápidos potros de las Pampas. Cobramos ánimo y nos acercamos con alguna confianza á aquella tempestad en forma de escuálidos rocines; mas á pesar de nuestra acendrada fe procuramos montar con sumo cuidado, con la mayor suavidad y conteniendo el aliento para hacernos livianos, no fueran á desarmarse en mala hora los tempestuosos bridones.

Vímonos por fin montados, y comenzaron nuestras cabalgaduras á andar con tanta prisa é inusitado brio, que casi casi los encontrábamos ya capaces de arremeter las altas hazañas ostentadas en sus brillantes hojas de servicios. Renació, pues, la alegría en el corrillo, dimos por bien empleadas las largas horas de purgatorio que habíamos pasado esperando, y continuamos nuestro camino más alegres y locuaces que estudiantes escapados de colegio: como sucede generalmente en tales casos, hablábamos todos á un tiempo sin que ninguno se preocupase por no obtener atención: era un á cual grita más, atronador, tantos temas de conversación como personas, la torre de Ba-



Teatro de Covent Garden de Londres.

bel en sus mejores tiempos, cuando reinaba en todo su auge aquella deliciosa confusión de las lenguas y ensordeciente vocería.

A todas éstas ignorábamos por completo á dónde íbamos, no parecía sino que la mala impresión, que de buenas á primeras nos habían producido los tales rocines, al verlos entrar derrenegados y maltrechos en la caballeriza, se había convertido ahora en plena é incontrastable confianza, hasta el extremo de soltarles las riendas dejándolos tomar la dirección que más cuadrara á su caballuno albedrío; siendo muy de nuestro agrado poder imitar así aquella primera salida del famoso caballero de la Mancha, el cual se puso á merced de Rocinante para ir en busca de sus descabelladas aventuras.

Mas el furor andariego de nuestros veloces corceles se acabó á lo mejor, deshaciéndose como el humo tan furiosa energía: se detenían á cada paso, y apenas si arriándolos por todos los medios imaginables, conseguíamos sacarlos un instante de su desesperante lentitud, en vano nos agitábamos como energúmenos moviendo pies y manos, todo inútilmente. Entonces caímos en la cuenta de que tan envidiable carrera había sido simple y llanamente efecto del escosor producido por el roce de los ásperos sacos que en calidad de mantillones les habían puesto sobre los llagados espinazos. Dábanos á todos los diablos, renegando una y mil veces de los alquiladores y sus inicuos rocines.

Pronto tuvimos un nuevo motivo para maldecir de nuestra mala estrella, y fué que dimos en unas ciénagas de donde creímos no salir con vida; eran lodazales insondables, verdaderos mares de cieno cuya orilla no se divisaba; pero allí estaban en su elemento nuestros relámpagos y truenos: aquellas osamentas sobrenadaban admirablemente y se deslizaban con asombrosa rapidez, haciendo honor á sus estentóreos y retumbantes apodos.

En trance tan apurado no pudimos menos de exclamar con lastimero y compungido acento: "Bien hayan los caballericeros, que como conocedores prácticos de nuestros intransitables caminos, proveen de bestias á propósito á los imprudentes viajeros que se arriesgan á atravesar ese inmenso piélago de lodo, que separa como infranqueable barrera, las ciudades de los pueblos y caceries circunvecinos, durante una buena parte del año: les pedimos humildemente perdón por nuestras imprudentes murmuraciones, nacidas de la peregrina ocurrencia, sacada no sé de dónde, de que existían carreteras en este país; ocurrencia completamente infundada, cuya terminante desmentida nos enseñará á guardarnos bien en otra ocasión de dar por sentado así á humo de pajas lo que se nos venga á la cabeza.

Seguramente no causó á los naturales de América la llegada de Colón y sus compañeros la quinta parte del estupor producido por nosotros á los vecinos del pueblo, donde, gracias á la impagable potencia natatoria de nuestros jamelgos, conseguimos arribar.

Hacíanse cruces aquellas buenas gentes, dudando si seríamos almas de este mundo ó sombras fatídicas escapadas de quién sabe que antro infernal; y subía de punto su estupor, cuando por más que se fijaban, movidos por la curiosidad, no descubrían sino una capa de barro que nos envolvía de pies á cabeza, sin dejarnos pedacito á salvo.

A decir verdad, nosotros tampoco dábamos por medio menos tan tremenda expedición: teníamos por una bicoca el célebre paso de los Alpes por Aníbal, en lo más rudo del invierno, pues si es cierto que aquel irreconciliable enemigo de Roma perdió un ojo y la mayor parte de sus elefantes, también es cierto y muy cierto que nosotros habíamos estado en un triz de desaparecer con nuestros jamelgos y todo, quedando borrados del número de los vivientes: sobrada justicia nos asistía para entrar con aire de triunfo en aquel pueblillo donde habíamos ido á dar sin ton ni son.

Como oyéramos decir por allí, que únicamente los pájaros se atrevían á visitar aquellas abandonadas regiones, dimonos traza de conseguir un globo, encargándolo de la última invención, con dirección y todo; no dudando encontrar más expedita la vía aérea, dada la carencia absoluta del camino por tierra; pero resultó que aquellos labriegos ni en sueños habían imaginado jamás la existencia de tales vehículos, y hubimos de llevar con paciencia que se rieran á nuestra costa.

No habiendo otro remedio, emprendimos la retirada, tan llena de contratiempos, dificultades y peligros, que no le iba en zaga á la renombrada de los diez mil, pues al desfallecimiento absoluto de nuestros caballos, se unía el ataque pertinaz é incesante de furiosos mosquitos, la noche que se nos venía encima, negra como boca de lobo, el agua que caía á torrentes calándonos hasta los huesos, y en fin, todas las calamidades habidas y por haber.

Seguro está que ninguno de nosotros pueda darse cuenta de cómo llegó á su casa sano y salvo, después de tan infernal expedición; cuyo negro recuerdo dió ocasión á un sin número de horribles pesadillas, que nos hacían despertar azorados pidiendo socorro.

San José, octubre 20 de 1887.

ZADIG.

A LA SEÑORITA CARLOTA PINTO.

Primer amor.

Mar agitado por borrasca fiera
Eso es, Carlota, mi ardoroso pecho,
Donde se agita en su pasión primera
Mi pobre corazón pedazos hecho.

¡Quién adorando como yo te adoro
Podrá en silencio su pasión guardar,
Si tu fuistes el único tesoro
Que en mi vida llegara á ambicionar!

Por qué debo callar si el alma osada
Puede más que mi necia voluntad,
Si esa pasión guardando recatada
La descubre en mis ojos tu beldad?

Mas fácil fuera que en su flujo extenso
Las olas comprimidas al bramar
Pudieran ocultar su arrojado inmenso
Al venir las riberas á bañar;

Que yo insensato en mi existencia loca
De mi pecho la llama contener,
Cuando del alma la extensión es poca
Cuando lucha el amor con el deber.

Si me quieres odiar, mil veces santo
Tu odio también para mi amor será,
Que tú eres de mi vida el dulce encanto
"Y en sólo amarte mi placer está."

Si me quieres odiar . . . pero mentira!
No me odies nunca, por piedad, no, no;
Junta con tu alma mi alma que delira
Y bendiga esa unión por siempre, Dios!

*

San José, 14 de octubre de 1887.

Un medio de salir de la pobreza.

Andábame días pasados á Dios y á la ventura, recorriendo de aquí para allá las calles de nuestra culta y elegante capital, sin saber que hacer, ni qué partido tomar, cuando la casualidad hizo que topara con un amigo como Dios manda: bueno, muy bueno, bonísimo.

Después de haber estrechado fuertemente la mano que con exquisita cortesía me alargaba, y hecho unos cuantos elocuentes visajes para derrotar la muy agradable sorpresa que su inesperada presencia me causara, le dije:—"La vida, amigo mío, es para mí una carga insoporable; me cansa, me fastidia, me hastia, y como considero la muerte como el único remedio para mis males, he resuelto poner fin á mis tempranos días, y lo haré, vive Dios, aunque á ello se opongan el cielo y la tierra, y todos los elementos se conjuren contra mí, pues ya es tiempo de que en la fría y solitaria tumba encuentre yo el reposo que tanto es menester.

Temerario, grita mi camarada lleno de justa indignación, ¿es así, blasfemando como pagas los grandes beneficios que el más cariñoso

de los padres te concede? ¿No sabes, alocado joven, que la desgracia es la fragua en que se temple y acrisola el alma para poder entrar airosa en los combates de la vida? Por otra parte, los padecimientos así físicos como morales no te autorizan para darte muerte, porque ese derecho está reservado á Dios únicamente; además el mostrarse débil ante el infortunio es propio de los espíritus apocados y no de los fuertes; y tú en otras ocasiones, en los momentos más angustiosos de tu existencia, has dado muestras de poseer la virtud del sufriente en muy alto grado. Vamos, abandona esas ideas tan lúgubres y cuéntame tus penas, que éstas, comunicadas, pierden gran parte de su intensidad.

—¡Bravo! exclamé recobrando mi buen humor habitual—pues el tono austero y regañón de mi amigo me le había hecho perder—has hablado como un oráculo, y desde ahora declaro que eres un gran moralista; y debo también decir, en obsequio de la verdad, que tus reflexiones me hacen desistir de mis intentos: no me suicidaré.—Mas ya que con tanta insistencia maniéstame el deseo de saber la causa de mi desesperación, justo es que yo sea galante con quien se muestra más que deferente conmigo.

Has de saber que estoy locamente enamorado.

—No me extraña: tienes pasiones como la generalidad de los hombres, acaso más fuertes en tí que en otros, si damos crédito á lo que la frenología dice, y natural me parece que hayas caído en los lazos del niño ceguezuelo. Cuál es la dueña de tu voluntad y albedrío?

—Una mujer.

—¡Mal pudieras enamorarte de un hombre!

—Perdona que no te revele el nombre de mi adorada, porque sería indiscreción hacerlo.

—Es bella?

—Como una virgen de Murillo.

—Y virtuosa?

—Como Lucrecia, la mujer de Colatino.

—Entonces por qué no te casas? De tí, y solamente de tí, depende la felicidad de ambos á dos.

—Por qué no me caso dices? Por dos razones: la primera, y más principal, porque F..... no me quiere, y no queriéndome no es posible que *dobleguemos la cerviz al blando yugo matrimonial*. La segunda, y muy importante, que soy pobre, y la pobreza es un obstáculo para la realización de cualquier proyecto. Siempre que recuerdo á Jesucristo, ese hombre sublime que se sacrificó en bien de la humanidad, me ocurre la reflexión de que si despreció las riquezas, fué por haber vivido en una época en que no había tantas exigencias como ahora.

—Bien, amigo mío; si la pobreza y el no quererte la muchacha son la valla que se opone á tu felicidad, te prometo indicarte el medio de llegar á ser, con poco trabajo, rico, muy rico, sumamente rico; y teniendo capital, fácil te será vencer la obstinación de tu amada. Pero te

advierdo que si quieres que todo nos salga á pedir de boca, es preciso que me obedezcas ciegamente; y si acaso vieres ú oyeres cosas extraordinarias, no digas ni tus ni mus, ni oste ni moste, sino que á todo inclinarás la cabeza en señal de acatamiento.

—Convenido, le dije: te prometo hacer cuanto me indiques, con tal que no se oponga á la moral y á las buenas costumbres. Si no hay brujerías ni sortilegios; si en nuestro asunto no tiene que intervenir el Diablo, manos á la obra, y manda que estoy listo á ejecutar tus órdenes.

—Has oído hablar de las *botijas*?

—Sí. ¿Vasijas de barro medianas, redondas y de cuello corto y angosto?

—¡Qué bolonio eres! Nosotros damos el nombre de *botijas* á las tinajas llenas de dinero que algunos viejos avarientos enterraban y entierran todavía.

—Quedo entendido.

—Pues es el caso, compañero mío, que un viejecito con quien conservo muy buenas relaciones, que fué grande amigo de mi padre, me ha ofrecido enseñarme el paraje donde, según todas las probabilidades, debe de haber una de esas *botijas* de que ya te he hablado; y esto lo hace, según él mismo dice, porque no se atreve á afrentarse con el *hermano*.

—Te chanceas? No puedo creer que á un hermano se le tenga tal horror. De mí sé decirte, que si el logro de mis deseos dependiera exclusivamente de hablar con mis hermanos, cinco tengo, y á todos cinco dirigiría la palabra sin el menor asomo de miedo.

—¡Vaya que estás gracioso! No se trata de los hijos de unos mismos padres, no; se trata de las almas de los difuntos que, por disposición del Eterno, vuelven á este mundo.

—Te estás volviendo insufrible á fuerza de mentir. En ese gran viaje, el último que emprendemos, *muchos, muchos van, pero ninguno vuelve*.

—Pues lo que te digo, tanto es cierto como saber que hay Dios. Mas ahora, y á guisa de reconvencción, me permito recordarte que me prometiste no replicar, y has faltado á tu palabra.

—Tienes razón: ya no te contradiré más.

—Desde que el amigo de mi padre me habló del codiciado tesoro, no volví á pensar en otra cosa que en sacarle; pero la dificultad para mí estribaba en hallar una persona de mi confianza con quien llevar á cabo la empresa, porque solo, con ingenuidad telo confieso, no habría tenido valor para hablar al difunto, caso que se me apareciera. Entonces pensé en tí, y andaba en tu busca cuando afortunadamente nos encontramos. Con que decídete á acompañarme, y ten por cierto que dentro de poco tiempo una gran fortuna será el premio de nuestros esfuerzos.

—¡Cuan iluso eres! Tú estas creyendo que todo es hacer pompas de jabón, y andas fuera

de camino. Lo más seguro es que se frusren nuestras esperanzas.

—No tal. Si la *botija* parece, que es lo más probable, con el dinero encontrado vamos á denunciar una mina, y teniendo mina, el mundo es nuestro. Figúrate que por uno de esos caprichos de la casquivana fortuna, diéramos con un filón de oro, ¿pones en duda, moderno Tomás, que llegaríamos á ser inmensamente ricos?

—En ese caso, no. Pero dejemos de hablar de nuestra mina en cierne, del filón que sólo existe en tu fantasía y de tantas otras cosas que no me interesan, y cuéntame la manera como nuestro viejo vino en averiguar lo del tesoro.

—Nada más fácil que complacerte.

—Hará al pie de cinco años que el amigo de mi padre abandonó su ciudad natal para trasladarse á la casa de campo en que actualmente vive. Dedicado exclusivamente al cultivo de unas tierras que heredó de su padre y que constituyen su única riqueza, los días se deslizaban para él tranquilos y apacibles, como se pasan para todos aquellos que, sujetos á la santa ley del trabajo y ajenos á las pasiones que tanto agitan el corazón de los hombres, ven satisfecha su ambición con poseer un modesto lugar para preservarse de las inclemencias del cielo, y un terreno de sembradura que les produzca lo necesario á la subsistencia.

Pero llegó un tiempo en que nuestro viejo, que de ordinario era alegre y decidor, se tornó pensativo y taciturno, sin que nadie acertara á explicar el por qué de ese cambio efectuado en su persona; y como con este motivo las mujeres dieran en murmurar, (cosa rara, á la verdad, porque nunca lo hacen) y los hombres propalaran especies de todo punto falsas, el pobre anciano se vió en la necesidad de decir la verdadera causa de su abatimiento.

Parece que todas las noches, entre diez y once, veía él desprenderse de la raíz de una encina un globo luminoso, que caminando en cierta dirección, se apagaba en seguida.

Consultado que hubo el caso con un sacerdote respetable, éste le dijo: "La luz que U. ha visto y que lo trae tan preocupado, es el alma de alguna persona que en vida enterró su dinero. Es muy seguro que esa persona se olvidara de pagar una que otra misa y responso, por lo cual Nuestro Señor, que ve con sumo desagrado que se menoscaben los intereses de sus indignos siervos, que somos los sacerdotes, le ha condenado á vagar por el mundo, sin descanso ni reposo, hasta que alguien saque la *botija* y se encargue de pagar una deuda tan sagrada. U., señor mío, fué el primero en ver la *luz*, á U. le corresponde hablar al *hermano* y *ver qué se le ofrece*, porque de no hacerlo, se expone á que Dios lo castigue muy severamente"

Esta era la causa de la tristeza del pobre viejo, pues, como ya te he dicho, le inspiraban horror los difuntos.

Un día, después de haberme revelado el importante secreto de que dependen nuestra grandeza y felicidad futuras, le ofrecí abocarme con el difunto y hacer todo lo que el sacerdote le había ordenado; pero con la precisa condición de que el dinero encontrado fuera todo para mí. Convinimos en el trato, y nos separamos.

—Dime, ¿el bueno de tu amigo recobró la tranquilidad?

Completamente; y esto se debe á que, después de nuestro convenio, ya no se le apareció más la luz.

—Qué día de la semana señalamos para ir á sacar nuestro tesoro?

—El domingo.

—A qué hora?

—A las 7 de la noche, á fin de que nadie pueda enterarse de lo que vamos á hacer.

—Será necesario llevar algunas herramientas?

—Ningunas, pues en casa de mi amigo las hay.

—Entonces, hasta el domingo.

—Hasta el domingo, querido.

—Héteme, caro lector, con mi amigo, en casa del viejo que ya conoces.

Para perder el miedo hemos tenido que recurrir al *trago*, y tanto el uno como el otro estamos un poco peneques. Nuestro hombre se niega á prestarnos su ayuda en la empresa, contentándose con mostrarnos desde lejos la encina á cuyo pie debe de estar oculto el tesoro, y por esta razón tendremos que ir solos. Pongámonos en camino.

Yo voy armado de un enorme escapulario del "Corazón de Jesús," junto con un rosario que jamás me abandona; mi amigo lleva consigo cuantas reliquias puede haber á mano en su casa; además, el uno tiene una pala y el otro, un azadón. Una linterna, de escasa luz alumbraba el sendero que conduce al sitio á donde nos dirigimos. Ya estamos al pie de la encina. Mi amigo distingue un bulto que le parece ser el difunto, y grita con voz trémula y convulsa: *De parte del Todopoderoso, di qué quieres*, más sólo el eco responde á sus palabras.

Empezamos á cavar. Mi compañero, como más fuerte, se hace cargo de abrir el hueco, y yo de botar la tierra. Ya tenemos hecho un hoyo profundo, y sin embargo no damos con la anhelada *botija*. Comienzo á dudar del buen éxito de la empresa, cuando veo á mi compañero dando saltos de alegría. "Al fin, dice, Dios premia nuestra constancia y laboriosidad; acabo de tentar algo como una tinaja, y ahora sí creo firmemente que hay dinero enterrado. Un esfuerzo más, y el tesoro nos pertenecerá."

¡Qué poco nos duró la ilusión! Lo que mi amigo tomara por la *botija*, no era otra cosa que un aparato de destilar aguardiente clandestino. Llenos de ira arrojamos á un tiempo la pala y el azadón y echamos á andar con rumbo á la ciudad. Ya en ella, y deseosos de desahogarnos, le dije á mi camarada:—¡Persistes

en seguir creyendo en *hermanos*, *luces* y otras tantas majaderías? Creo que el desengaño ha sido terrible.

—No me hables más del asunto; que nunca los hombres quieren escarmentar en cabeza ajena, sino en la propia.

Ya te he indicado, lector, el medio de salir de la pobreza: si te desagrada deséchalo; si te gusta empléalo; pero te llevarás chasco indefectiblemente, como nos lo llevamos mi amigo y yo.

X.

DESENCANTO.

Todo es dolor, angustias y tormento.

Eterno sufrimiento
devora sin piedad el alma mía.
Quiero cantar y mi dolor me abrumba,
mojo en llanto la pluma,
mas decir lo que siento . . . ¡no podría!

En vano, en vano en mi dolor profundo
navego por el mundo,
buscando lenitivo á mis dolores,
que sólo miran mis cansados ojos,
punzadores abrojos,
y un desierto sin pájaros ni flores.

Miro vagar—inmensa caravana—
la gran familia humana
del dolor con la copa entre las manos
y entre llanto y miserias se desliza
prosternada y sumisa
al látigo feroz de los tiranos.

Si evoco con afán en mi memoria,
los hechos de la historia,
se desborda en mi pecho el sentimiento;
pues miro transformado ¡quién creyera!
el hombre en una fiera
que convierte en instinto el pensamiento.

Es la Historia cual campo de batalla.
No ruge la metralla
ni se oye del cañón el estampido;
pero ¡ay! en cada página se encierra
el monstruo de la guerra,
azote de los hombres maldecido.

Que siempre la ambición, el servilismo,
el torpe fanatismo,
la ingratitud, la cólera insensata,
lleva en su seno el corazón humano
y en su delirio insano,
como la nube en rayos se desata.

Jamás la Libertad,—hija del cielo—
 en nuestro loco anhelo,
 risueña luce sus radiantes galas;
 Que siempre envuelta entre la turba impía
 de negra tiranía
 sacude en vano sus potentes alas.

Cómo poder cantar himnos de gloria,
 si llevo en mi memoria,
 tantos recuerdos de dolor y llanto;
 y cómo demostrar mi sufrimiento
 si á mi audaz pensamiento
 cortó sus alas de oro el desencanto!

Pero si entre esta confusión un día
 ¡oh triste musa mía!
 haces vibrar la cítara en mis manos,
 no hagas, nó, que su cántico armonioso,
 arrulle al poderoso,
 ni enaltezca jamás á los tiranos.

LUIS R. FLORES.

Heredia, 15 de setiembre de 1887.

CRONICA.

Sigue la compañía de zarzuela dándonos material para nuestras revistas. El beneficio de Monjardín estuvo bueno. Después de varias funciones en las que el público se ha señalado por su ausencia, y cuando parecía que el entusiasmo había volado por el excesivo número de representaciones, el viernes pasado vimos de nuevo el Teatro lleno como en los días de mayor calor zarzuelero. La pieza *El anillo de hierro* es muy conocida aquí. Los atractivos que ella tiene en sí y por otra parte las simpatías de que goza el beneficiado entre nosotros, contribuyeron á que la velada de esa noche estuviera bien agradable.

Ya los periódicos se han ocupado bastante la Compañía. El público se cansa de oír decir: "la señora Fulana estuvo admirable, la señora Zutana nos subyugó con sus gracias, el simpático señor X es inimitable, el lucido cuerpo de coros no dejó que desear" y otras cuantas frasecitas hechas que nos sabemos de memoria. Pero con todo, no he de dejar entre mi cuerpo, por el miedo de ser fastidioso, lo que tengo ganas de decir. Paciencia, y adelante con la cruz.

La Mascota es para mí la reina de las zarzuelas, se entiende de las que yo he visto, y por cierto que he visto bien pocas. Pertenecen á un género que está en moda ahora y dicho está que me ha de gustar. Tiene chispa, es bien intencionada, la música ligera y de esas de ritmo sostenido, de frases sencillas á la que se da vueltas y vueltas, produciendo siempre una melodía dulce que satisface bien á los que no somos

músicos sino para andar á caballo y para comer. Las transiciones violentas del estilo, las armonías escabrosas y complicadas, esas metafísicas alemanas, de la música, váyanse al diablo, que ni las entiendo ni maldita la gracia que me hacen. A mí me cuadra lo que me suena bonito, lo que me hace zarandear el cuerpo y retozar las ganas del bailecito y la parranda. Un son alegre de esos que silban los muchachos cuando van á comprar la carne ó la manteca y que las niñas pizpiretas sacan en el piano á la segunda vez que los oyen, con eso si estoy como pez en el agua. Pero cuando caen sobre mis tímpanos esos chorros de notas sin orden ni acuerdo, cuando me parece que los sonidos de los instrumentos se dan de bofetadas, corriendo á veces en precipitada fuga, otras arrastrándose perezosos y aburridos, gárrulo conjunto de chirridos de violín, acatarrados lamentos de clarinete, ronquidos de contrabajo y redobles de tambor, semejantes al ruido de las tripas en un estómago de digestión perezosa, entonces me siento mal y me parece la música el ruido más desagradable. Amí me gusta más el "¡Ay! ay! perica" y el "Se va el vapor" que las marchas de Tanhauser y las sinfonías de Hyden: estos fulanos me revientan. ¿Qué tal mi gusto músico? Y después dirán que los profanos no debemos meternos en lo que no entendemos.

Consecuente con mi criterio no podría ser de otra suerte sino que la música de *La Mascota* sea de mi devoción. Dos ó tres motivos, (tengo un miedo de decir una barbaridad, al hablar de solfa) prestan tela para tejer todo la partitura. Las frases son sencillas y de una armonía juguetona, que hace cosquillas. Es indudable que como ciertos versos de muy vistosa forma está hecha para la *bourgeoisie* de los músicos. Me atrevo á creer que no es una armonía de alto vuelo, la de *La Mascota*, que pertenece al género á que en Literatura pertenecen *Gracielita*, *María*, *Las Confesiones* de Mery y en Pintura... aquí sí que no pude citar ni uno solo... Obras que se amoldan á todas las inteligencias y que satisfacen todos los criterios, porque no están fuera del alcance del más vulgar.

El chiste incisivo, la sal, el equívoco abundan en la obra. Bien que ella no se propone ningún objeto, si no es el de demostrar lo estimables que son las mascotas, cosa que todos sabemos, es maliciosa, picaresea. Indudablemente es una de esas inspiraciones vagabundas que los artistas de talento juguetón pescan en las horas de locura parisiense, cuando se discurrir por Folie-Berger ó se trasnocha en "El jardín de París." *La Mascota* es una producción genuina y privativamente francesa, (me refiero á la opereta y de ningún modo al tipo de la obra, que es planta que suele crecer en otros puntos del globo, aunque no se aclimata bien en ninguno).

La Celimendi nos hizo una mascota deliciosa. Yo soy hombre un tanto refractario á lo nuevo y con franqueza lo digo, casi siempre me gusta más lo pasado que lo presente. La supervivencia de los tipos en mi imaginación, depura-

dos de sus defectos y llenos de agradable color por el recuerdo, casi siempre triunfan de lo que veo en el presente. Es condición de mi naturaleza y según sospecho de la humana, eso de que el recuerdo muestre solamente las cualidades, brillantadas por la perspectiva, y que en lo que se está viendo trate la imaginación de agrandar las líneas oscuras, con una especie de rabia que á la legua deja ver una protesta contra el tiempo que pasa llevándose nuestras mejores impresiones y haciendo brotar en cambio, cada vez más heladas, las impresiones nuevas.

Pues á pesar de eso no lo quiero ocultar, la Celimendi en el papel de Mascota, triunfó de todos mis recuerdos y preocupaciones y me hizo olvidar completamente lo que he visto antes.

Con una asimilación de carácter completa, poseída por el espíritu de la obra y con natural gracia, la Betina de esta vez me ha parecido admirable. Deliciosos gestos que demuestran una inocencia pastoril, en el bellissimo duo con el pastor Pippo, los modales chavacanos y ridículos de quien por primera vez se pone el traje de la gente de buen tono, es decir, lo *cursi* admirablemente hecho, cuando se deja ver convertida *ex abrupto* en princesa; la insistencia, la queja, el enojo, el orgullo herido de la amante, en las escabrosas escenas del último acto, todo en fin, puso de relieve el exquisito talento con que la señora Celimendi traduce el pensamiento del autor. Aunque humilde nuestro aplauso, recíbalo la artista con la cordialidad con que se lo enviamos.

Ya van á sonar las ocho. Tengo prisa de ir al beneficio del maestro Cuevas. Dicen que va á estar piramidal. Vals *Costa Rica*, obertura, marchas y contramarchas... la mar y la susodicha *Mascota* para remate de fiesta. En el próximo número veré de decir algo de esta función, pues aunque este número saldrá dos ó tres días después del beneficio, don Procopio no me da agua. Dice que el periódico ha de quedar listo mañana y no hay más remedio que obedecer.

Aunque pensaba ocuparme en esta revista de los magnos asuntos del día; parque Morazán, teatro en la Laguna, en la Soledad ó en la Sabana, Oliverio Pipelet y otros de alta importancia haré á mis lectores el favor de callarme, porque ya no hay espacio en el periódico.

Salud, pues, caros lectores y amadísimas lectoras. Pronto tendré el gusto de obsequiarlos con un articulo de Odín que habrá de causar más sensación que la comentada, tigereteada, adulada é imponderablemente aborrecida y amada revista del baile del 15 de setiembre.

MR. RENARD.

—o—

EL AMOR.

Que yo no te amo? qué inocente eres! porque á tu lado siempre estoy tan triste y alegre y placentero ya me viste al lado sonreír de otras mujeres?

Deja, mi bien, que al lado de otras, como mienten ellas, ría, y, fingiendo de un amor querellas, mienta también.

Deja que mientras que á tu lado, apenas doy un suspiro, testigo fiel de mis amantes penas cuando otras miro, hablar los ojos y también los labios, fingiendo historias, de ternura acaso, ó bien, inverosímiles agravios á la coqueta que me cree su Taso.

Deja que triste y pensativo mire no más el suelo, y que, en silencio junto á tí, respire las suaves auras de tu limpio cielo.

Alegre y bulliciosa siempre ha sido la loca vanidad; el desenfado fué siempre de agrado y el modesto silencio aborrecido.

Pero el amor misterios atesora: se turba cuando mira el dulce bien que adora, y, temblando de afán, calla y suspira.

X.

San José, 20 de octubre de 1887.

ANUNCIOS.

Juan Francisco Echeverría.

Jenaro Castro Méndez.

ECHEVERRIA & CASTRO,

Corredores Jurados y

Comisionistas.

Apartado 103.
Cable "Echeverría."

2 Calle General Fernández.
SAN JOSÉ, COSTA RICA.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTOR,

Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica.....	\$ 0-80	trimestre adelantado.
En el extranjero.....	1-00	" "
Número suelto.....	0-15	" "
Números atrasados. "	0-25	" "

Año I. Núm. 10.
San José, 8 de noviembre de 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*Reseña.*—Elena, por Santiago de la Guardia.—*Sobre la tumba de Elena Aragón,* por F. Mata Valle.—*La ida de un ángel,* por Angel Anselmo Castro.—*A Elena Aragón,* por Justo A. Facio.—*Un recuerdo,* por Ramón Loria Iglesias.—*Un recuerdo á la memoria de la señorita Elena Aragón,* por Emilio Pacheco.—*Reminiscencias,* por Carlos Sáenz.—*A mi querido amigo don Manuel Aragón,* por Juan F. Ferraz.—*Dichosa tú,* por *—*Sombra,* por J. Marcelino Pacheco.—*A los padres de Elena Aragón,* por F. Ulloa Mata.—*Lágrimas,* por *—*Ecos de la prensa.*

HOMENAJE.

A LA MEMORIA

—DE—

ELENA ARAGON.

RESEÑA.

Explicación.—La niña.—Primeros síntomas.—Gravedad, muerte.—En el ataúd.—En el cementerio.

Nunca más interesante nuestra hoja que hoy.—Modesto conductor de los trabajos literarios de este país, bastantes veces sus columnas se han visto engalanadas con producciones, alegres unas como la sonrisa de un niño, lánguidas otras como el esperezo de una mujer oriental, no pocas condensando en sonoros versos la esperanza de color de oro, el ensueño de luminosa perspectiva, la ilusión vaga, indecisa, frágil como la cresta de espuma que brota de la agitada ola.—Hoy convertida en humilde corona fúnebre, é intérprete del sentimiento unánime de esta sociedad, vamos á colocarla con todo respeto sobre la tumba de ELENA ARAGÓN.—Creemos que el público verá con sumo gusto esta muestra de afecto dada á quien bien se la merece.

* * *

La graciosa niña tenía quince años.—Desde muy pequeña había estado en los Colegios donde al par que se desarrollaba físicamente, adquiría su inteligencia el cultivo que hace de la mujer el eterno y adorable tirano, aun después que se ha extinguido el fugaz encanto de la belleza y sólo sobrevive la parte moral ó intelectual.—Adquirida una educación bastante sólida y más extensa de la que generalmente posee nuestro descuidado bello sexo, Elena en el presente año dejaba ya los estudios y, arrojando la crisálida de la niñez, surgía cual mariposa llena de bello color y de perfume. Estaba en la penumbra que antecede á la claridad de la juventud; ha sido detenida en su crepúsculo matutino y la estrella que prometía plácido y abundante brillo perdió para siempre su luz.

* * *

Algunos días antes de que la enfermedad se presentara en toda su gravedad, Elena empezaba á palidecer.—El sonrosado color de los quince años se iba, dejando una blancura triste parecida á la de esas flores que arrancadas de su nativo suelo languidecen en el invernadero. Aquella palidez que en el primer momento parecía el fugaz desmayo precursor de nueva hermosura, vino á ser el perenne tinte de sus suaves facciones. Una enfermedad cruel y necesariamente mortal se había apoderado de la niña. El talento, la práctica y sobre todo el casi paternal cariño que el sabio Doctor Durán profesaba á Elena, se estrellaron contra la potencia del mal: la *meningitis* hizo presa en el delicado cerebro de la niña y con acerado diente mordió precisamente en el germen de la vida.

* * *

El 15 de octubre último Elena estaba ya postrada, presa del delirio y luchando.—Lenta fué su agonía; llena de intermitencias y peripecias la gestación del mal. Períodos hubo en que á los ojos profanos pareció que la enfermedad cedía, y casi no nos explicábamos la pertinaz insistencia con que el distinguido médico destruía la esperanza apenas retoñaba. Después de algún tiempo de delirio la enferma recobró el conocimiento. Habló con su padre, tuvo una caricia para su madre, recordó los médicos que la habían asistido. Ese día fué engañoso: padres, deudos, amigos, todos sentimos que la mano del dolor nos oprimía con menos rudeza; sólo la pálida figura del Doctor, luchando y luchando con desesperación, pero sin mostrar la más leve esperanza.

Bien pronto la poca fe del ilustre médico quedó justificada. Elena recayó ya para no volver á reanimarse. Su descenso hacia la tumba fué lento.—La muerte, con bárbara crueldad, arrancaba uno á uno los rayos de la estrella; pétalo por pétalo iban cayendo los que formaban la flor. El martes 25, á las once y media de la noche la simpática niña lanzaba su postrimera palpitación, el soplo último que se lleva la vida. La desconsolada madre oprimía contra su seno un pedazo de tierra helada.—Todo había concluido.

* * *

El día siguiente, desde muy temprano, la casa estaba llena de gente. En la sala, sobre una mesa cubierta de blanco raso y bajo un toldo de linón que cual una nube la envolvía, Elenita estaba en su lecho funeral, cubierto de azahares y de gasas.

En la ventana que da á la calle ví un cuadro que me llenó de dolor.—Unos cuantos niños llenos de vida, bellos, sonrosados, se estrujaban, se empinaban en la punta de los pies y con inusitado silencio, los más grandes con los ojos llenos

de lágrimas, los pequeñitos con el dedo sobre el labio, todos con curiosa mirada, contemplaban á la niña vestida de blanco, la misma que otras veces vieran llena de vida, allí quieta é indiferente, sin una caricia para ellos.—Eran ángeles vivos mirando el ángel muerto.

A las once de la mañana, en mé^o de numerosísimo acompañamiento de señoras y caballeros, Elena era llevada en hombros. Todo lo mejor de esta sociedad se hallaba en la fúnebre procesión. Todos queríamos, como un último tributo de cariño, acompañar los despojos hasta la última morada.

Inútil es decir que el señor Aragón, persona altamente estimada de todos los círculos sociales y que ha figurado en la política en primera línea, posee innúmeros amigos.—Elena iba rodeada de ellos; ni uno solo de los que Aragón ha atado con el suave lazo del afecto dejó de estar en el fúnebre cortejo.

De señoritas el número era excesivo.—Todas llevando en su vestido la misma uniformidad que el dolor imprimía en su corazón caminaban entregadas á pensamientos tristes; todas iban con la frente pálida y la pupila húmeda.

En aquel numeroso grupo de personas vestidas de negro formaba un extraño contraste el albino ataúd que iba en el centro. Parecía una blanca palomita caída sobre un mar de negras olas; parecía en medio de la noche, cuando el cielo está cubierto de tupidas sombras, una nítida estrella.

Ya á la orilla del hueco que mostraba impasible su temida boca, pronta á tragar tanta blancura, tanta inocencia, tanta esperanza tronchada, los amigos más íntimos recogieron las coronas que adornaban el ataúd para llevarlas á la dolorida familia.—¡Triste presente! Era el último que la encantadora Elena enviaba á sus padres: una blanca corona de azahares que se escapa de quedar cubierta bajo la helada plancha que ya empieza á caer sobre el ataúd.

Momentos después el sepulturero aplanaba con los pies la removida arena. El suelo se emparejaba; el hueco había cerrado la boca, todo había terminado.

EL REDACTOR.

ELENA.

YO la ví de cerca tantas veces! Medio mujer y medio niña; en esa frontera que separa la infancia de la juventud; en que toda mujer es bella, porque tiene á lo menos el fresco matiz de los quince años.

La veía con esa admiración, con el cuidado con que miramos las cosas muy blancas, muy tiernas y muy puras, que tememos manchar con nuestro aliento ó nuestras manos.

Cuántas veces al través de las cortinas transparentes de su ventana, la ví al pasar, sentada al piano, solazando á su padre que rendido por la diurna tarea, rodeado de su esposa y de sus otros hijos, la escuchaba con orgullo derramar armonías.

Un día, que como de ordinario, pasé por su casa, ví en la puerta mucha gente que entraba y que salía.

Supe que un mal agudo la aquejaba, pero no me imaginé que pudiera morir, porque nunca me figuró que mueren los que quiero.

Ya otra vez la había salvado, en edad más temprana, el insigne lidiador que tantas veces ha vencido á la muerte; pero en esta ocasión él mismo desconfía, porque aquella le invadió el campo traidoramente, y "quien no espera vencer ya está vencido".

Entre la duda y el temor se mece sin embargo la esperanza. Mas el combate es á muerte y la muerte al fin se apodera de su presa.

Vedla, satánica carcajada parece despedir su repugnante calavera. El ave tímida cae á sus pies; pero un instante sólo, porque un ángel se encargó de subirla.

Los que han visto en los campos de batalla sus propios miembros dispersos por el suelo, no han sufrido nada comparable al dolor de ver uno su propio corazón hecho pedazos por el cruento dolor de los dolores.

En el centro de la misma sala, donde estaba el piano, hay una mesa vestida de níveo raso y guarnecida de cándidos encajes. Sobre ella el ataúd, blanco también. Dentro la niña pálida y fría, ornada la frente de azahares, pero tan bella que parece que duerme. Silencio! No hagáis ruido.....Encima unas guirnaldas de blancas flores que penden del techo, le sirven como de palio.

Y la pobre madre? y el padre y los hermanitos de la niña en donde están?

El estupor los tiene anonadados.

Mas aquella situación no puede continuar, su fin se acerca; algo anuncia el temido momento de la partida. Un martillo golpea sobre aquella blanca mesa que parece altar y ese ruido llega derecho al corazón de la madre.

Enferma ella misma se olvida de sus males; saca fuerzas de su pena y en un trasporte de arrebató, que semeja mente insana, vuela al lado de su hija idolatrada. Nadie la detenga: es el torrente que salta por encima de la presa que su marcha un instante ha detenido. Ya está al lado de su hija; levanta el velo que cubre su faz descolorida y la llena de besos, que son fuego; su esposo está á su lado, es la estatua del dolor; sus chiquitines gimen en coro; la interroga luego con tiernas frases, con amantes quejas.

Es loca esa mujer? No es loca: es madre.

SANTIAGO DE LA GUARDIA.

2 de noviembre de 1887.

Sobre la tumba de la niña **Glena Aragon.**

Aun abrigaba en cariñoso nido
Sus amores de niña dentro el pecho,
Y guardaban los ángeles su lecho,
Como sus sueños, de candor vestido.

Pero asomó á sus ojos no dormido
Su espíritu: un guardián viólo, en asecho,
Lo arrebató, y en el sidéreo techo
Un astro nuevo apareció encendido.

Está de entonces el hogar de duelo;
Pero en las noches un lucero brilla
Sobre el hogar desde el tranquilo cielo:

Recuerdo de la niña sin manecilla
Que al trocar por la de ángel su existencia,
Cedió la forma—conservó la esencia!

Cartago, octubre 30 de 1887.

F. MATA VALLE.

La ida de un Angel.

(A LA MEMORIA DE ELENITA ARAGON).

ENVIADA de lo Alto para bendecir un hogar en que la virtud y el amor santifican el abrazo de dos almas sin mancilla, fuiste Elena, su regocijo, su máspreciado bien, objeto de sus castas ilusiones, ara divina en que inmolaban su existencia por tu dicha.

La dulce armonía de aquellos seres, en éxtasis sublime, te llamó á la vida, y tu presencia hizo latir más fuertemente sus corazones, y tu sonrisa y tu candor prolongaron la aurora de su felicidad y su celeste arrobamiento.

Tú que hiciste un Eden del sitio en que se meció tu cuna y en que te prodigó sus desvelos una madre cariñosa y buena entre las buenas; tú que embelleciste con la grata primavera de tu faz y con la ternura de tus sentimientos aun las contrariedades y pesadumbres que intentaron turbar la paz en la santa morada de tus padres; y tú que dejaste en tu eternal ausencia convertido aquel paraíso en campo de inextinguible dolor,—fuiste durante tus juveniles años mensajera y símbolo de las delicias sin término que, en su anhelo, vislumbra la fantasía al través de la azulada esfera, de esa región serena, indescriptible, en que el audaz pensamiento, alzándose sobre los espacios á impulsos del deseo, ve cómo te deslizas presurosa y riente, envuelta en las albinas gasas de la pureza, por entre los perfumados jardines, los lagos de luz, los celajes de púrpura y las colinas de esmeralda que sobre un pavimento de estrellas y bajo un cielo matizado de los brillantes colores del iris y poblado de ángeles cual tú bellos y cándidos, circundan el trono refulgente de Aquel en quien Fé y Esperanza ven al autor y ordenador de las leyes y del equilibrio de los mundos.

Lágrimas de placer humedecieron tu rostro de querubín al besarte por la vez primera la luz del día; lágrimas también, pero de acerbo quebranto, bañaron tu cuerpo frío al crujir y romperse el hilo que unió tu espíritu castísimo á la frágil materia; que es, Elena, el corazón humano cuando le agita el amor, tan cobarde y tan débil, que así gime cuando ríe como cuando le hiere la inclemencia.

Corto fué tu paso sobre esta apartada región en donde desfallecen los espíritus sin energía y se retiemplan con el sufrimiento los que son dignos de venturanza. Tu misión fué brevísima. Sentiste nostalgia del Eden y te has ido.

Los abrojos de la existencia terrenal no ensangrentaron tu planta ni laceraron tu pecho; y fuiste ¡oh Elena! tan feliz que al desplegar tus alas de armiño para volver al Olimpo, ni el polvo sutil de la malicia que enturbia aun las conciencias más levantadas, manchó tu blanca vestidura, pues quiso el destino darte por santuario un hogar purísimo y confiar el tesoro de tu corazón á aquellos que llamándote "hija", más que te amaron á tí, aman la virtud y el cumplimiento del deber.

Hoy es día de finados.

Vestíme de negro como lo está mi corazón y marché pensativo y lentamente, preocupado con mil ideas sombrías, á la mansión del silencio en donde duermen tus venerandos despojos.

Reflexionaba que este día más que de visita á los sepulcros de los que fueron, debiera ser de consuelo á los que sufren, y de súbito cambié mi derrotero por el que conduce á la triste morada en que tus amantísimos padres lloran sin resignación la desventura de haberte perdido en esta vida.

¡Qué cuadro, Elena!

Al recordarlo la sangre se enfría en mis venas y los nervios me sacuden con violencia.

Describirlo me es imposible. Sólo sé que la emoción que sentí al penetrar en aquella luctuosa y gemidora mansión turbó mis sentidos de tal manera é hirió tan rudamente las fibras de mi corazón, que mi pensamiento, lleno de pavor y cobarde ante aquel pesar sin nombre, estuvo á punto de proferir una blasfemia contra el Destino; pero anudados en mi garganta todos los nervios y agolpada en el cerebro toda mi sangre, enmudecí.

Si de mis hermanos en lucha desesperada hubiera contemplado de improviso el campo de batalla cubierto de cadáveres, desgarrados sus miembros y vestiduras, humeantes aún su preciosa sangre y las armas homicidas; si de la tierra en que nací y aprendí á amar hubiera visto la devastación y convertidas en escombros sus alegres poblaciones y pintorescas aldeas, la impresión no hubiera sido más profunda.

Allá, de hinojos ante el lecho en que exhalaste el último aliento de vida, desgreñado el cabello, la frente hundida en la blanda almohada en que descansó tu cabeza por la vez postrera, suspirando y gimiendo de un modo desgarrador, tu madre tan angelical como desgraciada. De otro lado, formando un grupo conmovedor, fijos los cándidos y húmedos ojos en aquella desventurada, los labios entreabiertos y en ademán suplicante, los preciosos niños en quienes encendió tu espíritu el fuego del fraterno amor. En la estancia inmediata los ayes de deudos y amigos cariñosos. Y próximo á tu casto lecho, sentado sobre un modesto sofá, los codos sobre sus rodillas y apoyada en las manos su cabeza febril—¡ semejante era la intensidad de su quebranto!—tu padre incomparable, presa de la mayor angustia.

¡ Oh, cuanto me habrás agradecido bella niña, que renunciara á tu visita por estrechar contra mi pecho el pecho dolorido de tu padre amantísimo y unir á su desdicha y á la de su dulce compañera los gemidos de la pena mía.

¡ Oh tú, espíritu adorable que te has ido! La modestia y el candor que eran tu gala, no hubieran adivinado jamás cuántas lágrimas se han derramado á tu partida. Recógelas en tu blanco sudario y envíalas al hogar paterno en el beso misterioso con que da consuelo á los que sufren el ángel bendecido de la resignación!

ANGEL ANSELMO CASTRO.

San José, 2 de noviembre de 1887.

RIMAS.

A ELENA ARAGÓN.

Ay! por qué cuando apenas en el tallo
se yergue placentera
dobla su frente con mortal desmayo
la flor de primavera?

Por qué al relente de la noche fría
se abate y se consume,
si no ha dado á las auras todavía
su célico perfume?

Yo no lo sé..... Arcano es de la vida
que á la razón asombra!
¡ A veces luz para radiar nacida
sumérgese en la sombra!

No tiene por ventura su destino
lo mismo el pensamiento
que el oscuro y cansado peregrino,
que la luz y que el viento?

Ella tampoco al aura despedía
la esencia de su broche,
cuando ya mustia y pálida caía
al soplo de la noche.

Mas no penséis que de sus tintas rojas
renacerá el encanto,
al empapar sus macilentas hojas
con vuestro acerbo llanto.

Marchitos tiene sus estambres de oro
esa flor de inocencia,
y fué Dios, codicioso del tesoro,
quien aspiró su esencia.

San José, 1º de noviembre de 1887.

JUSTO A. FACIO.

Un recuerdo sobre la tumba de Elena Aragón.

LA muerte acaba de herirnos en lo más vivo: ha arrebatado una de las flores más preciadas del jardín josefino, una halagadora esperanza para la familia y para la sociedad.—Se ha hundido en el ocaso un sol cuyos primeros fulgores apuntaban apenas en un horizonte puro y sin nubes.—El frío cierzo hirió el tierno arbusto y desprendióse de su tallo el fragante botón, con todo su perfume, sin tener tiempo de esparcir ni un solo átomo de su rica esencia.

ELENA ARAGÓN ha muerto cuando apenas ostentaba sobre su frente las flores de quince primaveras. — Vanos fueron los auxilios de la ciencia, insuficiente el calor de los besos maternos para conservar existencia tan preciosa para sus amantes padres; que son rudos y fatales los golpes de la parca, diosa ciega y funesta que acaso deja al mísero anciano tiritar de frío y de vejez y se goza arrebatando existencias brillantes de juventud y lozanía.

Se ha abierto una tumba en la tierra para recibir los fríos despojos de un ángel; otra también se ha abierto en el corazón de sus amantes padres para recibir las hojas ya mustias de sus alegrías y de sus más caras esperanzas.

Es triste, á la verdad, y hondamente conmovedor el espectáculo de la muerte.—Siéntese en su presencia un dolor profundo y silencioso, como el que se experimenta por la pérdida de una ilusión querida; como el que se siente al ver que el invierno mata las flores y las hojas, que el sol quema el aromoso pétalo de la azucena y agosta la tímida violeta, oculta en oscuro rincón de la floresta.

Ayer no más presentaba la casa que hoy viste de luto, el cuadro de la más poética felicidad doméstica.—Una fortuna, si modesta, adquirida de la manera más honrosa y digna: por medio del trabajo y de la actividad bien dirigida.—Si nubes como en todos los horizontes, ligeras y tenues como las que en verano deshace el más leve soplo de la brisa, en cambio brillantes celajes en el cielo del porvenir, olas tranquilas en la existencia que en lontananza se vislumbrara: felicidad la mayor que en el mundo pudiera razonablemente desearse.

Hoy hay lágrimas, allí donde antes sólo se dibujaba la sonrisa de la dicha: el hogar siente el hielo punzante de la ausencia del ser acaso más querido; y el afán cariñoso de los amantes padres, tal vez cree escuchar el gemido triste de la hija agonizante; ver la última mirada que les dirigiera antes de emprender el vuelo hacia el empíreo.....

.....
Pero ya todo ha concluido.—Tan sólo queda para el corazón el perfume de los recuerdos, el rocío de las lágrimas, que el bálsamo de la resignación hará

cada día menos amargas.—Dejemos que ahora rueda de la mejilla el llanto del dolor; pronto ha de lucir en medio de estas tinieblas, un rayo de esperanza, un consuelo de esos que á menudo ofrece la reflexi3n y que el tiempo procura poco á poco.—Si es esa ley ineludible, acat3mosla.—No nos revelemos contra los decretos del destino.

Derramemos una lágrima sobre esa tumba querida.—Cubrámosla con las rosas fragantes de los recuerdos y aguardemos en tanto el día en que podamos descifrar el horrible misterio, y ver como á las tinieblas de la duda que nos martiriza, sucede la intensa luz de la verdad que nos consuela.

RAMÓN LORÍA IGLESIAS.

Noviembre de 1887.

Un recuerdo á la memoria de la se1orita **Glena Aragón R.**

I.

Brilló tan sólo un día
que al empezar la vida, sin aliento
cayó pálida y mustia,
cual las tempranas flores
que arrastra sin piedad el raudo viento.

II.

¡ Oh ensue1os de la loca fantasía,
oh mágicas quimeras!
¡ Cuántas veces dichosa
la ví pasar, radiante de poesía
entre la alegre turba deliciosa
de sus bellas y amantes compañeras,
mostrando ufana en su apacible frente
la luz esplendorosa
de quince juveniles primaveras!

III.

Después también la ví, más ay! la escena
que entonces á mis ojos se ofrecía
no quisiera contarla
que aun el recuerdo sólo
el corazón me oprime y envenena.
En la edad juvenil de los amores,

aquella joven de inocencia llena—
de su amoroso hogar dulce consuelo—
ya inmóvil en un t3mulo yacía,
coronada la sien de niveas flores
y el rostro de azucena
entrecubierto con un blanco velo.
¡ oh amarga realidad, oh triste suerte!
al entrar á la vida, celebraba
las bodas misteriosas de la muerte.

IV.

Pasó esa noche de dolor y llanto
hinchida de sollozos y misterio;
después ¡ oh desventura!
opreso el corazón de honda amargura,
por único consuelo, en nuestros hombros,
á enterrar la llevamos
al santo cementerio.

Allí de pie, en presencia
de la inclemente fosa
que presta á devorarla ya se abría,
de nuevo comprendí, no sin despecho,
la triste realidad de la existencia,
en tanto que á pedazos ¡ ay! sentía
el corazón saltárseme del pecho.

EMILIO PACHECO.

San José, 2 de noviembre de 1887.

Reminiscencia.

CUANDO la madre cari1osa, con amantísimo anhelo recoge en sus brazos al hijo que acaba de nacer, qué de risue1as esperanzas se forja su corazón lleno de ternura al estrechar blandamente contra su pecho á ese pedazo de su alma. Para ella, en ese momento, la vida es su hijo; su ilusi3n más codiciada, ese tesoro

que ella custodia como una arca santa; su afán, todo su afán, un porvenir apacible para él; y le quiere tanto, que no se cansa de decirle al oído, con palabras entrecortadas por los sollosos: "hijo mío, sé para siempre feliz!"

La madre ve crecer al hijo lleno de robustez, y con sus primeras balbucientes palabras, nuevos é íntimos gozos la inundan de felicidad. En el hogar se sucedan entonces escenas indescriptibles de inefable dicha: el esposo, condescendiente y solícito, acompaña á su idolatrada esposa, y todo es arrobamiento en derredor.

Pero fatalidad humana! El paraíso tiene sus puertas, y la parca inexorable quiere ya cerrarlas: llega, pues, la hora fatal, y es preciso salir y caminar por el largo y escabroso sendero en donde sólo crecen espinas y abrojos. Las dichas horas pasadas, ya no volverán; el corazón late sin concierto, y la mente ofuscada, ve por do quiera el dardo punzador.....

Don Manuel Aragón y doña Juana Ramírez de Aragón son esposos modelos: en su hogar jamás se han conocido rencillas ni desacuerdos. Rodeados de numerosa familia, casi toda en la primera edad, eran felices, sí, muy felices. Las tempranas horas de la noche las pasaban en amena conversación, en particular con su hija mayor, Elena, apenas de quince años, quien, por su claro talento y por su cultura y finísimos sentimientos, se hacía merecedora de especial predilección. Cuántas veces ella sola, sostenía animada conversación con su pobre padre, con el fin de distraerlo un poco de sus múltiples ocupaciones; y cuántas veces ella también, sentada al piano, lo deleitaba ejecutando con habilidad trozos escogidos de música!.... Pero el ángel tutelar que velaba sobre aquel bendito hogar, tendió las alas y huyó en silencio. No había ya composición; la muerte con su descarnada faz, buscaba una víctima, y se cebó impía en Elena, la hija buena y virtuosa, querida con idolatría. Nosotros la vimos en el ataúd: dormía tranquilamente, porque los ángeles, cuando suben al cielo, cierran los ojos para no ver nuestra desesperación y nuestra miseria.

Acompañamos á los afligidos padres en su justo dolor, y les deseamos con toda el alma la mayor resignación.

San José, 31 de octubre de 1887.

CARLOS SÁENZ.

A mi querido amigo Manuel Aragón,

por la muerte de su hija

ELENITA.

La madre estaba allí desesperada,
el corazón de angustia palpitante,
mirando aquella tétrica mirada,
glacial, indefinible, penetrante,
que infundía pavor.

Tú, mi amigo, su padre, conteniendo
del agudo dolor el grito horrible
que te hubiera ahogado á no estar viendo
aquella vista fija, indescriptible
imagen del terror.

En el cerebro de la pobre niña
la garra de la muerte haciendo presa;
¡entre el sér y el no-sér tremenda riña!
Sopló la parca, y convirtió en pavesa
de la vida la luz. . . .

Y así ella fué . . . cual suele en el espacio
un instante brillar preciosa estrella,
como gota de fúlgido topacio,
que se evapora y váse; así fué ella,
de tu pena en el lóbrego capuz!

.....
Quince veces había abril cubierto
de rosas el pensil;
de par en par á la ilusión abierto
su corazón estaba en este abril.

Oh! cuál sintió su pecho el dulce halago
del bien y del placer:
el cielo sonreía; manso lago
de brillantes formado al parecer,

meciéndose en sus plácidas orillas,
con rítmico compás,
guirnalda de orientales florecillas,
que no se habían de agostar jamás,

y alfombra de esmeralda la pradera,
donde extendía el sol
cada día su rubia cabellera
luciendo entre el aljófara su arbol.

Así su juventud; fantaseando
maravillas sin fin,
por el mundo pasó huellas dejando
de aromas y de luz el querubín.

Mas ¡ay! que el ala de plumaje de oro
de la vida el zarzal
tocó á su paso, y raudo meteoro,
huyó del mundo, al foco celestial.

Voló allá, donde son realidades
del pecho juvenil
los sueños ó ilusión, las vaguedades
del corazón en el florido abril.

.....
Amor, dicha, esperanzas, ilusiones,
óptica misteriosa de la vida:
Penélope tenaz entretenida
sin cesar en tejer y destejer

siempre la misma tela. De emociones
es fuente inagotable la existencia:
¡cómo consuela al triste la creencia!
¡qué horrible en la desdicha, es no creer!

Deja, sí, que del fondo de mi pecho
arranque tu dolor este quejido:
tú lo entiendes: tú sabes que es sentido:
¡oh! bendita, bendita la ilusión!

En vano en llanto mísero deshecho
el infeliz mortal su mal deplora;
pero feliz mil veces el que llora,
que llorando se alivia el corazón!

Cartago, 30 de octubre de 1887.

Juan F. Ferráz.

Dichosa tú!

Te fuiste ¿no es verdad, oh dulce niña,
en tu primer mañana?
Todos temprano ó tarde llegaremos
al fin de la jornada!

Qué inútilmente en el vivir ponemos
con tanto afán el alma,
cuando tan luego sin piedad ¡Dios mío!
este terrón nos traga.

Te disponías al hermoso estreno
de tus fúlgidas alas,
de tus primeras plumas relucientes
como la nieve blanca.

Pues dichosa mil veces que te fuiste
sin llevar una mancha,
volando con el vuelo reposado
de las serenas garzas.

Cuando mi frente hiera el filo oculto,
¡pobre de mí! gastadas
mis plumas han de estar, y á fuertes golpes
me empujarán las parcas.

Ya sé que padeciste; tu materia
sufrió terribles ansias:
¡pobre niña gentil... y tan sin culpa,
tan sencilla y tan casta!

Pero en tu pecho el tigre formidable
no hincó su fuerte garra,
ni el ave negra te cerró los ojos
á fuerza de picadas.

Y durmiendo y soñando parecía
que en el féretro estabas:
no pierde su belleza la paloma
que atravesó la bala.

Pero yo, cuando muera... por qué pienso
en hora tan aciaga?
tendré sobre mi-rostro el gesto horrible
de la conciencia amarga!

*
* *

Sombra.

LA niña de pupilas brillantes y de sonrisa serena y plácida ha ido á habitar la ciudad de los muertos.

Abandonó el ruido y los placeres del mundo por las armonías de lo infinito; redimida del cautiverio de la carne, el alma pura salvó el horizonte terrestre; el espíritu de Elena, antes de ser presa de los tumultuosos buitres de la realidad, ha ido á buscar la serenidad absoluta que es el complemento de las existencias inocentes.

Es el drama que todos los días se repite y que siempre nos parece nuevo. Es la cinta de espumas que se asoma sobre la onda y se quiebra en torbellinos de cascadas argentinas; es el juego de la sombra con la luz; es la catarata que rueda en el abismo; es la ola que se estremece, infla su seno y pretende besar al astro de la noche, y luego desesperada cae sin fuerzas y se oculta; es el combate de dos gigantes—la vida y la muerte—que se retan en campo abierto y luchan con la pujanza de los héroes antiguos.

Elena atravesaba esa edad feliz en que la mujer recita el poema de sus gracias. Pisaba apenas los umbrales de la vida, radiante la faz, con esa felicidad desconocida que no tiene otro origen que la edad misma, que todo lo colora de nácar y zafiro. El ejemplo santo de una madre virtuosa, los nobles esfuerzos de un padre honrado, la cultura exquisita de una familia honorable, todos esos mil tesoros de ternura, que se ocultan en el hogar doméstico como el oro en la mina ignorada, daban formas luminosas al cuadro de su vida; y su mente, pródiga en colores brillantes como la selva tropical, lanzaba al cielo y á la tierra miradas de curiosidad.

En esa edad, la fantasía, hecha mórbidamente activa por la juventud, sujere un anhelo, una ansia salvaje, una ardiente vehemencia de deseo por la vida; y en el corazón se siente, con la turbulenta violencia de un torrente, la sangre que circula con fuerza, que va á derramar los colores de la vida con extraordinaria energía sobre el semblante.

Y cuando la llama de la existencia arrojaba sus más ricos resplandores, cuando la niña de ojos negros y de hermosos cabellos se disponía á libar la miel de los ensueños, penetra una forma extraña que se arrastra, que se retuerce como si estuviera dotada de la vitalidad de una serpiente, y que clava el diente agudo en la dulce niña que en actitud de éxtasis contemplaba el bellissimo panorama, rebozante de vida juvenil, que á sus ojos se ofrecía.

El dolor desvaneció en aquel rostro infantil los colores de la aurora; las sombras poblaron aquella vívida fantasía, se estrecharon y condensaron en su torno é hicieron tenebroso el camino que debía recorrer.

Muchas veces se pensó que el *ave negra* había clavado ya su corvo pico en aquella faz marchita; luego un leve, tenue y apenas visible tinte de color se derramaba sobre las mejillas y á lo largo de las hundidas venitas de los párpados, anunciando así que el espíritu aun no había abandonado la tierra. Después el color desaparecía, dejando una palidez más grande que la del mármol, los labios se torcían y apretaban con la siniestra expresión de la muerte, y la frialdad se derramaba sobre la superficie de aquel cuerpo; y otra vez el calor penetraba en él, y volvía á sentirse el latir del corazón, y la dulce esperanza reanimaba los semblantes, y parecía que aquellas manos modeladas en líneas curvas, blandas y suaves, habían despedazado en realidad las cadenas de la muerte.

Pero de un momento á otro se apagaron todas las luces de la esperanza. El espíritu de Elena se había perdido en los profundos murmurios de lo desconocido!

Murió la niña inocente antes de mirar el mundo como el gran teatro de la comedia humana. Feliz mil veces ella!

Pero ¡cuán punzante la pena de los desventurados padres al contemplar su bien fundada esperanza echar alas y volar y perderse para siempre!

Al ser conducido el cadáver de Elena á su última morada, no hemos visto colgaduras enlutadas, ni túmulos medrosos, ni lúgubres blandones; ni hemos escuchado las pavorosas notas del tremendo *Dies iræ*. Ella no había despertado aun del encanto de los sueños infantiles; cruzó el mundo como una avecilla, sin mancharse las alas purísimas. Lo que sí vimos fué fisonomías ajadas por el dolor, ojos enrojecidos por el llanto.

Y quien, delante del féretro que nos ocultaba para siempre una imagen querida, no hubiera sentido ese desabrimiento que produce el desencanto, no hubiera palpado la oscuridad de la desesperanza! Pensar en los seres que amamos entrañablemente y recordar que esas existencias pueden de un día para otro ser apagadas por el soplo de la muerte, es dar cabida á un pensamiento que desgarrar y envejece.

Numerosa y distinguida concurrencia asistió al último viaje de Elena. Llegados al cementerio, ninguno de los circunstantes se atrevía á levantar sus ojos del féretro, como si se hiciera desesperada interrogación al destino; ninguno se atrevía á mirar frente á frente á su concepción de la Divinidad, delante de tan dolorosa injusticia!

¿Y los infortunados padres?... Sin Elena no son mas que unos niños tanteando en la oscuridad: les falta el radiante esplendor de sus ojos. Para los que midieron la resistencia con que aquel espíritu tierno luchaba con la sombra, consuelo y razón fuera la mayor de las locuras. Respetemos la majestad del sufrimiento.

3 de noviembre de 1887.

J. M. PACHECO.

A los afligidos padres de Elena Aragón.

Tocan á muerto: el bronce plañidero
De saetas cubre el pecho dolorido:
¡Desgraciado del que ha sobrevivido
Si en él no late un corazón de acero!

Aquel dolor punzante, agudo, fiero,
Cavando va la fosa ensordecido:
A cada golpe arráncale un gemido,
Hasta sacarle, exánime, el postrero.

¡Oh destino voraz, monstruo maldito,
Que te deleitas en matar el alma!
Psicófago infernal, déjanos calma

Y no conviertas el placer en mito,
Devorando la dicha del proserito
Como el simoun la altiva, enhiesta palma.

Cartago, 5 de noviembre de 1887.

FRANCISCO JULLOA M.

Lágrimas.

Me cuentan que tus padres lloran mucho:
¡aun yo te he dado lágrimas!
Estéril es el llanto, pero somos
de condición tan rara.

Qué valen los gemidos? qué las quejas,
cuando la muerte falla?
Dura experiencia nos ha dicho siempre
que nada, nada, nada!

Inútil es llorar. ¿Por qué, Dios mío,
con tal rigor nos tratas?
Nos riegas las mejillas, y te burlas
del llanto que las baña.

Fuiste tú, dulce niña candorosa,
magnífica esperanza,
luz y contento de tu hogar bendito,
perfume de tu casa.

Pues no digamos más, y corra el llanto
sin que lo pare nada,
y burlense los hados del sollozo
y de la queja amarga.

Yo también tengo niños, que traviesos
me van sacando canas,
y de sólo pensar que se me mueran
se me corren las lágrimas.

—Es egoísmo,—gritan los filósofos;
y yo digo en voz baja:
es que Dios nos ha dado lagrimales,
y corazón y alma.

*
*
*

ECOS DE LA PRENSA.

UNO de los hombres más importantes de nuestra sociedad, por sus virtudes cívicas y por los servicios que en elevado puesto público ha prestado al país, acaba de sufrir una desgracia irreparable. El señor don Manuel Aragón ha perdido una de las prendas más amadas de su casa. Su angelical Elena, tal vez su hija predilecta, sucumbió cuando apenas temblaban sobre su frente casta los primeros albores de la juventud.

Si sentimientos de fina amistad no nos vincularan con el señor Aragón para sentir con viveza su infortunio, siempre tendríamos motivo grande para dolernos de la pérdida de su niña. ¿Quién no sabe que Elena era una fúlgida y bellísima esperanza de la sociedad? ¿Quién ignora que con su muerte se ha malogrado un tesoro de gracia y de candor y un dechado de virtud doméstica?

Dios tiene fijada la edad de sus ángeles en quince años, y por eso, avaro de las bellezas de Elena, quiso elevarla á sus alturas cuando apenas los cumplía. Pero, ¿podrá ser esta reflexión motivo de consuelo para los padres que lloran la fuga de su paloma inmaculada? No será más bien sarcasmo odioso enconador de sus heridas?

Tributemos profundo respeto al dolor que no quiere ver ni oír; no profanemos su silencio y soledad; no descorramos el velo enlutado que lo esconde. La palabra consoladora es un dardo envenenado para quien no aspira á tener más luz que el centelleo de sus lágrimas.

Nosotros también lloramos.—Conocimos á Elena, y tenemos corazón.

De "La Gaceta.—Diario Oficial".

..

Elena Aragón.

ESTO no es nuevo; es lo de todos los días. Si parece una niñería que nos cause extrañeza.

Ley ineludible de la humanidad, fatal precisión del destino, no me sorprende tu marcha. A la orilla de un río miro las cristalinas linfas rodando inconscientes, ir á perderse en su salobre é inmensa tumba: en medio de un bosque contemplo el tronco desastillado, cubierto de negrusca lana y con su copa besando la húmeda tierra que le negó la savia de vida: al caer la tarde veo el sol trasponiendo la montaña que cual gigante herido en la mitad del pecho va dejando tras de sí rojas manchas de sangre, convertidas en nubes tembladoras, hundirse en el mar azul del horizonte, porque la sombra, su asesino, va extendiendo ya los impalpables pliegues de su túnica.

¿Por qué me ha de admirar lo que siempre y á cada momento se ve?—¿Por qué me asombro si sé que la vida es una sentenciada á muerte? No lleva envuelto en su esencia un principio disolvente desde el átomo imponderable hasta el más complicado organismo?

¡Pobre humanidad! Aurora y sombra, calor y hielo, fugaz florecencia y eterna oscuridad. Nacer entre nubes de rosa, con luces del cielo en la frente, traspirando suave perfume; vivir en medio del engaño, de la duda, de la esperanza, de la ilusión, bien agitada por amarga ola, bien tocada tu sien por la punta del huidor ángel de la felicidad; y hundirte después en ese antro, ante cuya densa sombra si la mirada humana quiere penetrar tiembla, vacila, duda y llora.

En la fatal evolución todo debe cumplir la ley. Yo sé que el fruto que

está maduro caé; que la flor cuado arrojó de su cáliz todo su perfume se marchita; que la blanca nieve del anciano marca la hora natural del crepúsculo temido.... pero, destino, sé justo. No te burles de tí mismo; no arrojes con sarcástica carcajada un mentís cruel á todo ese mundo de esperanzas que envuelve lo que aun es una esperanza.

Ella era la primavera, era el botón que recibe el primer beso de la brisa, era el levante de una aurora. Apenas si empezaba á enrarecerse la encantadora niebla de la infancia, apenas si su pupila miraba el sonrosado panorama de la juventud con el lente de la inocencia; no se había evaporado aún el suave perfume con que manos divinas ungen la niñez, y ya vienes, despiadada cegadora, á clavar tu guadaña en el tierno tallo.

Horrible hazaña, por cierto! Tú, muerte, te avergüenzas de ella. Al pie de su lecho has batallado contigo misma. La vida, la esperanza, el amor, tanto perfume celestial ponían miedo en tí: te daba pena deshacerlo todo con tu helado soplo; y de otra parte, tu insaciable avaricia te incitaba á robar ese tesoro. A veces como avergonzada te escondías y al alejarte, la ola de la esperanza inundaba el corazón.—Quemadora lágrima caía sobre la frente de Elena, y esa candente perla anhelaba tibiarse la mortecina faz: y mil suspiros, llevando entre sus pliegues pedazos de alma, volaban á reanimar la ya vacilante respiración del ángel.—Otras, se sobreponía tu maldad, tendías la mano, ya la ibas á tocar..... negra sombra se cuajaba en nuestra frente, silencio sepulcral, el corazón se oprimía, y ante tanto dolor, de nuevo te ocultabas y la lucha principiaba otra vez.—Por eso fué tan larga su agonía; por eso tardó tanto en romperse la frágil envoltura.

Hoy la he visto.—Estaba vestida de blanco; la pálida frente ya helada; de su entreabierto labio no salía el más leve suspiro.—La flor al nacer estaba marchita; la aurora se había convertido en noche; el perfume había volado.

¡Helada parca, ya es tuya, tu maldad ha triunfado!

LEONIDAS PACHECO.

Elena Aragón.—Antenoche dejó de existir la señorita Aragón.

Una enfermedad mortal ha separado del regazo paterno y de nuestra sociedad á la preciosa niña que apenas contaba quince años.

Los restos mortales fueron conducidos ayer al cementerio en medio de una numerosa y consternada concurrencia.

Reciban sus amantísimos padres nuestro más sincero pésame por la muerte de su inolvidable hija.

[De "La República"].

**

Pésame.

DE todas veras nos asociamos al sentimiento general de condolencia que ha producido en la sociedad el temprano fallecimiento de la inolvidable Elena Aragón, hija primogénita del señor don Manuel Aragón. Los méritos y las bellas cualidades de esa preciosa flor arrancada por la muerte á lo más selecto del hermoso jardín costarricense, han hecho mucho más sensible lo irreparable de su pérdida. Uníase á tan delicadas virtudes el reflejo de la justa estimación de que

goza en el país su distinguido padre, el inteligente y patriota ciudadano señor Aragón.

El señor Aragón es una de las personalidades más prestigiosas y estimadas en la República.—Su honradez, su patriotismo y la pureza que ha caracterizado siempre todos los actos de su vida pública, ora como representante del pueblo en los bancos del Congreso nacional, ora como Ministro de Estado, y en todas ocasiones, son motivos suficientes para que la sociedad entera le haya hecho elocuentes manifestaciones de cariño y de pesadumbre, como lenitivo á su justo dolor y á su pena por la pérdida de tan precioso pedazo de su corazón.

La virgen arrebatada á la vida era un dechado de virtudes, una flor purísima cultivada con esmero y nutrida con la savia delicada de la educación y del ejemplo, que embellece el hogar de sus distinguidos padres. Quieran ellos aceptar el profundo sentimiento de nuestro respetuoso pésame.

Obito.

EN la noche del martes un rudo golpe sufrió nuestra sociedad con la desaparición de una de sus más preciadas joyas: la señorita ELENA ARAGÓN.

La muerte ha venido á conmovier á todos los corazones y ha dejado un vacío que no es fácil llenar con nada.

Ayer á las once a. m. un respetuoso cortejo fúnebre de lo más selecto de la sociedad acompañó el cadáver desde la casa mortuoria hasta el Cementerio.

Reciba la estimable familia del señor Aragón nuestro más sentido como sincero pésame.

(De "El Comercio").

EN la flor de la edad, cuando apenas contaba quince años, cuando con sus gracias naturales comenzaba á despertar las mayores simpatías, la señorita Elena Aragón, cual blanquísima paloma que hiende los aires en bella mañana de otoño, levanta el vuelo y se despide del mundo por toda una eternidad! ¿Con qué palabras pudiéramos mitigar siquiera el dolor supremo de sus padres? Oh! las lágrimas que produce la despedida para siempre de un ser querido, de un pedazo de nuestra alma, de una hija en fin, como Elena Aragón, son inagotables. Pero recuerde la familia inconsolable de Elena, que ésta ha pasado á mejor vida y que desde el seno del Infinito los bendice cariñosamente.

La Parca, con su guadaña terrible, acaba de cortar la existencia de un precioso ser, que fué adorno de nuestra sociedad y encanto de distinguido hogar.

La señorita Elena Aragón y Ramírez, después de doloroso padecer voló allá, á la mansión de los bienaventurados, aquella morada donde existe la dicha. Desde allí enviará á sus afligidos padres el lenitivo que su acerbo dolor tanto necesita.

¡Paz á sus restos!

¡Consuelo á su familia!

[De "El Tío Simón"].

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTOR,

Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-30 trimestre adelantado.
En el extranjero..... " 1-00 " " " "
Número suelto..... " 0-15 " " " "
Números atrasados..... " 0-25 " " " "

{ Año I. Núm. 11. }
{ San José, 22 de noviembre de 1887. }

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*La oración*, por Miguel Tapia.—*Despedida*, por Justo A. Facio.—*Mi familia*, por Simplicio Cucufate.—*Un día á la inglesa*, por Pascual.—*Nocturno* por X.—*La posa de la Sirena*, por Sirio.—*Luz y sombra*, por Daniel Hueso y Paredes.—*Lady Byron*, por Littlefellow.—*El Músico nocturno*, por Ramiro.—*Su última carta*, por Juan de Dios Peza.—*Crónica*, por Mr. Renard.

Grabados.—Pietro Ferranti.—Emilia Benic.



PIETRO FERRANTI, ARTISTA BUFO.

LA ORACION.

El hombre tiende á lo infinito. ¡Ay de aquellos cuya frente hace gravitar desolador materialismo hacia la tierra,—ó que entre las nieblas de la duda no verá sonriente un cielo alzarse en los confines de la vida!

Si llevamos por el mundo fatigados nuestra carga de penalidad, al levantar el pensamiento á Dios nos sentimos descansar, y la esperanza, como celestial maná, repara nuestras fuerzas. La oración es un deber de gratitud, es un consuelo. Cuando vemos al católico idólatra de rodillas ante una imagen, despreciando el mandamiento de aquel que dijo: Sólo á Dios adorarás y á Él sólo servirás,—nos parece más dichoso que el arrogante descreído, sin otra luz que su razón opaca, sin más fortaleza que la fiebre de la soberbia en un corazón desesperado.

Orar es comunicarse con Dios; es abrir el pensamiento aterido por dolorosa realidad á los rayos de un sol vivificante; es manifestar al Creador la resignación de la criatura á cumplir su voluntad. La oración es una mirada á lo infinito; y por eso rechazamos al sacerdote que nos lo oculta, interponiéndose entre Dios y nosotros, para vendernos ceremonias y palabras, como si ese Dios que ve nuestra conciencia y conoce nuestras necesidades, desoyera en sus misericordias la plegaria humilde de los corazones sencillos.

Jesús, á quien repugnaba el tráfico odioso que se hacía en el templo, quiso enseñarnos á orar, no como los fariseos que iban á ostentar devoción en la Sinagoga—sino encerrados en la soledad y el silencio de nuestra casa, y allí, sin mundanal perturbación, alzando el pensamiento á Dios para decirle: Padre nuestro que estás en los cielos.....

Nosotros los que admiramos en el cristianismo un sistema moral purísimo, debemos considerar atentamente la manera con que el Cristo y los apóstoles implantaron la ley de gracia. El Evangelio debe estar abierto para todo el mundo. Los que se oponen á que lo lea el pueblo, y se contentan con interpretárselo desde cualquier tribuna, no obedecen las prescripciones del Maestro. El verbo era la verdad, y la verdad es clara y alumbra á todo hombre de rectas intenciones.

Cuando San Juan, ya muy anciano, predicaba en Efeso, se contentaba con exclamar: Amad á Dios, amaos los unos á los otros, porque tal es el precepto y basta cumplirlo.

Entonces la piedad consistía en practicar el deber. Las ceremonias, las exterioridades son despojos del paganismo que sólo han servido para desfigurar la moral santa del Cristo.

Oremos, pues, para que venga el reinado de Dios sobre la tierra. El que alimenta las aves del cielo y viste los lirios de los campos no puede desoir á la criatura consciente que lo invoca.

Piadoso nos parece Víctor Hugo cuando en el templo inmenso de la naturaleza adora al Dios que, cual hostia santa, eleva la luna en el Oriente.

Pero también era religioso Pope cuando levantaba su espíritu al Ser infinito para decirle: "Padre del universo, tú á quien todos los pueblos adoran con los grandes nombres de Jehová, Júpiter y Señor: Suprema y primera causa que ocultas tu primera esencia á mis ojos, y sólo me das á conocer mi ignorancia y tu bondad, concédeme en este estado de ceguedad la gracia de discernir el bien del mal, y de dejar á la libertad humana sus derechos, sin atentar á tus santos decretos; enséñame á temer más que al infierno lo que mi conciencia me prohíbe y á preferir al mismo cielo lo que ella me manda."

Si aquí no hay más que las mudas tinieblas del misterio: si el verbo del evangelista de Patmos no es la palabra de verdad que buscaba mi espíritu, iré á la mezquita, á la sinagoga, á la pagoda, y buscaré en las grandiosas regiones del oriente un fulgor que guie mis vacilantes pasos en la noche pavorosa de la duda. Pero á través de la trinidad del brahmanismo, de la propaganda y pasión de Chak-yamuni, de los dogmas del Zend—Avesta, de la Biblia y del Corán sólo encontré el mismo dios—espanto de todas las religiones, hecho á imagen y semejanza de los sacerdotes para explotar la obediencia, la credulidad y la ignorancia de los pueblos engañados. Y, desalentado por tan crueles decepciones, llegué á creer que, mísero y desvalido, era mi destino vagar en noche eterna de sombras, sin que amaneciera jamás para mis ojos una leda alborada de consuelo: y juzgando como Rousseau, que el hombre que piensa es un animal depravado, maldije la ciencia y ambicioné la tranquilidad sensual del ignorante; y hundiéndome inconsciente en la vida de la materia sólo anhelé que la muerte apagara de una vez mi pensamiento en la sombra silenciosa del no sér.....

¡Cuántos desvaríos, y qué horribles des-

engaños para esconder en tenebrosas lucubraciones la sencillez de la verdad! ¿Qué necesidad tiene el hombre de buscar, como Prometeo, el fuego de la vida en el olimpo del misterio, si bástale poner la mano sobre su corazón para sentirla palpitante y ardorosa, y doquiera que tienda sus miradas la encuentra en múltiples vistosas formas, expresando con elocuencia incontestable la existencia de una causa omnipotente y bienhechora? Si necesitamos referir á un principio la verdad que alcanza nuestra inteligencia, la belleza y el bien que siente y adora el corazón, ¿por qué no hemos de llamar Dios, á ese Ser Supremo en cuyas oleadas de luz se baña el pensamiento, á ese fuego fecundante que anima la naturaleza, á esa atracción que une con amor infinito los astros en el espacio, los corazones en el sentimiento, y los espíritus en el cielo esplendoroso de la idea?

Si: Dios es la plenitud del sér, es lo infinitamente bueno, verdadero y bello que se manifiesta en la sublimidad de la naturaleza, en la ciencia de los sabios, en las creaciones del artista, en la práctica de la virtud con que el hombre honrado ofrece á su creador el único culto digno de una criatura agradecida y racional. Dios es el centro luminoso de donde se irradia toda verdad, toda belleza:—es la justicia inexorable que desde su etéreo trono manda á los remordimientos que marquen la frente del malvado con el estigma de Caín, y viertan gota á gota sobre su pecho, que sólo respira ferocidad y torpezas, el virus helado y ponzoñoso de la muerte.

Dios es la Providencia que hace brillar en nuestra pavorosa noche de dudas é infortunios la vívida luz de la esperanza y de la fe; prometiendo á los desheredados, á los tristes y desvalidos que, arrastrándose sobre un sendero de espinas buscan como único consuelo las puertas del sepulcro, prometéndoles, sí, que más allá de esta vida de pruebas, martirio é inquietudes hay una mansión de luz, serena y deliciosa, en donde el infeliz que llevó por el mundo, sin desesperarse, un pesada carga de miserias, va á descansar para siempre en el seno amoroso del Eterno. ¡Crear y esperar! dulces palabras que caen sobre el desolado corazón como el rocío fecundante de los cielos! Vosotros los que satisfechos con la vida irracional de los sentidos, reclinais la frente ceñida de rosas y adormideras en el blanco regazo de la diosa del deleite, bien podéis negar lo infinito á que no alcanza vuestra creencia de goces y

de números; pero no trateis, egoistas despiadados, de arrancar al desgraciado una creencia que lo alimenta en su camino de escombros y de horrores. La existencia de Dios es una necesidad para el pobre, el débil, el huérfano, el oprimido; es la única esperanza del peregrino solitario que ocupa los desiertos de la vida sin encontrar un oasis que no guarde bajo su follaje verde y sus balsámicas flores, un áspid de traidor veneno; que tenga una fuente de murmullo flébil para adormecer sus males y apagar su sed, y bajo cuyas palmeras pueda aspirar el perfumado aliento de las auras y reparar sus agotadas fuerzas con el sagrado néctar de la misericordia y la justicia.

Pensad lo que queráis, interesados apóstoles de la superstición, de la impiedad y de la duda; el poder de la Providencia es tan grande que no teme los embates del sofisma; su misericordia es tan inmensa que acoje bajo sus protectoras alas lo mismo al sacerdote que la profana, que al burlón y descreído materialista que la niega.

Nosotros creemos, porque la fe tan necesaria para las almas sensibles es un tributo de gratitud que redimimos al Supremo Ser de los seres, cuando baña nuestros ojos la luz opalina de los cielos, y coloran nuestra imaginación los cambiantes matices de las mariposas y flores de los trópicos; y escuchamos la nota del turpial y del jilguero, y gustamos el elíxir de la vida en el cáliz que nos brinda sonriendo la mujer, ese ángel de luz y de consuelo que vino al mundo para regar de aromas nuestro camino, y llorar sobre nuestros infortunios, y vendar con sus blandas manos las envenenadas heridas de nuestro corazón desesperado.

La creencia en un Ser Supremo que nos hará justicia allende el sepulcro, tal es nuestro dogma; nuestro solo culto, la práctica del deber, según las facultades con que nos dotara la Providencia para llenar nuestra misión sobre la tierra.

Fuertes en la convicción que damos han podido serias y muy detenidas reflexiones, queremos profesar nuestra fe religiosa ante el Dios de la naturaleza que acoje la humilde oración de los corazones sencillos, y ante los bombres de ánimo imparcial y tolerante, que no se dejan fascinar por las despiadadas exigencias de extemporáneo fanatismo.

No hay miedo de violencias ni de persecuciones, que si al fin se ha oído el doliente grito de libertad que exhalaban los már

tires desde el fondo oscuro de las catacumbas—si diez y ocho siglos de lágrimas y sangre han bastado para apagar la cólera de los Dominicanos, San Cirilo, Inocencio III, San Vicente Ferrer y Torquemada—si ha llegado el día en que la civilización redima al hombre, permitiéndole postrarse de rodillas ante el Dios que ilumina su conciencia;—el triunfo es ya definitivamente nuestro, y podemos erguirnos sobre las humeantes pavesas de las preocupaciones,—seguros de que los rayos de la superstición son hoy tan impotentes para herirnos, como lo es el viento helado del exceptisismo para apagar la vívida lumbre de nuestra religión imperecedera.

MIGUEL TAPIA.

DESPEDIDA.

(A DELIA.)

Hiere la lumbre mis ojos:
la Musa, con casto beso,
me ha despertado temblando
de mi letárgico sueño!
Triste parece que roza
con su purísimo aliento
mis sienes adormecidas
por encantados recuerdos,
por ilusiones doradas,
por dulces presentimientos!
Al sacudir el marasmo
de mis confusos ensueños
tropel de implacables dudas
brotar en el alma siento.
Ay! camina tan pausado
de la triste ausencia el tiempo,
que quién sabe si en la ausencia
á tu memoria no vuelvo.
En cambio, el recuerdo tuyo,
Como un ángel dulce y bueno,
será de mi oscuro viaje
solicito compañero.
Yo voy errabundo y solo
á confundir allá lejos
con el clamor de los mares
el clamor de mis acentos:
cuando tienda la mirada
sobre el azul elemento
hasta hallar del horizonte
el celaje oscuro y denso,
como ancha cinta que borda
el vasto confin del cielo;
cuando con ritmo apacible
huya de mis labios trémulos
tenue suspiro que escapa
como la voz de un secreto,

sobre el cristal de las ondas
veré tu rostro risueño,
y en alas de mis suspiros
te enviaré dulce recuerdo!

II.

En mis cantos fugitivos
tu grato nombre yo elevo
entre murmullo apacible
de halagos y pensamientos;
pero las auras serenas
se llevan con fácil vuelo
á las remotas montañas
de tu nombre el débil eco.
En las marinas riberas
sus alas sacude el viento
y de sus silbos sonantes
el ámbito deja lleno.
Allí tu nombre armonioso,
oh Delia, en no usado metro
á cada nota del canto
el eco va repitiendo;
pero como es tan humilde
aunque entusiasta mi verso,
al mar pediré sus voces,
sus grandes alas al viento,
y á la rauda fantasía
su audaz y pujante vuelo
para llenar con tu nombre
el anchuroso universo;
pues quiero que al olvidarse
por tosco y rudo mi acento
de mi amada el nombre deje
eco sonoro en el tiempo.

III.

Yo te mandaré de allende
en mis suspiros envuelto
el efluvio misterioso
de mis fragantes recuerdos;
pero deja que en la ausencia
de mis amores el genio
roce con sus puras alas
tu tranquilo pensamiento:
cuando entregada reposas
á mil hermosos ensueños
con suavidad no sentida
él pone en tu frente un beso.
Yo le digo que amoroso
te repita en el silencio
el nombre pobre y oscuro
de quien te idolatra tierno;
que si allá compadecida
me consagras un recuerdo
te repita que en la ausencia
en mi memoria te llevo.

San José, 19 de junio de 1877.

JUSTO A. FACIO.

MI FAMILIA.

III.

MI PRIMO EL LICENCIADO CASCAJAL.

El señor don Rufio Cascajal por su padre, y Lodazales por la madre, tan conocido en esta ciudad por su grande habilidad en el violín y el acordeón, recibió el título de Licenciado en leyes después de cuatro años de pasantía con Benedictis, Sacripanti y Vigne, tres dignos y honrados hoteleros, cuyos billares tienen fama merecida.

Con bufete abierto y la conciencia cerrada, comenzó á hacer su clientela don Rufio contratando seis nonecos cuya consigna era: estar parados ó sentados en su bufete, y hacer alboroto contando en altas voces los nunca obtenidos triunfos jurídicos del patrón. Los pasantes que no sabían que aquel grupo de gritones no se renovaba, y era compuesto siempre de los mismos vagabundos, fueron tragando el anzuelo poco á poco.

Hoy es Cascajal y Lodazales un abogado que no aboga; un jurisconsulto que no consulta; un jurisperito muy perito en el acordeón y el violín.

Por lo que hace á honorarios, como él necesita dobles para pagar sus seis campeones, suele excederse hasta exigirlos triples y cuádruples; pero eso lo hace con tal dulzura y amabilidad, que todos le pagan lo que pide. Hay abogados que se enojan de tal manera cuando no se les paga, que levantan la voz, amenazan, y aun demandan en juicio sus honorarios, mientras que mi primo, á la primera negativa ó tardanza en satisfacer sus justas pretensiones, con semblante risueño y modales elegantes embarga preventivamente los muebles, el reloj ó el caballo de su deudor, de modo que la primer noticia que el cliente tiene, es el depósito de sus muebles &, en terceras manos; todo esto sin escándalos ni voces.

Cuando la paz y la concordia de una provincia es tal, que los pleitos escasean demasiado, Cascajal forma ó hace nacer un pleito donde no lo había.

Su táctica le ha dado resultados asombrosos y consiste primero: en todo asunto que se le consulta, asegura al pobre cliente que su negocio es fatal, perdido, desesperado. Varias leyes condenan á su cliente; pero para eso son los grandes abogados; Cascajal hará prodigios en el foro; empleará su alta influencia y sus grandes relaciones para obtener el triunfo. Así atemorizado el litigante, no niega ni dinero ni pasos á un general que va á batirse en una lucha desigual, contra el que tiene mayor derecho que él.

De ese modo, si el pleito se pierde, ya estaba previsto el caso por don Rufio. Si se gana, ha sido contra lo regular y á fuerza de saber, de poder y, sobre todo, de mucho querer, de parte de su abogado.

Segunda regla: Cuando el que defiende mi primo, asiste á los alegatos de palabra ante los tribunales, todo el busilis está en hablar mucho y largo, sea bien ó mal, y encararse al abogado contrario, haciéndole una docena de injurias bien sonantes y repetidas, teniendo cuidado de hablar siempre más alto y hueco que el otro, y de apoyar su reclamo con algunos latinajos, aunque él, ni nadie, los entienda; cada cuarto de hora, pedir al portero un vaso de agua.

Tercera regla: El Licenciado Rufio aparenta tener mucha intimidación con los Jueces, Magistrados y gentes de alto bordo. De vez en cuando, quiera que no quiera, da un abrazo al presidente de una de las Salas, y se exhibe así por las galerías del Palacio de Justicia, afectando una familiaridad que ofende al que es objeto de ella; pero que le importa poco á don Rufio, con tal de ser visto por las gentes.

Cuarta superchería. Cascajal y Lodazales vive..... nadie sabe donde; mas él pretende y repite cada y cuando tiene oyentes, que..... anoche no pudo asistir á tal cita, porque no se lo permitió una larga visita que le hizo el Presidente de la República: tal rebeldía se la acusaron porque comieron con él el Ministro de Hacienda y el Gobernador y se retiraron muy tarde. La deserción en que incurrió en el negocio de Ticio, la motivó una invitación del señor Obispo, á almorzar; y no alegó en el asunto de Sirio, porque estaba corrigiendo un proyecto de ley que le consultó el Gobierno &, &, &.

En sus ratos de ocio (que son frecuentes) el primo Rufio relata sus largos viajes por Europa, en donde le han ocurrido todas las aventuras que él ha oído ó leído contar de otros.

Como esos dilatados é instructivos viajes, á que él se refiere, pueden describirse en seis líneas, regalaré al lector con su historia.

Cascajal creía su educación incompleta mientras no abriera en persona el gran libro del mundo, viajando por la vieja Europa. Un día, pues, amaneció caballero en un macho de Maximino, y le anocheció aprisionado en una tizereta ó cama de *Cepa* en Carrillo, sin otros accidentes que dos embrocadas del referido cuadrúpedo, y tres embrocones del referido bípedo el Licenciado en leyes &, &.

Al siguiente día lo empaquetaron en Limón en un camarote del vapor *Moselle*, de la Mala Real, y veinte días después desembarcaba en Cherburgo un esqueleto viviente y en completa salud, pero que el mareo había despojado de todas sus partes líquidas y grasosas.

Un cochero lo entregó en el hotel de Richmond, rue du Helder, en París; quien lo devolvió ocho días más tarde á sus amigos, gordo y bien dispuesto.

El primer día que don Rufio salió á recorrer los boulevares y calles de la gran ciudad, comenzó por saludar con el sombrero á las primeras cien personas elegantemente vestidas que encontró; pero como nadie le devolvió sus cortesías, las economizó, y dió rienda suelta á su

curiosidad. Abierta la boca y cerrada la bolsa recorrió unas dos mil varas de frente no atreviéndose á pararse delante de las tiendas para que no se fijaran en él. Lo que más llamó su juriconsulta atención, eran los rótulos brillantes dorados ó vidriados y un almacén de instrumentos de música en donde, magüer su cordedad, entró y preguntó el precio de los acordeones y violines.

Quince días pasó mi primo en este ejercicio, sin asistir ni aun al teatro, porque á las siete de la tarde caía como muerto en su cama.

Por fin, y creyéndose suficientemente al cabo de la civilización moderna, y bastante conocedor de las costumbres y usanzas de los pueblos cultos, determinó comprar una butaca de orquesta en la grande ópera francesa. Jamás ha podido recordar lo que allí vió y oyó; pero está seguro de haber visto bailar miles de bailarinas.

Ya listo para la vuelta á América pasó á un almacén de libros de ocasión y compró un lote de trescientos volúmenes por cien francos. Toda esa biblioteca era exclusivamente compuesta de obras escritas por viajeros ó sobre viajes.

Tres meses eternos, mortales, empleó don Rufio en sus largos viajes, de modo que á los 90 días de su salida de San José, reposaba en su bufete cubierto de honrosas cicatrices (los mosquitos del camino), de las felicitaciones de sus clientes y del respeto universal y de otras partes.

Continuará.

SIMPLICIO CUCUFATE.

UN DIA A LA INGLESA.

[A MANUEL GONZALEZ.]

Yo no sé por qué Dios ha dispuesto que uno tenga sus días de mal humor y de aburrimiento, en los cuales, mal que les pese á los moralistas, da al diablo sus ocupaciones, amistades, parentela, etc., y va á matar el tiempo en cualquier parte, con tal que sea en el bullicio, salvo raras excepciones en que busca la soledad. A menudo sucede que uno se levante de la cama con humor de inglés quebrado y abra los ojos para verlo todo color de sangre.—Entonces el canto del jilguero, del canario, del mozotillo, no sirven más que para hacer rabiarse: las flores todas parecen de muerto, y hasta la mujer que amamos tiene sus tintes de suegra: los hombres todos parecen demonios y las mujeres, sus hermanas. Según tengo entendido este es el *spleen* de los ingleses, cuya palabra castellana no digo por evitar un anglicismo.

Pues bien, yo, para servir á UU., hecho

por desgracia del mismo barro que los otros hombres, tuve ya mi día aciago, mi día á la inglesa y tanto, que apenas hube dejado mi cama y reconocido mi estado, creí de buena fe ser nacido á orillas del Támesis y huyendo del melodioso canto de las aves, corrí en busca de un paisano para echar con él un parrafito en nuestro patrio idioma: lo encontré,.....pero ¡terrible casualidad! en el mismo estado que yo: le hablé y.....poco me faltó para ir á visitar las estrellas, tal fué el bofetón que recibí, por el gran delito de haberle hablado en un idioma que yo creí era el inglés y él creyó ser el chino.—Maldito inglés!!

Digo, pues, que salido con vida de manos del buen inglés mi paisano, hice una cosa extrañísima en mi estado y fué la de discurrir de qué manera haría saltar sin riesgo de mis costillas, ese abismo que en figura de día á la inglesa, el hado había puesto en el camino de mi vida.

Esta discusión fué lucidísima; hubo serios debates en que alternaron en el uso elegante de la pabra, la Razón y el Spleen, el qué dirán y el Yo digo. En definitiva, la luz que salió de esta discusión, de este choque, fué para ver que lo mejor era no enseñar mi cara en la oficina ese día y enseñarla con todo y cuerpo adonde quiera que hubiese bulla, que hubiese pasatiempo, que hubiese holgazanería.

Salí de ese primer paso y llegó el peor, el busilis de la cuestión, cual era el de encontrar en un martes á las ocho de la mañana, un lugar con gente desocupada, adonde dejar perdido mi mal humor. Si hubiese sido un lunes, vaya, pues es bien sabido que no falta una media docena de artesanos que descansan lunes de las fatigas del domingo y lo pasan muy alegres.....y habría pedido un lugarcito en medio de ellos; pero un martes, ¡válgame Dios!, un martes, cuando todo el mundo trabaja y espera el próximo domingo para trabajar.....verdaderamente este me parecía el punto más delicado de la cuestión; pero ¡infeliz de mí!, me engañaba de medio á medio. Acostumbrado á no salir de mi oficina en los días de trabajo, no sabía que hay partes en que los domingos por ser domingos y los otros días de la semana por ser parecidos á los domingos, están llenos de gente, que yo, ciertamente no me atrevería á decir que es vagabunda, pero que, con respeto y todo, digo que es desocupada.

A poco andar y sin que mis ojos se fijasen en los huecos de las aceras (no digo en los ladrillos porque éstos son excepción muy honrosa en los pisos de ellas) á poco andar, digo, acerté á pasar frente al establecimiento que antes se llamaba la Esperanza y que hoy, prescindiendo del sarcasmo, se titula Hotel de Italia. Sin reflexionar en lo que hacía, me metí en él, como Pedro por su casa y ¡hallazgo feliz! cuando yo pensaba encontrarlo más solo que la Academia de Derecho en sus noches de sesión, lo encontré más lleno de gente que mis bolsillos

de necesidad. Bendije mi buena estrella y vendiendo la repugnancia que me causaba la vista de mis semejantes, efecto de mi estado, busqué compañero, el que no me fué difícil encontrar, pues que allí había de todo. Alrededor de una mesa estaban sentados hasta ocho individuos, fumando y con sendas copas á su frente, tan limpias y vacías, que demostraban á más no poder, el cuidado que se había puesto para vaciarlas.

—Mira, dijo uno, allá viene Pascual.

—Ola chico, respondió el otro, ven acá y cuéntanos algo de lo que pasa por el mundo, tú que tan dado eres á observarlo todo, y según dicen, á meterte en averiguaciones de la vida ajena, para contar después sus pecadillos.

—Alto ahí, dije yo un poco amoscado: todo puede ser verdad menos eso de meterme en averiguaciones de la vida ajena. Yo nada procuro averiguar; lo que ante mis ojos pasa, lo veo porque no puedo hacer otra cosa, y si merece risa, me río. Si á alguien no gusta este mi proceder, le diré que lo siento mucho, y en vez de modificar mi carácter, que procure modificar aquellas de sus costumbres que parecen nacidas para provocar la hilaridad.

—Hombre, dijo otro, este Pascual parece que ha amanecido hoy de mal humor; vean que lenguaje el suyo.

—No te engañas, le respondí, hoy soy un inglés con *spleen*; por lo tanto ten mucho cuidado en lo que hablas y en lo que haces, y siguiendo ahora mi consejo, debieras tomar del brazo á tus compañeros é ir á buscar alguna ocupacioncita con ellos, porque de no, soy capaz de verme de UU. á pesar de mi mal humor.

—Que te rieras aquí nada importaría, que te rieras en "La Prensa" sería lo peor, pero tú no lo harás, porque tú eres nuestro amigo y no creo quisieras ridiculizarnos.

—No tengas cuidado, le respondí, no servirán UU. de tema á mis habladurías, aunque sobrado motivo habría para ello; sin embargo, cuando haga la relación de este famoso día á la inglesa, que de seguro hará época en los anales de mi vida, no puedo prescindir de sacar á UU. á colación, siquiera sea no más que por incidencia.

—Oh! eso importa poco, dijeron todos.—Viva Pascual! Que tome un trago.

Dicho y hecho, Pascual, el buen Pascual, el honrado Pascual, con todo y su bondad, honradez y mal humor, tomó su trago. Escándalo de escándalos!!

Mis ocho amigos de la mesita consabida, tomaron cada uno para su casa, temiendo ulteriores disposiciones. Pobrecitos!!!... habían ido á descansar. Conversé un poco más con varias otras personas que allí había... descansando también, y por temor de perder mi opinión y buena fama, salí á la calle un poco mejorado de mi enfermedad y seguí mi camino admirándome á cada paso de encontrar tanta gente sin ocupación, cuando yo creí no encon-

trar ninguna. Por acá, en una tienda, había unos cuantos que ni compraban ni vendían, sino que quitaban tiempo á los dependientes: más allá en una vinatería, se veían hombres con parejas haciendo sabe Dios qué cosas, y así en muchas otras partes, hasta en las sastrerías y oficinas públicas. Yo estaba admiradísimo y á veces me daban tentaciones de creer que era día de San Bartolomé, día en que, según tradición antigua, anda el Diablo suelto. Tanta gente en los puntos que he nombrado, me admiró ciertamente, quizá por la poca costumbre de verla; pero debo confesar con franqueza, que mi admiración subió de punto cuando por casualidad me fijé en unas barberías y en la gente que allí se encontraba á las doce del día; y no sin motivos, porque era gente menuda, es decir jovencitos, que yo habría jurado de la mejor buena fe que á esas horas se encontraban en el Colegio.

Bendito sea Dios, pensé yo, lo que es el mundo, lo que es la civilización! Tanto que hay que aprender y tan pronto que aprenden estos jovencitos. No hay duda que el mágico Edison ha inventado algún aparato para enseñarles eléctricamente lo que necesitan saber.—Felices ellos que pueden comprarlo, mientras que nosotros los pobres tenemos que seguir la moda antigua: estudiar día y noche y nunca llegamos á saber alguna cosa.

Entre carreras y paradas, admiraciones y cólera, llegó la tarde y entonces sí que pude considerarme enteramente cuerdo, porque el poco *spleen* que me quedaba, desapareció en medio de las conversaciones entabladas con varios jóvenes de esos que acostumbran pararse en las esquinas á tomar el fresco. Llegó la noche y mejor que mejor, porque multitud de puertas, cerradas para mí hasta entonces, se abrieron de par en par y por todas partes, en todos los establecimientos públicos, encontré con quien departir amigablemente.

Ay!! qué cosa tan terrible es un día de spleen!! y esto que el que á mí me dió no era de pura raza, sino falsificado, y la prueba de ello está en que aquel consabido buen inglés mi paisano, hizo lo que hizo conmigo. Hay que huir á todo trance de estos aciagos días, y si por desgracia llega uno á tenerlos, debe, aunque sea violentándose, buscar el retiro, porque de no hacerlo así, se ve uno obligado á saber muchas cosas, que más son para ignoradas.

Dios te libre, Manuel, de un día á la inglesa.

PASCUAL.
(Costarricense.)

NOCTURNO.

Oh melancólica luna,
tú lo sabes... tú me viste
crisparme pálido y triste
al rigor de mi fortuna.

Qué buscaba aquella noche
bajo este mango copudo,
mientras que Silencio mudo
guiaba al cenit tu coche ?

Ni una rama se movía,
ni un eco erraba perdido:
aun recuerdo estremecido
que todo en calma yacía.

Y tú sabes que ELLA estaba
entre esa grama escondida,
cuando un indicio de vida
este paisaje no daba.

Amante desconsolado
salí á contarte mi duelo;
que siempre asiste consuelo
á las víctimas del hado.

Y estaba llorando yo,
cuando salió de repente
de entre la grama crujiente,
una vieja haciéndome ¡ oh !!

X.

LA POSA DE LA SIRENA.

PARTE 1ª

Cerca de la confluencia de los ríos Virilla y Tíribí existe un paraje delicioso. En ese valle, que indudablemente fué formado por el lento trabajo de la corriente del Virilla, existía hace algunos años una pintoresca casita de dos pisos. Pequeña, pero aseada á la holandesa, aquella morada parecía un nido que las ninfas del río hubieran fabricado para su descanso. Las celosías verdes y las paredes blancas de la casita, contrastaban agradablemente con el fondo sombrío que la selva le formaba. El valle entero tomó el nombre que primitivamente sólo se daba al brazo del río que pasaba frente á la habitación que hemos descrito: *posa de la Sirena*, primero; y después, *valle de la Sirena*. El origen de este nombre, dicen los labradores de las cercanías, proviene de una aparición que periódicamente conmovía á las gentes que por allí pasaban. Se asegura que todos los años, el 15 de agosto, día de la Asunción, á ciertas horas de la noche, sale de la posa una sirena, ó sea, una lindísima joven con los cabellos sueltos, con el medio cuerpo superior de mujer pero de la mujer que era Venus, y el otro medio cuerpo inferior con la forma de un pescado. Esta sirena inofensiva había sido vista por muchas personas.

Pero, volvamos á nuestra casita y ocupémonos de las gentes que la habitaban.

Hacia dos años próximamente, que una familia compuesta de tres personas, se había instalado en ella y sin otra compañía que la de una cocinera y un criado, se deslizaba tranquilamente la existencia de aquellos seres.

Arturo, el amo de la casa, joven de veintiocho años, se había casado, hacía cuatro con Amelia, que contaba diez y ocho años, y con más encantos físicos y virtudes que años. Esta pareja fué agraciada por la Providencia con una niña, Julieta, tan lle-

na de gracia y belleza infantil, que bastaba ella sola para llenar todos y cada uno de los momentos de la existencia venturosa de ambos esposos.

En efecto, Amelia, amada de Arturo y adorando á la pequeña Julieta, era tan feliz cuanto es posible serlo de tejas abajo. No así Arturo, cuyas aspiraciones hacia lo desconocido le infligían un malestar que él mismo no se explicaba. Sin otros bienes que aquella casita con cuatro manzanas de terre no medio cultivado y una renta de ciento cincuenta pesos mensuales que le producía el interés de la suma de quince mil pesos colocados con entera seguridad, sus ensueños de la adolescencia le habían acostumbrado á esperar una gran fortuna; organizado además, como la generalidad de los hombres de su casta y habituado á la idea de que él era destinado á sobreponerse y dominar á los demás hombres, no podía menos que resentirse de aquella quietud, de aquella dicha monótona ó ignorada, y por lo mismo, no envidiada de sus semejantes.

Amelia sólo temía que aquella situación tuviera un término, y no se figuraba nada más venturoso que la prolongación indefinida de tan dichosa existencia. Arturo y Julieta eran su vida, su amor, su destino final. Amelia y Julieta eran para Arturo una compensación insuficiente de la falta de gloria, de poder y de bienes de fortuna. A su pesar demostraba con su tristeza y sus frecuentes distracciones, que en su corazón ó en su cerebro había un vacío que carcomía su cuerpo y oscurecía su alma.

Arturo, que no se daba exacta cuenta de su anormal humor, consultó al Doctor Weber, grande amigo suyo, quien sin comprender el mal le dió unas pastillas, aconsejándole que las tomara cuando se encontrase atacado por aquella semi-enfermedad.

Así trascurrieron dos años. El día 15 de agosto de 1880, después de tomar el té se sintió con un redoblamiento de tristeza que no pudieron impedir ni las delicadísimas atenciones y cariños de su esposa, ni las inocentes coquetterías y dulcísimas sonrisas de Julieta, al grado de hacer exclamar á la niña: papá, tú no eres amable conmigo, como lo es mi mamá; no me mires tan bravo porque me das miedo; siéntate y juega conmigo y te amaré igual á mi mamá Amelia. Inútiles llamamientos. Amelia y Julieta se retiraron á descansar, y Arturo, taciturno y alelado salió de su casa é inconscientemente, casi maquinalmente, dirigió sus pasos hacia el río. Cuando hubo llegado á la orilla de la posa de la Sirena, se sentó en una piedra, y miró sin ver la superficie azul de la posa y escuchó sin oír la corriente del Virilla. Sonaron las doce de la noche y recordó nuestro amigo Arturo el remedio que le obsequió el Dr. Weber. Sacó una cajita de oro, tomó tres pastillas que en ella había, y las puso en su boca. Cuando había absorbido su contenido, le pareció que el agua de la posa se movía en remolinos. Una espuma blanca cubrió los círculos móviles que formaban las ligeras ondas, y del fondo del río salió una hermosísima mujer desnuda, sólo cubierta la parte superior de su cuerpo con los sedosos cabellos de aquella criatura celestial. A media agua notó que se movía la cola de un pescado que hacía las veces de la parte inferior del cuerpo de la Sirena.

Lo que siguió lo copiaremos de un libro en que Arturo consignó los sucesos de aquella noche inolvidable.

“ Mis ojos se clavaron involuntariamente en los de aquella encantadora visión que tenía delante de mí. Ella me miraba con tal fijeza y había tanto amor, tanta bondad y dulzura en su expresión, que no pude articular palabra; pero me arrodillé ante ella y



alargué los brazos como implorando su compasión. Luego, con una voz cuyo metal argentino conmovió todo mi ser, me dijo:

—Arturo, tú no eres feliz porque tu alma está agitada de vehementes aspiraciones á la gloria, al poder y á la posesión de grandes riquezas con las cuales se consigue á veces lo segundo y alguna vez lo primero. Yo te otorgaré todo cuanto desees; serás inmensamente rico; tu aspecto físico será simpático, bello y gracioso; las mujeres te adorarán y los hombres te temerán y respetarán: serás el primero entre tus compatriotas, y los dominarás con tu elocuencia, tu talento práctico y tu prestigio: gozarás de perfecta salud y tu nombre será enaltecido y venerado por todas las naciones. Cuando mueras te dedicarán estatuas y altares donde te adorarán como á un semi-dios. ¿Estás contento; tienes algo más que pedirme?

—No, exclamé yo, arrobado y alelado de placer. Seré el más dichoso de los nacidos, si lo que me pidas en cambio de tantos dones, puedo yo conseguir hacerlo.

—Nada te pido en cambio, replicó la Sirena; p o nunca tendrás nada otra cosa que lo que te he ofrecido.

Al concluir estas últimas palabras se sumergió en el agua mi bondadosa Sirena y la superficie de la posa quedó tersa y tranquila como antes.

Entré á mi casa y me acosté con el corazón y la cabeza henchidos de esperanza y felicidad.

Frente á mi escritorio había un espejo en el cual, antes de desvestirme noté con placer el reflejo de mi persona. Con las mismas facciones y disposición exterior que me eran naturales, observé con sorpresa que toda mi figura y movimientos tenían una gracia y suavidad que atraían la voluntad, y arrebatan la simpatía.

Un sueño tranquilo y no interrumpido se apoderó de mi ser hasta la aurora del siguiente día.

SEGUNDA PARTE.

Al día siguiente, al despertar, sentí una ligereza de cuerpo y de espíritu anormales. Amelia y Julieta me acariciaban á porfía y me enseñaba la primera un diario de la capital en el cual se hablaba de mí en los términos más encomiosos, proponiéndome como diputado en representación de mi provincia.

En mi cuarto encontré una enorme caja de hierro, que abrí y cuyas gavetas estaban llenas de billetes de banco, de monedas de oro, y una, con piedras preciosas. Lo que más me asombraba era que aquella novedad no fuera notada por mi esposa é hija, quienes hablaban de aquellas riquezas como si siempre hubieran estado allí.

No me detendré á detallar mi vida desde que ameneció el día que siguió al encuentro de la Sirena de la posa. Fabricué casas, semi-palacios en la ciudad, y lujosas villas en el campo. Establecí y erí industrias desconocidas en el país. Favorecí y levanté familias pobres, prestándoles capital y crédito, y al cabo de dos años se me llamaba: Arturo el benéfico, el magnífico; era el hombre apreciado y querido por las masas. Mi candidatura á la Presidencia de la República tenía todas las probabilidades de triunfar aun de la del Gobierno, por ser éste mi deador por grandes sumas, y por servicios importantes. ¿Qué faltaba para mi completa felicidad? Bienes de fortuna, ambición satisfecha, salud completa?

Era dichoso con todo esto el marido de Amelia? Si lo fué, cuanto se puede ser en este mundo, du-

rante diez y ocho meses. Al cabo de este tiempo la pequeña Julieta empezó á palidecer y á marchitarse.

En vano se agotaron los recursos que traen consigo enormes riquezas y un gran prestigio. Médicos llamados de fuera, consultas á celebridades de la ciencia médica; todo fué inútil; la preciosa y simpática niña caminaba á su fin con la sonrisa en los labios y la tristeza en el corazón.

TERCERA PARTE.

Una consunción de pecho adquirida á causa de un temblor de tierra que conmovió durante diez segundos la ciudad de San José á las tres de la madrugada, hizo perder la cabeza á Amelia y creyendo salvar á su hija de una muerte segura, la sacó de su cama en donde traspiraba abundantemente, y sólo cubierta con una sábana, la condujo á la calle, húmeda y fría esa noche, á causa de un vendabal del Sur.

¿Cuanto lamentó Arturo no haber pedido á la Sirena la salud para los suyos!! Mas ya era tarde. El creyó que con mucho dinero y mucho poder, todo podría conseguirse, y se manifestó satisfecho con las promesas de la Sirena del Virilla, entre las cuales estaba la de salud para él, y nada dijo de los suyos.

El 15 de agosto de 1882 se acercaba. Julieta hacía días que sus fuerzas no la permitían abandonar el lecho. Arturo y Amelia no salían de la casa.— Sentados á la orilla de la cama de la niña, pasaban los días y las noches contemplando aquellas formas angelicales que pronto desaparecerían. Lo que tiene de más terrible esa enfermedad que diezma los países del Norte de América y Europa, es la completa conservación de las facultades intelectuales de sus víctimas. Así es que el atacado de los pulmones, ve paso á paso acercarse el momento supremo de la disolución final. Julieta con voz débil y dulcísima consolaba con piadosas mentiras á sus desventurados padres, asegurándoles que se sentía mejor y que pronto estaría buena. La víspera del 15 la adorable niña preguntó á la mamá con un gesto que más bien que sonrisa parecía una contracción producida por el dolor, con qué la festejaría en su cumpleaños que era el día siguiente. La madre no pudo contener el llanto y salió precipitadamente del cuarto, para que la enferma no lo notara. Cuando Arturo entró poco después con Amelia, Julieta movía una mano en ademán de despedida y miraba fijamente hacia la puerta. La manecita cesó de moverse y los ojos de brillar. Los besos de sus padres se posaron sólo sobre el cadáver de la que fué Julieta.

El 15 de agosto se depositaron en el panteón de esta ciudad los restos de la pobre tísica y con ellos la felicidad de Arturo y Amelia.

Muerta Julieta, la vida de Arturo y Amelia fué de continuo dolor, de profundo pesar. Ambos maldaban las riquezas y la popularidad del primero.— ¿Para qué todo eso? Las villas, los palacios, los lujosos muebles sólo recordaban la dicha pasada. Sin Julieta todo era frío, triste, sin objeto. Amelia lloraba y alternaba las lágrimas con la oración. Arturo sufría más quizá, porque su sufrimiento no tenía una válvula que lo dejara salir al exterior. Días enteros los pasaba recorriendo silenciosamente los lugares preferidos por Julieta; ó inmóvil contemplando como una estatua un punto fijo en el horizonte, ó en el estrellado cielo. Ambos preferían la habitación de la *posa de la Sirena*, sin explicarse por qué.

Un año, largo como un siglo, trascurrió para esta desgraciada pareja sin darse cuenta del tiempo;

pero con un deseo, cada día renaciente, de concluir con existencia tan dolorosa y seguir á Julieta en su desconocida morada. Y como todos los plazos se cumplen, el día 15 de agosto llegó y pasó. A las doce de la noche, se dirigió Arturo desesperado y presa de un dolor sin nombre, á la posa de la Sirena. Las lágrimas bañaban su rostro y á través de ellas vió que la agua de la posa se movía y de ella salía la misma mujer pescado, con su bello semblante siempre sereno y lleno de bondad. Pero Arturo sólo vió en aquella aparición un sér sobrenatural impotente y engañoso, puesto que no pudo ó no quiso conservarle su hija, y exclamó: ¡Seas maldita mujer ó demonio que me ofreciste la felicidad y me la vendes á cambio de la pérdida de Julieta; quitame todo lo que me has dado, recoge tus riquezas, arrebatame el prestigio y el respeto de las gentes. En cambio de la vida de mi hija te doy aun lo que tenía hace dos años. Cúbreme de enfermedades, y atráeme el desprecio de todos; pero devuélveme mi tesoro, mi Julieta!!

“Así será contestó la Sirena. Mañana serás lo que eras el 15 de agosto de 1880; pero la lección que te he dado, te será provechosa porque, por experiencia propia, conoces cuan vanos son los decantados bienes que tanto se codician. Ya no te fastidiarás, ni te afligirá la medianía de tus haberes, y ahora sí serás verdaderamente dichoso porque la felicidad sólo la pueden dar los goces del corazón. El hombre que posee bienes suficientes para no vivir en la dependencia de otra persona, tiene los elementos indispensables para ser feliz. La vida puede ser un agradable sueño para el que ama y trabaja. Hé ahí dos talismanes contra el fastidio y el dolor: amor y trabajo.”

La Sirena desapareció en el agua y Arturo se retiró á su cuarto. Durmió toda la noche y fué despertado el 16 de agosto por la alegre voz de Julieta que en compañía de Amelia traía el café á tan dormilón papá. ¿Qué tenías esta noche que has dormido tan agitado?, preguntó la esposa á Arturo.—He sufrido una horrible pesadilla querida mía.—Al acostarme tomé las pastillas de *hastchiz* que me regaló el Doctor Weber y ese narcótico me ha hecho soñar cosas . . . que no quiero recordar.

En efecto, lo de la Sirena, las riquezas, el poder y la muerte de Julieta, todo era un sueño producido por el *hastchiz*. En vez de dos años, sólo había trascurrido la noche del 15 de agosto de 1880, y hoy se encontraba en la mañana del día del mismo mes y año.

Pero la impresión que á Arturo causó la segunda parte de su sueño fué tal, que nunca más aspiró á otra cosa, que á aumentar con el trabajo su pequeño capital, á cuidar y conservar los dos séres que componían su familia. Amelia bendijo el *hastchiz* que le devolvió la atención y la dicha de su marido, despojándolo de las distracciones y fastidios que una loca ambición le producían.

A pesar de estar convencido Arturo de que lo de la Sirena fué un sueño, la posa y sus alrededores le causan una impresión que cada día se debilita; pero que es intensa los días 15 de agosto.

Cuidado, pues, lector de mi alma, con las pastillas de *hastchiz* y procura sacar de esta novelita, la moralidad que en ella pudiera seros útil.

San José, noviembre de 1887.

SIRIO.

Luz y Sombra.

(A CARLOS ARTURO IMENDIA).

(Para “Costa Rica Ilustrada.”)

Oh! cuán triste, cuán triste es ver la hora
En que la luz del moribundo sol
Se aleja y nos sepulta entre las sombras,
Que vienen de él en pos.

Cómo el enfermo corazón desmaya!
Cómo se siente el corazón latir!
Cómo solloza dolorida el alma,
Cuál se siente morir!

Luces que huyen, sombras que se quedan....
Sarcasmo del Destino más atroz!
Después de la ilusión que el alma sueña,
La sombra del dolor....!

Huid de mi memoria, remembranzas;
La paz del corazón ya no turbeis!
Que está ya muerta para el mundo el alma
Y el corazón también....!

No conmovais las pálidas cenizas
Del más sagrado y pudibundo amor,
Que yacen de mi pecho en las ruínas,
Aquí en mi corazón!

No avasalléis mi fatigado espíritu
Con el recuerdo del perdido bien;
Que él busca del Leteo el manso río,
Donde apagar su sed.

Huid de mi memoria, sombras huecas,
El dormido dolor no recordéis;
Que está ya el alma para el mundo muerta
Y el corazón también!!

Marzo.—1887.

DANIEL HUEZO Y PAREDES.

(Salvadoreño)

LADY BYRON.

(Fantasía.)

No es la esposa de Lord Byron, ni su hermana, tía ó prima, ni nada en fin que tenga que ver con el lindo poeta de este siglo.—Es mejor que todo eso: es una estrofa convertida en mujer; es, como se decía de Marion Delorme, un cuarteto de carne y hueso.—Mujer poesía, en sus formas esculturales tiene la fuerza de líneas con que Shakespeare gravaba sus personajes: en sus ojos la dormida languidez de una rima becque-

riana; su acento es una nota dulce, un susurro perezoso, de ritmo melancólico, que se escapa de sus labios con languidez oriental: parece una lamentación de Byron.

Mujer que tiene innúmeros puntos de contacto con la poesía, mientras más la conozco más se encapricha mi imaginación en hallarle parecidos con la musa; pero con excepcional fantasía encuentro en la primera cualidades opuestas, bellezas de diferente orden, todas aunadas en la más adorable amalgama.

Su porte es épico.—Los cortes de las facciones, las facetas que el divino cincel hizo en ese mármol animado son atrevidas, irresistibles, de igual valentía que los tercetos del Dante inmortal; hermanas por su magistral estructura de las poderosas imágenes con que Homero eternizó sus héroes.

La boca, de sinuosidades perfectas, desvanecidas, de curvas que se pierden unas entre otras, es para mí como poesía suave, fácil, que se apodera del alma y la llena de encantadora melancolía.—Es un canto de Musset.

De sus negros ojos se desprende un efluvio lleno de languidez, de adorable perezosa. Si ella nos mira creemos sentir algo como la caricia de un niño medio dormido que nos pasa su sedosa manita por la cara. El contraste del imponente negror de la pupila con la suavidad de la mirada, es como el de los versos de Hine, llenos de frases sombrías, de estrofas que parecen escritas con sangre y de los que sin embargo brota con tal fuerza la tristeza y tienen tan amargo sabor que cuando los leemos nos da gana de llorar, pero no estrepitosamente, sino con el llanto silencioso que brota de los ojos hilo á hilo.

Notas bien diferentes tiene su voz. Cuando ríe se escucha como diminuta caja de música que al hacer vibrar sus planchas metálicas produce armónico sonido, ó bien se piensa si un canario gorgeará en su garganta. Su risa es igual á las delicadas quintillas de Gil Polo, á las seguidillas, hijas de la juguetona musa de Trueba.

Hablando español, con su dejo especial, con ese modo privativo de ella, como si las palabras no quisieran salir del perfumado nido de su boca, tiene tan melancólica armonía, tanta tristeza natural como tienen los poéticos lamentos de Leopardi.

Soy profano en el inglés. Por eso, puede ser, lo he reputado siempre como idioma áspero, poco dúctil, comercial y opo-

niendo por su estructura filológica, obstinada resistencia á producir una frase eufónica.

Lo oí hablar á Lady Byron y cambié de opinión. ¡Que suavidad! ¡que dulzura! Aquello era una nota nueva; aquello era un acento diáfano, terso, quebradizo.

Lo dije al principio. No es de raza byroniana; es pura costarricense.—La he dado aquel apellido por tres razones: Byron fué el hombre más bello de su país y ella es la muchacha más linda de mi tierra; el destiló de su pluma inolvidables poesías y ella es la misma poesía; y cuando lo habla, Lady Byron arranca las notas más dulces los más armónicos sonidos á ese idioma que formuló las lamentaciones del cantor de la Grecia.

San José, 19 de noviembre de 1887.

LITTLEFELLOW.

El músico nocturno.

(Al simpático y notable artista Fernando Luna.)

(Para "Costa Rica Ilustrada.")

I.

Era pasada la media noche, cuando salí de mi pueblo con dirección al de M.....

El camino era largo y bastante quebrado: rocas por aquí y rocas por allá, le daban un aspecto muy triste.

Animales nocturnos pasaban volando sobre mi cabeza.

Al amanecer, cuando el sol baña con su hermosa luz á la tierra, subía yo á la pequeña colina de San Antonio, desde donde se notaban bellísimos lagos y soberbios truncados.

Después de ocho horas de camino, llegué al lugar tan apetecido por mí, á la población de M.....

Consta ésta de bonitas, aunque pocas casas, escondidas entre frondosos y copudos árboles.

Sus habitantes, que ascenderán á mil, cuando más, son en extremo hospitalarios y caritativos: se les nota el gusto que sienten al hacer una buena obra.

Dedicados en su mayor parte al trabajo material, pasan su vida rodeados de felicidades: y por la tarde, cuando cesan en sus cotidianas tareas, al calor del fuego y junto con su esposa é hijos, gozan de las dulzuras del hogar doméstico.

¡Qué escenas tan patéticas presencié yo! En medio de pobre y modesta sala ví en cierta ocasión un cuadro incomparable: componíanlo, una mujer como de diez y seis años, con

un niño en brazos, fruto de un amor bendecido en los altares, y el esposo estrechando aquellos dos seres.

De pronto, al fijar en él mi vista, sentí ¡para qué negarlo? algo así como envidia.

¡Cuánta dicha, cuanta felicidad!

II.

¡Amor, amor santo, amor puro.....!
 ¿Quién no lo ha sentido? ¿Quién no ha amado?

¡Adorar y ser adorado, querer y ser querido.....!

Allí está todo: luz, sentimiento, poesía, inspiración.

Es una cadena interminable el amor.

Hay pasiones que como que pueden explicarse; pero no ha habido palabras con que hacerlo.

El hombre no se halla á vivir sin amor.

Entonces la vida es el infierno.

Un notabilísimo é inspirado bardo lo ha definido así, poco más ó menos:

Amor es árbol fecundo,
 Germen de luz y de vida,
 Es una antorcha encendida
 En los abismos del mundo.

III.

Voy á referir una historieta que me fué contada en M.....hace pocos años.

En una choza existían una anciana enferma y un joven como de veinte abriles.

Habíase dedicado éste al arte más bello, á la música.

Quien dice música dice también poesía.

Juan era un consumado artista.

Un buen hijo.

Un magnífico ciudadano.

Un poeta dulce.

Un cristiano sin fanatismo.

Un adorador de su sílfide y de su profesión.

El hombre habíase rendido á los pies de una ella.

Un día, su madre se puso en estado increíble de debilidad, pero mortal.

El hijo se desespera, busca facultativos que vuelvan la vida á la que le dió el ser.

Pero la fatalidad, que lo perseguía constantemente junto con la pobreza, lo tenía señalado como á una de sus principales víctimas.

Juan tenía que sufrir el golpe más rudo: la separación de la cariñosa autora de sus días.

No desfallecía, y vanas esperanzas se apoderaban ¡infeliz de él! de su febril imaginación.

IV.

Después de luchar entre la vida y la muerte, la madre de Juan pagó su tributo á la naturaleza.....

Abundantes fueron las lágrimas que salieron de las descarnadas cuencas de sus negros ojos.

En el cementerio sepultó á su primer amor.

Yo conocí aquel sitio cuando estuve en M....

La melancolía comenzó á notarse en el pálido semblante del joven músico.

Pasaba horas enteras arrancando lamentos que desgarraban el alma, á su instrumento, á su buen amigo, á su violín.

V.

Viéndose sólo, abandonado en este mundo, pensó en casarse, en cumplir con su palabra

¡Ella.....!

¡Qué nombre tan soberbio!

Encierra un poema brillantísimo.

Su hermosura mata, fascina, encanta.

Se había enamorado perdidamente de ella.

La amaba, perc con respeto, pero con veneración.

¡Luisa.....!

He allí su ilusión, su pensamiento.

La vió y la quiso.

Pasó el tiempo, y él la adoraba y ella lo quería.

El deseaba unirse en matrimonio.

Pidió á su futura y le fué concedida.

VI.

Faltaban pocos días para que se efectuara el enlace de estas almas.

Una mañana, de triste recordación, comenzó de nuevo la desgracia á visitarlo.

Sintió el artista oprimido el corazón, y no pudo comprender la causa.

Una enfermedad espantosa consumía á la novia de Juan.

La voz se ahogó en su garganta.

Por fin marchitóse aquella flor.

Su cuerpo fué á ocupar una fosa, cerca de la que iba á ser su suegra.

Él ya no pudo soportar tanto infortunio.

Había perdido á sus dos amores.

Murió la rosa cuando era más bella.

Juan, con el corazón herido por el dolor, entonaba todavía cánticos, pero lúgubres.

Todas las tardes, al toque de oraciones, se dirigía al cementerio, y allí hacía vibrar las cuerdas de su sonoro instrumento.

Era un loco, un demente inofensivo.

Fué magnífico artista, y después.....

VII.

Desde entonces, ya no volvió á amar.

Juan, el loco, se puso extenuado.

La muerte le hincó su venenoso diente.

No faltó quien abriera una sepultura para el cadáver del artista.

Fué colocado entre su madre y su novia.
Y allí, según lo refiere la tradición, se oían
todas las noches, gemidos que aterraban.....

RAMIRO.

(Nicaragüense).

Su última carta.

He leído tu carta, ¡ Qué elegante !
Dónde tu pluma su lenguaje toma ?
Ni el más rendido y cariñoso amante
Habla tan dulce y celestial idioma !

Me pareces de aquellos trovadores
Que al pie de la calada celosía
Entonaban sus cánticos de amores
En quietas horas de la noche umbría.

Caballero gentil de otras edades
Abierto está mi corazón sincero,
Y es justo que olvidando vanidades
La dama le responda al caballero.

Me resuelvo á escribirte; tú lo quieres;
Mi estilo no tendrá tu galanura,
Pero nadie nos gana á las mujeres
En cuestiones de amor y de ternura.

No busques las palabras cadenciosas
De un lenguaje castizo y estudiado:
Las praderas del trópico dan rosas
Sin que nadie las haya cultivado.

Tú me has hecho soñar horas felices
Y tan supremo bien debo pagarte....
Son tan bellas las cosas que me dices,
Que no sé como pueda contestarte.

Que á los hombres mis gracias vuelven locos,
Que á un gran talento la belleza aduno....

¡ Gracias ! Eres galante como pocos,
Y has sido siempre amable cual ninguno,

Tu imagen de mi pecho no se aparta,
El pincel fué tu amor, mi mente el lienzo;
Para hablar de ese cuadro en esta carta....
Aquí termino el prólogo y....comienzo.

Para guardar una ilusión querida
Como culto inmortal, grande y profundo,
Es muy breve el espacio de una vida
Que tan rápida pasa por el mundo.

¿ Crees eterno un amor todo pureza ?
¿ Juzgas eterno el fuego del cariño ?
Perdona que lo diga con franqueza:
En cuestiones de amor eres un niño.

En la lucha tenaz de las pasiones,
Poblada de insensatos devaneos,
No pueden conformar las ilusiones
A quien no satisface sus deseos.

Quiero hacerte feliz; quizá lo ignores
Que la felicidad que al hombre halaga,
Es un astro de vivos resplandores
Que al alumbrar la realidad se apaga.

Dices que te cautiva mi hermosura,
Que te queman mis ojos adormidos,
Y que buscas la miel de la ventura
Sobre mis labios rojos y encendidos.

Que como á Dios, tu corazón me adora,
Que solo anhela, de esperanza lleno,

Reclinar tu cabeza pensadora
Sobre el caliente mármol de mi seno.

Que siempre que me miras, te estremeces,
Que á todas partes, cual la luz te sigo,
Que quieres apurar hasta la heces,
El cáliz del placer, solo conmigo.

Que no envidias la gloria de los sabios,
Que á otra gloria mayor tu pecho aspira;
La de juntar tus labios con mis labios,
Pues fuera del amor todo es mentira.

Que anhelas en tu erótica locura,
Morir entre tan dulces desvaríos,
Mezclándose en la misma sepultura
El polvo de tus huesos y los míos.

Que soy sér de tu sér. ¡ Ah, yo no puedo
Crear vano el mundo que en tu sueño labras
Mi razón se oscurece, y tengo miedo
De quemarme con sólo tus palabras.

Si existen esas dichas que imaginas,
Si hay placeres así, tan celestiales,
¿ Por qué prohíben todas las doctrinas
Amarse libremente á los mortales ?

Dices que soy tu Dios.... ¿ Eres ateo ?
¡ Tan hondo pensamiento me contrista !
Con el mágico prisma del deseo,
¿ Dios también desaparece de tu vista ?

Sábelo de una vez, has trastornado
Toda mi vida y mi razón entera:
Tuyo es mi corazón enamorado,
Si tuviera mil honras de las diera.

Prentendí razonar.... ¡ Torpes errores !....
Voy á abrirte sin miedo el alma mía....
Cuando encienden la hoguera los amores,
No sirve la vulgar filosofía.

Pensando en la pasión que ya me abisma
Por más que á tantas tentaciones huyo,
Hoy fuí al espejo y me besé yo misma,
Haciendo el rostro de la imagen, tuyo.

Y el cristal me ha mentido de tal suerte,
De tal modo vi en él tu rostro impreso,
Que caí desmayada y quedé inerte,
Creuyendo tuyo el solitario beso.

Y cuando he vuelto á la razón me asombra
Pensar con incensato desvarío,
Que si queman los besos de una sombra,
Tus besos matarán, amado mío.

Esa terrible reflexión me aterra
Y aunque causa decírtelo sonrojos,
Queriendo ser feliz sobre la tierra
Rompí el cristal para buscar tus ojos.

Ven y perdona mi entusiasmo ciego,
No importa que me des dichas ó penas;
Ven, porque para ti siento de fuego
La sangre que circula por mis venas.

Quiero ese amor en que por tí he creído,
Pues soy para soñar en los placeres,
Arabe, en cuya sangre se ha fundido
El hierro de las lanzas bereberes.

Ven; ya te espero apasionada y loca,
Busca el caliente mármol de mi seno,
Junta después tu boca con mi boca,
Y á ver si así me salvo ó me condeno.

JUAN DE DIOS PEZA.

CRONICA.

El sétimo sacramento se ha convertido en epidemia, pero hasta tal punto que francamente ya hoy ningún soltero tiene garantías. Estamos con el credo en la boca porque á la mejor de bastos, si nos andamos con chinitas, paff!! amanecemos casados y entonces adiós vida de soltería, adiós inapreciable libertad, adiós todos esos encantos que forman la parte viva y luminosa de la vida humana, pero que yo (lo digo en secreto) daría zahumaditos á cambio de una buena muchacha.

Este mes de noviembre va siendo atroz.—Años hace que no se ve un número tan excesivo de gente que se añuda con el lazo aquel.—Si mal no he sacado mis cuentas, entre los que ya han pasado el susto y los que están como quien dice en la agonía son diez los matrimonios. Y si no vamos á cuentas. La simpática Trinidad Flores dijo que sí y nuestro querido amigo Tranquilino Sáenz quedó convertido por obra y gracia de ese sí en dichoso marido. El Gobernador de Alajuela, don Maurilio Soto, desgobernado por el amor, se sometió al gobierno constitucional del dios Cupido, jurando fidelidad á la constitución matrimoñesca en la iglesia parroquial de Alajuela; y con poderes amplísimos del susodicho dios y en su representación, la regia Cecilia Cantón gobernará con la más dulce de las leyes, la del amor, al joven Gobernador. Don Víctor M. Herrán, atado con cadenas de flores y preso entre las mallas que la virtud y la belleza le han tendido, muy á su gusto con tan dulces ligaduras, se ha convertido en el eterno prisionero de quien por mil títulos es adorable tirano, Emilia Esquivel. Adelita Braun, bellísima rubia, toda inocencia y espíritu, endulzará las horas que el áspero Derecho llena de prosa, va á ser al fresco oasis en que goce de felicidad nuestro amigo Ramón Acuña. Don Pablo Wedel es de la tierra de las bellezas plácidas, románticas, de las nereidas que surgen de las azules ondas del Rhin. Una tarde (de este mes, por supuesto) se ha convertido en esposo de una costarricense, Joaquina Quirós, que posee en altísimo grado, todos los encantos de la belleza alemana. Echeverría & Castro son comisionistas de lo más activo é inteligente; pero á pesar de que su sociedad les produce mucho dinero, mil veces más envidiable será la razón social de Castro & Echeverría que van á formar la virtuosa María Aurelia y Jenaro. En esta sociedad la única moneda que circula es el amor: el capital que introducen ambos es, ella virtud y belleza, él honradez y trabajo y la ganancia neta, felicidad para ambos.—Matilde Sáenz, señorita perteneciente á uña de las más distinguidas familias es hoy esposa de don Rosendo Elías, quien dejando á España, ha encontrado por estos barrios su media naranja.—Alberto, hijo de González quie-

re contraer matrimonio con Lola también hija de González, muchacho de lo más honrado y guapo él; señorita que es toda virtud y gracia ella.—Por demás está en esta revista la anterior amonestación, pues no habrá quien ponga impedimento para que haga vida maridable tan simpática pareja.—El ilustrado Dr. Juan J. Flores se ha convencido que las de su apellido no tienen perfume y ha determinado tomarse para sí una flor encantadora, Trinidad Trejos, que siendo á la vez joven, virtuosa y bella es la solución práctica del misterio de la *trinidad*: tres cualidades distintas y un solo tesoro verdadero.—Y don Juan María Solera, acaudalado joven, es un pobre mayor de la marca si se compara su capital con el invaluable que adquiere en su futura esposa Adelita Oreamuno.

Conque ya ven ustedes, amados hermanos míos, las gracias que está haciendo don Fulano Cupido. ¡Diez matrimonios en un mes!! Debía el Gobierno dar un decreto declarando extranjero pernicioso á ese caballero, expulsarlo del territorio y poner un cordón sanitario, pero eso sí después que haya cogido mi pobre personalidad de las mechas y cegando á alguna muchacha para que no me vea tal cual soy, nos haya echado á los dos el lazo, porque á la verdad soy soltero á revienta cincha; yo me caso porque me caso, apenas halle con quien.

* * *

No he de concluir mi insípida parlería acerca del sétimo sacramento sin recordar otra vez el matrimonio de Tranquilino, como que me proporcionó un rato de bien agradable solaz. Después de la ceremonia religiosa nos dirigimos á la casa de la novia. El baile iba á principiarse, y aquí me tienen Uds. en el mayor de los apuros. Me muero por la danza: soy furibundo bailarín y aparte mi modestia tan furibundo como malo. Falto de relaciones en la sociedad herediana (ha sido esta la primera vez que asisto á una reunión allí) me encontraba con caras nuevas, con señoritas algunas que por primera vez veía. Una que otra Josefina conocida y ya abrumada de citas era mi único consuelo. Repasaba todos los semblantes, todas me gustaban, todas tan simpáticas, y decía: no, pues yo bailo con esta rubia; mejor con la morena; aquella alta es la que quiero; oh! con esta chiquitina es con la primera; total no hallaba por donde empezar. Me decidía por fin y ya iba á ofrecer mi brazo á una cuando recordaba que no había sido presentado y volvía á quedarme quieto en mi lugar, relamiéndome los bigotes y con la boca hecha agua. Por supuesto que todo esto me pasó imaginariamente, porque no bien entré cuando más de uno de mis cultos amigos heredianos se apresuró á ofrecerme ser presentado á la señorita que yo gustase. ¡Como si los heredianos fueran gente capaz de dejarlo pasar á uno un mal rato! No me hice repetir el ofrecimiento y rato después hacía cortesías y estrechaba manos, mientras con diplomática seriedad

murmuraba "mucho gusto de conocer á U." "mande U. á un nuevo servidor" etc. etc. Una hora después estaba como entre josefinas, baila que baila, contento como unas pascuas y lleno de valiosas relaciones. ¡Qué simpática es la sociedad herediana! Qué finos ellos y que amables ellas!

Felicitas Flores, adorable morena hermana de la desposada, recitó dos bellas poesías con notable despreocupación y soltura. ¡Cuanto me gustaron la niña y los versos!

El novio y la novia son personas llenas de amabilidad, afectuosas: los dueños de casa finos y complacientes y la sociedad herediana toda cultísima y galante.

La compañía de zarzuela nos dijo adiós:—nuestro teatro ha sido cerrado.—Que duerma en paz, pero eso sí por poco tiempo. A los señores cómicos les deseamos felicidad y buena fortuna.

En este tiempo desde el barbudo pasante en derecho hasta el parvulillo de primeras letras, todos se mueven, estudian con furor, esperan, confían y temen. Hallo mucha semejanza entre los establecimientos de educación y las haciendas de café. Hay un período de calma en que los cafetales están tranquilos: apenas se nota movimiento: el hacendado no se ocupa sino de mantener limpia la hacienda, aporcar los árboles, enderezar el que se tuerce, quitar el matalpalo y dejar á la naturaleza que obre. Los estudiantes son las matas de café. Mientras dura el curso, el maestro da sus lecciones, educa, cuida y espera el tiempo de la cogida. Viene esta época y aquí es la de ver. Los cafetales se llenan de bulla; tropas de muchachas bonitas y de viejas feas discurren por las húmedas callejuelas con sus canastos al hombro ó debajo del brazo; desgranar las matas y el redondo y coloradito grano va callendo como lluvia de sangre en el delantal, del que se ha hecho una bolsa, y que una vez lleno se vacía en la canasta de donde va á la carreta que lo habrá de conducir á los patios. Todo es movimiento en esos días. El muchachillo de faldas salidas y cara sucia corre de mata en mata procurando pescar los racimos más bajos para llenar su sombrero de fieltro, grasoso, sin forros y convertido en campana: la fresca aldeana canta ó conversa con su vecina, mientras con los dedos despoja al árbol de su valioso fruto: el fornido mozo aguija con su grito la yunta que apenas puede arrastrar el pesado cajón lleno de húmedo y movidizo grano. Mucho ruido, mucho trabajo, cantos, risas, juramentos, allí donde antes había calma. Esta época la comparo á octubre y noviembre en las escuelas. Se acercan los exámenes. Los muchachos charlan de lo que se les espera: los perezosos se entretienen en comentar el futuro acontecimiento, y los aplicados, sin perder tiempo, estudian paseándose en los corredores, se levantan de madrugada, se acuestan tarde, y con ansiedad esperan la escogida. Esta es la gorda.

Las escojedoras clasifican, examinan, sepean: lo mismo con los muchachos: los examinadores encuentran de 1^a, de 2^a, de 3^a y brosa. El café inútil se desdeña y el bueno se exparta: los desaplicados se quedan en el mismo año y los estudiosos suben un escalón.

Estamos ya en la escogida; ¡Qué tal será la cosecha?

¡Quien pudiera, Dios piadoso
Ser pollito y ser bonito!

Esto digo á cada momento. Porque soy muy desgraciado, si señor, muy desgraciado. Como ya tengo el espolón duro no me hacen caso. Orgullosas con su divinal perfume, con la sonrisa en los labios porque están en su auro-ra, esos botones, esos pedacitos de cielo, medio mujeres, medio ángeles, que todavía tienen luces celestiales en la mirada y destellos del mundo en los labios, más encantadoras porque son una promesa, un ensueño, una esperanza me tienen la vida cocinada. ¡Por qué viven por donde yo vivo? Cada rato las miro pasar por mi puerta con el trajecito corto, los crespos ondulantes, las mejillas rosadas, de piel suave como la del durazno que empieza á madurar. Ay! pobre de mí, Tántalo de nuevo cuño! Y para mi mayor desventura no son una ó dos: son cuatro ó cinco... que se yo cuantos son estos ángeles!

Lectores míos, os cuento esto porque como ya poco hemos de conversar quiero que sepais mis penas, puesto que somos buenos amigos. Es el caso que parece que una hada cruel se hubiera complacido, con malicioso cuidado, en reunir en mi vecindad las pollitas más bonitas, y ¡para qué? Para que yo las vea, las admire, las quiera y cuando me mire en el espejo y registre mi fe de bautismo, diga: están verdes!

Hay una Luisa que es una chispa: viva, alegre, inteligente: una Adela que es una plumita, con ojos negros y traviosos; una María que incuestionablemente es de la madera de que se hacen las reinas; otra que se llama Lastenia, espigada, desdeñosa, bellísima, y una Ester... yo me muero por Ester. Nada más lindo que ella. De sonrosado cutis, pie pequeño, una mata de pelo partida en innúmeros crespos y una gracia celestial. Si Venus (que cuentan es mujer lindísima) viera á Ester, le habría de coger tal envidia que de cabeza se zambulliría en un convento y dejaría su trono á mi linda vecinita.

Y yo medio viejo, pobre entero y feo y medio. ¡Cuando digo que soy muy desgraciado!!

Y ahora, lectores, tengo que cumplir un encargo. Mi compañero, Leonidas Pacheco, por razones que á nadie interesan, deja temporalmente la redacción de este periódico. Me encarga os saludé de su parte. Y yo, como ando siempre con él, también me las largo, ofreciéndome con toda cordialidad vuestro afectuoso servidor,

MR. RENARD.

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.
En el extranjero..... 1-00 " " "
Número suelto..... 0-15 " " "
Números atrasados.. 0-25 " " "

{ Año I. Núm. 12. }
San José, 8 de diciembre de 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

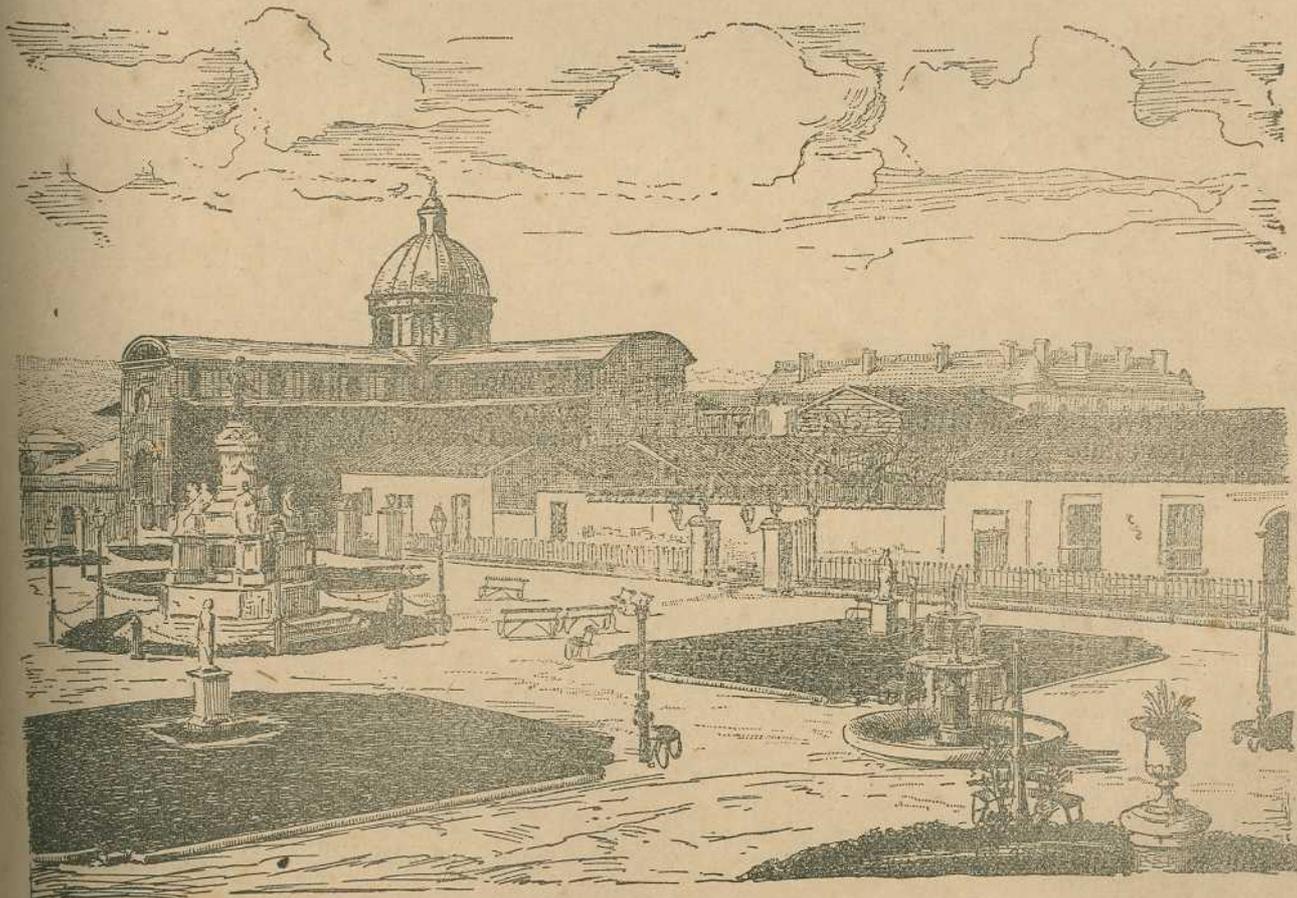
Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*Colón y Quibian*, por J. Francisco Peralta.—*Pícaros nervios*, por Vital Aza.—*Mi cuñado el cura*, por Simplicio Cucufate.—*Efluvios del alma*, por Eugenia Denis.—*Las dos gemelas*, por Sirio.—*Adios!*, por Juan Diego Braun.—*Historia de un billete de banco*, por Sirio.—*Reir llorando*, por Juan de Dios Peza.—*La lectura*, por Simforoso.—*Crónica*, por Clo Clo.

Grabados.—Parque de Morazán en San Salvador.—Casa del Gobierno en San Salvador.

Anuncios.



PARQUE DE MORAZÁN EN SAN SALVADOR.

COLÓN Y QUIBIAN.

(Para Costa Rica Ilustrada.)

Costa Rica tiene la gloria de contar en los comienzos de su historia colonial nombres tan notables como el de Colón, quien recorrió todo nuestro litoral atlántico; Núñez de Balboa, el descubridor del océano Pacífico, Pizarro, el destructor del imperio de los incas y el sanguinario Pedrarias, que pelearon contra Urraca el valeroso y nunca vencido cacique de Burica; Gil González de Avila, el primero que recorrió las costas del Sur de Costa Rica y tantos otros.— Los que han creído en la poca importancia de la historia de la conquista de nuestro país cambiarían su opinión al recordar esos nombres y al acordarse también de la heroicidad de nuestros indios.

Aquí solamente recordaremos el nombre de un caudillo indiano; el de Quibian.

En el siglo décimo quinto la historia presenta una serie de acontecimientos notables.— De todos ellos, el que más resplandeció por su magnitud fué el del descubrimiento de América.

Sin duda alguna el viaje más importante de Colón, por lo que respecta á la utilidad de la conquista, fué su cuarto y último. Fué durante ese viaje que el ilustre genovés recorrió nuestro litoral del Norte.

El 5 de octubre de 1502 Colón se encontraba en Caribaro (Boca del Toro), lugar conocido también con los nombres de Caraurao y Carambarú. El 7 se acercaron sus barcas á tierra firme. Allí creyó encontrarse con el Aureo Quersoneso (actual Malaca), tan celebrado por los antiguos y de donde, según Josefo, las flotas de Salomón iban á buscar el oro que debería adornar el templo de Jerusalem.— Los indios de aquel país le dieron noticia de un lugar llamado Ciguare á diez leguas hacia el Occidente, en que el oro abundaba de tal manera que se empleaba para las cosas más comunes. Lo que cuenta Candido del país americano que tuvo la oportunidad de visitar y donde las calles estaban empedradas con trozos de oro, es nada en comparación de lo que dijeron aquellos indios, que arrojaban el cebo de la codicia á los extranjeros, para alejarlos de sus lugares.

El 6 de enero de 1503 el almirante se encontraba de nuevo en los linderos de Costa Rica. Entró por el río *Yebra* (*), que él llamó de Belen por haber llegado allí el día de Epifanía y que desde los tiempos de Carlos V y Felipe II marca, junto con la isla Escudo de Veragua, nuestro límite atlántico con Colombia. Ocupaba las márgenes superiores del río un pueblo de indios cuyo jefe se llamaba Quibian y que acojió con amabilidad á los extranjeros. Las líneas siguientes harán referencia á lo que pasó en sus dominios.

(*)—Actualmente conocido en Costa Rica con el nombre de río Caña. Desemboca á los 8° 51' lat. N. y 81° 35' long. O.

Don Bartolomé, hermano del Almirante y su compañero en aquel viaje, quiso explorar el país. Quibian puso á sus órdenes los guías necesarios para la expedición, aunque mal aconsejados por su parte, pues pretendieron exponer al Adelantado á una muerte segura conduciéndolo por comarcas de indios con los cuales estaban en guerra. El engaño produjo un efecto contrario, pues don Bartolomé fué bien recibido por todas partes y además tuvo oportunidad de observar nuevas riquezas naturales. Colón, que oyó la magnífica descripción de las comarcas que acababa de recorrer su hermano, ya no dudaba que aquel sería el país que con tan bellos colores habían descrito Marco Polo y Toscanelli. Lleno de entusiasmo escribía á los reyes: "... He visto aquí mas oro en dos días que logré ver durante cuatro años en la España." Desde entónces, en su estilo florido, comenzó á llamar aquellas costas, "la costa rica" en vez de "costa de los contrastes" que antes le hubiera dado por las tempestadas repetidas que en aquellos lugares sufrieron sus naves. El nombre de "la costa rica" más tarde se particularizó á nuestro país. El Doctor Robles, presidente de la Audiencia de Panamá, fué el primero que lo empleó en documento oficial, en la capitulación que celebró en julio de 1539 con Hernán Sánchez de Badajos, confiriéndole los títulos de Capitán General, Mariscal y Adelantado de la provincia de Costa Rica, en la que comprendía nuestra actual República, el Desaguadero y la Taguegalpa.

Colón consideraba el río Belen "á igual distancia del polo que del ecuador y no más distante del Ganges", y allí se propuso fundar una colonia. Escogió para ella una meseta en las márgenes del río. El Adelantado don Bartolomé debía quedar al frente de ella con una de las cuatro carabelas.

Quibian, jefe por derecho de aquellos lugares, no pudo ver con resignación tales designios. Pensó en una emboscada, en atar durante la noche á los que osaban apropiarse de sus dominios. Don Bartolomé tuvo noticia de ello y á la vez formó sus proyectos. Considerando imposible la tranquilidad de la colonia siempre que el astuto Quibian estuviese al frente de los suyos, decidió capturarlo. Al efecto, preparó una celada de setenta hombres que durante la noche deberían arrojar sobre la morada del cacique.

Quibian fué avisado por sus espías del movimiento de gente armada y mandó á suplicar á don Bartolomé que si se dirigía hacia donde él estaba, fuese sólo. Para alejar los temores del cacique don Bartolomé se adelantó con cuatro compañeros, dejando el resto de su gente prevenida y mandado que cuando oyesen un tiro de arcabuz se abalanzaran sin retardo sobre la morada del cacique.

Llegado que hubo á casa de Quibian, se adelantó á su encuentro, habiendo dicho antes á

los que lo acompañaban, que se arrojasen sobre el indio cuando él lo tomara del brazo.

Quibian había presentado batalla á unos comarcanos. Según refiere Diego Méndez, soldado de la expedición, trescientas cabezas de muertos enemigos, adornaban los alrededores de la casa del cacique, quién había salido herido en una pierna del reñido combate. Don Bartolomé, fingiendo la mejor amistad, lo tomó del brazo para informarse mejor de su herida. Inmediatamente cayeron sobre el indio los compañeros del Adelantado. Un tiro de arcabuz dió la señal á la guardia que llegó precipitadamente é hizo prisionera á la familia de Quibian, en número de cincuenta personas de todas edades.— Para mayor seguridad de la presa se dispuso que pasaran los prisioneros á los botes, para llevarlos luego á las caravelas, mientras don Bartolomé seguía persiguiendo á los indios fugitivos.

Quibian, atado de pies y manos, fué amarrado á un banco del bote. El cacique lanzaba lastimosos alaridos; se quejaba del mal que las ligaduras hacían á su herida. Compadecido su guardador, soltó la amarra del bote y tomó la cuerda en las manos. Quibian, en medio de la oscuridad de la noche y alentado por su desesperación heroica, se arrojó al río "hundándose como si hubieran echado al agua una piedra de molino". No se sabe que fué de él. Algunos aseguran, tales eran sus fuerzas y valentía, que apesar de encontrarse atado de piés y manos, ganó la orilla y fué á sostener el espíritu de la venganza entre los suyos.

Colón se despidió de su hermano, pero los vientos contrarios lo obligaron á permanecer no lejos de la costa.

La toma de Quibian y de los suyos, las persecuciones del Adelantado, el saqueo de los soldados en las casas de los indios, todo contribuyó á inflamar el espíritu de los naturales de todas las comarcas inmediatas, quienes olvidando sus odios comunes se aprestaron á la lucha con el enemigo extraño. Los de la colonia se vieron obligados á retirarse á un sitio más inexpugnable, pues los indios en masa se arrojaban sobre ellos, librándolos de una muerte segura la superioridad de sus armas y su valor.

El 6 de abril (1503) Colón despachó un bote con ocho marineros y tres soldados á buscar agua y leña. Los de la colonia avisaron el peligro á que se exponían á los marineros si osaban remontar el río, pero aquellos no hicieron caso. No bien se habían perdido de vista cuando una nube de indios cayó sobre el bote dando espantosos gritos y haciendo una terrible carnicería entre los españoles sorprendidos, quienes no tuvieron tiempo para defenderse. Uno sólo logró escapar á nado y se dirigió al sitio donde estaban fortificados los de la colonia. A la noticia de lo ocurrido el pánico se apoderó de los colonos y sobre todo, cuando en espantosa confusión vieron arrastrar por la corriente del río los cuerpos despedazados de sus compañeros, siendo presa de aves de rapiña. En el mismo

instante hubieran querido abandonar la colonia pero ni la caravela que había quedado á las órdenes del Adelantado podía servirles por la baja de las aguas, ni el mar permitía llegar en bote al sitio que se encontraba Colón.

Veamos lo que había pasado en una de las tres caravelas que quedaron al Almirante. Para estar bien seguros de los prisioneros, se había encerrado en una bodega á los de la familia de Quibian. Estaban á una legua próximamente de la costa. Los prisioneros lograron levantar la escotilla de proa y pasando silenciosamente por entre los españoles que dormían sobre cubierta, comenzaron á arrojar al mar. Los vigilantes despertaron al ruido que los indios producían con su caída al agua y lograron sujetar á todos los que todavía se encontraban sobre cubierta, conduciéndolos de nuevo á la bodega que les servía de prisión, siendo amarrado cada uno de ellos separadamente. Al otro día, cuando los guardas abrían la puerta de la prisión, se encontraron con un montón de cadáveres. Los indios, hombres, mujeres y niños se habían ahorcado con las mismas cuerdas que los sujetaban "y como el puente no era suficientemente alto, algunos hubieron de ahorcarse arrodillados y otros tirando del cordel hasta los piés". Prefirieron la muerte á verse alejados de su suelo y de sus caras montañas, y sujetos al mismo tiempo á una esclavitud injusta. Qué terrible no debió ser la escena de aquella noche en que todos prefirieron la muerte á la esclavitud. . . .

Los temores de Colón crecían por la prolongada ausencia del bote que había partido. No quedaba más que otro á las caravelas y no quería exponerlo. Un valiente marinero se ofreció á pasar á nado si se le acercaba á tierra. Así se hizo; el marinero llegó salvo, se informó del estado de la colonia y del triste suceso del bote. Con esas nuevas regresó, de la misma manera que había llegado, al barco de Colón.

Horas de amargura fueron aquellas para el gran descubridor. Después de nueve días de vanos intentos por llegar á donde se encontraba don Bartolomé, logró hacerlo. El 1º de mayo mayo el Adelantado y los que con él estaban pasaron á las caravelas del Almirante, abandonando así la colonia que quisieron establecer y en la que tantos dorados ensueños hubieran querido realizar.

La patria del heroico Quibian se vió libre por entonces del extranjero.

JOSÉ F. PERALTA.

PICAROS NERVIOS.

DOCTOR, venga por favor!
Mi mujer está muy grave.
¡Ay, doctor, usted no sabe
lo que yo sufro, doctor!

—¿Qué mal aqueja á su esposa?

—¿Qué mal? Usted lo dirá.

Yo tan sólo sé que está
muy nerviosa, muy nerviosa.
Con sus berrinches me asedia;
en un mes que lleva así,
he adelgazado ¡hay de mí!
lo menos arroba y media.
Siempre está de mal humor,
fiera, irritable, irascible.....
Vivir así no es posible,
No es posible, no, señor.
No se la puede aguantar;
no se la puede sufrir....
¡Ay! Yo me voy á morir,
ó yo me voy á matar.
Vivo en constante aflicción;
en perpétuo ten con ten....

—¿Come poco?

—¡Quiá! ¡Muy bien!

—¿Y duerme?

—¡Como un lirón!

No sé cómo defenderme
de su carácter tenaz.
En mi casa sólo hay paz
cuando come ó cuando duerme.
¡Al variar el tiempo es cosa
de no resistirla!

—¡Ya!

¿Y si la atmósfera está
cargada, su pobre esposa
se exaltará?

—¿Cómo no?

Mas por cargada que esté
la atmósfera, crea usted
que más cargado estoy yo.
Tánta y tánta impertinencia
con paciencia sufriría;
pero temo que algún día
se me acabe la paciencia,
y entonces.....

—¡Tenga usted calma!

Esas mujeres nerviosas.....

—Sí, señor; pero es que hay cosas
que á uno le llegan al alma.

¿Vé usted este cardenal?

—¡Caramba! ¿Qué ha sido eso?

—Pues nada, esto ha sido un beso
de mi esposa.....angelical.

Me quiere de una manera
tan expresiva y tan rara,
que hoy me ha deshecho en la cara
la tapa de una sopera.

Son unas calamidades
esas mujeres así.

—¡Dígamele usted á mí!

—¡Hombre! ¿Si habrá novedades?

—¿Novedades?

—¡Es posible!

¡Estará en estado!.....

—¡Quiá!

El estado en que ella está
es un estado insufrible:

—¿Tiene calentura?

—¡Nó!

—¿Y cuando se halla excitada
de qué se queja?

—¡De nada!

¡El que se queja soy yo!
Yo, que por mi mala estrella
sufro este horrible tormento:
yo, que no tengo un momento
de tranquilidad con ella.

¡No hay dinero que le baste!

¡El mejor día la pego!

Inútilmente le ruego

que por Dios Santo no gaste.

Salió ayer y me gastó

un dineral ¡ya se vé!

Y luego, páguele usted,

es decir, páguelo yo,

Me desconozco á mi mismo

cuando paso lo que paso.

—¡Calma! ¡Su esposa es un caso!.....

—¿Cómo un caso?

—¡De histerismo!

—Yo creí....¿Con qué es histérica?

¡Si fuese el cólera!

—¡Quiá!

—¡Lo parece, porque está
casi siempre tan colérica!

—¿Es joven?

—No, treinta y tres.

—¿Y desde que se ha casado
dígame usted, no ha notado?.....

—¿Si me he casado hace un mes!

—¿Y ella tendría otro amor?

¡No, señor, Dios es testigo!

—Puede usted hablar conmigo
como con un confesor.

Diga la verdad.

—¡Que nó!

¿Otro amor? ¡Qué tontería!

Si la pobre no sabía
qué era amor, hasta que yo

llegué de Cuba y la ví;
me miró, nos comprendimos,

y entre caricias y mimos

me dió el anhelado sí.

La doté en medio millón,

juzgué mi dicha segura,

y hace un mes, el señor cura
nos echó la bendición.

—Tal cambio—vuelvo á mi tema—

prueba que en ella imperioso
rige el sistema nervioso.....

—¡Canario con el sistema!

—Usted no sabe lo que es

la que padece histerismo.....

Lo que le gusta ahora mismo,

le produce horror después;

ya irritable, ya insensible,

cuándo es angel, cuándo arpía:

está cariñosa un día,

y el otro día irascible.....

Creame usted, yo no puedo.....

Esos casos siempre son
nuestra desesperación.

Las nerviosas me dan miedo,
y tengo motivos.....

—¿Qué?

—¡Yo, como usted he sufrido!
¡Yo, también víctima he sido
de una histérica!

—Sí, eh?

—Era una chica preciosa,
una muchacha hechicera;
pero, por desgracia, era
muy nerviosa, ¡muy nerviosa!
Voluble, por su dolencia,
un día amor me juraba,
pero ¡ay! al otro me odiaba
con rencorosa vehemencia.

¡Yo sufría su desdén!
¡Era mi dicha, mi amor!
Pero ¡ay! un día—¡qué horror!—
¡huyó del pueblo!

—¿Con quién?

—¡Solita!

—¿Con que solita!

—¡Se marchó á un convento!

—¡Ya!

—¿Profesó de monja?

—¿Quiá!

—¿Se escopó la pobrecita!

—¿Otra vez?

—Dejó el convento,
según murmura la gente,
con yo no sé qué Teniente
de no sé qué regimiento.

—¡Valla con la santurrona!

—¡Qué lástima! ¡Era muy bella!
Yo no he vuelto á saber de ella,
porque no he vuelto á Gerona.

—Yo soy de Gerona. ¿A ver
si conozco á esa infeliz?

—Se llama Rosaura Ortiz.

—¡Caracoles! ¡¡ Mi mujer !!

VITAL AZA.

Mi cuñado el cura.

El padre Estafas, y Pamplinas, presbítero y cura párroco del..... cantón de yo sé donde, habría sido una lumbrera de la Iglesia si se le hubiera podido convertir en ventana ó teja de vidrio.

Mas como esto no es posible, en vez de lumbrera es mi cuñado un excelente sacerdote sin ninguna dote sacerdotal.

Al llamar cuñado á una persona que no puede casarse, debe entenderse que la cuña conmigo le viene, no por ser marido de una hermana mía, sino al revés, porque soy casado con una hermana suya (es decir del señor Cura).

Explicada así la cuña de mi cuñado, prosigo mi relación.

El padre Pamplinas no es de esos que se ordenan por interés mundano. Su vocación fué

la Iglesia desde muy niño; y esa vocación le vino porque observó que en el pueblo arriba nombrado el alcalde era flaco y pobre; el político, amarillento y flaco, y el maestro de escuela, pobre, flaco y amarillento. Solo el cura era rechoncho, coloradote, con gran abdomen y florecientes carrillos; luego.... la carrera eclesiástica era la mejor y más socorrida. Como se ve, su vocación fué desinteresada, y obra sólo de la gracia.

Sabiendo leer y escribir, el futuro clérigo se dedicó á aprender latín por Nebrija; pero nunca pudo pasar de quis vel quid, por aquello de que todo el que no puede se queda aquí. No sucedió lo mismo con la Teología pues el boticario del pueblo, que era muy entendido en la Geometría esférica, le dió lecciones muy provechosas sobre la eternidad, el poder temporal del papa, la resurrección de los muertos y la vida perdurable amén.

Cuando estuvo listo para el examen, tomó las órdenes sagradas, y fué nombrado cura del cantón ya dicho.

En cumplimiento de su deber se adhirió desde que llegó al curato, al partido conservador del barrio, no porque tuviera mi cuñado algo que conservar, pues más bien trataba de adquirir.... buena reputación, unida á un buen peculio propio (cosa que en nada se oponen) lo cual consiguió fácilmente alijerando la conciencia y la bolsa de sus feligreses.

Tres meses después, comenzó el cura Estafas á desarrollar su abdomen y á recoger primicias y limosnas para la reedificación del templo. Con esas cosas (no con el abdomen) edificó en un abrir y cerrar de ojos.... una coqueta casita inscrita en su propia cabeza.

Esto lo animó á pedir permiso para celebrar un turno en favor de la fabricación del templo. Con los mil ochocientos pesos que este produjo, se compraron tres docenas de cohetes cuatro de bombas, una misa cantada á todo vuelo, que por ser en beneficio de gracias al patrón del pueblo la cantó barata (setenta pesos). Y como, el que al altar sirve del altar debe vivir, el resto de los \$ 1,800 se empleó en una finquita de café inscrita en la misma cabeza conocida del humilde siervo del Señor.

Mi cuñado es un predicador como cualquiera hijo de vecina. Veamos lo que dijo con ocasión de la visita del señor Gobernador de la provincia. El sermón tenía por tema el conocido de "dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César." Después de sonarse, toser y estornudar, comenzó así: "Oyentes míos, Jesucristo que era hombre instruído y titulado en varias universidades, no era egoísta; y la prueba es que en su escudo de armas se leía esta divisa: *Al César lo que es del César*, lo cual quiere decir, que paguéis los impuestos al César que es el Gobierno y las primicias y demás limosnas eclesiásticas obligatorias, á Dios, que lo represento yo." En este estado del sermón, se oyó una ruidosa carcajada; el cura, furioso, dió un puñetazo en el púlpito y exclamó: "me olvidaba decir que cuando se

da al César lo que es de él, debe darse á Dios lo que es de Dios y al Diablo lo que es del Diablo." Al pronunciar la palabra Diablo, señaló con la mano á un concurrente, el de la carcajada.

¿Por qué es preguntón el padre Pamplinas? Que cada cual dé la respuesta maliciosa que le parezca. Yo, que me llamo Simplicio, y que soy simple como el hidrógeno, y naturalote como mi sobrino Cordelio, respondo: que mi cuñado es preguntón, primero, porque pregunta mucho y segundo porque el que pregunta aprende y sabe, y mi cura quiere aprender y saber.... todo lo que hacen, dicen, piensan y desean sus hijas de confesión, pues de esta manera, la mal inclinada, más si es borita, procura.... que no se pierda ó no se acabe de perder, víctima de hombres engañosos, falsos y deslenguados. Si la penitente es fea, para consolarla de su desgracia y afirmar su virtud, apenas resguardada por un ojo tuerto, una nariz fenomenal ó una boca descomunal, pues el mundo es tal, que muchas veces no basta la más sublime fealdad para garantizar á la pobre mujer contra los embates de los malvados.

Para concluir, diré algo sobre la figura y físico del señor Cura. Alto y grueso, chato de nariz y de largas orejas, manifiesta su angosta frente la poca anchura de sus ideas; y el ángulo agudo de su faz, nos explica su antipatía por el ángulo recto y su predilección por las veredas y líneas curvas.

Figúrate, lector mío, el sujeto que te he pintado metido entre una sotana, coronado con un sombrero largui-angosto, medio sofocado por un cuello de mostazilla y calzado con zapatos chilladores y quizás te acuerdes del que canta la calumnia en el Barbero de Sevilla, pero á quien no calumnia ni mucho ni poco tu atento servidor.

SIMPLICIO CUCUFATE.

Effluvios del alma.

(IMPROVISACIÓN).

¡Qué tristes son del día los últimos reflejos
Cuan tristes los adioses del moribundo Sol,
La niebla que se esparce mirada desde léjos
Parece blanco velo de vaporoso tul;
Las flores que desmayan al beso de la brisa
Las aves que sollozan su tímida oración,
La fuente que en el prado suave se desliza
El sol que se hunde pálido entre la mar azul.

Despiertan en mi mente recuerdos mal dormidos
De dichas ya pasadas que nunca volverán,
Y arráncame del pecho tristísimos gemidos
Que contener no puede mi opreso corazón.....!
¡Qué tristes son las brumas para el que sufre y llora:
El alma se amortaja con ellas infeliz,
Y al contemplar la tarde en su postrera hora
Evoca sollozando la última ilusión.

Al encontrarse sola, aislada en todo el mundo,
Sin madre, sin amparo, sin un rayo de amor;
El pecho desolado palpita moribundo
Y en ayes silenciosos lamenta su orfandad.
¡Qué triste es para el alma que gime solitaria
No hallar un seno amigo que su calor le dé!
Ni seres compasivos que escuchen su plegaria,
Y que le den siquiera un poco de amistad.....!

¡Qué triste está la tarde!—Semeja al alma mía,
Las brumas que amortiguan el brillo sideral
Parecen que lamentan el declinar del día
Y evocan de la noche la sombra funeral.

EUGENIA DENIS.

Alajuela.

Las dos gemelas.

I.

Nada más melancólico ni que más excite la curiosidad de los viajeros que por primera vez recorren nuestros caminos, que las modestas y solitarias cruces que la piedad de los campesinos ó la de los transeuntes coloca en los lugares donde una muerte violenta ha cortado el hilo de una existencia humana.

Hace algunos meses que aun se veía la blanca cruz que los trabajadores de la carretera de Carrillo, pusieron á la orilla del terrible precipicio donde pereció el malogrado joven colombiano don Manuel Paredes.

Donde quiera que un ser humano ha perecido fuera de su hogar, la cruz, grande ó pequeña, se encuentra de centinela inmóvil, atestando una catástrofe y avisando al viajero incauto que se guarde de algún peligro desconocido.

A veces la cruz sólo es un recuerdo que marca un lugar cuya memoria desea conservarse.

Pero lo que no es regular, y por eso nos llamó la atención, es que esas cruces se encuentran en lugares habitados.

En efecto, hace algunas semanas que pasábamos por los pintorescos alrededores de San José. Cuando volvíamos en la tarde y salíamos á la calle real que va para Cartago, y que no es más que una prolongación de la *Cuesta de Moras*, vimos una pequeña cruz pintada de negro y plantada en el medio de uno de esos patios tan limpios y nivelados que los campesinos tienen casi siempre al frente de sus habitaciones. Servía de fondo á la cruz una casita de un solo piso, blanqueada con cal y construída como todas las de nuestras aldeas. Se componía de un *corredor* ó galería exterior, de un cañón con dos puertas que dan á la galería y una media agua que sirve de cocina.

El corredor, es generalmente el lugar preferido para tertulia, porque á su frescura y amplitud, añade la comodidad de estarse á cubierto del sol y de la lluvia. Los días festivos se ve en esas galerías numerosa concurrencia que se distrae mirando los paseantes, jugando á los naipes, conversando ó jugando en el patio á las bolas. Los paisanos endomingados descansan y los hábiles del barrio tocan el acordeón, la vihuela ó la guitarra nacional.

Cuántas veces, ante tan fresco cuadro, se detiene el cansado paseante que quizá lleva en su corazón guzano roedor, ó en su alma desesperantes temores y contempla extaciado el cuadro de una felicidad que jamás alcanzará. ¡Cuántas veces un ser fuerte é inteligente, instruído de saber y de sufrir, habrá maldecido esos que se llaman preciosos dones de la naturaleza, para ponerse á envidiar la tranquila existencia y la calma que á tan poco costo gozan aquellos aldeanos.

Pero, apartándonos de lo que generalmente sucede, fijémonos en la casita de la cruz, en la cual nunca se ha visto reunión de gentes, ni músicas, ni alegría.

En el corredor, sentada en el banco tosco de dura madera, se ve una mujer cuya palidez y fijeza de ojos hacen pensar en la picada del vampiro, y que no eran otra cosa que las señales de un incurable dolor moral. De treinta años de edad, y de una belleza griega, aquella mujer sólo tenía ojos para ver la cruz del patio.

Si el paseante espera, puede ver llegar á las seis de la tarde un hombre moreno, de pasos acompasados, serio, y que se le tendría por mudo si al acercarse á la mujer pálida, no articulara algunas suaves palabras acompañadas de una mirada de infinita bondad, y que parecían nacidas de un sentimiento de compasión y de amargo recuerdo.

Mi curiosidad se excitó grandemente con tal espectáculo, y seguros de que un terrible drama había pasado bajo el tranquilo techo de aquella habitación, nos propusimos averiguarlo y lo averiguamos á fuerza de atenciones y pequeños servicios rendidos á aquella infortunada familia.

Tal como me la refirió Víctor, sin añadir ni quitar nada, la paso al papel para que sea publicada en el periódico semi-mensual llamado "Costa Rica Ilustrada".

II.

En 1877 ocupaban la casa descrita en la parte primera, tres personas: la señora Rafaela y dos hijas gemelas, Elisa y María. Era tal la semejanza de estas hermanas, que con dificultad las distinguía su propia madre. Blancas, pelo castaño risado naturalmente, con unos ojos negros que hubieran seducido á San Jerónimo en persona, y una boca en forma de corazón, capaz de hacer venir el agua á las bocas de todos los

varones. Con un cuerpo regular y un talle de caña de la India, las gemelas tenían un metal de voz tan argentino y suave que con ella sola ganaban los corazones.

Nacidas en el pueblo y del pueblo humilde y trabajador, pues eran hijas de un carpintero, vestían no obstante con una gracia y distinción que se las hubiera tenido por unas señoritas, si la encantadora camisa corta y el elegantísimo reboso de seda que las distinguían de las señoras no nos presentaran en ellas el más bonito tipo de lo que se llama aquí "una orillera" ó campesina educada en buenos colegios.

Frente á la casa de Elisa y María, vivía un joven albañil de esbelta figura, moreno, delgado y poseedor de un sedoso bigote castaño. De veinticinco años de edad, es decir, ocho años más avanzado en la vida que las dos gemelas, nuestro nene gastaba botas de becerro, chaqueta de lana y sombrero fino de pita (llamado en Europa, sombrero de Panamá).

Víctor era el gallito ó león de aquel paraje. Todas las muchachas casaderas del Mojón, Curridabat y parte oriental de esta ciudad se hubieran considerado muy dichosas de obtener la preferencia de nuestro albañil, pero él no miraba siquiera á tantas beldades que lo adoraban, y creía tener muy poco con un sólo corazón para dedicarlo al amor exclusivo, inmenso y duplicado que lo dominaba. Si diez almas hubiera tenido, las diez almas tendrían por única idolatría, la que su sola alma tenía por ambas gemelas. Parécenos oír la enérgica protesta que el bello sexo en masa está haciendo contra ese doble amor. ¡Inverosímil, dirá la una; absurdo, dirá la otra; y todas á un tiempo: invenciones de novelistas y de autores dramáticos!! Y sin embargo, nada tiene de extraño ni aun de raro el contemplar á un hombre perfectamente enamorado de dos y aun de varias mujeres. Y en el caso presente, no sólo es natural el amor á dos deidades enteramente iguales, sino que no se comprende como una persona puede amar á un ser bello y simpático y deje de adorar á ese mismo ser reproducido por la fotografía, el grabado ó la reflexión de un espejo.

Sea de esto lo que fuere, Víctor amaba con pasión á Elisa porque era igual á María; y á ésta porque era el retrato viviente de Elisa. — Cuando hablaba con la una, se olvidaba de la otra, pero si estaban juntas, y se separaban, nuestro albañil sentía que se ausentaba una parte de su ser. Para él Elisa y María eran una sola mujer reproducida en dos actitudes diferentes.

Pero donde el asombro del sexo bellissimo va á alcanzar descomunal proporción, es cuando sepa que ambas lindísimas gemelas amaban con toda su alma al dichoso mozuelo de los bigotes castaños. Y esto si que es vulgar, común, frecuente. Si varias mujeres pueden idolatrar á un mismo individuo; ¿qué tiene de particular que Elisa y María, que casi eran una misma y sola alma habitando dos cuerpos diferentes, fueran

atraídas por una causa igual, que producía iguales efectos en ambas?

La lucha que un tal amor hizo nacer en el corazón de las gemelas, no es fácil pintarla ni aun á grandes pinceladas; mucho más si se considera que una de ellas sabía y sentía que su hermana era amada por su amado. Cada momento, Víctor las confundía, continuando una declaración de amor comenzada con la otra, ó contestando á María la pregunta que poco antes le había hecho Elisa.

Varias tentativas hicieron cada una de las gemelas para fijar á Víctor con exclusión de la otra. Elisa le exigió una vez que manifestara su preferencia, y él contestó sin vacilar: "á tí te prefiero, encantadora María." "Pues búscala, le replicó Elisa, porque María no soy yo." En verdad, la situación no podía ser más crítica para los tres. Víctor se habría conformado con el amor de una de ellas; pero la sangre asaltaba su pecho, al pensar solamente que la otra pudiera pertenecer á mortal alguno que no fuese él.

Este *modus vivendi* tuvo que tener un término, cuando la mamá Rafaela exigió perentoriamente al albañil que eligiera una de las dos gemelas y preparara todo para celebrar el matrimonio en los tres meses siguientes, ó en caso contrario se retirara enteramente de la casa.

Sorprendido Víctor, pero convencido de que la mamá tenía razón, cerró los ojos y sin saber lo que hacía salió del paso pidiendo en forma la mano de Elisa.

Notificada ésta de la resolución de su futuro, declaró que desde ese momento usaría una cinta azul en el cuello para que fuera fácil distinguirla de su hermana.

Tres meses después se celebró el matrimonio de Elisa y Víctor. María asistió á la ceremonia, apareció contenta y aun alegre en la velada que precedió á la bendición de los novios; pero cuando éstos, ya unidos con el indisoluble lazo, salieron del templo para dirigirse á la casa de la mamá Rafaela, María deliberadamente tomó el brazo izquierdo del recién casado y así llegaron al patio de la habitación que conocen nuestros lectores. Al pasar por el medio del patio María se detuvo, apartó el brazo de Elisa que lo tenía enlazado con el derecho de su esposo y con voz clara y compasada dijo, dando un estrecho abrazo á aquél: "esposo querido, al fin llegó el momento de no separarnos más; toma mi postrero y último beso (y besó á Víctor en la frente); tu alma y la mía volarán hacia un mundo donde el dolor es desconocido, y nos amaremos siempre, siempre..." calló y reclinó la cabeza en el hombro de Víctor.

Los concurrentes no comprendían al principio aquella escena extraordinaria; pero dos gritos lanzados aun mismo tiempo por la mamá y la desventurada Elisa, vinieron á explicar la inmensa desgracia que anonadaba aquella familia. La realidad no podía ser más espantosa. María había muerto al pronunciar la última

frase, Elisa estaba loca y la madre Rafaela aterrada y casi sin sentido, iba de una á la otra hija sin darse clara cuenta de la centella que había destrozado su dicha y su calma en lo futuro.

III.

EPÍLOGO.

Depositado en el panteón de San José el cuerpo de la que fué María, la bella gemela, la mamá vegetó unos pocos meses y fué á unirse con su hija María.

La pobre loca Elisa cumple inconsciente los deberes de ama de casa. Su locura es tan quieta é inofensiva que sólo es notada por los que conocen su historia. De una palidez mortal, Elisa parece formada de cera blanca y sus tristes ojos negros, fijos y tímidos parecen pedir perdón á su esposo de haber causado tantas desgracias.

Víctor, después del beso de María no volvió á saber lo que era sonreír siquiera y su vida se reduce á trabajar para subvenir á la manutención de su mujer y á meditar. . . . ¿en qué? no es posible adivinar, pues ambos esposos pasan días enteros sentados en el corredor, sin dirigirse casi la palabra y como autómatas marchan, reposan y vacan á los cuidados domésticos.

Al ver la demacrada figura de Víctor, no puede menos de recordarse la despedida de María. Parece, en verdad, que ella se hubiera llevado el alma de Víctor; tanta distancia parece mediar ante el elegante joven que amaron las gemelas, y el descuidado y mísero obrero que más que vivir, vegeta y marcha buscando una tumba que le devuelva con el olvido la calma y quietud del no ser.

Los que dudéis de la veracidad de este relato, desocupad una mañana ó una tarde de verano; tomad la calle de Cuesta de Moras, en la primera callejuela á la derecha, avanzad cincuenta varas y encontraréis la casa, la cruz en el patio y la pálida figura de la gemela Elisa. Después de puesto el sol, quizás pueden contemplar la varonil figura del cuasi mudo albañil, cuya alma en una morada abandonó ese cuerpo, al mismo tiempo que murió María.

Noviembre de 1887.

SIRIO.

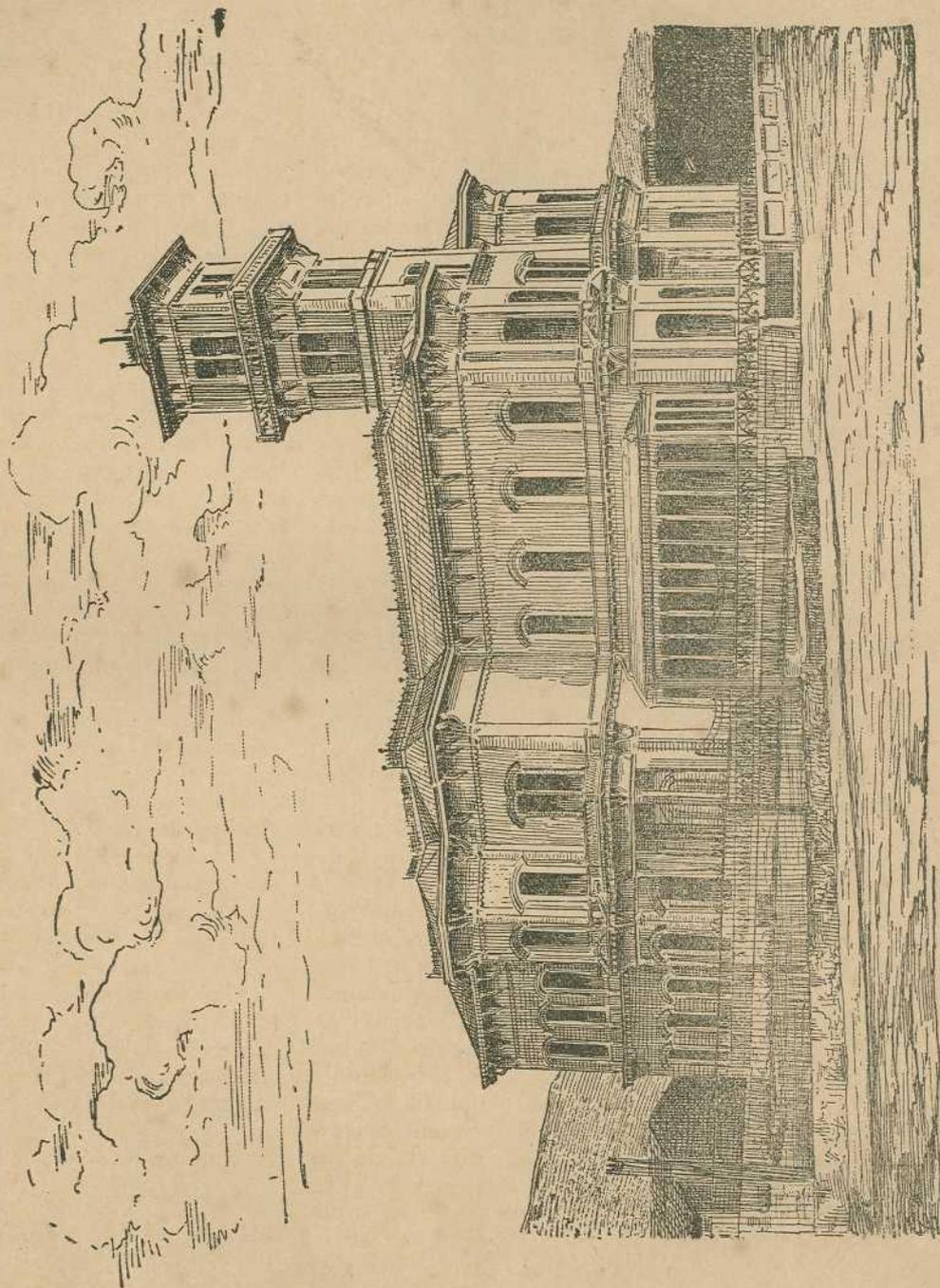
ADIOS!

A M. TERESA.

Think of me where'er you be,
Though many miles apart;
Others may have my company
But you may have my heart.

(?)

Adiós! adiós! si mi contraria suerte
En otras playas ó en la mar talvez,



CASA DEL GOBIERNO. SAN SALVADOR.

Me obliga, niña, mísero á perderte,
 Sin el consuelo de volver á verte,
 De hinojos á tus pies;
 O si impelido por el viento helado
 De la ansiedad continua y del afán,
 No encuentro dónde reposar, cansado,
 Ni un sér amigo que me dé apiadado
 Las migas de su pan;
 ¿Recordarás entonces, hermosa mía,
 Al pobre desterrado de tu amor?
 Empapará una lágrima, María,
 Al saber esa historia tan sombría
 Tu rostro encantador?
 Ay! déjame pensar por un instante
 En el momento mismo de partir,
 Que hay algún sér que mi destino errante
 Llora con tierno corazón amante,
 Porque sabe sentir.
 Deja por Dios á mi ternura ¡oh niña!
 Acariciar esa ilusión de amor,
 Antes que deje el prado y la campiña
 Y que mi frente palida se ciña
 La toca del dolor.
 Adiós! adiós! lejos de tí no espero
 Un bálsamo encontrar á mi afixión:
 Pues sin tu luz, bellissimo lucero,
 Sólo tendrá un acento lastimero
 Mi herido corazón.

San José de Costa Rica.

JUAN DIEGO BRAÚN.

Historia de un Billeto de Banco.

Allá en la oscuridad del no sér, recuerdo apenas que una fuerte máquina me estrujaba con fuerza estupenda, después de lo cual me sentí vivir, bajo el nombre de billete de un peso; una manecita de niño ó de mujer me colocó entre otros mil de mi valor y dormité algunos días encerrado en una caja de madera.

Luego sentí que me conducían en carretón hacia un muelle; del muelle á un gran buque de vapor, dentro del cual alternaban los días de gran movimiento con los de calma.

En Limón estuve debajo de grandes cajas y bultos que me oprimían el corazón. De esta prisión me sacaron unos obreros, para méterme en otra, que era un carro de un tren.

En este trayecto me fastidió el olor á

bananos podridos, que según supe después, eran los millares de racimos que Mr. Keith deja, con razón ó sin ella, á los pobres agricultores, que con tanto costo los habían cortado y conducido allí.

En la Aduana de Carrillo estuve once días largos por falta de aire respirable en aquel hueco.

Un robusto carretero me sacó de manos de don José María Jiménez y me colocó en una carreta tirada por dos bueyes monstruosos de grandes y gordos.

Cuando dejé de oír y sentir el ruido de las ruedas, perdí el hilo de mi vida, el cual vuelvo á atar encontrándome en el Banco de la Unión. Allí me honraron con dos firmas é inmediatamente me deslizó un señor Prestinary, de cuyas blancas manos pasé á una manota roja, sucia y sudosa de un patán. No olvidaré el placer que sentí cuando de la mano grasosa de mi patán pasé á una cartera perfumada de un pisaverde comerciante; pues por primera vez me encontré en sociedad con mis semejantes de otros valores. En efecto, yo me codeaba con un billete de á cinco pesos y conversaba familiarmente con un respetable prójimo de cien pesos, y detrás de este alto personaje reposaban varios otros de á diez, de á veinticinco y de á dos pesos.

De tan lindo lugar pasé á una canasta de una vendedora de dulces; ¡qué buen aire se respira entre los biscochuelos, los confites y las jaleas!! Mas ¡oh fortuna variable!! Un golpe de viento me hizo salir de mi morada y caer en un desagüe infecto. Un fuerte aguacero hizo del desagüe un torrente y empecé á flotar; atravesé un túnel frente á la Alcaldía segunda y poco después me encontré en un gran basurero mezclado con restos de comestibles, pedazos de lana y de cuero de las sastrerías y zapaterías.

Una chiquilla que buscaba y meneaba el basurero me tomó en su mano y dijo á un niño que la acompañaba: ¡¡ Jesús, que se parece este papelillo á un billete de banco, y me introdujo en una bolsa de su traje. Allí me relacioné con un pedazo de pan y un pañuelo sucio, asqueroso, que habitaban la misma bolsa.

Al día siguiente, mi dueño, la chiquilla, dijo á una tía con quien vivía que un señor le había regalado un papel del banco, que me viera y le dijera cuánto valía. La abuela me desdobló y me olió etc., etc. y declaró que yo era un papelillo cualquiera; pero me metió dentro de una cigarrera grasosa

en compañía con dos cigarros que apestaban á higo y una peseta en plata.

En esta morada comencé á padecer del mal que debe acabar conmigo, pues habiéndose sentado la abuelita sobre la bolsa en que estaba la cigarrera en que yo residía, el tejido de esta me hizo una lesión grave, al grado de rasgarme casi en dos partes, y aunque fuí pegado con goma en un papel neutro, mi salud no se restableció.

No hablaré de unas semanas que viví deslumbrado en la contemplación de millares de mis semejantes en las cuevas del Banco Anglo-Costarricense, ni de la tristeza que me acometió, como quince días que un mendigo me mantuvo encerrado en la copa de su sombrero, pues estos percances son naturales, y sólo me extenderé en relatar el susto más grande que tuve durante media hora, en la siguiente ocurrencia.

Un soldado que cumplió sus tres meses de servicio, y era gran aficionado á la caza, se encontró en Candelaria con tres venados, dos echados y uno parado; pero el fusil llamado fulminante que él llevaba estaba descargado; puso la pólvora y el tubo; buscó en vano un taco de papel ó trapo y no encontró. Mientras tanto, los venados empezaban á aspirar el olor del aire impregnado de peligros. Quizás pensó que á mi único habitante de sus bolsillos, valía la pena de sacrificarme, y me hizo una bola, me puso en la boca del cañón y con un atacador, me dió tres golpes que me condujeron á la cámara de la horma. Sobre mí cayeron varias balitas, postas de plomo y munición, y quedé sin circulación en mi sangre. . . . Esperé el tremendo tiro que debía expulsarme en mil pedazos. Pumm! . . . Sonó el tiro; pero la carga quedó inmóvil. Mudanza de tubo. Igual fracaso; pero á esta segunda seba, los venados huyeron. Cuando el cazador con un sacatrapo me sacó de aquel carrizo, no me quedaba sangre en el cuerpo del susto. A lo que se agrega que, además de mi rasgadura, salí con tres huecos y unas manchas negras producidas por la pólvora.

Callaré también una ridícula y sucia aventura que me hizo entrar por la boca de un muchacho que me había robado del chaleco de su amo y al sorprenderlo éste, me tragó aquél, y á las catorce horas y después de haber sido causa de mil retortijones, vómitos y estornudos, volví á ver la luz del día, el lector adivinará dónde, y por dónde.

A los dos años de tan terrible vida ya no me conocía á mí mismo. Apenas se leía

el valor convencional que se me había dado: UN PESO; en cuyo estado caí en manos del Gobierno y bajo la pena de la incineración que fué practicada en el patio del Palacio Nacional por un señor Mora que tiene el pelo blanco y la cara negra, lo cual le da un aspecto de un cliché fotográfico, ó sea, una negativa en vidrio. Creo que el color oscuro le viene de tanta hecatombe, pues cada trimestre al menos, reduce á cenizas miles de mis semejantes ayudado del segundo verdugo.

San José, diciembre de 1887.

SIRIO.

REIR LLORANDO.

VIENDO á Garrik—actor de la Inglaterra, El pueblo al aplaudirlo le decía:—
“Eres el más gracioso de la tierra
“Y el más feliz.

Y el cómico reía.

Víctimas del spleen los altos Lores,
En sus noches más negras y pesadas,
Iban á ver al rey de los actores
Y cambiaban su spleen en carcajadas.

Una vez ante un médico famoso
Llegóse un hombre de mirar sombrío
“Sufro—le dijo—un mal tan espantoso,
“Como esta palidez del rostro mío.”

“Nada me causa encanto ni atractivo;
“No me importa mi nombre, ni mi suerte
“En un eterno spleen, muriendo vivo,
“Y es mi única pasión la de la muerte.”

—Viajad y os distraeréis,

—¡Tanto he viajado!

—Las lecturas buscad.

—¡Tanto he leído!

—Que os ame una mujer.

—¡Si soy amado!

—Un título adquirid.

¡Noble he nacido!

—Pobre seréis quizá?

—Tengo riquezas.

—De lisonjas gustáis?

—¡Tantas escucho!

—Qué tenéis de familia?

—¡Mis tristezas!

—Váis á los sementerios?

—¡Mucho . . . Mucho!

—De vuestra vida actual tenéis testigos?

—Sí, mas no dejo que me impongan yugos:

Yo les llamo á los muertos, mis amigos

Y les llamo á los vivos mis verdugos.

—Me deja,—agrega el médico,—perplejo

Vuestro mal y no debe acobardaros.

Tomad hoy por receta este consejo

“Sólo viendo á Garrik podréis curaros.”

—A Garrik?—

—Sí, á Garrik...la más remisa

Y austera sociedad, le busca anciosa;

Todo aquel que lo vé, muere de risa:

¡Tiene una gracia artística asombrosa!

—Y á mí me hará reir?—

—Ah! sí, os lo juro!

Él, sí, nada más él...mas que os inquieta?

—Así—dijo el enfermo—no me curo:

¡Yo soy Garrik!...cambiadme la receta.—

* * *

¡Cuántos hay que cansados de la vida

Enfermos de pesar, muertos de tedio,

Hacen reir como el actor suicida

Sin encontrar para su mal remedio!

¡Ay! Cuántas veces al reir se llora!

Nadie en lo alegre de la risa fie,

Porque en los séres que el dolor devora

El alma llora, cuando el rostro rie.

Si se muere la fe, si huye la calma

Si sólo abrojos nuestra planta pisa,

Lanza á la faz la tempestad del alma

Un relámpago triste: la sonrisa.

El carnabal del mundo engaña tanto

Que las vidas son breves mascaradas

Aquí aprendemos á reir con llanto!

y también á llorar con carcajadas!

JUAN DE DIOS PEZA.

LA LECTURA.

Dícenos la historia que el rey egipcio Osimandias hizo inscribir en la portada de una biblioteca que formó, las siguientes palabras: "REMEDIOS PARA EL ALMA." El móvil que lo indujera á consignar estas célebres frases, creemos que no fuera otro que el profundo conocimiento que tuviera del corazón humano.

En efecto, pensamos que nadie dudará ni siquiera por un instante de la influencia que la lectura ejerce en el sentimiento. El escritor raras veces deja de producir en el leyente el estado del ánimo que se propone al escribir; es por ésto que con frecuencia la lectura de obras perniciosas, ha hecho corromperse á más de un corazón, sembrando en él pasiones hasta entonces desconocidas, que degradan su buen fondo moral. Otros escritores, al contrario, tienden en sus obras á moralizar, insinuándose en el ánimo del lector, y le habla al corazón, hasta dejar en él, efectos que influyen poderosamente en su vida.

Quien quiera que haya leído "Las Tinieblas del alma", del poeta lírico don José

Joaquín Palma, ha gozado en aquel deleite inesplicable, que hace que el hombre olvidado de sus miserias terrenales, levante el sentimiento hasta el Sér Infinito. Quien quiera que haya fijado su atención en lo escrito por el inmortal Lord Byron, acerca de sus infortunios, encuentra en sus endechas, un consuelo indescriptible, porque halla talvez en sus poemas, el canto lastimero de sus propias desdichas.

¡Tal es el poderío que la lectura ejerce en el sentimiento humano, y quizás hasta es el futuro destino del hombre!

Por más que forzamos á la inteligencia para que nos explique la causa que tuviera el bárbaro musulmán Omar, al ordenar con desprecio el incendio de la biblioteca de Alejandría, nada nos dice, permanece muda ante un desatino que tan sólo la ignorancia justifica.

En todas las épocas y en todos los países se ha reconocido la importancia de la lectura: los antiguos griegos hacían que sus hijos recitaran versos de Homero.

En los tiempos modernos vemos con satisfacción que cada día se generaliza más y más el entusiasmo por la lectura, al extremo que el que no gusta de la de las obras científicas, al menos invierte su tiempo en las de mera recreación.

¡Cultivar la inteligencia! hé aquí la tarea más noble que el hombre debe procurarse, no postergándola para adelante, si no quiere que con justicia se le diga con Walter Scott: "que parece ser un compuesto de más materia que espíritu"; y los medios de cultivarlo los encuentra con profusión en la lectura de los buenos libros.

Colón en la lectura de los diarios de relaciones de viajes de Perestrello, encuentra un nuevo incentivo á sus deseos de viajar; y poco tiempo después preparóse la empresa más grandiosa que los siglos han presenciado: el descubrimiento de América.

SINFOROSO.

Cartago, C. R., diciembre de 1887.

CRONICA.

"En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Tal dijo en una de sus bien escritas crónicas mi amigo Renard. Yo

repito las mismas palabras al empezar este *rosario*; digo *rosario* porque éste casi siempre produce sueño, y así mi crónica causará el mismo efecto.

Aquí me tenéis, queridísimos lectores, en un aprieto del cual creo firmemente que no podré salir airoso.

¿Qué os parece? Tener que escribir para "Costa Rica Ilustrada", nada más que porque á Mr. Renard se le ha metido entre oreja y oreja que debe, para seguir la costumbre de algunos amigos suyos, contraer matrimonio con los exámenes.

Si mi antecesor me hubiese prestado un ápice siquiera de su claro talento y de su chispeante estilo, podría yo abrigar la agradable creencia de no salir por el albañal en mi calidad de cronista; pero ese mal amigo es tan egoísta que no quiere concederme esa gracia. ¿Qué hacer, Dios Santo, en tal apuro? Dicen que *con paciencia y un garabato hasta las verdes caen*. Aceptando este adagio pudiera muy bien suceder que mi pobre personalidad, convertida en un Santo Job, y después de haber borroneado unos cien millones de resmas de papel, consiguiera que mis lectores,—con más paciencia que yo, se entiende—comprendieran, por lo menos un poco de lo que yo quisiera decirles.

A guisa de crónica voy á manchar unas cuantas cuartillas de papel con el único objeto de salir del apuro sea como fuere.

De antemano, advierto que ya resuena en mis oídos el desagradable ruido del cuchicho producido por las críticas que se hace á estos mis pobres é incorrectos renglones.

Baste la anterior advertencia para que no se crea que yo pretendo echarla de escritor, y mucho menos, conquistarme un puesto entre los literatos de mi tierra.—Vuelvo á repetirlo: la necesidad me obliga á ocupar la butaca del saleroso y correcto Mr. Renard.

Espero, pues, mucha indulgencia de mis amables lectores y simpáticas lectoras. Con ello ganarán el Cielo.—Amén.

* *

La pasada quincena no ha estado muy abundante en asuntos de importancia para el público.

El Teatro, después de permanecer cerrado durante algunos días, fué abierto de nuevo para presenciar los trabajos de la Compañía de Variedades, dirigida por el señor Walla-

ce. En dicha Compañía hay personas que trabajan muy bien. El prestidigitador llama con justicia la atención de los espectadores; pues es admirable la destreza con que ejecuta todas las suertes. Últimamente da sus representaciones en un circo que ha colocado en la plaza del Hospital.

Hacia muy pocos días había llegado la Compañía de que hecho mención, cuando arribó á esta capital la Compañía Japonesa. Nuestra sociedad, conocedora ya de los sorprendentes ejercicios de los hijos del celeste Imperio, acudió con entusiasmo á admirar los famosos equilibrios.

Los japoneses concluyeron su temporada en esta capital, y han salido á trabajar en las provincias. La Empresa del señor Wallace continúa dando buenos y variados espectáculos en el circo.

* *

El domingo próximo pasado, se verificaron en el salón del Gimnasio del "Liceo de Costa Rica" los exámenes de calistenia y ejercicios militares, ante una concurrencia numerosísima, compuesta en su mayor parte de lo más escogido de nuestra sociedad.

El salón presentaba el aspecto más encantador. Al rededor de él se encontraba, esparciendo perfumes, un sin número de las flores más preciadas y bellas de nuestro jardín. Si mal no recuerdo estas flores eran Carlotas, Julias, Anitas, Adelas, Luisas, Marías, Rositas, Marianas, etc., etc.

En el centro del cuadro que formaban estas deidades, al compás de las armoniosas notas de la música, se deslizaban los alumnos del Liceo, ejecutando movimientos y evoluciones tan uniformes, que con razón salieron de aquel local muy satisfechos los concurrentes.

Felicitemos sinceramente al profesor don José Moreno por tan brillantes exámenes, como también al apreciable y activo Director del "Liceo de de Costa Rica", don Luis Schonau.

* *

"Costa Rica Ilustrada" cuenta ya medio año de existencia, mediante la valiosa cooperación del Gobierno, y la indulgencia y buena acogida que le ha dispensado el público.

Toda empresa nueva en un país que comienza á despertar al progreso y civilización es muy superior á las fuerzas de aquellos que las acometen.

Por eso los editores de esta Revista no han podido presentar su periódico tal como ellos desean. Sin embargo, el presente número va mejorado tanto en el papel como en los grabados, y aunque es cierto que estos no son locales,—por motivos ajenos á la voluntad de la Empresa—también lo es que no dejarán de tener importancia, puesto que representan edificios de una sección de Centro América.

El grabado que figura en la primera página da á conocer el Parque de Morazán y la Catedral de San Salvador, capital de la República del mismo nombre. La Catedral está situada al lado Norte del Parque Central, y el de Morazán al Noreste de aquél.—La Iglesia tiene cuatro naves en forma de cruz; ó sea, cuatro puertas, dando una á cada viente; es de madera y recién construída.

El Parque que ocupa media manzana, poco más ó menos, está formado por una bonita berja, varios jardines pequeños, fuentes y estatuas, sobresaliendo entre estas la del General Francisco Morazán. Este monumento es de bronce y el pedestal de mármol, guardado al rededor por una gruesa cadena de hierro. El pedestal tiene cinco lados y en cada uno de ellos respectivamente, y representadas por bellas mujeres en mármol blanquísimo se hallan las Repúblicas de Guatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. El piso de este Parque es todo enlosado; hay muchas bancas y con frecuencia se reúne allí multitud de gente, de todas las clases, para escuchar los conciertos ejecutados por la banda marcial.

El Parque de Morazán fué inaugurado á principios del año 1882, y ocupa el lugar donde estuvo el cuartel de San Francisco.—Está situado completamente al frente del Teatro Nacional.

El segundo grabado representa una preciosa casa de madera, de cinco pisos, que existe en la misma ciudad. Fué propiedad, me parece del Doctor Zaldívar y hoy del Gobierno. No puedo dar más datos acerca de este edificio porque carezco de ellos.

La Catedral, si no me equivoco, ha sido terminada bajo la Administración del General Menéndez, actual Presidente del Salvador.

Si la explicación de los grabados no es exacta, pido mil perdones; pues he hecho estos apuntes por lo que he visto personalmente de los edificios.

En el próximo número se comenzará la publicación de los retratos de los hombres más notables de Costa Rica y las vistas de nuestros edificios públicos. También se hará lo mismo con las personas más importantes de las demás Repúblicas hermanas; pues los señores Calderón y Soto se proponen que "Costa Rica Ilustrada" sea de interés general en Centro América.

Apesar de las mejoras que hoy tiene este periódico, el valor de suscripción para el tercer trimestre que comenzará con el número próximo, será en Costa Rica, de \$ 0-75.

Se ha concluído con la factura de *muñecos* de Godoy, pero según he oído decir, se repondrán con unos *muñequitos* en la sección humorística, y que talvez llamarán la atención.....

Voy á concluir, pero antes quiero pedirlos perdón por el mal rato que os he hecho pasar, y suplicaros tengáis un poco más de paciencia hasta que volváis á saborear las agradables crónicas de Mr. Renard.

Soy de mis lectores y lectoras atento y seguro servidor,

CLO CLO.

San José, 8 de diciembre de 1887.

ANUNCIOS.

¡LA CABAÑA!

ACABA DE RECIBIR

y ofrece en venta

A precios sin competencia, cervezas SAN LUIS y ESTRELLA, y otras varias.

Vinos legítimos añejos de multitud de clases. Jamones cocidos preservados en latas. Jamones ahumados y salados.

San José, diciembre 8 de 1887.

SOMBRERERIA "LAS NOVEDADES."

DE

MANUEL VEIGA.

A este establecimiento acaba de llegar un variado y completo surtido de sombreros, importados expresamente para satisfacer todos los gustos posibles.—Aprovechar, pues, la oportunidad de lucir un elegante sombrero en las próximas fiestas,

Precios sin competencia.

San José, diciembre 8 de 1887.

2.-v-1.

I. LEVKOWICZ & HIJO.

Acaban de recibir un surtido muy completo de mercaderías, y están próximos á llegar variedad de otros artículos.

Tendrán mucho gusto en exhibir sus mercaderías á las personas que les hagan el honor de visitarlos, y creen que dejarán complacidos á sus favorecedores.

San José, diciembre 8 de 1887.

TENGO DE VENTA

Á

precios reducidos.

Jerez, Madera, Oporto, Málaga, Pajarete, Madera seco, Málaga seco.

Vino Bourgogne "CHABLIS", sin rival aquí.

Vinos Burdeos tintos y blancos sin competencia en calidad y precios.

Cognac primeras marcas hoy en Costa Rica, además licores de todas clases.

Leoncio Bonilla.

San José, diciembre 8 de 1887.

Fernando Alemán-José I. Sotomayor.

Alemán & Sotomayor

Agentes y comisionistas. Coleccionistas de estampillas. Agentes de "Costa Rica Ilustrada."

Masaya.—Nicaragua, C. A.

8. v. 1.

ROPA HECHA

PARA

Niños, Jóvenes y Hombres,

acaba de recibir y vende á precios muy bajos la casa de

F. GOICOECHEA & C^o

como también:—escopetas, revólveres, muebles de todas clases, entre ellos: mesas, consolas, perchas, esquineras, paragueros, sillas, sofás, mecedoras, butacas, etc., y juegos de muebles de resortes adornados con terciopelo.

Nueva remesa de máquinas de coser.

San José, diciembre 1^o de 1887.

2—1

TERRES & ESQUIVEL,

ofrecen al público un grande y magnífico surtido de Casimires.

Cognac de varias clases en barriles.

Vinos tintos de mesa en ídem.

Moscatel, Oporto, Jerez superior.

Cerveza negra estrella.

Quesos de bola.

Snaps y toda clase de abarrotes.—Todo en muy buen estado y á precios sin competencia.

San José, diciembre 8 de 1887.

2—1

FOTOGRAFIA

DE

Francisco Valiente T.

CALLE DEL CUÑO. OESTE.—17.

¡La novedad del día!!

Retratos de gran duración é instantáneos por el moderno *procedimiento del hielo* y á *cámara abierta*.

El individuo no puede notar cuando la imágen se toma, porque la lente de la cámara oscura, permanece abierta siempre á su presencia.

¡CELERIDAD ELÉCTRICA!

No hay aumento de precios.

Lujo en las tarjetas y finura en el trabajo.

FRANCISCO VALIENTE T.

URIBE & BATALLA

Han recibido un selecto surtido

de géneros de seda para trajes y adornos, Sombrillas, Escarolas, Guantes blancos y de color, Flores, Encages de seda, Tul de colores, formas y adornos para las mismas.

Gran surtido de ropa hecha,

de Casimir. Calzado, Camisas, Cuellos, Puños, Corbatas, Medias de todas clases y ropa interior para señoras y caballeros.

San José, diciembre 8 de 1887.

CAMBIO ELEGANTE.

Siempre obsequioso con mis mu-

chos parroquianos que han tenido confianza en mis operaciones comerciales, me apresuro á participarles que he trasladado mi establecimiento

Botica Central Tienda y Pulpería,

á mi casa, recién refaccionada y arreglada á propósito para ensanchar mis negocios, y satisfacer el gusto de mis compradores, á 15 metros, Oeste de donde antes se hallaba establecido.

Por cuanto he invertido sumas de consideración comprando buenos vinos, mejores géneros y un repuesto de medicinas frescas, todo ello merece que lo ponga en conocimiento del público para darme la satisfacción de corresponder á la confianza que se me ha dispensado.

Mi establecimiento en lo sucesivo, llevará el epígrafe: TIENDA, BOTICA, VINATERÍA, PULPERÍA Y BILLAR 'EL CONDOR.'

San Ramón, diciembre 8 de 1887.

R. A. JURADO.

LA EXPOSICION NORTE-AMERICANA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

Consagrado al fomento del comercio entre Norte América y los mercados extranjeros.

PUBLICACIÓN MENSUAL.

SUSCRICIÓN AL AÑO \$ 4 ORO AMERICANO.

En sus columnas se registran, no sólo Revistas de lo ocurrido en ambos mundos, sino también artículos sobre las Ciencias y las Bellas Artes.

Sus grabados son del mejor gusto y sus historietas de lo más interesante. Los anuncios que inserta son de las mejores fábricas.

Los últimos números estarán siempre á la disposición de aquellos que gusten examinarlos.

ECHEVERRÍA & CASTRO,
Agentes.